

VIDA, AVENTURAS
Y PERIPECIAS
DEL FAMOSO
CAPITÁN SINGLETON

—+ DANIEL DEFOE +—



El primer clásico de la literatura de piratas. Bob Singleton, prototípico aventurero del siglo XVIII, corrió durante su agitada vida todo tipo de inimaginables aventuras desde que fuera raptado de las manos de su niñera. Se hizo a la mar en condiciones de semiesclavitud, pero finalmente se convierte en pirata, y recorre mares e islas desde las Canarias a las Indias Occidentales y desde el Cabo de Buena Esperanza a las Orientales, aterrorizando a las naves de un y otro confín del mundo.

La gran novela de piratas del autor de *Robinson Crusoe*, un libro avanzado a su época, con reflexiones morales totalmente ajenas al pensamiento de entonces, final sorprendente.



Daniel Defoe

Vida, aventuras y peripecias del famoso capitán Singleton

ePub r1.0
Titivillus 05.01.16

Título original: *The Life, Adventures and Piracies of the Famous Captain Singleton*

Daniel Defoe, 1720

Traducción: Nicolás Ferrante

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



PRIMERA PARTE

AVENTURAS DEL CAPITÁN BOB

PRIMERAS AVENTURAS

Suele suceder que los grandes personajes cuya vida ha adquirido relieve, y cuyas acciones merecen ser recordadas por la posteridad, insistan acerca de sus orígenes y hablen de sus familias, relatando la historia de sus antepasados. Como quiero ser metódico haré lo mismo en cuanto a mí ataño, a pesar de que puedo remontarme muy poco en mi linaje, según se verá en seguida.

De creer a la mujer a quien me enseñaron a llamar madre, era yo un chiquillo de unos dos años de edad, muy bien vestido, con una niñera para cuidarme. Cierta soleada tarde de verano, la niñera en cuestión me llevó al campo, a la zona de Islington, para hacerme tomar el aire, por lo visto. Nos acompañaba una chiquilla de doce a catorce años, que vivía en la vecindad. La criada se encontró con un individuo, bien por azar o bien porque estuvieran citados de antemano, y que supongo podía ser su novio. Con él se fue a una posada para beber cerveza y comer pasteles. Mientras estaba solazándose, yo permanecía con la chiquilla en el jardín de la posada, a ratos bajo su vigilancia y a ratos libre de ella, sin pensar en nada malo.

En ese momento apareció una de esas personas que, al parecer, tienen el oficio de robar criaturas. En aquellos tiempos era un negocio infernal practicado sobre todo con niños bien vestidos o muy fuertes, los cuales eran vendidos después y destinados a las plantaciones.

La persona que apareció inesperadamente, pretendiendo tomarme en brazos, besarme y jugar conmigo, era una mujer. Fue alejándonos de la casa a la muchacha y a mí, hasta que, lejos ya, contó una historia a la chiquilla, diciéndole que volviese para indicar a la niñera el sitio donde nos hallábamos, que una señora se había encariñado con el niño, besándole y jugando con él, y que no se alarmara, porque estábamos muy cerca. Mientras la niña iba a cumplir el encargo, la mujer me llevó.

Creo que primero fui entregado a una mendiga que necesitaba de un chico para aumentar la compasión de las gentes, y luego pasé a manos de una gitana, bajo cuya custodia seguí hasta llegar a los seis años de edad. Dicha gitana, con quien iba de una a otra parte del

país, no permitió jamás que me faltara de nada. Yo la llamaba madre, aunque un día me contó que no lo era, y que me había comprado por doce chelines a otra mujer, la cual le explicó que me había raptado. Por ella supe que mi verdadero nombre era Bob Singleton, no Robert, sino simplemente Bob, pues parece que nunca supieron con qué nombre fui bautizado.

No puedo relatar el terrible susto que la pícara de mi criada debió llevarse al comprobar mi desaparición, ni el trato que recibiría de mis progenitores, justamente indignados, como tampoco es preciso hablar del horror que experimentarían mi padre y mi madre al imaginarme rodando por los caminos. Nunca he sabido a ciencia cierta lo que pasó, porque lo único que me fue dado conocer fue lo que me contó la vieja gitana, que no sabía quiénes eran mis padres; así que si decidiera hablar de ellos aquí sería una digresión inútil.

Sin duda a causa de alguna de sus notables acciones, mi buena madre gitana fue ahorcada. Y como yo era demasiado pequeño para saber ejercer con habilidad el oficio de vagabundo, fui recogido por la parroquia donde me encontraba, de cuyo nombre no consigo acordarme. Lo primero que recuerdo, después de la muerte de la gitana, es que yo asistía a la escuela parroquial. El párroco solía decirme que debía portarme bien y que, aunque fuese muy pobre, si aprendía mi libro y servía a Dios, llegaría a hombre de bien.

Según creo, fui varias veces de ciudad en ciudad, acaso porque las parroquias se disputaran los bienes que dejó mi presunta madre. Lo que sé de cierto es que el último lugar donde viví, cualquiera que sea su nombre, debía estar situado cerca del mar, pues el patrón de un barco se prendó de mí y me condujo a un sitio no lejos de Southampton, el cual averigüé después que se llamaba Bussleton, a ver cómo carpinteros y otros operarios construían un barco para él. Cuando estuvo terminado, a pesar de que yo no tenía más de doce años, me llevó consigo en un viaje a Terranova. Me encontraba yo muy a gusto, y tanto agradaba a mi nuevo amo, que me llamaba hijo. Y yo le habría llamado padre con gusto; pero no quiso, porque tenía hijos de veras. Hice tres o cuatro viajes en su compañía, y me convertí en un muchacho fuerte y robusto. Una vez, regresando de los bancos de Newfoundland, fuimos capturados por un barco pirata argelino. Si no estoy equivocado en mis cálculos, sucedió esto en 1695, aunque puedo asegurar que no llevaba ningún diario de mi vida.

No me afectó mucho aquel desastre, ni siquiera al ver a mi patrón herido y bárbaramente maltratado por los turcos; no me afectó

mucho hasta que, a causa de algo que dije, y que no fue de su agrado acerca de la brutalidad del trato que daban a mi amo, me agarraron y me dieron un terrible castigo en las plantas de los pies, que me impidió todo movimiento durante varios días.

Estuvo de mi parte la suerte en aquella ocasión, porque, cuando llevaban nuestro barco a remolque como valiosa captura, y al hallarnos a la vista del estrecho, frente a la bahía de Cádiz, el bajel corsario fue asaltado por dos buques de guerra portugueses, que lo capturaron a su vez y lo llevaron a Lisboa.

Lo mismo que no me afligiera mucho mi cautiverio, pues no me había dado cuenta de las consecuencias que podría tener si el mismo continuaba, tampoco me impresionó extraordinariamente nuestra liberación. En realidad, no fue una verdadera liberación, ya que mi patrón, único amigo que tenía, murió en Lisboa a consecuencia de sus heridas, dejándome reducido a mi primitivo estado, o sea a morirme de hambre, con el agravante de hallarme en tierra extranjera, sin conocer a nadie ni hablar una sola palabra del idioma del país. Aun así, me fue mejor de lo que podía suponer, porque, al autorizar a todos los marineros a marcharse adonde quisieran, como yo no tenía adónde ir, me quedé viviendo en el barco, hasta que por fin, uno de los comandantes del puerto me vio y quiso saber qué estaba haciendo allí aquel joven inglés y por qué no era enviado a tierra.

Le oí y entendí en parte lo que quería decir, si no todo lo que decía. Me asusté un tanto, pues no sabía adónde podría ir en busca de un mendrugo de pan; pero el piloto del barco, un viejo marinero, viéndome tan triste, se me acercó, y hablándome en un inglés muy chapurrado, me dijo que tenía que marcharme.

—¿Adónde? —pregunté yo.

—Adonde quieras —me respondió—. A tu país, si lo deseas.

—¿Cómo puedo ir allí?

—¿No tienes amigos?

—No; no tengo a nadie en el mundo, excepto este perro —contesté señalando al perro del barco que, hacía poco, había hurtado un pedazo de carne y con él en la boca se me había arrimado para que yo pudiera cogerla y comérmela—. Éste es el único amigo que me queda..., y acaba de traerme de comer...

—Pues tienes que comer algo más —repuso el viejo—. ¿Quieres venir conmigo?

—Sí —asentí—, de todo corazón.

En resumen, el viejo piloto me llevó a su casa y me permitió vivir

con él, aunque no lo pasé muy bien en su compañía. Así transcurrieron dos años, mientras el piloto buscaba empleo. A la postre se embarcó al mando de don García de Pimentesia de Caravallas, capitán de un galeón portugués que iba a hacerse a la mar destino a Goa, en las Indias Orientales.

En cuanto le dieron aquel empleo, me llevó a bordo con ánimo de que me cuidase de su camarote, que había llenado de abundantes licores, azúcar, especias, mermeladas y otras cosas para su regalo durante el viaje, además de gran cantidad de mercaderías europeas, como telas, cintas y trajes de lana y bayeta, haciéndolas pasar por ropas suyas.

Yo era por completo novato en asuntos de navegación para que se me ocurriese la idea de llevar un diario de viaje, aun cuando mi patrón —que dada su calidad de portugués, era un buen artista— me incitó a ello; pero como no entendía su idioma, no le comprendí, tal fue, al menos, la razón que aduje. Al cabo de cierto tiempo, tuve ocasión de mirar sus mapas y sus libros; y como podía leer pasablemente, sabía algo de latín y comenzaba a tener algunas nociones de la lengua portuguesa, empecé a trabar superficial conocimiento con el arte de navegar, si bien no el suficiente para que pudiera servirme en una vida de aventuras como tenía que ser la mía.

En pocas palabras, aprendí muchas cosas durante este viaje con los portugueses, sobre todo a ser un mal marino y un ladrón redomado, de cuyas dos virtudes creo son los mejores maestros que se pueden hallar en el mundo entero.

Nos dirigimos en ruta hacia las Indias Orientales por la costa del Brasil. No creo que ese camino fuese el más indicado, pero nuestro capitán, por su cuenta o por orden de los mercaderes que habían fletado el barco, se dirigió primero a la bahía de Todos los Santos, o según la llaman en Portugal, río de Todos los Santos, donde entregamos un centenar de toneladas de mercancías y recibimos una considerable cantidad de oro, además de varios cajones de azúcar y setenta u ochenta fardos grandes de tabaco, cada uno de los cuales pesaba, cuando menos, un quintal.

Durante nuestra permanencia en Todos los Santos, mi patrón me ordenó alojarme en tierra, y el capitán, que me había visto diligente, me confió sus asuntos. En pago a tan equivocada confianza, descubrí la manera de aprovecharme, es decir, de hurtar veinte moidoras del oro que embarcaron los mercaderes. Ésta fue mi primera aventura.

Hasta el cabo de Buena Esperanza, tuvimos un viaje tolerable. Estaba considerado como un criado diligente y muy fiel. En realidad,

era diligente, aunque estaba muy lejos de ser honrado en absoluto. Cometían el gran error de creerme en posesión de esta última virtud. Basándose en tal engaño, el capitán se aficionó mucho a mí y me empleó a menudo en su propio servicio, a cambio de lo cual recibí varios favores. Me nombró mayordomo de su mesa, a las órdenes del mayordomo general del galeón. El capitán tenía otro encargado de su despensa particular; pero a mí se me encargó cuanto atañía a lo que suministraba la despensa del buque. De este modo pude cuidar generosamente al criado de mi amo y llevar una vida mucho mejor que los marinos, pues aunque el capitán rara vez pedía nada del almacén general, ya me encargaba yo de reducir sus acopios.

Al cabo de siete meses de haber salido de Lisboa, llegamos a Goa, en las Indias Orientales, y allí permanecimos ocho meses más, durante los cuales no tuve nada que hacer. Mi amo pasaba los días en tierra, y me dejaba el tiempo libre para aprender lo que quisiera.

Hurtar, robar, mentir, jurar, perjurar, unido todo ello a la mayor salacidad, constituían las principales virtudes de la tripulación. Conviene añadir aún las insoportables jactancias de su valor, del cual hablaban continuamente, quizá para disimular que eran los mayores cobardes que jamás he visto. Las consecuencias de su cobardía se evidenciaban en más de una ocasión. Sin embargo, de cuando en cuando se encontraba entre ellos alguno que no era tan malo como los demás.

Quiso mi estrella que fuese a parar entre ellos, y esto me hizo sentir el más hondo desprecio por los otros, desprecio que realmente merecían todos.

De hecho, yo estaba en situación de convivir con aquella gente. No tenía sentido de la virtud ni de la religión, y jamás había oído hablar de tales cosas, excepto cuando el viejo párroco me decía, siendo yo muy pequeño, que fuese bueno. Pero ahora estaba preparado para ser tan perverso como pueda serlo el que más, y aun quizá para superarle.

Sin duda, dirigió el hado mis primeros pasos, sabiendo cómo, por carecer de toda moral y religión, mi vida iba a ser lo que ha sido. Con todo, en tal estado de virginal maldad, sentía repugnancia por la vileza de los tripulantes del galeón, todos ellos portugueses, y a quienes odié con vehemencia para el resto de mi vida. Eran tan brutalmente malos, tan zafios y pérfidos, no sólo para los desconocidos, sino entre ellos mismos, tan vilmente sumisos cuando los dominaban, tan insolentes y bárbaramente tiránicos cuando se hallaban en situación de mandar, que llegué a pensar que en ellos

había algo que pugnaba con mi propia naturaleza. Añádase a esto que es natural en un inglés odiar al cobarde, y todo ello contribuía a que en mi aversión considerara igual al diablo que a cada uno de aquellos marinos portugueses.

Se me podía aplicar el proverbio inglés: quien se ha embarcado en compañía del diablo, tiene que navegar con él. Yo me encontraba entre aquella gente y me arreglé lo mejor que pude. Mi patrón se avino a que sirviera al capitán, como ya he explicado; pero después me enteré de que el capitán le daba media moidora al mes por mis servicios, y de que, además, mi nombre constaba en los libros de a bordo. Ello me indujo a esperar que, cuando se pagara a la tripulación los cuatro meses de salario, como se hacía siempre antes de abandonar la India, mi patrón me daría algo para mí.

Estaba en un error, porque mi patrón no era capaz de hacer semejante cosa.

Me había encontrado en la miseria, y su interés consistía en mantenerme miserable, para poder utilizarme en lo que le conviniera. Esto me hizo cambiar el concepto que yo tenía de él, pues al principio creí que me había recogido por caridad, al ver las desgraciadas circunstancias en que me encontraba, y no dudé de que, al alistarme en el buque, me entregaría una parte de mi sueldo.

Por lo visto, él tenía otro punto de vista sobre el asunto.

Cuando le hablé del caso, el día en que pagaron a la tripulación en Goa, se enfadó y vociferó como un energúmeno; me llamó perro inglés y hereje, y me amenazó con mil horribles males. En verdad, no tenía por qué acusarme de hereje, puesto que yo no sabía nada de religiones —ni de la católica, ni de la protestante, ni de la mahometana— y por tanto, no podía ser hereje de ningún modo. Si me hubiesen preguntado si era protestante o católico, habría respondido que sí a lo primero que hubieran dicho. Si en país católico hubiese dado la casualidad de que el primer nombre que me preguntaran fuera el de protestante, habría dicho que sí, y habría resultado un mártir de no sé qué, y lo mismo si en país protestante hubieran pronunciado primero el nombre de católico.

El capellán de a bordo fue precisamente quien me salvó, pues al verme tan completamente ignorante en religión y dispuesto a asentir a cuanto quisieran preguntarme, me habló, y parece que repliqué con tanta ingenuidad, que aseguró haría de mí un buen cristiano, por lo cual me garantizaba, mientras emprendía la tarea de salvar mi alma, a la vez que hacía una obra meritoria en favor de la suya. En una semana resulté tan buen cristiano como el mejor de la tripulación.

Entonces le expliqué lo que me acontecía con mi patrón, cómo me había recogido, abandonado a bordo de un buque de guerra en Lisboa, y cómo estaba en deuda con él por haberme llevado a aquel barco, ya que, si me hubiera quedado en Lisboa, con toda evidencia me hubiera muerto de hambre. Le dije que servía de buena gana a mi patrón, aunque abrigaba la esperanza de que me diera algo por mis servicios, o me asegurara, al menos, de cuánto tiempo pensaba tenerme a sus órdenes sin pagarme.

Todo inútil. Ni el sacerdote ni nadie podía obligar a mi patrón. Porque no se trataba de su criado, sino de su esclavo, pues me había conquistado a los argelinos, y yo no era inglés, sino turco. Así contestaba el piloto, y nadie le sacaba de eso. Además, amenazaba con entregarme a la Inquisición en concepto de infiel.

El padre Antonio me salvó de nuevo. Compareció una mañana, acompañado de dos marineros, para que testimoniasen que yo no era turco. Todo ello me asustó mucho, pues no podía imaginar en qué consistía aquel lío. Me examinaron el cuerpo y acabaron mostrándose satisfechos. El padre Antonio me dijo que estuviera tranquilo, porque aquellos dos marineros responderían de que yo no era turco. Así fue cómo escapé a aquel ataque de la crueldad de mi amo.

De todos modos, decidí librarme de su poder tan pronto como se presentara ocasión, cosa difícil allí, pues en el puerto no había otros barcos que los portugueses y dos o tres navíos persas, venidos de Ormuz. Si intentaba escaparme, no cabía duda de que me daría alcance en la costa, me llevaría a bordo a la fuerza y sería peor para mí. No me quedaba más remedio que tener paciencia.

Y parecía que hasta la paciencia quería acabármeme a toda prisa, pues empezó a maltratarme, no sólo acortándome la ración de comida, sino pegándome bárbaramente, al menor pretexto; de suerte que mi vida se convirtió en un infierno.

La violencia de su trato y la imposibilidad de evitar su tiranía hicieron que pensara en la manera de librarme de él, fuese como fuese; y tras de meditar todas las posibilidades de escaparme y de ver que todas resultaban ineficaces, decidí matarle.

Con tan diabólica determinación, pasé días y noches reflexionando en el modo de hacerlo, bajo el estímulo de la inspiración del demonio. No me decidía en cuanto a los medios que debía emplear, porque no poseía fusil, espada ni ninguna clase de arma con que agredirle. El veneno me parecía más apropiado; pero no sabía dónde encontrarlo, y por añadidura no hubiera podido buscarlo, puesto que desconocía el nombre que se le daba en portugués o en el idioma del país.

Di cien vueltas al proyecto, sin encontrar el modo de ejecutarlo. Pero la Providencia —para bien del patrón o mío, no lo sé— siempre frustraba mis designios, y jamás pude realizar ninguno de mis planes respecto al piloto. Me vi obligado a continuar bajo su dominio hasta que el barco, tras ser cargado, se hizo a la vela en dirección a Portugal.

REBELIÓN A BORDO

Se me hace imposible dar detalles acerca de nuestro viaje, porque como ya he dicho, no llevaba diario. Recuerdo, sin embargo, que, a la altura del cabo de Buena Esperanza, nos sorprendió una violenta tempestad del oestesudoeste que nos hizo derivar durante seis días y seis noches, hacia Levante, y tras varios días de calma completa en pleno océano, avistamos Madagascar.

Fue una tempestad tan violenta, que el navío resultó averiado y se requirió bastante tiempo para repararlo. Costeando muy cerca de la playa, mi amo el piloto llevó el buque hacia un puerto natural recogido, donde anclamos en un fondo de veintiséis brazas de agua y a cosa de media milla de la costa.

Mientras permanecía anclado el buque, aconteció que entre la tripulación estalló un motín, motivado por ciertas quejas por la comida. Los hombres amenazaron al capitán con dejarle en tierra y regresar por su cuenta a Goa.

Deseaba yo con toda mi alma que hicieran aquello que decían, porque tenía el corazón lleno de agravios y me sentía dispuesto a cualquier cosa. Por esto, aunque sólo era un muchacho, y así me llamaban todos, me sumé a la rebelión y mostré tanto entusiasmo, que no sé cómo eludí ser colgado de una jarcia en la primera parte de mi vida.

Llegó a conocimiento del capitán el que algunos marinos abrigaban el proyecto de asesinarle. Con promesas y dinero por un lado y amenazas y torturas, por otro, consiguió que dos hombres confesaran el plan y que dieran los nombres de los comprometidos; detuvo a éstos, y una vez descubiertos, comenzaron a acusarse mutuamente y a injuriarse. Por ende, fueron detenidos otros implicados, hasta sesenta, entre los cuales estaba yo, encerrándonos y haciéndonos encadenar en una bodega.

El capitán, a quien había enfurecido el peligro corrido, quiso verse libre de la amenaza en seguida, y nos juzgó en el mismo buque. Todos fuimos condenados a muerte. Yo era demasiado joven para darme cuenta de los detalles y la significación de este proceso. Lo único que sé es que el sobrecargo y un artillero fueron colgados inmediatamente, y los demás esperábamos serlo de un día al otro. No

recuerdo todo lo que pensé durante aquellos días, aunque sí que lloré mucho, pues no sabía apenas nada de este mundo y todavía menos del otro.

Sin embargo, el capitán se contentó con esa doble ejecución, y algunos de los demás, bajo promesa de someterse y observar buena conducta, fueron perdonados. Quedaron sólo cinco, respecto a quienes decidió, en vez de ahorcarlos, dejarlos en la isla, abandonados. Yo era uno de los cinco.

Mi patrón empleó toda su influencia con el capitán para que me perdonase; pero no pudo conseguirlo porque alguien le había dicho que yo era uno de los que con más entusiasmo había acogido el proyecto de matarle. Cuando el piloto pidió que no me dejara en la isla, el capitán le contestó que podía quedarme a bordo, si lo deseaba, pero que, en este caso, al llegar a puerto, sería ahorcado. Así, pues, mi patrón podía escoger lo que pareciera mejor para mí.

Según parece, el capitán se sintió más perjudicado y dispuesto al rigor por mi traición, a causa de las bondades que había tenido conmigo, designándome para servirle especialmente a él, como ya he contado antes. Ello le obligaba a poner a mi amo ante un dilema tan difícil de resolver como el de abandonarme en la isla o ahorcarme al llegar a puerto.

Si mi patrón hubiera sabido realmente la buena voluntad que le tenía yo, no habría dudado ni un momento al elegir mi suerte futura, porque me hallaba resuelto a jugarle una mala pasada a la primera oportunidad que se me presentase. Fue suerte, a pesar de todo, que no me manchara las manos con su sangre, y el recuerdo de este caso de mi juventud me hizo más sensible y tierno en cuanto a atrocidades, durante toda mi vida, que lo que creo habría sido de no sucederme lo que estoy relatando.

En lo que concierne a mi obsesión por matar al capitán, estaba éste mal informado, pues los más entusiastas se encontraban entre los perdonados, quienes tuvieron la fortuna de que no se descubriera este aspecto de su participación en el motín.

Iba, pues, a penetrar en una vida independiente, para la cual debo confesar que estaba muy mal preparado, porque en mi conducta era de todo punto libertino, disoluto, audaz, atrevido y vil, aun mientras me hallaba bajo el dominio de alguien. Repito que yo era poco apto para una vida libre porque estaba tan maduro para cualquier infamia como puede estarlo un muchacho que nunca ha tenido educación moral ni religiosa. Ya he dicho cómo no tuve ninguna educación, y los sucesos de la vida a través de los cuales había tenido que pasar,

estaban llenos de miseria y desesperadas circunstancias. Pero era yo tan joven o tan estúpido, que pasé por ellos sin pena ni ansiedad y sin adquirir la menor experiencia, al no comprender sus consecuencias.

Este temperamento poco reflexivo e inconsciente suponía, hasta cierto punto, un auxilio para ser feliz, ya que me tornaba apto y audaz para cometer cualquier granujada, y me mantenía alejado de cualquier dolor o remordimiento, los cuales, de otro modo, me habrían asaltado, una vez perpetrada la maldad. Esta especie de estupidez era para mí lo que yo creía que debía ser la felicidad, pues dejaba libre mi pensamiento para buscar los medios de rehuir mi desgracia y mi miseria, fuesen cuales fueren. Mis compañeros de infortunio, en cambio, estaban dominados por la pena o el temor, y así se veían reducidos a proseguir en su mísera condición sin atreverse a pensar en otra cosa que en la posibilidad de morir de hambre o ser devorados por las fieras y quizá por los caníbales.

Yo no tenía más de diecisiete o dieciocho años, pero, al enterarme de cuál sería mi destino, lo recibí sin dar muestras de descorazonamiento. Me enteré de qué decía a ello mi amo y me contaron que había intentado con gran interés salvarme, aunque el capitán no accedía más que a permitirle escoger entre colgarme del palo mayor o dejarme en tierra. El piloto escogió esto último. Me vi obligado, pues, a abandonar toda esperanza de permanecer a salvo en el buque.

No me sentía muy reconocido al piloto por los intentos hechos por salvarme, convencido como estaba de que no los había realizado por caridad, sino por propio interés, para no perder la fuente de ingresos que yo suponía, pues le proporcionaba unos seis dólares al mes, incluyendo lo que el capitán le daba por mis servicios.

Cuando me enteré de la aparente bondad de mi amo, pregunté si me dejarían hablar con él, y me respondieron que sí, en caso de que el piloto condescendiera a bajar hasta la bodega donde me hallaba encadenado, pero que de ningún modo me permitirían subir a verle. Dije que le rogaran que bajase y el piloto, en efecto, fue a escuchar lo que tenía que decirle.

Caí de rodillas ante él y le rogué que me perdonara cuanto hubiera podido hacer contra su voluntad e incluso llegué a sentir horror por mi decisión de matarle, y estaba a punto de confesárselo; pero me contuve a tiempo.

Me dijo que había intentado todo lo posible por conseguir que el capitán me indultara, aunque sin éxito. No podía aconsejarme más

que una cosa: tener paciencia y someterme a mi destino. Si él pudiera ponerse al habla con algún barco de su país, en El Cabo, intentaría convencerles de que fuesen a buscarnos, suponiendo que todavía nos hallaran vivos.

Entonces le pedí que me dejara llevarme mis ropas. Me contestó que temía que tuviéramos poca ocasión de vestirnos, porque no veía cómo podríamos subsistir en una isla cuyos habitantes, según le habían asegurado, eran caníbales o comedores de hombres, y no nos sería posible vivir entre ellos.

Le respondí que no me daba tanto miedo esto como el hecho de morir por falta de alimentos, y en cuanto a lo de que los habitantes de la isla fueran caníbales, me parecía que corrían más riesgo ellos de que los devorásemos nosotros que nosotros de ser víctimas de su voracidad. Lo que más me preocupaba —le dije— era la falta de armas para defendernos, y sólo me restaba ya pedirle que tuviera la bondad de darme un fusil, una espada, un poco de pólvora y algunas balas.

Sonrió y me aseguró que no nos servirían de nada, pues era imposible que lográramos sobrevivir en medio de una población tan feroz y numerosa como la de los isleños. Le atajé diciendo que nos hiciera aquel favor, con lo cual conseguiríamos alejar la hora de nuestra muerte, e insistí pidiendo el fusil con mucho empeño. Al cabo, me contestó que no sabía si el capitán le daría permiso, y que, sin la autorización suya no se atrevería a facilitarme nada. Pero me prometió solicitarlo, y lo hizo, en efecto, porque al día siguiente me bajó un fusil y algunas municiones, aunque el capitán había ordenado que las balas no nos fueran entregadas hasta que estuviéramos en tierra, con el buque a punto de hacerse a la mar. También me entregó las ropas de mi propiedad, que, en suma, eran muy escasas.

Dos días después, fuimos llevados a la costa. Los otros cuatro condenados, al ver que yo disponía de un fusil y municiones, rogaron que les dieran otro tanto a ellos, lo cual les fue concedido. Nos encontraríamos, pues, en tierra, armados para resistir como pudiéramos.

Al primer momento, nos sentimos aterrorizados por el aspecto de los isleños, y aumentaban nuestro horror las narraciones que nos habían hecho el piloto y varios marineros; pero, al entrar en tratos con aquéllos, transcurridas algunas horas de haber desembarcado, nos dimos cuenta de que no eran caníbales, como nos afirmaran, pues si lo fuesen, ya habrían caído sobre nosotros y nos hubieran devorado. Por el contrario, se nos acercaron confiadamente,

mostrando gran asombro ante nuestras armas y trajes; y cuando les hicimos señas de que nos dieran algunas vituallas, nos ofrecieron raíces y hierbas, que era todo lo que en aquel instante tenían a mano, si bien más tarde nos alimentaron con aves y peces en abundancia.

Esto animó mucho a los cuatro marineros que estaban conmigo y antes se hallaban completamente abatidos. Nos familiarizamos pronto con los nativos y les hicimos comprender por señas que, si nos trataban bien, nos quedaríamos a vivir con ellos, lo cual pareció alegrarles mucho, pues no sabían nada de la necesidad en que nos encontrábamos de quedarnos, muy a pesar, ni de lo mucho que los temíamos.

No obstante, después de meditarlo despacio, optamos por permanecer allí sólo mientras el barco estuviese anclado en aquella bahía; luego haríamos ver a los isleños que nos marchábamos con el navío, buscaríamos un sitio donde no hubiera hombres, y allí viviríamos como pudiéramos, en espera de que algún buque se acercara a la costa y nos recogiera.

El galeón continuó durante una quincena ante la costa, reparando los desperfectos sufridos a causa de la tempestad, y cargando agua y víveres. Cada vez que algún bote se acercaba a la playa, los marineros nos llevaban algo de comer y beber, y los nativos, creyendo que pertenecíamos al barco se mostraban respetuosos.

Vivíamos en una choza que habíamos levantado en el suelo, formada con troncos y ramas. Por la noche a veces nos retirábamos al bosque, para hacer creer a los indígenas que nos habíamos ido a bordo. Los considerábamos salvajes, traidores y viles por naturaleza, respetuosos únicamente por miedo, y estábamos persuadidos de que, cuando el barco partiera, no tardaríamos mucho en caer en sus manos.

Este pensamiento afligía a mis compañeros. Incluso uno de ellos, que era carpintero, debió de enloquecer, pues una noche se tiró al agua y se acercó nadando al galeón, que estaba a más de una legua mar adentro, para pedir a grandes voces que le aceptaran a bordo. El capitán se dejó conmover y accedió a que subiera, aunque antes le hizo estar tres horas en el agua.

El carpintero prometió someterse y rogó con tanta insistencia que le admitieran, aunque le colgaran después, que el capitán accedió. Además, estaba tan agotado por las horas pasadas en el agua, que no se hallaba en condiciones de volver a tierra. El capitán se dio cuenta de que habría de tolerar a aquel hombre a bordo o dejar que se ahogara; la tripulación, apiadada, prometió bajo su responsabilidad

que se portaría bien, y el capitán, finalmente, accedió a que subiera al buque. Llegó a cubierta casi muerto de fatiga.

Una vez a bordo, aquel hombre no cesó de importunar al capitán y a los oficiales, hablándoles acerca de nuestra triste situación, pero el capitán, durante todo el día siguiente, se mostró inexorable. Cuando llegó el momento de que el buque se encontrara ya en disposición de navegar y se dio la orden de izar los botes, todos los marineros, en grupo, se acercaron al puente, por donde el capitán estaba paseando en compañía de varios oficiales, y designaron al contramaestre para hablar en nombre de todos.

El contramaestre se adelantó, cayó de rodillas delante del capitán y le rogó, con la mayor humildad, que recogiera a bordo a los cuatro infelices que estábamos en tierra, ofreciéndole la garantía de toda la tripulación por nuestra buena conducta. Sugirió que, si esto no bastaba, podíamos ser encadenados en una bodega, y ya en Lisboa, entregados a la justicia, lo cual sería mejor que abandonarnos en la isla para que fuésemos devorados por los salvajes o por las fieras. Pasó mucho rato sin que el capitán prestara atención a sus palabras, hasta que a la postre ordenó que arrestaran al contramaestre y le amenazó con atarle al cabrestante por haberse atrevido a hablar en favor nuestro.

Ante tanta severidad, uno de los marineros, más audaz que los otros, pero respetuoso todavía, rogó a su excelencia —como le llamó— que permitiese a algunos de ellos bajar a tierra y morir con sus compañeros, o si era posible, ayudarles a defenderse de los salvajes.

El capitán, visiblemente excitado aunque sin sombra de miedo, se acercó a la borda. Habló muy prudentemente a sus hombres, pues si su tono hubiera sido áspero, podía estar seguro de que más de las dos terceras partes de la tripulación desembarcarían por su voluntad, y les dijo que se había visto obligado a ser tan severo tanto por la seguridad de ellos como por la suya propia. El motín en un barco era igual que la traición en un palacio real, y no podía estar seguro de que sus comitentes y consignatarios le confiaran otra vez el buque y las mercancías, si supieran que llevaba como tripulación hombres que habían concebido los más siniestros planes. Aseguró cuánto deploraba tener que dejar en tierra a los rebeldes; pero allí corrían menos riesgo que si los llevara a Lisboa, y si hubiera querido su muerte, habría podido ordenar que fueran ejecutados a bordo como los dos cabecillas. Sentía mucho que no se hallaran cerca de alguna ciudad cristiana, para poder llevarlos a ella; pero no había más remedio que exponer sus vidas al azar para salvar el buque y a todos

sus tripulantes. No creía haberse comportado mal con nadie, al menos hasta el punto de merecer que prefirieran abandonar el galeón antes que seguir cumpliendo con su deber. De todos modos, si alguien quería desembarcar, él se lo permitiría, pues más deseaba esto que llevar a bordo una banda de traidores que habían conspirado para asesinarle. Aunque hubiera de quedarse solo en el barco, jamás consentiría admitirlos a bordo.

Este discurso fue tan hábil, tan razonable lo que decía el capitán, pronunciado con tanta templanza, aunque acabara con una negativa rotunda, que la inmensa mayoría de la tripulación se dio por satisfecha de momento.

Sin embargo, como ocasionó que los hombres se entretuvieran haciendo corrillos y comentando las palabras del capitán, y como a la caída de la tarde dejó de soplar el viento, se ordenó que el buque no aparejase para hacerse a la mar hasta la mañana siguiente.

ABANDONADOS EN LA ISLA

Durante la noche, veintitrés de los hombres, entre quienes se hallaban el otro artillero, el ayudante del cirujano y dos carpinteros, se dirigieron al contramaestre para manifestarle que, como el capitán había dado permiso de desembarcar al que quisiera a fin de reunirse con sus camaradas castigados, le rogaban decirle no tomara a mal que abandonasen el buque y fuesen a morir o a luchar junto a los cuatro condenados.

Entendían que en aquella situación no podían menos de adoptar tal actitud, porque la única manera de salvar las vidas de los castigados era aumentar su fuerza con el número, para auxiliarse unos a otros en la defensa contra los salvajes, hasta que, quizás algún día, pudieran conseguir escapar de la isla y regresar a su país.

El contramaestre les contestó que no se atrevía a llevar aquel mensaje al capitán, y que le dolía le apreciaran tan poco como para enviarle con tal encargo. Si realmente estaban decididos a llevar a cabo semejante empresa les aconsejaba que, de madrugada, cogieran el lanchón y se marcharan. Como disponían ya del permiso que el capitán les diera en su discurso, podían dejarle una carta muy cortés expresando su deseo y avisándole que enviara a buscar la lancha a la costa, la cual entregarían sin ninguna dificultad. Los confabulados prometieron seguir al pie de la letra sus consejos.

De acuerdo con éstos, una hora antes de clarear el día aquellos veintitrés hombres, llevando cada uno de ellos un sable y una linterna, y, algunos una pistola, tres alabardas y buena provisión de balas y pólvora, sin más víveres que medio centenar de panes, pero con sus baúles, ropas, instrumentos, libros y herramientas, se embarcaron en el lanchón, tan silenciosamente, que el capitán no se enteró hasta que estaban ya a medio camino de la costa.

En cuanto descubrió la escapada, llamó al artillero, porque en aquel momento el artillero mayor estaba enfermo en su camarote, y ordenó que hiciera fuego contra la barca. Con gran cólera se enteró de que el artillero era uno de los que habían huido y de que, gracias a él, habían logrado llevarse tantas armas y municiones.

Cuando el capitán comprendió que no había otro remedio, reunió a todos los hombres, les habló bondadosamente y les dijo que se

sentía muy honrado de la fidelidad que le habían demostrado quienes se quedaron a bordo; que les entregaría, en recompensa, para que se los repartieran entre ellos, los salarios debidos a quienes se habían ido, y que estaba muy contento de que el barco se viera libre de aquel tropel de rebeldes, los cuales no tenían ningún motivo para estar insatisfechos.

Los marineros parecieron alegrarse, principalmente por la promesa de repartir entre todos los salarios de los desertores. Tras de este discurso, el criado del capitán le entregó la carta que los huidos le habían dejado. La carta decía, poco más o menos, lo mismo que habían expuesto al contramaestre y que éste había rehusado transmitir al capitán; además, al final, le anunciaban que, como no tenían ningún plan deshonroso, no se habían llevado nada que no fuese suyo, salvo las armas y municiones, que les eran de absoluta necesidad, tanto para defenderse de los salvajes como para cazar aves y perseguir a las fieras; pero, ya que les debía considerables sumas por sus salarios, podía cobrarse el valor de las armas y municiones a cuenta de la tal deuda. Añadían que, sabiendo cuán necesario le era el lanchón con el cual habían desembarcado, y deseando devolvérselo, lo entregarían gustosos a los hombres que enviase a buscarlo, sin molestar para nada a quienes acudieran con esta misión, y prometían no invitarlos ni forzarlos a permanecer en tierra con ellos. Al final de la nota le rogaban humildemente que les enviara un barril de pólvora y autorizase para quedarse con el mástil y la vela de la lancha, a fin de que pudieran intentar construir por su cuenta alguna embarcación con la cual lanzarse al mar en busca de la tierra que el destino quisiera poner frente a su proa.

El capitán, al leer esto, teniendo en cuenta que había conseguido dominar al resto de los hombres con sus palabras, como estaba muy contento con la paz que reinaba en el galeón —porque la verdad era que los más rebeldes se habían ido—, se dirigió al alcázar. Reuniendo a los marineros, les explicó el contenido de la carta y anunció que, aunque no se habían ganado tantas consideraciones, no quería exponer a los desertores a más peligros que los que ellos mismos se imponían. Por ello, le enviaría, no un barril de pólvora, sino dos, municiones, plomo y moldes para hacer balas, demostrándoles así ser mejor de lo que ellos merecían; añadiría, en fin, un barril de aguardiente de palma y un saco de harina, los cuales les ayudarían a mantenerse hasta que se hallaran en situación de proveerse por sí mismos.

Los marineros aplaudieron la generosidad del capitán, y cada uno

de ellos añadió al envío algo de su cuenta. Hacia las tres de la tarde, la pinaza del galeón se acercó a la costa, conduciendo todas aquellas cosas, que fueron muy bien recibidas, y se llevaron el lanchón, de conformidad con lo acordado. El capitán había escogido los marineros de quienes no temía que se quedaran con nosotros y les dio orden de que, si alguno lo pedía, se negaran a traer al buque a nadie, so pena de la vida. Nos atuvimos tanto a nuestra promesa, que ni nosotros les propusimos que se quedaran ni ellos nos indicaron que les acompañáramos.

Constituíamos ahora una buena tropa de veintisiete hombres en total, muy bien armados y provistos de todo lo necesario, excepto víveres. Teníamos entre nosotros dos carpinteros, un artillero y, lo cual era muy interesante, un cirujano, o sea un ayudante de médico de Goa, que hacía el viaje con nosotros como supernumerario. Los carpinteros se habían traído sus herramientas y el doctor sus instrumentos y medicinas, formando entre todos un gran equipo, aunque muchos de nosotros no poseíamos casi nada más que las ropas que llevábamos puestas.

Sin embargo, yo poseía algo que ninguno de mis compañeros suponía: las veintidós moidoras de oro, que había robado en el Brasil, y dos piezas de a ocho. Enseñé estas dos monedas y una moidora, y nadie sospechó que guardara en mi poder más oro pues me consideraban un pobre muchacho recogido en el buque por caridad y tratado como un esclavo o peor que un esclavo por mi amo el piloto.

Fácil es suponer lo contentos que nos pusimos los cuatro desembarcados en castigo, al ver llegar, con gran sorpresa nuestra, a los veintitrés tripulantes que se nos unían voluntariamente, aunque al principio nos asustamos mucho, pues pensamos que nos buscaban para ahorcarnos. Pronto nos tranquilizaron, asegurándonos que se encontraban en nuestra misma situación, con la única diferencia de que era por su propia voluntad, no obligados como nosotros.

Después del relato de su resolución, lo primero que nos contaron fue que nuestro quinto compañero se hallaba a bordo, aunque no podíamos imaginar cómo lo había logrado, porque estábamos muy lejos de suponer, cuando nos dimos cuenta de su desaparición, que pudiera nadar hasta el barco, dada la distancia a que éste anclaba. Es más, hasta ignorábamos que supiera nadar, y al revés de lo sucedido realmente, sospechamos que se había extraviado por el bosque, cayendo en manos de los salvajes, quienes le habrían asesinado y devorado. Esta idea nos había llenado de pánico, porque todos estábamos expuestos a tener el mismo fin que le atribuíamos a él.

Al enterarnos de cómo fue recibido a bordo y perdonado, nos sentimos más calmados.

Siendo, como ya he dicho, muchos en número, y estando en condición de defendernos, lo primero que hicimos fue jurar todos que no nos separaríamos en ningún caso ni por ningún motivo y viviríamos y moriríamos juntos. Acordamos que no saldríamos de caza por nuestra cuenta, y que toda la que se cobrara sería distribuida equitativamente, y fijaríamos nuestra conducta por el criterio de la mayoría, sin que nadie se atreviera a oponerse. Asimismo decidimos nombrar para guiarnos un capitán a quien, mientras ostentara este cargo, obedeceríamos sin vacilación ni reservas, so pena de la vida. Cada uno sería capitán por turno, y mientras lo fuese, no actuaría jamás sin aconsejarse de todos, para guiarse en todo momento por la opinión de la mayoría.

Establecidas ya estas reglas, pasamos a considerar el problema de nuestra alimentación y la manera de entrar en relación con los nativos para que nos proveyeran de lo que necesitábamos.

Por lo que se refiere a la comida, nos fueron muy útiles al principio; pero bien pronto nos cansamos de ellos, pues eran muy brutos e ignorantes, peores aún que los indígenas de otros países salvajes que conocíamos. No tardamos en convencernos de que la parte principal de nuestra subsistencia teníamos que conseguirla con ayuda de nuestros fusiles, cazando ciervos u otros animales y toda clase de aves, que abundaban extraordinariamente en la isla.

No se preocupaban los nativos por nuestra presencia, de la cual hacían poco caso, sin fijarse en si estábamos entre ellos o en si nos íbamos, mucho menos ahora que el barco se había marchado dejándonos en tierra. Porque, a la mañana siguiente de la llegada del cargamento que nos envió el capitán, el galeón se hizo a la mar en dirección Sudeste, y al cabo de cuatro horas, se perdió de vista.

Al día siguiente enviamos un par de destacamentos de dos hombres cada uno a recorrer en distintas direcciones aquel país, para ver qué clase de tierra era. Volvieron informando de que era tierra muy fecunda, abundante en frutas, agradable de temperatura y bastante conveniente para vivir allí, aunque habitada por extrañas criaturas con rasgos apenas humanos, e incapaces de llegar a convertirse de uno u otro modo en seres sociales.

La isla estaba llena de ganado y de comida. Pero no sabíamos si podíamos aventurarnos a apoderarnos de ellos. Pese a la mucha necesidad que teníamos de abastecernos, no nos atrevíamos a levantar en contra nuestra a aquel pueblo de diablos. Por ello

resolvimos que alguno de nosotros intentara ponerse al habla con los indígenas para ver cómo había que tratarlos.

Salieron a cumplir esa misión once de nuestros hombres, bien armados y preparados para la defensa. Regresaron anunciando que habían visto a varios nativos, y que éstos se mostraron amables con ellos, pero tímidos y temerosos a la vista de los fusiles, de lo cual dedujimos que los salvajes ya sabían para qué servían los fusiles y el daño que podían causar.

Hicieron señas a los indígenas para que les trajeran algo de comer, y éstos entregaron hierbas, raíces y leche, aun cuando con el deseo evidente de vendérselo, en vez de regalárselo, dándoles a entender que querían ver qué obtendrían a cambio de sus provisiones.

Ante tales pretensiones, nuestros hombres se sintieron perplejos, pues no poseían nada que sirviera para el trueque. A uno de los marineros se le ocurrió enseñarles una navaja, y se mostraron tan complacidos con ella, que estaban dispuestos a hacer lo que quisiéramos a fin de obtenerla. El blanco comprendió que podría realizar un buen negocio entonces, y estuvo regateando mucho, pues sólo le ofrecían raíces y leche. Al cabo, uno de los salvajes llevó una cabra, y a cuenta de ello se efectuó la operación.

Otro de los marineros les enseñó una nueva navaja; pero no tenían nada suficientemente valioso para realizar el canje. Sin embargo, uno de los indígenas les hizo una seña de que esperaran, pues iba a buscar algo que les agradaría, y regresó trayendo una vaquita pequeña, aunque gorda y pesada, y la cambió por la navaja.

Fue éste un buen negocio; mas, por desgracia, no teníamos muchas mercancías para seguir cambalacheando, ya que los cuchillos nos eran tan necesarios a nosotros como a ellos, y como estábamos necesitados de comida, era seguro que los salvajes se aprovecharían de nuestra situación para hacernos pagar las cosas caras.

Aun así, la selva estaba llena de animales que podíamos matar sin causar perjuicio a los indígenas. Cada día salía un equipo de caza, y siempre volvía trayendo una pieza u otra. No teníamos nada que cambiar con los nativos, y en cuanto a dinero, todo el que poseíamos no nos habría alimentado muchos días.

Entretanto, nos reunimos en asamblea para saber la cantidad total que poseíamos. Se acordó juntar todo nuestro dinero, para hacer que durara lo más posible. Cuando me llegó el turno de entregar el mío, di la moidora y las dos piezas de a ocho de que antes he hablado.

Me atreví a declarar esta moidora para evitar que me despreciaran a causa de mi poca aportación al fondo común y para que no se les

ocurriera registrarme. Se mostraron muy amables conmigo, pues suponían que había dicho la verdad y que no poseía nada más.

Todo este dinero nos sirvió de poca cosa, pues los salvajes no le concedían ningún valor y no aceptaban ni el oro ni la plata; de modo que el dinero, que no nos servía de nada estando en el bolsillo de cada uno, no nos fue más útil tampoco después de reunirlo.

Ello nos hizo pensar que debíamos procurar la forma de marcharnos de aquel maldito sitio. Cuando me llegó el turno de expresar mi opinión, dije que estaba de acuerdo con lo que acordara la mayoría, y que en vez de preguntarme lo que pensaba, sería mejor que se me enviara a la selva a cazar, pues me sometería siempre a las decisiones de todos. Pero no quisieron consentirlo, estando prohibido que nadie fuese solo al bosque, porque, a pesar de no haber visto leones ni tigres, nos aseguraron los salvajes que en la isla había muchos, además de otras criaturas tanto o más peligrosas que las fieras, como pudimos comprobar por experiencia.

Pasamos muchas aventuras en la selva, yendo en busca de provisiones, y nos encontramos con terribles alimañas cuyos nombres desconocíamos; iban, como nosotros, en busca de presa, y viendo que no podían servirnos de alimento, las azuzábamos lo menos que podíamos.

Al tratar de la manera de abandonar aquella isla, nuestra asamblea acordó que, como teníamos entre nosotros dos carpinteros con buena parte de las herramientas de su oficio, podían construir una barca grande donde hacernos a la mar para ver si llegábamos a Goa, o a cualquier otra tierra que encontráramos más próxima.

No habrían sido de gran trascendencia las decisiones de esta asamblea si no hubieran llevado aparejadas muchas aventuras que años más tarde vivimos bajo mi guía. Por eso entiendo que debe relatarse este antecedente de mi futura empresa.

No opuse ningún reparo a la construcción de una gran barca. Los trabajos empezaron pronto; pero, a medida que avanzaban, aumentaban las dificultades: faltaban sierras para aserrar las tablas, faltaban clavos y tornillos para unirlos, faltaba brea para calafatear el casco. Por fin, uno propuso que, en vez de barca o bote, o lancha, o como se llamase lo que saliera de manos de los carpinteros, lo mejor sería planear una piragua larga y estrecha, que resultaría más fácil de hacer.

Se le objetó que no sería posible construir una piragua bastante grande para cruzar a su bordo el océano que nos separaba de la costa de Malabar. La piragua, no sólo no podría resistir los embates del

mar, sino que ni siquiera soportaría la carga, pues éramos veintisiete hombres, con un voluminoso equipaje y el peso de las provisiones que no podríamos dejar de embarcar.

Nunca quise participar en las discusiones de la asamblea; pero, viéndolos indecisos acerca del tipo de barca que convenía a nuestros propósitos, y sobre el modo de construirla, me decidí a hacerlo. Creía, dije, muy acertadas sus opiniones, mas no cabía pretender llegar a Goa o a la costa Malabar en una piragua. Porque, aunque nos contuviese a todos y resistiera la alta mar, no podría llevar todas las provisiones necesarias, y especialmente la suficiente agua fresca para el viaje. Emprenderlo en estas condiciones sería correr a una destrucción segura. Sin embargo, yo opinaba a favor de la construcción de una piragua.

Respondieron que entendían muy bien los motivos que yo exponía para no emprender semejante aventura, aunque no se les alcanzaba qué quería decir al aconsejar, no obstante, la construcción de una piragua.

A esto respondí que no creía que hubiéramos de escapar de la isla a bordo de una canoa o piragua, sino que en el mar había otros barcos además del nuestro; que pocas naciones, viviendo en la costa, serían tan salvajes como la que poblaba aquella parte de la isla donde nos hallábamos, y que todas salían al mar, en una u otra clase de navíos. Nuestra labor se reducía, pues, a recorrer las costas de la isla, que era muy extensa, y a apoderarnos del primer bajel que encontráramos mejor que el nuestro. Así, pasando de barco en barco, mejorándolo, podríamos llegar por fin a donde nos conviniera.

—¡Excelente idea! —alabó uno de los hombres.

—¡Una idea admirable! —exclamó otro.

—Sí, sí; ese cachorro inglés nos ha dado un buen consejo —terció el artillero—; pero, si lo seguimos, iremos todos a parar a la horca. Este bribón nos ha aconsejado que vayamos robando barcos cada vez mayores, hasta que acabemos convirtiéndonos en piratas. Y bien sabéis que el fin de los piratas es morir ahorcados...

—Puedes llamarnos piratas, si quieres —le replicó un cuarto—, y hasta quizá, si caemos en malas manos, nos traten como piratas, mas no me importa, pues prefiero ser pirata a náufrago, y antes de morir de hambre aquí, es mejor arriesgarse a morir colgado de la mesana. Por eso opino que el consejo del inglés es un buen consejo.

Se acordó por aclamación de todos:

—¡Construyamos una piragua!

El artillero se rindió a la mayoría. Terminada la asamblea, se me

acercó, me tomó la mano, y mirándome la palma de la misma, me dijo:

—Muchacho, has nacido para causar grandes males... Empiezas muy joven a ser pirata... pero ten mucho cuidado con los patíbulos, porque llegarás a ser un ladrón famoso.

Me eché a reír, asegurándole que no sabía lo que sería en el porvenir, aunque ahora, dada nuestra situación, no me daría ningún remordimiento asaltar al primer buque que se me presentara, por conseguir nuestra libertad. ¡Ojalá viéramos uno inmediatamente...!

Y conforme decía yo esto, uno de los hombres desde la puerta de la choza, nos dijo que el carpintero, que se encontraba en lo alto de una colina, estaba gritando.

—¡Una vela, una vela!

Salimos en seguida; pero a pesar de hacer un tiempo muy claro, no pudimos ver nada. Con todo, como el carpintero seguía gritando, corrimos a la cima del collado y desde allí vimos claramente un barco, que se encontraba, no obstante, a demasiada distancia para que nos fuese posible hacerle ninguna señal.

Encendimos una hoguera en lo alto de la colina, con toda la leña que pudimos juntar y procurando que desprendiera mucho humo. El viento estaba quieto por completo, y con un anteojo del artillero vimos que el barco iba en dirección Estenordeste, con todas las velas desplegadas, ruta al cabo de Buena Esperanza, y sin apercibirse de nuestra presencia en la isla.

Esta primera decepción nos hizo entregarnos con redoblado ardor a la tarea de construir nuestra piragua. Descubrimos un árbol enorme, a propósito para nuestros proyectos, y durante cuatro días, trabajamos en derribarlo, con las tres hachas de que disponíamos. No recuerdo la clase de madera ni su dimensión exacta, pero sí que aquel tronco era muy ancho y muy largo, y que, cuando lo botamos y vimos que flotaba, nos sentimos muy animados, tanto como si en cualquier otro momento se hubiera puesto a nuestra disposición un verdadero navío de guerra.

Una vez construida la piragua, resultó muy grande, capaz de llevarnos a todos con nuestro equipaje; de modo que al principio pensamos desechar la idea de asaltar otros barcos y dirigirnos directamente a Goa; pero desistimos, porque no había barriles donde llevar el agua, y la cantidad de provisiones que nos serían necesarias para un viaje así, no cabían en la canoa. Por otro lado, no poseíamos compás de altura para fijar nuestra posición, ni toldilla bajo la cual protegernos contra los asaltos de alta mar. Así, pues, todo el mundo

aceptó mi proyecto de hacernos a la vela en busca de otra embarcación mayor.

PRIMERA EXPLORACIÓN

De acuerdo con esta decisión, y para probar la canoa, un día zarpamos a alta mar con todos instalados a bordo y estuvimos a punto de que aquella salida fuese la última. Porque cuando nos hallábamos a cosa de una legua mar adentro, comenzó éste a picarse, aun cuando no hacía viento, y la canoa a oscilar de tal manera, que creíamos que acabaría por hundirse. Con grandes esfuerzos conseguimos alejarla de aquel sector, y después navegó firmemente hasta tierra.

Por entonces nos encontramos ante un grave dilema: los indígenas seguían mostrándose amables y venían a conversar con nosotros a menudo. Un día nos presentaron un personaje que creíamos sería su rey, pues llevaba en la mano una vara adornada con conchas, pedazos de latón, cadenitas, etcétera, y de cuyo centro colgaba un mechón de cabellos humanos. El rey se sentó frente a nosotros y puso en el suelo delante de él la vara. Esto, según nos enteramos luego, era signo de amistad. Por orden suya, nos trajeron abundantes vituallas: caza, pesca, hierbas y raíces. Nosotros estábamos perplejos, pues no poseíamos nada que darles a cambio, y en cuanto a esperar que nos regalaran aquello, no podíamos suponerlo en absoluto.

Nuestro dinero no tenía ningún valor para ellos; por lo cual estábamos perplejos con su actitud. Si hubiéramos dispuesto de espejillos, objetos de latón, vidrios de colores o cualquier otro objeto baladí, obtendríamos víveres suficientes para un ejército o para proveer a una escuadra de buques de guerra; pero a cambio de oro o plata no obteníamos nada.

El caso nos sumió en honda consternación. Yo no era sino un muchacho, pero me mostré partidario de caer sobre los salvajes con nuestras armas de fuego, arrebatárles su ganado y enviarlos a que el diablo calmara su hambre, antes de permitir que nos muriéramos de inanición nosotros. Sin embargo, no se me ocultó el que dicha actitud nos atraería la enemistad de diez mil salvajes, quienes no dejarían de acudir a la mañana siguiente; y aunque pudiéramos matar a muchos de ellos y hasta ahuyentar a los restantes, de seguro su cólera o nuestro escaso número acabarían por animarles a aniquilarnos.

Seguíamos, pues, meditando lo que convenía hacer cuando uno de

nosotros, que había sido cuchillero y herrero, preguntó al carpintero si entre sus herramientas había alguna lima.

—Sí —le respondió éste—; pero es muy pequeña.

—Cuanto más pequeña, mejor —repuso el otro.

Y empezó a trabajar. Encendió fuego, calentó un escoplo viejo y con el hierro construyó varias herramientas para su trabajo. Luego tomó tres o cuatro piezas de a ocho y las aplastó con un martillo, hasta casi laminarlas; después las cortó dándoles forma de bestias y aves; y con estas pequeñas monedas fabricó brazaletes y collares de tan distintos modelos, que sería difícil describirlos.

Cuando hubo pasado cerca de una semana ejercitando su ingenio de este modo, pusimos a prueba el resultado de su trabajo. Fuimos a buscar a los nativos y quedamos sorprendidos al ver su ingenuidad y su estupidez. Por un pequeño pedazo de plata cortado en forma de pájaro nos entregaron dos vacas y nos dieron a entender, con gran estupor nuestro que, si hubiera sido de latón, le habrían concedido más valor aún.

Por uno de los brazaletes nos facilitaron provisiones de todas clases, tantas que, vendidas en Inglaterra, habrían reportado quince o dieciséis libras. Y así con todo lo restante. Lo que cuando estaba acuñado no tenía para nosotros un valor superior a seis peniques, una vez convertido en chucherías nos proporcionó alimentos por más de cien veces su valor real.

Así vivimos durante un año, pero todos empezamos a cansarnos de aquella vida y decidimos intentar nuestra marcha de una u otra forma. Ya estábamos en posesión de tres canoas magníficas nada menos, y como los monzones afectan a la isla durante todo el año, seis meses en una dirección y seis meses en otra, creímos llegado el momento propicio de lanzarnos a nuestra aventura.

No obstante, cuando comenzamos a estudiar a fondo el proyecto, vimos, igual que las veces anteriores, que no podríamos emprender un viaje tan largo sin llevar mucha agua, y que no teníamos dónde llevarla ni había modo de poner remedio a esta carencia.

Debimos, pues, desechar este proyecto. No nos restaban más que dos soluciones: una de ellas consistía en navegar en dirección opuesta a Goa, hacia el cabo de Buena Esperanza, donde, sin duda, encontraríamos barcos de nuestro país; la otra, en buscar la costa del continente africano, para seguir luego por tierra o costeano el Mar Rojo, donde tarde o temprano avistaríamos algún navío que nos recogería, o que quizá podríamos asaltar..., pues esta idea no me había abandonado durante todo aquel tiempo.

La idea nos había sido propuesta por el ingenioso herrero, a quien desde entonces llamábamos platero. Pero el artillero, que había estado en el Mar Rojo a bordo de una chalupa malabar, advirtió que allí seríamos inevitablemente apresados por los árabes o esclavizados por los turcos, y que, por tanto, sustentaba el criterio de no tomar aquella ruta.

Utilicé la ocasión para volver a hablar de mi proyecto.

—¿Cómo? —dije—. ¿Habláis de ser asesinados por los árabes o esclavizados por los turcos?... ¿Acaso no somos capaces de abordar cualquier barco que hallemos en el mar y entonces, en vez de dejarnos coger por los árabes o los turcos, cogerlos nosotros a ellos?

—¡Bien dicho, pirata! —aprobó el artillero, el mismo que me leyera el porvenir en la palma de la mano y me predijera que acabaría en la horca—. He de reconocer que ésta parece ser nuestra única salida.

—No me digáis —contesté— que eso nos convertirá en piratas. Con tal de salir de este maldito lugar, podemos ser cualquier cosa...

En resumen, todos estuvieron de acuerdo con mi plan.

—Entonces —añadí—, lo primero que debemos hacer es enterarnos de si los pueblos de esta isla son navegantes y de qué clase de embarcaciones emplean. Si vemos que poseen alguna mejor o mayor que las nuestras, hemos de tomárselas.

Nuestro primer objetivo era lograr un barco con toldilla y velas, con lo cual podríamos poner a salvo nuestras provisiones, que de otro modo estarían expuestas de continuo a los rigores de la lluvia y a los embates del mar.

Por suerte se encontraba entre nosotros un marinero que había sido ayudante del cocinero del galeón. Nos dijo que conocía una manera de conservar la carne de buey sin necesidad de latas ni cajas. Lo hizo, en efecto, curándola al sol, y espolvoreándola con salitre. Antes de llegar a un acuerdo sobre nuestros proyectos, ya habíamos secado la carne de seis o siete vacas y de diez o doce cabras, tan bien, que nunca nos tomamos la molestia de hervirla, pues la comíamos cruda o ligeramente asada. Pero subsistía la gran dificultad del agua potable, porque no poseíamos ninguna vasija para llevarla.

En nuestro primer viaje decidimos arriesgarnos a todo, ya que sólo pensábamos costear la isla. A fin de conservar en lo posible el agua, el carpintero construyó en el centro de una de las canoas, de babor a estribor, un depósito que podría contener sin dificultad hasta una pipa del precioso líquido. Creo describir bien este depósito diciendo que se asemejaba al que llevan las pequeñas barcas pesqueras de Inglaterra para conservar vivos los peces; pero que en

vez de tener agujeros para dejar entrar el agua salada, estaba cuidadosamente incomunicado con el exterior. Creo que fue la primera vez que se construyó semejante recipiente, pues la necesidad es acicate del ingenio y madre de la inventiva. Nada nos impedía ya emprender nuestro primer viaje, que debía limitarse a seguir las costas de la isla, para ver si podíamos echar mano de algún bajel donde embarcar con más holgura. Resolvimos encaminarnos a la costa interior, la de Poniente, porque como proseguía durante un trecho enorme la dirección Noroeste, su punta superior se encontraba a relativamente poca distancia de la costa continental de África.

Supongo que jamás se ha hecho un viaje como el nuestro y con una tripulación tan resuelta, pues resultó que escogimos, sin saberlo, la peor costa para cruzarse con navíos, sobre todo de otros países, ya que quedaba fuera de sus rutas.

Después de embarcar todos nuestros equipajes, herramientas, armas y provisiones, nos hicimos a la mar. Habíamos construido mástiles y velas para las dos piraguas mayores; la tercera iba a remo, mientras había calma, y cuando estallaba algún temporal, la llevábamos a remolque.

Durante varios días navegamos plácidamente, sin encontrar nada que interrumpiera nuestra marcha. Vimos muchos nativos pescando a bordo de pequeñas canoas, y algunas veces intentamos acercarnos a ellos para hablarles; pero eran tan tímidos, y nos tenían tanto miedo, que apenas adivinaban nuestra intención, escapaban a todo remo hacia la costa. Al cabo, uno de nuestra tripulación supuso que allí podría sernos útil el signo de amistad que usaban los indígenas de la parte sur de la isla, o sea extender una vara frente a nosotros, que para ellos era lo mismo que una bandera blanca para los hombres civilizados.

Decidimos ver si nos daba resultado. A partir de entonces, la primera vez que encontramos un pescador, pusimos una vara asomando por la proa de la piragua que no llevaba velas, y nos dirigimos hacia la canoa del salvaje. Al ver la vara, permaneció quieto, y luego remó hacia nosotros. Lo mismo hicieron otros pescadores que se hallaban algo más lejos. Cuando estuvieron junto a nosotros, se mostraron muy complacidos y nos dieron varios peces muy grandes, cuyo nombre ignoro, pero que tenían un sabor excelente.

Seguíamos sin tener nada que darles a cambio; pero nuestro artista platero les regaló dos rodajas de plata, batidas, como dije

antes, en una pieza de a ocho. Las monedas estaban cortadas como un diamante, más anchas de un lado que de otro y con un agujero a uno de los extremos. Les agradó tanto el obsequio, que nos hicieron esperar hasta que echaron sus redes y sus anzuelos, más peces, que nos entregaron también.

Mientras, examinamos cuidadosamente sus piraguas, que eran muy estrechas, para ver si descubríamos alguna que nos conviniera; pero las encontramos todas insuficientes y pobres. Navegaban con ayuda de un mástil y una exigua vela de muy poca utilidad; además, sus cuerdas eran poco consistente. Opinamos, pues, que estábamos bien en nuestras canoas, y los dejamos tranquilos.

Seguimos la costa durante doce días en dirección Norte, y puesto que el viento venía del Este y del Estesudeste, avanzábamos a buena velocidad. No vimos ningún poblado en la costa; pero con frecuencia divisábamos chozas en las rocas cercanas al mar, y alrededor mucha gente que corría para contemplarnos con gestos de asombro.

Fue el más extraño viaje que haya realizado nunca hombre alguno. Formábamos una pequeña escuadra de tres piraguas, y un ejército de veinte a treinta peligrosos tipos. Si los salvajes nos hubiesen conocido, nos habrían dado cuanto pudiéramos desear, con tal de verse libres de nosotros.

Además, nos encontrábamos en una situación tan desesperada como pocos hombres la habrán conocido: viajábamos sin saber adónde, hacia alguna parte; y aunque sabíamos lo que queríamos hacer, no sabíamos realmente lo que estábamos haciendo. Seguimos adelante, hacia el Norte, y conforme avanzábamos, aumentaba el calor, que pronto se hizo intolerable para nosotros, pues estábamos en el agua, sin techo, ni toldo que nos protegiera del sol o de la lluvia. Principiaba octubre, en la latitud meridional, con el sol cada vez más cercano a la tierra; por días nos aproximábamos al sol, y el sol, por días, se aproximaba a nosotros, hasta que finalmente nos encontramos a 20° de latitud Sur. Cinco o seis días antes habíamos pasado el trópico; de modo que dentro de poco el sol estaría en su cenit, encima mismo de nuestras cabezas.

En vista de ello, resolvimos buscar un buen sitio en la costa para plantar nuestro campamento, en espera de que pasara el calor. Habíamos recorrido aproximadamente la mitad de la isla y nos acercábamos al punto que, inclinándose hacia el Oeste, se acerca a la costa de África, prometiendo acortar nuestro paso al continente más de lo que sospechábamos. No obstante, según calculamos, todavía distábamos de él unas ciento veinte leguas.

Estaban nuestras provisiones a punto de agotarse. Por consiguiente, se hacía necesario pasar unos días en tierra. Cada tres o cuatro fechas desembarcábamos en busca de agua fresca. A la sazón, cuando estuvimos en la costa, nos preguntamos si seguiríamos buscando otro sitio o si nos quedaríamos en aquél. Pero el lugar no nos agradaba mucho, y continuamos navegando algún tiempo más. Después de bogar hacia el Noroeste con brisa fresca del Sudeste por espacio de seis días, encontramos un gran promontorio que se adentraba un buen trecho en el agua. Como queríamos ver lo que había detrás, proseguimos cuatro fechas todavía de viaje, hasta doblar el cabo. No se puede expresar el desaliento y la decepción que sentimos cuando llegamos al otro lado. Porque comprobamos que la costa retrocedía tanto como avanzaba y aún más; de modo que, si queríamos aventurarnos a saltar a África, debía ser ahí, puesto que, si continuábamos costeano nos retirábamos del continente y aumentaría la anchura del brazo de mar que nos separaba del mismo.

COSTEANDO LA ISLA DE MADAGASCAR

Mientras reflexionábamos acerca de nuestra situación, nos vimos sorprendidos por un temporal y lluvias muy violentas, con rayos y truenos, que nos pusieron como una sopa.

Acercándonos a la costa, a sotavento del cabo, anclamos en una ensenada cuya orilla aparecía cubierta de árboles. Allí procuramos desembarcar a toda prisa, calados hasta los huesos y agotados por el calor y la lluvia.

Nos hallábamos en un estado deplorable, y el platero, para consolarse construyó una cruz de madera, plantándola en la cima de un cerro que se alzaba como a una milla del cabo, y en ella grabó esta inscripción en portugués:

Cabo de Desesperanza
¡Piedad, Jesús, de nosotros!

Nos pusimos desde luego al trabajo para levantar algunas chozas, mientras se secaban nuestro equipaje y nuestras ropas. Aunque yo era muy joven y tenía poca experiencia de estas cosas, nunca olvidaré la pequeña aldea que construimos, convenientemente fortificada y bien distribuida. Conservo su recuerdo tan fresco en mi memoria, que no puedo menos de dar una breve descripción de la misma.

Se instaló nuestro campamento en la parte sur de la pequeña caleta protegida por la ladera de una colina que se erguía al lado opuesto en dirección Noroeste, a una milla de nosotros, y que nos protegía de los rayos del sol durante la mayor parte del día. Corría cerca un arroyo de agua muy clara. En la llanura divisamos ganado pastando, y a lo lejos, muy lejos, por el Sur, divisamos la tierra baja.

Construimos doce pequeñas chozas semejantes a las tiendas de los soldados, mediante ramas de árboles atadas con lianas y mimbres. La cala nos defendía al Norte, un arroyo al Oeste, y protegimos los lados Sur y Este merced a un terraplén que ocultaba del todo nuestras chozas. Iba el terraplén en dirección oblicua de Noroeste a Sudeste, por lo cual el campamento tenía forma triangular. En una choza que levantamos más apartada almacenamos las municiones, y en otra mayor depositamos los víveres y herramientas. En una tercera, la más extensa de todas, comíamos juntos, se reunía la asamblea y nos

divertíamos por las noches, charlando y jugando.

Era indispensable entrar en relación con los indígenas, y el platero, después de hacer muchas baratijas de plata como antes, tomó contacto con unos cuantos negros. Éstos se interesaron en el acto y así se inició el intercambio, que nos facilitó más provisiones de las necesarias. Por lo pronto, obtuvimos quince cabezas de ganado, que nuestro cocinero adobó y curó lo mismo que ya había hecho. La cosa resultó fácil, pues el salitre era bueno y abundante, y los rayos solares calentaban de un modo terrible.

Así vivimos cerca de cuatro meses, hasta que terminó el solsticio Sur y el sol inició su camino hacia el equinoccio. Decidimos, pues, proseguir nuestra aventura, la cual había de consistir en llegar a Zanzíbar, nombre que los portugueses dan a aquel sector de la costa de África.

En cuanto pudimos hacernos entender, hablamos de ello con los nativos; pero todo lo que sacamos en limpio fue que al otro lado del mar, que era muy ancho, se hallaba una gran tierra de leones. Ya sabíamos que había un largo trecho hasta el continente; mas cada uno, lo calculaba de distinta manera: unos decían que medía ciento cincuenta leguas, y otros, que no llegaban a las cien. Cierta marinero, poseedor de un planisferio, nos demostró, con ayuda de la escala, que no era superior a ochenta leguas. Unos afirmaban que hallaríamos islas a todo lo largo de la ruta, y otros que estaba completamente desierta.

Por mi parte, no sabía nada ni adivinaba quién podía tener razón, aunque en realidad poco me importaba que la costa estuviera lejos o cerca. Un indígena viejo, ciego y tullido, a quien conducía un chiquillo, nos indicó que, si esperábamos a fines de agosto, el viento nos sería favorable y el mar estaría tan calmado, que el viaje se realizaría sin contratiempo.

Esto nos animó; pero temíamos el continuar allí; pues en agosto el sol estaría de vuelta y tornarían los calores. Finalmente se reunió una asamblea, cuyos debates fueron demasiado tediosos para reproducirlos aquí. Cuando llegó el momento de que expusiera su opinión el capitán Bob —pues así me llamaban todos—, les dije que me daba igual quedarme que hacerme a la mar, porque no tenía hogar ni familia, y todo en el mundo me era indiferente, dejándoles la decisión a ellos.

Por último, comprendieron que el lugar donde nos hallábamos estaba fuera de todas las rutas y que lo mejor era volver a navegar. Si nuestro propósito fuese sólo vivir para comer y dormir, no había en

el mundo lugar mejor que aquel; pero si deseábamos regresar a nuestras respectivas patrias, el sitio no podía ser peor.

Debo confesar que aquel país me agradaba de veras, y que más de una vez me pasó por las mientes la idea de volver para vivir allí... Solía asegurar que, de tener no más que un buque con veinte fusiles y una chalupa, bien tripulados ambos, no encontraría mejor sitio en la tierra para hacerme tan rico cual un rey.

Pero, volviendo a la asamblea, se decidió que nos aventurásemos de nuevo a salir a altar mar. Y en verdad, nos aventuramos en malas condiciones, porque aquélla era la peor época del año para navegar: los vientos, que de septiembre a marzo son del Este, cambian por completo el resto del año, y ahora venían de proa. Cuando con auxilio de la brisa de tierra, nos adentramos en el océano unas quince o veinte millas, lo bastante para desorientarnos, nos encontramos con que el viento era del Oeste, Oestesudoeste o Sudoeste, de modo que se oponía a nuestro avance.

Por otra parte, nuestras piraguas no podían orzar al viento; de lo contrario, habríamos seguidos en dirección Nortenorteoeste, y habríamos encontrado muchas islas a lo largo del camino, según resultó más tarde. Pero no podíamos lograrlo, a pesar de que lo intentamos varias veces. Por cierto que, al intentarlo, casi nos perdimos. Con tanto cambiar de dirección, acabamos olvidando la verdadera posición de la isla de Madagascar, porque, como partimos del promontorio casi situado en el centro de la isla y después del cual sigue la costa recta al Norte durante cuarenta leguas y se desvía al Este doscientas, nos hallábamos en pleno océano, a unas cien leguas de África y a otras tantas de la isla.

Llegamos a la vista de un cabo que penetraba profundamente en el agua. El viento seguía siendo del Oeste, y el mar estaba en calma. Con la piragua pequeña a remolque, nos acercamos a toda vela a la costa, exponiéndonos muchísimo, pues de haber soplado algo más de viento repentinamente, con toda seguridad habríamos zozobrado.

Llevábamos viajando unos once días y habíamos casi agotado las provisiones y el agua; de modo que la vista de tierra nos causó gran contento, aun cuando todavía se encontraba a diez u once leguas de distancia. El viento, al acercarnos a la costa, sopló de tierra, contra nosotros, y esto retrasó dos fechas el desembarco. Cuando pusimos pie en tierra con un calor terrible, no nos quedaba ya a bordo ni una gota de agua, excepto la medicinal que se guardaba en un par de botellas.

Ello nos dio idea de lo que habría sido de nosotros si nos

hubiéramos aventurado, con escaso viento y tiempo incierto, demostrándonos cómo no podíamos lanzarnos a surcar el océano hasta que poseyéramos mejores medios de navegación. Organizamos, pues, nuestro campamento, al igual que antes, lo mejor que pudimos, fortificándolo contra cualquier sorpresa. Los nativos, con todo, eran en esta parte de la isla mucho más corteses y sociables que en el Sur; y aunque no podíamos comprenderlos ni ellos tampoco a nosotros, pronto les explicamos que éramos forasteros y marineros, y que necesitábamos provisiones.

La primera prueba que tuvimos de su bondad fue cuando, después de desembarcar y ponernos a construir las chozas, uno de sus reyes o capitanes —pues no sabíamos cómo llamarles— vino acompañado de cinco o seis hombres y algunas mujeres, trayéndonos cinco cabras con dos becerros jóvenes y bien cebados, y nos los dieron sin pedirnos nada a cambio. Cuando les ofrecimos algo, el capitán o rey de los salvajes prohibió a sus acompañantes que aceptaran nada.

Al cabo de un par de horas, vino otro jefe, con cuarenta o cincuenta hombres tras él, lo cual nos alarmó e hizo que acudiéramos a las armas. Al verlo, nos envió él dos de sus hombres, llevando largas varas que sostenían tan altas como podían en señal de paz, según adivinamos. Luego clavaron estas varas en el suelo, y cuando el rey y sus guerreros llegaron adonde estábamos, hincaron sus lanzas en la tierra y se nos acercaron desarmados.

Convencidos de que venían en calidad de amigos, nos alegramos mucho de recibirlos, pues no teníamos el proyecto de combatir con ellos, si podíamos evitarlo. El capitán de aquella banda, viendo que algunos de nuestros hombres construían sus chozas y lo hacían bastante mal, envió varios de sus salvajes a ayudarles. Quince de ellos se mezclaron con nosotros para ofrecernos su cooperación. Realmente resultaron mejores obreros que nosotros, porque en un momento levantaron tres o cuatro chozas mucho más cómodas y perfectas que las nuestras.

Luego nos trajeron leche, bananas, calabazas, y gran cantidad de raíces y legumbres que nos supieron a gloria. Se despidieron, por fin, sin querer aceptar nada de lo que nosotros les ofrecíamos.

Uno de los marineros sirvió al jefe de los indígenas un trago de aguardiente, que le agradó mucho, hasta el punto de que con un gesto pidió otro, y le dimos más alcohol.

A partir de aquel momento, no dejó nunca de presentarse dos o tres veces por semana, llevándonos siempre algo. En una ocasión nos envió siete cabezas de ganado, algunas de las cuales adobamos y

curamos.

Observamos dos hechos esenciales para nosotros: primero, que poseían gran cantidad de loza, la cual utilizaban lo mismo que nosotros los hombres blancos y tenían grandes vasijas hondas y resistentes donde envasar líquidos, que hundían en tierra para que el agua se mantuviera fresca y con buen sabor; lo segundo que observamos fue que contaban con canoas de mayor tamaño que las de sus vecinos.

Intentamos averiguar si tenían navíos de más capacidad aún, o si conocían algún lugar de la isla donde se encontraran tales bajeles. Nos manifestaron que los mayores que poseían eran aquellos que veíamos; pero al otro lado de la isla había otros mucho mayores, con grandes velas y cubierta. Esto nos decidió a costear la parte noroeste de Madagascar, hasta descubrirlos.

Preparamos, pues, las canoas para hacernos a la mar de nuevo, o sea para emprender nuestro tercer viaje.

Estuvimos navegando más de un mes, casi seis semanas durante las cuales desembarcamos varias veces en busca de agua y provisiones, encontrando siempre a los nativos muy amables y serviciales. Una mañana, estando en el extremo septentrional de la isla, fuimos sorprendidos por los gritos, o casi aullidos, de uno de nuestros marineros:

—¡Una vela, una vela!

Vimos un navío en alta mar; pero no pudimos distinguir a qué país o a qué clase pertenecía, por más que lo miramos con ayuda de los anteojos. No era un galeón, ni una galera, ni un queche, ni ninguna de las clases de barco que conocíamos. Lo perdimos pronto de vista, porque no nos hallábamos en condiciones de darle caza, y ya no volvimos a verlo más. Según pudimos ver entonces y supimos luego por experiencia, debía de tratarse de algún buque árabe, que venía de las costas de Mozambique o Zanzíbar, las mismas adonde íbamos a llegar, como se verá después.

No llevé diario de esta navegación, y en realidad, sobre el arte de navegar no sabía más que de lo que sabe cualquier marinero de cubierta. No puedo especificar las latitudes en que nos hallábamos cada día. Pero recuerdo muy bien cómo, habiendo dado vuelta al cabo norte de la isla, bajamos hacia el Sur, costeando por el este de Madagascar, igual que antes habíamos costeado por el oeste y hacia el Norte.

Los nativos no diferían mucho unos de otros en su estatura, ni en su piel, ni en sus maneras, costumbres, adornos y armas, ni en nada.

Tampoco pudimos percatarnos de que estuvieran en contacto los de las distintas partes de la isla. En la costa este, como antes en la oeste, los indígenas se mostraron siempre con nosotros amables y serviciales.

NAVEGANDO HACIA ÁFRICA

Durante varias semanas continuamos navegando rumbo al Sur, con breves intervalos en tierra para hacer acopio de agua y provisiones.

Un día, al doblar la punta de un cabo que penetraba como una legua en el mar, nos sorprendió la vista de algo que debió de haber sido tan desagradable para sus víctimas como agradable para nosotros.

Se trataba de los restos de un navío europeo que se había estrellado contra los arrecifes de la costa, muy abundantes en aquel sitio.

Aprovechando el reflujo, pudimos comprobar que una gran parte del barco quedaba en seco, e incluso, en la pleamar, el agua no lo cubría del todo. Se hallaría a una legua de la costa. Nuestra curiosidad nos impulsó a dirigirnos al buque naufragado; como no se oponían la corriente y el viento, lo hicimos a toda prisa. Evidentemente, el navío era de construcción holandesa, y no debía de hacer mucho tiempo que encallara, pues buena parte de la cubierta aparecía en magnífico estado de conservación, y el palo de mesana seguía en su sitio. La proa parecía haberse partido en dos pedazos, uno a cada lado de una roca, que había causado gran destrozo en toda la parte delantera del barco.

Entre los restos del navío no encontramos nada que pudiera sernos útil. Sin embargo, decidimos desembarcar y quedarnos algún tiempo allí, para ver si podíamos llegar a reconstruir la historia de aquel naufragio. Hasta abrigábamos la esperanza de saber algo concreto sobre sus tripulantes y tal vez de encontrar a algunos de ellos en la misma situación en que nos hallábamos, aumentando así nuestra tropa.

En tierra tuvimos la sorpresa de descubrir señales de un taller de carpintero, tablas, virutas, un gran bloque de madera podrida, y restos del navío encallado. Todo esto nos invitó a perseverar en nuestro propósito. Dedujimos que los tripulantes de la desgraciada embarcación se habían salvado acercándose a la costa, acaso en sus propios botes, y habían construido por su cuenta una lancha o chalupa, en la cual se hicieron de nuevo a la mar. Preguntamos a los

nativos que se nos presentaron, quienes nos señalaron en dirección Sur y Sudoeste, de lo cual dedujimos que aquéllos se habían dirigido hacia el cabo de Buena Esperanza.

Nadie nos creerá tan necios que no decidiéramos seguir su ejemplo. Así, pues, resolvimos intentar, por lo pronto, la construcción de un bajel, fuese cual fuere el modelo, y lanzarnos al mar con él para que el destino decidiera nuestra suerte.

Primero indicamos a los dos carpinteros la conveniencia de ver qué herramientas y material aprovechables para nosotros habían dejado tras sí los del navío holandés. Lo mejor que hallaron fue una caldera con algo de brea todavía. Esto nos sería muy útil y yo mismo, más tarde, exploté con frecuencia este hallazgo.

Cuando empezamos la construcción del bajel, advertimos que resultaba muy difícil y laboriosa, pues nos faltaban herramientas, clavos, cuerdas y velas. De modo que nos vimos obligados a convertirnos, sucesivamente, en herreros, cordeleros, fabricantes de velas, y a practicar otros veinte oficios de los cuales no conocíamos nada. Con todo, la necesidad es madre de la inventiva, y llevamos a cabo muchas cosas que hubiéramos creído irrealizables en otras circunstancias.

Cuando los dos carpinteros hubieron convenido las dimensiones de la embarcación, nos hicieron ir en las canoas hasta el barco encallado y traer toda la madera que pudiéramos. Lo que más interesaba era conservar el palo de mesana, que logramos llevar a tierra, tras veinte días de trabajo realizado por catorce de nuestros hombres.

Al mismo tiempo logramos ir arrancando gran cantidad de clavos y tornillos con algunos de los cuales el platero, que se había convertido en un hábil artífice, fabricó agujas para coser las velas.

Nos hacían falta un ánora y cable para sujetarla. Tuvimos que limitarnos a hacer fuertes cuerdas con los vegetales que empleaban los nativos para sus esterillas. Los salvajes nos ayudaron mucho en esta tarea, y al cabo de cierto tiempo, teníamos el cordaje acabado y unas fuertes amarras que, sujetando el barco a la costa, habrían de sustituir al ancla.

En resumen, pasamos cuatro meses trabajando con afán, transcurridos los cuales botamos nuestro bajel, que adolecía de muchos defectos, en verdad, aunque, bien mirado, resultó mejor de lo que podíamos esperar.

Era una especie de chalupa, de unas dieciocho o veinte toneladas, y si hubiera tenido mástiles y velas enjarciadas, como suelen tener

los navíos, habría podido llevarnos a cualquier parte adonde nos conviniera ir. Lo peor de todo, empero, consistía en no tener brea con que tapar las juntas de las tablas y calafatear la quilla. Con sebo y aceite amasamos como pudimos una mezcla que supliera la brea; pero no podíamos confiar enteramente en la brillantez del resultado.

Cuando botamos nuestra embarcación, hizo agua tan pronto, que pensamos que todo nuestro esfuerzo se iba a pique, y nos costó muchísimo ponerla en condiciones de flotar y navegar, pues no poseíamos bombas ni medios de improvisar ninguna.

Tuvimos la suerte de que uno de los indígenas nos enseñara un árbol cuya madera, calentada al fuego, desprendía un líquido tan fuerte y espeso como el alquitrán, y que, una vez hervido, reemplazaba a la brea con gran éxito. La embarcación flotó a maravilla y con garantía. Este secreto me ha sido a menudo de gran utilidad después.

Terminado ya el casco, fijamos en la chalupa el palo de mesana del navío holandés y montamos las velas lo mejor posible. Le pusimos un timón con su caña, de construcción nuestra, y todo lo demás que podía convenir y estuvo en nuestras manos hacer. Convenientemente avituallados y tras almacenar a bordo toda el agua que logramos envasar —aun cuando seguíamos sin depósitos— nos hicimos a la mar con viento favorable.

En este trabajo y aquellos tres primeros viajes, habíamos invertido otro año. Según decían los hombres, nos hallábamos a principios de febrero, y el sol se alejaba de nosotros, lo cual nos produjo gran satisfacción, porque el calor era extraordinariamente violento.

Ya advertí que el viento nos era favorable, debido, tal y como me enseñó después mi experiencia, a que los vientos soplan siempre hacia el Este cuando el sol se aleja en dirección Norte.

Jamás he visto hombres tan vacilantes como nosotros, mientras se trató de decidir qué rumbo tomaríamos. Algunos querían emprender la derrota del Este, directamente hacia la costa Malabar. Otros, que consideraban con más seriedad la longitud del viaje, movían la cabeza ante tal propuesta, sabiendo que ni nuestras provisiones ni nuestra reserva de agua, ni la resistencia de nuestra embarcación, permitirían recorrer dos mil leguas que nos separaban de Malabar, sin ninguna tierra donde hacer escala.

Los que pretendían ir al continente africano opinaban que allí correríamos menos riesgos y podríamos hacernos ricos fácilmente, dondequiera que fuéramos a parar, si éramos capaces de abrirnos camino, ya fuera por mar, ya por tierra.

Además, en nuestra situación, no podíamos elegir la derrota. Si nos decidíamos por la del Este, aquella estación del año nos era desfavorable, y tendríamos que aguardar hasta abril o mayo para salir. Por fin, en vista del viento Sudeste o Estesudeste que reinaba, y de las perspectivas de buen tiempo, todos se mostraron de acuerdo con la propuesta de ir a la costa africana. No hubo discrepancias en cuanto a la necesidad de costear la isla, ya que nos hallábamos en la costa opuesta de África. Por tanto, pusimos proa al Norte, y después de pasar el cabo septentrional, nos dirigimos al Sur, a sotavento de la isla, pensando llegar a la punta más occidental que, como observé luego, acortaría nuestro viaje por alta mar más de cien leguas.

A las treinta leguas de navegación en aquella dirección, notamos que los vientos de la costa eran variables y desfavorables para nuestra marcha; de modo que nos dirigimos en pos de la costa africana directamente, porque en alta mar el viento era favorable y nuestro buque estaba mal provisto para navegar contra él.

Desembarcamos en busca de provisiones y agua, y a fines de marzo, con más valor que discreción y más decisión que juicio, nos hicimos a la mar con destino a las costas del continente.

Yo no sentía ninguna inquietud, porque me importaba poco el modo, con tal de llegar a alguna tierra más cercana a Europa. Entonces, no tenía ninguna noción de lo que dejaba detrás de mí ni de cuál había de ser mi suerte en el futuro. Con tan poco discernimiento cabe imaginar, atendiendo a mi edad, que daba mi conformidad a todo lo que se proponía, por muy arriesgado que fuese y por muy improbable que pareciera el éxito.

El viaje, emprendido con mucha ignorancia y temeridad, no evidenciaba gran decisión ni sano juicio. Sólo sabíamos del sitio adonde íbamos una cosa: que estaba en algún lugar al Oeste, dentro de dos o tres grados al Norte y al Sur. Como no teníamos otro compás que uno de latón, el cual por causalidad más que por previsión llevaba un marinero en el bolsillo, no podíamos fijar nuestra ruta con exactitud.

Aun así, como plugo a Dios que el viento continuara siendo de Sudeste y de Este, navegamos con rumbo Oeste y Noroeste, que era, por fortuna, el que nos convenía.

El viaje resultó mucho más largo de lo que esperábamos. Nuestra chalupa, hartamente pesada para navegar y sin velas proporcionadas a sus dimensiones, avanzaba con lentitud. No nos sucedieron grandes aventuras en este viaje, que transcurrió lejos de cuanto pudiera distraernos, hasta el punto de que no vimos ni una vela. Aquel mar

estaba totalmente apartado de todo punto comercial y de las rutas de los galeones de Indias. Los indígenas de Madagascar no sabían de África más que nosotros, aparte de ser una tierra de leones, nombre que daban al continente, como ya expliqué.

Habíamos navegado durante ocho o nueve días, con viento favorable, cuando uno de los hombres lanzó, con gran alegría de todos, el deseado grito de:

—¡Tierra a la vista!

Nos alegramos tanto más cuanto que nos quedaba agua sólo para dos o tres días, y aún eso a corta ración. Descubrimos tierra en las primeras horas de la mañana; pero llegamos a ella por la noche, porque al aproximarnos cesó el viento, y siendo nuestro buque muy mal navegante, avanzó con lentitud desesperante.

Sufrimos una gran decepción cuando comprobamos que, en vez de arribar, como creíamos, al continente, habíamos atracado en una pequeña isla, inhabitada al parecer, pues no encontramos persona alguna. Tampoco había ganado, aunque pudimos matar tres cabras, que nos proporcionaron carne fresca. También hallamos agua muy buena y que nos hacía mucha falta.

Transcurrieron quince días más, antes de llegar al continente, al cual arribamos justo cuando nuestras provisiones se estaban agotando. En realidad, podríamos decir que se habían agotado antes de llegar, pues los dos últimos días no bebimos sino un cuartillo de agua cada uno. La noche anterior divisamos tierra, y gracias a una brisa agradable y acogedora, por la mañana estábamos a cosa de dos leguas de ella.

Desembarcamos desde luego, sin fijarnos en dónde, aunque, si hubiéramos tenido algo de paciencia, habríamos encontrado un río algo más al Norte. Amarramos nuestra chalupa a dos grandes troncos que clavamos en el suelo, y las cuerdas que habíamos hecho con mimbres nos fueron de gran utilidad para sujetar la embarcación.

Apenas hubimos efectuado una inspección del país, buscando agua fresca y provisiones suficientes, que encontramos en escasa cantidad, regresamos de nuevo a bordo. Llevábamos varias aves que matamos y una especie de búfalo o toro muy pequeño, pero de exquisita carne.

Nos hicimos a la vela a lo largo de la costa, la cual subía en dirección Nornordeste, buscando algún río o ensenada que nos permitiera adentrarnos en tierra, o alguna aldea. Teníamos motivos para estar seguros de que aquella comarca se hallaba habitada, pues vimos varias hogueras durante la noche y humo durante el día, si bien a bastante distancia de nosotros.

Por fin, llegamos a una amplia bahía, donde desembocaban varios riachuelos, por el primero de los cuales avanzamos audazmente. Vimos chozas y salvajes alrededor y nos dirigimos a una ensenada que había en la parte norte del río, llevando una vara con un trapo blanco pendiente de ella, en señal de amistad y paz.

Comprendieron nuestras intenciones, pues se acercaron en bandada. Muchas mujeres y niños iban completamente desnudos. Al principio, se nos quedaron mirando maravillados, como si fuéramos seres monstruosos y como si nos tuvieran miedo; pero luego fueron mostrándose más atrevidos y hasta algo familiares. Lo primero que hicimos fue llevarnos las manos a la boca con ademán de beber, para darles a entender que deseábamos agua. Nos comprendieron en seguida, y tres mujeres y dos niños fueron por ella, regresando al cabo de un cuarto de hora, con vasijas de barro bastante bonitas y cocidas, según supuse, al sol. Nos dieron agua en abundancia, y nosotros la llevamos al buque, manteniéndolos algo apartados de la orilla.

Poco después nos trajeron raíces y hierbas, y unos frutos de cuyo nombre no me acuerdo. No teníamos nada que darles a cambio, y vimos que estos salvajes no eran tan generosos como los de Madagascar. Nuestro platero se puso al trabajo, y con el hierro que había sobrado de la construcción de la chalupa —el que sacamos de los restos del navío encallado— hizo anzuelos, brazaletes, agujas, pájaros, perros y sortijas. Los limamos y pulimos y cuando les ofrecimos estos objetos, los salvajes nos trajeron inmediatamente gran cantidad de provisiones, cabras, vacas y frutos, que repusieron a satisfacción las reservas de nuestro grupo.

BOTÍN HUMANO

Nos encontrábamos ya en el continente africano, que es la parte del mundo más inhospitalaria, sin exceptuar Groenlandia y Nueva Zembla. Por cierto que hasta los peores parajes de África están habitados; pero teniendo en cuenta la naturaleza y calidad de algunos de sus habitantes, mejor hubiera sido para nosotros que permanecieran desiertos.

Fue en tal lugar donde tomamos una de las más temerarias, fieras y desesperadas resoluciones que jamás haya tomado un grupo de hombres. Esta resolución consistía en viajar a través del continente, desde Mozambique, en la costa este, hasta la Guinea o Angola, en la costa oeste, por el Atlántico. Un viaje de mil ochocientas millas, durante el curso del cual tendríamos que soportar calores extenuantes y atravesar desiertos infranqueables, sin carruajes, camellos u otras bestias para transportar nuestro equipaje, luchando contra la sed y el hambre, con la amenaza de innumerables fieras y bestias venenosas. Deberíamos pasar la línea equinoccial y penetrar en la zona tórrida, donde encontraríamos poblaciones de salvajes y bárbaros completamente embrutecidos. En una palabra, no nos faltaban motivos suficientes para asustar al corazón más temerario que albergara pecho humano.

Y, no obstante, sin temer nada de esto, decidimos aventurarnos. Hicimos todos los preparativos que permitía el sitio donde nos hallábamos y que nuestra poca experiencia aconsejaban.

Ya de tiempo atrás nos habíamos acostumbrado a ir descalzos por las rocas, el suelo, la arena y la hierba. Pero nuestros pies no resistían el terrible calor de la arena en tierra adentro, y para protegerlos, nos fabricamos una especie de abarcas con pieles de las bestias que cazábamos; una vez secas al sol, las pieles se endurecían por la parte sin pelo y resultaban muy resistentes. La parte peluda iba al interior. En suma, nuestros guantes para los pies, como los llamábamos con mucha propiedad, se revelaron muy cómodos y útiles.

Logramos entendernos con varios de los nativos, que se mostraron bastante amables. No pretendo conocer qué lengua hablaban; pero nos hacíamos comprender con gestos para las cosas más necesarias:

comida, bebida, materiales, y sobre todo, para preguntarles qué tierra había en aquella dirección a la vez que señalábamos el Oeste. Nos dijeron pocas cosas útiles para nosotros, mas por medio de sus gestos entendimos que encontraríamos pueblos salvajes en cualquier parte, que había ríos muy anchos, muchos tigres, elefantes, leones y gatos monteses, los cuales resultaron ser gatos de algalia.

Cuando les preguntamos si alguno de ellos había viajado por el Oeste, nos respondieron que sí, y que algunos habían ido al país donde se pone el sol; pero no podían señalarnos quiénes eran. Y al preguntarles si habría quien quisiera guiarnos, se encogieron de hombros, como hacen los franceses cuando no quieren hacer algo. Al hablarles de leones y de fieras, se echaron a reír, dándonos a entender que no nos causarían ningún daño, y nos enseñaron la manera de tratar con ellos, encendiendo fuego, que los asustaba y alejaba, como pudimos comprobar después.

Tras de reflexionar acerca de todos estos datos, opinamos que el viaje era realizable y decidimos emprenderlo. Voy a exponer nuestro razonamiento, para que se vea que nuestra conducta no era tan criticable como podría parecer.

Ante todo, nos encontrábamos sin ningún medio de alcanzar la libertad nosotros mismos, a no ser aquél. Estábamos en una costa remota y jamás frecuentada por europeos, de modo que no podíamos soñar siquiera con que nos descubriesen y nos reintegraran a nuestros países. En segundo lugar, si nos hubiéramos aventurado a costear el continente hacia el Norte hasta llegar al Mar Rojo, cuanto podíamos esperar era que nos capturaran los árabes y nos vendieran a los turcos, lo cual suponía para nosotros algo peor que la muerte.

No podíamos construir un navío que nos llevara a la India a través del Océano Índico, ni nos era posible pretender llegar al cabo de Buena Esperanza, pues los vientos se mostraban demasiado variables, y el tiempo muy tempestuoso en aquellas latitudes. Sabíamos, en cambio, que si lográbamos cruzar el continente hasta alcanzar alguno de los grandes ríos que desembocan en el Océano Atlántico, podríamos construir a sus orillas otra chalupa que nos llevara a la costa. Aun cuando este camino suponía muchas millas no necesitábamos más que comida, y ésta podríamos obtenerla en ruta por medio de nuestros fusiles. Además, calculamos que, aparte de nuestra liberación, cada uno de nosotros podría ganar una cantidad de oro considerable, la cual una vez a salvo, nos compensaría con creces de nuestras penalidades.

Yo no había intervenido jamás en las anteriores asambleas,

respecto al mérito y al valor de nuestras empresas. Mi punto de vista anterior era, según mi opinión, muy acertado: dirigirnos al Mar Rojo o al golfo de Arabia y aguardar allí a que un barco de los muchos que pasan en una y otra dirección se pusiera a nuestro alcance para asaltarlo; así, no sólo nos enriqueceríamos con su cargamento, sino que nos llevaría a la parte del mundo donde más nos conviniera. Pero cuando me hablaron de una marcha de dos o tres millas a pie por el desierto, entre fieras y salvajes, he de confesar que se me heló la sangre y empleé toda mi fuerza de persuasión para disuadirles.

Sin embargo, estaban decididos, y hubiera podido ahorrar mis argumentos. Me sometí, diciendo que obedecía a nuestra primera ley, la de acatar la decisiones de la mayoría.

Lo primero que hicimos fue procurar saber en qué lugar del mundo nos hallábamos, y resultó que estábamos a 12° 35' de latitud Sur. Miramos el mapa, y vimos que la costa de Angola se hallaba entre los 8° y 11° de latitud Sur, y que la del Níger o de Guinea se encontraba entre los 12° y 29° de latitud Norte.

Puesto que, según el mapa, la costa de Angola estaba aproximadamente a la misma latitud que nosotros, resolvimos que aquélla fuese nuestro objetivo, pues no tendríamos más que seguir la línea recta hacia el Oeste para llegar allí. Además, estábamos seguros de encontrar grandes ríos, que no dejarían de facilitarnos el viaje, máxime si podíamos hallar la manera de cruzar el gran lago o mar interior que los nativos llamaban Coalmucoa, y donde se dice que nace el río Nilo. Pero no contamos con la huéspedea, según después se verá.

Luego nos pusimos a reflexionar sobre la manera de conducir nuestro equipaje, que estábamos decididos a no abandonar, pues de él, especialmente de las municiones y herramientas, dependían nuestra subsistencia y nuestra vida, tanto para el alimento como para la defensa y la lucha contra las fieras y salvajes. Con todo, las municiones y herramientas se hacían demasiado pesadas para llevarlas a través de un país donde el calor era tan extenuante, que hasta nuestro propio peso resultaba excesivo.

Averiguamos que los salvajes no conocían las bestias de carga, caballos, mulos, asnos, camellos o dromedarios. La única acémila que utilizaban era una especie de búfalo o toro domesticado, igual que el que matamos. Algunos mostraban tal mansedumbre, que acudían cuando se los llamaba, y podían transportar fardos; por añadidura, ofrecían la ventaja de que nadaban y a sus lomos se podían atravesar ríos y lagos.

No sabíamos cómo se guiaba semejante animal, ni cómo fijar la carga en sus lomos. Todo esto nos tenía perplejos y preocupados. Finalmente, se me ocurrió un recurso, que propuse y no fue aceptado: pelearnos bajo cualquier pretexto con algunos negros, coger a diez o doce prisioneros, declararlos esclavos y hacerlos viajar con nosotros, imponiéndoles como misión la de cuidarse del transporte de nuestro equipaje. Este procedimiento tenía también la ventaja de procurarnos guías e intérpretes.

Mi propuesta al principio, no fue bien recibida; pero inconscientemente los nativos se encargaron de darme la razón y de facilitarnos una oportunidad para poner en práctica mi idea. Nuestros intercambios con ellos se basaban en la buena fe que demostraron de primera intención; mas poco a poco se volvieron picaros. Cambiábamos por ganado las bagatelas que hacía nuestro platero. Un día, uno de los nuestros estaba enseñándoles varios objetos por cambiar, y cuando los tuvieron en las manos, se fueron con reses y objetos, riéndose de nosotros en nuestras propias barbas.

El marinero empezó a gritar, y acudieron los que estaban cerca. Al ver esto, un negro le arrojó una lanza, que hubiera alcanzado a nuestro hombre de lleno si no llega a apartarse ágilmente. Aun así, recibió una herida en el brazo. El herido, furioso, disparó su fusil, alcanzando al negro en el mismo corazón.

Los salvajes que estaban entre nosotros se quedaron tan sorprendidos y asustados, primero al ver el fogonazo, después al oír la detonación y finalmente al caer muerto su compañero, que permanecieron inmóviles, como atontados. Cuando se recobraron, uno de ellos, que estaba algo lejos, prorrumpió en un extraño aullido, el cual parece ser el que emiten cuando se disponen a lanzarse al combate. Al oírle, todos los salvajes corrieron a su lado, y nosotros continuamos mirándolos, sin acertar a comprender la significación de todo aquello.

Pronto salimos de dudas, porque, al cabo de dos o tres minutos volvimos a oír el alarido de guerra de los salvajes, repetido de una parte a otra del contorno, de aldea en aldea, hasta al otro lado de la ensenada donde estaba nuestro barco. Poco después, una multitud desnuda y vociferante se congregaba alrededor del hombre que había gritado primero. Al cabo de una hora, serían más de quinientos, armados de arcos y flechas, pero la mayoría con lanzas que sabían arrojar a gran distancia, con tanto acierto, que cazaban un pájaro al vuelo.

No nos hizo falta mucho tiempo para tomar una decisión, pues la

multitud aumentaba por momentos, y creo que si hubiéramos esperado mucho, habrían llegado a ser diez mil. No podíamos hacer más que retirarnos a toda prisa a nuestro barco, desde donde podríamos defendernos muy bien, o avanzar y ver qué efecto causaba en los salvajes una descarga de nuestros fusiles.

Decidimos rápidamente que el último proyecto era el mejor, confiando en el espanto que producían los fogonazos de la pólvora, el ruido de las detonaciones y la muerte que llevaba el plomo. Nos pusimos en fila y avanzamos audazmente hacia los salvajes. Ellos también se dispusieron a recibirnos, esperando matarnos a todos con sus lanzas. Pero antes de estar a distancia suficiente para que pudieran alcanzarnos con ellas, nos detuvimos, y poniendo cierto espacio entre unos y otros, los saludamos con nuestros fusiles. Además de herir a no sabemos cuántos, matamos a dieciséis negros y dejamos gravemente heridos a tres más, que fueron a caer a veinte o treinta yardas de sus compañeros.

Apenas disparamos, los negros comenzaron a chillar de la manera más espantosa; gemían y gritaban los heridos a causa de su dolor, y los parientes lloraban a sus muertos de tal modo, que nunca he oído tan dolorosa algarabía en el resto de mi vida.

Tras esta primera descarga, permanecemos quietos para volver a cargar los fusiles, y viendo que no se movían del sitio, disparamos de nuevo, matando este vez tan sólo a nueve de ellos, porque, como no estaban tan aglomerados, no quisimos desperdiciar municiones, y siete de los nuestros no usaron sus fusiles. Estos siete dispararon cuando nosotros estábamos cargando, desde mucho más cerca. Quienes habían cargado, siguieron con otra descarga, mientras los siete volvían a preparar sus armas. No bien nos vieron avanzar por quinta vez, huyeron despavoridos, como si estuvieran embrujados, vociferando terriblemente.

Cuando llegamos al campo de batalla, vimos gran número de cuerpos derribados en el suelo, más de los que cabía suponer que habíamos matado o herido, más, inclusive que balas habíamos disparados. No sabíamos a qué se debía esto; pero, al cabo, descubrimos que estaban desmayados a causa del pavor, y varios de ellos, que no estaban heridos aunque no cabía duda de que habían muerto, creo que murieron de miedo.

Algunos de los que perdieron el sentido fueron recobrándolo, y al vernos, muy asustados, nos adoraron, con grandes signos de acatamiento, tomándonos por dioses o demonios, aunque ello no nos importaba. Unos se arrodillaban y otros se arrojaban al suelo con

ademanes de la más profunda sumisión.

Se me ocurrió que entonces, según ley de guerra, podíamos hacer tantos prisioneros como quisiéramos, para que nos llevasen el equipaje y nos guiasen. Cuando lo propuse, todos se mostraron de acuerdo. Escogimos sesenta negros jóvenes y fornidos, y les dimos a entender que tenían que venir con nosotros. Parecieron aceptar la orden de buen grado.

No sabíamos, empero, hasta qué punto podíamos confiar en ellos, pues aquellos salvajes no eran como los de Madagascar, sino fieros, vengativos y traidores, por lo cual estábamos seguros de que no nos servirían sino como simples esclavos, de que sólo nos secundarían sometidos mientras continuaran bajo los efectos del miedo, y de que únicamente trabajarían cuando los obligáramos por la violencia.

Antes de seguir relatando nuestras aventuras, he de indicar al lector que por aquella época empecé a tomar más en serio la situación de nuestro grupo, la cual era también mía y me afectaba personalmente. Mis compañeros, aunque todos eran mayores que yo, resultaban faltos de iniciativa, o como digo hoy, sin presencia de ánimo, cuando se trataba de llevar a la práctica un proyecto. La primera vez que me di cuenta de esto fue en aquel combate con los nativos, que acabo de relatar. Habían tomado el buen acuerdo de atacarlos y disparar contra ellos; pero cuando hicieron la primera descarga y vieron que los negros no huían, como esperaban, sintieron ablandárseles el corazón hasta tal punto, que estoy seguro de que si nuestro barco se hubiera hallado más cerca, habrían corrido a refugiarse en él.

Por consiguiente, me impuse la tarea de hacerles más animosos y decididos, y les grité que cargaran de nuevo y siguieran disparando, porque les afirmé que, si yo me determinara a mandarlos, los negros correrían hasta perder los talones, y esto los alentó algo. Fui yo quien indiqué que se reservaran siete tiradores para no cesar el fuego.

Después de la segunda descarga no me quedaba más remedio que procurar que se hiciese una tercera.

—Ahora, señores —les anuncié— vamos a gastarles una broma.

Y a raíz de esto, lancé tres gritos, tres alaridos casi, como hacen todos los marineros ingleses antes del abordaje.

—Seguidme —les dije a los siete que no habían disparado— y de fijo realizaremos buen trabajo.

Acerté, porque cuando nos vieron acercarnos, los salvajes emprendieron la fuga.

Desde entonces, nuestros hombres me dieron el nombre de «señor

capitán»; pero yo les dije que «señor» no era inglés.

—Entonces te llamaremos capitán Bob.

Y así fue.

Los portugueses, si se les anima y se les da ejemplo, hacen grandes cosas y se portan bien; pero, si han de ejecutar por su cuenta un proyecto, se hunden irremediablemente. Aquellos hombres habrían huido, sin duda, delante de los salvajes desnudos, después de dispararles una vez, aunque con la fuga no hubiesen salvado sus vidas, si yo no les hubiera gritado y hecho tomar el asunto más o menos a modo de diversión que de combate verdadero, y no habrían logrado nada de provecho.

En ocasiones posteriores, necesité también animarlos y hacerlos proseguir un proyecto emprendido, y muchas veces me he preguntado cómo fue posible que un grupo de hombres que, cuando se hallaban en peligro se veían tan mal asistidos de arrestos, tuvieran valor para proponer y emprender la más desesperada aventura que jamás haya llevado a cabo hombre nacido de mujer.

Había, sin duda, entre ellos dos o tres individuos infatigables, cuyo valor y habilidad estimulaban a los restantes; estos dos o tres fueron los verdaderos inspiradores de todo, desde el principio. Eran el artillero, el herrero —al cual muchas veces llamo el platero o el artista— y uno de los carpinteros, menos valeroso y audaz que estos dos, aunque más que los otros. Los tres suponían el alma de todo el grupo. Su valor estimulaba a todos, y su decisión nos hacía seguir adelante. Cuando vieron que yo despuntaba por mis iniciativas, me abrazaron y me trataron con particular afecto.

El artillero era un excelente matemático, de cierta cultura, y un navegante completo. Conversando con él fue como adquirí poco a poco la base de todos mis conocimientos náuticos y de todas las ciencias que sirven para viajar por mar, especialmente la geografía.

Durante nuestros ratos de charla, viéndome ávido de saber y aprender, sentó los fundamentos de mi instrucción con un conocimiento general de las cosas. Me dio ideas apropiadas sobre la forma de la tierra y del mar, la situación de los países, el curso de los ríos, la teoría de las esferas y el movimiento de los astros. En una palabra, me enseñó una especie de sistema astronómico que tiempo después fui desarrollando mejor.

En particular, me llenó la cabeza de ambiciosos pensamientos y del deseo de aprender impacientemente todo lo que me fuera posible, convenciéndome de que nada podría ayudarme más en las grandes empresas que un alto grado de cultura, superior al que es habitual

entre los navegantes. Me dijo que permanecer ignorante era adquirir la seguridad de ocupar la situación más baja del mundo, y que la sabiduría era el primer paso para llegar a un sitio eminente.

De continuo alababa mi capacidad para aprender. Aun cuando esto, por una parte, alimentaba mi orgullo, por otra, como yo albergaba una secreta ambición, despertó en mí una sed insaciable de saber, de estudiar. Así, pues, decidí que, si lograba regresar a Europa y contaba con qué pagarlo, me haría maestro en todas las artes necesarias para ser un navegante completo. Sin embargo, cuando más tarde se me presentó una oportunidad, me sentía menos decidido de lo que yo mismo había esperado.

EL PRÍNCIPE NEGRO

Pero prosigamos con nuestros asuntos del momento. Cuando el artillero vio mi modo de comportarme en el transcurso de la lucha y hube propuesto hacer unos cuantos prisioneros para que nos sirvieran durante nuestra marcha, dijo delante de todos:

—Capitán Bob, opino que debes ser tú nuestro guía, porque todo el éxito de esta empresa depende de ti.

—No —contesté—, no me alabéis innecesariamente. Sois vos quien debéis ser nuestro capitán, nuestro general. Yo soy demasiado joven.

Se tomó el acuerdo de que el artillero sería nuestro jefe. No quiso aceptar si yo no iba agregado a la jefatura, con lo cual también estuvieron todos conformes. No me quedó más remedio que acatar la decisión general.

El primer cometido que se me señaló, en virtud de mi mando, fue el más difícil que se podía dar: encargarme de los prisioneros. Empecé alegremente mi tarea, de la guisa que voy a referir.

Sin embargo, quiero citar antes la trascendental asamblea que celebramos para decidir nuestra ruta y ver la forma de aprovisionarnos durante el camino.

Entre los prisioneros había uno alto, esbelto y apuesto, a quien los demás parecían respetar mucho y que, según nos enteramos luego, era hijo de uno de los reyes de los salvajes. Su padre murió a consecuencia de nuestra primera descarga, y él fue herido en un brazo y en la cadera. Esta última herida sangró mucho, y se hallaba medio muerto a causa de la pérdida de sangre. La bala del brazo le había roto la muñeca; de modo que se encontraba imposibilitado de hacer nada. En vista de ello, estábamos dispuestos a dejarle morir tranquilo, pues no iba a sernos de ninguna utilidad. Comprendí, no obstante, al ver el respeto que le demostraban los demás indígenas, que podríamos servirnos de él y hasta quizá hacerle una especie de jefe de los salvajes, bajo nuestras órdenes. Indiqué al cirujano que le cuidara lo mejor que pudiera y yo le hablé con buenas palabras o sea con buenos signos, para indicarle que sería curado y respetado.

Esto despertó nuevo pánico entre los indígenas, quienes creyeron que lo mismo que podíamos matar a distancia con algo invisible — pues tal resultaba para ellos el fusil— podíamos curar en seguida las

heridas que causábamos. El joven príncipe —que así le llamaremos en lo sucesivo— hizo venir a seis o siete negros y les dijo algo. No entendí lo que les dijo; pero los siete se me acercaron inmediatamente y se arrodillaron delante de mí, haciendo gestos inequívocos de súplica y señalando en dirección a uno de los muertos.

Pasó rato sin que pudiéramos comprenderles. Señalaban al muerto, a quien había alcanzado una bala en un ojo, y luego señalaban al cirujano. Por fin dedujimos que pedían, por orden del príncipe, que curásemos también a su padre, muerto hacía poco.

No quisimos decir que no podíamos, sino que les dimos a entender que los primeros muertos eran quienes nos habían provocado y caído sobre nosotros y no deseábamos, de ningún modo, resucitarlos; pero si el príncipe quería seguirnos y obedecer nuestros mandatos, le sanaríamos y no le dejaríamos morir.

El príncipe dio una orden a los hombres, y éstos trajeron un largo palo, que depositaron en el suelo. Vimos que era una flecha. El príncipe la cogió con su mano izquierda, apuntó con ella al cielo y luego la rompió en dos, poniéndose la punta en su pecho. Entendí cómo con ello quería significar que, si alguna vez dejaba de ser mi amigo, el sol, al cual adoraban, le castigase arrojándole una flecha y clavándosela en pleno pecho. Luego me entregó los dos pedazos como testimonio de que yo era el hombre al cual había jurado fidelidad. La verdad es que jamás hubo cristiano más fiel cumplidor de su juramento que aquel príncipe salvaje, pues se convirtió en un verdadero siervo por espacio de más de un mes.

Llevé al príncipe al cirujano. Éste desbridó la herida de la cadera y vio que la bala sólo había rozado la carne, aunque sin alojarse en los músculos, de modo que la lesión prometía estar curada pronto. Por el contrario, en el brazo encontró roto el hueso de la parte anterior, que va de la muñeca al codo. Le entablilló aquél y se lo puso en cabestrillo, indicándole que no debía hacer ningún movimiento con él. El príncipe cumplió al pie de la letra esta indicación y cuando tenía que mover el brazo por algo, pedía siempre permiso al cirujano.

Me costó mucho hacer comprender al príncipe nuestros propósitos y lo que queríamos que los negros hicieran por nosotros. Todavía me costó más enseñarle a descifrar lo que decíamos, sobre todo el significado de ciertas palabras, tales como «sí» y «no», y acostumbrarle a nuestra manera de hablar. Mostraba muy buena voluntad para aprender y adelantaba rápidamente, pues tenía cierta aptitud.

Más sencillo me fue hacerle comprender que pensábamos

llevarnos todas nuestras provisiones; pero él me explicó que no era necesario pues encontraríamos de camino más de las requeridas, por lo menos durante cuarenta días. Me costó mucho traducir su expresión de esta cifra, pues no sabía nada de números, sino sólo algunas palabras con las cuales tenía que expresarlo todo. Por fin, uno de los negros, por orden suya, trajo cuarenta piedras para enseñarnos durante cuántos días podríamos viajar sin miedo a carecer de provisiones.

Luego le mostré nuestro equipaje, que era muy pesado, especialmente las municiones, la pólvora, las herramientas del carpintero y otras cosas. Cogió algunas de las cajas, para ver su peso, y meneó la cabeza. Dijo a nuestros hombres que convenía hacer con sus efectos pequeños paquetes más manejables y ligeros. Le obedecimos, aunque hubimos de resignarnos a dejar los cofres, cuyo número se elevaba a doce.

Entonces el príncipe nos advirtió por señas que se procuraría algunos búfalos para llevar nuestras cosas, y que, si estábamos fatigados, podríamos también montar en aquellos animales. Lo que nos importaba era que las bestias trasportasen nuestro bagaje, y que, cuando ya no nos fueran útiles, pudiéramos comérmolas, si se presentaba ocasión.

Le llevé después a nuestra chalupa, para enseñarle lo que teníamos allí. Al verla de cerca, se quedó sorprendido, pues nunca había contemplado un barco como aquél; sus barcas eran feas y sobre todo frágiles, sin popa ni proa, hechas de pieles de cabras cosidas, con tripas secas de carnero y barnizadas con un líquido parecido a la resina o al aceite, pero de un olor nauseabundo e insoportable. En resumen, eran las más míseras de todas las que he visto en el mundo, y comparadas con ellas, nuestras piraguas le parecían magníficas.

Ayudé a subir al príncipe a cubierta, pues a causa de su herida no podía hacerlo solo. Le dijimos por signos que sus hombres debían descargar todo cuanto había en el bajel.

—Sí, señor —respondió, pues ésta era la primera frase que había aprendido.

Además, cogiendo un fardo con una mano, nos dio a entender que, cuando estuviera curado, él también llevaría uno para nuestro servicio. Pero yo le previne que, si ordenaba a sus hombres hacer aquel trabajo, él no se vería obligado a realizarlo.

Habíamos atado a los prisioneros con cuerdas de mimbre y levantado una especie de empalizada de simples estacas en su derredor. Al descender de nuevo con el príncipe le llevamos a ver a

sus hombres y le sugerimos que les preguntara si querían venir con nosotros a la tierra de los leones. Les soltó un largo discurso, del cual sólo entendí que les estaba enseñando el tratamiento que debían darnos así como a decir «sí, señor» y que los negros aprendieron pronto respondiendo a coro:

—¡Sí, señor!

Levantaron las manos en dirección al sol, y luego dieron dos palmadas, lo cual, según nos explicó el príncipe, era su modo de jurar fidelidad.

Después uno de ellos pronunció una larga perorata acompañada de extraños gestos, y colegí que solicitaban algo de gran importancia para ellos. Pregunté al príncipe qué pedían y me dijo que deseaban que nosotros también diéramos palmadas de cara al sol, o sea que juráramos no matarlos, darles «chiaruc» (pan) y no dejarlos morir de hambre, ni que los leones los devoraran. Le respondí que prometíamos hacerlo así. El príncipe se volvió a sus hombres, dio dos palmadas, indicando que yo haría lo mismo, y, en efecto, lo hice. Al verlo, los prisioneros se tendieron en el suelo, como demostración de homenaje, y en seguida, levantándose, lanzaron los gritos más extravagantes y ensordecedores que nunca he oído.

Creo que entonces, por primera vez en mi vida, acudió a mi mente un pensamiento relativo a la religión. No pude evitar la idea, que me hizo casi verter lágrimas de cuán afortunado había sido no naciendo en medio de semejantes seres y no siendo tan estúpido, ignorante y bárbaro como ellos. Pronto se esfumaron estas consideraciones, y durante mucho tiempo, no volvieron a turbar mi espíritu.

Ya terminada la ceremonia, nos dedicamos a buscar provisiones para alimentarnos, tanto los prisioneros como nosotros. Al comunicar al príncipe lo que estábamos pensando, nos afirmó que, si enviábamos alguno de los prisioneros a la aldea, traería comida suficiente, y además, algunas acémilas para el transporte de nuestro equipaje.

Yo me sentía poco dispuesto a confiar en los prisioneros; pero el príncipe me hizo grandes promesas de fidelidad, y con su mano libre se ató una cuerda alrededor del cuello y me entregó el otro cabo dándome a entender que, si el negro no regresaba, podía colgarle a él. Consentí, y el príncipe dio a su hombre muchas instrucciones y le envió, señalándole el sol, como para decirle la hora a que debía estar de regreso.

El negro corrió como loco y muy pronto se perdió de vista, por lo cual supuse que el camino que había de recorrer era largo. A la

mañana siguiente, dos horas antes de la señalada para el regreso del negro, el príncipe se me acercó y me hizo señas de que le siguiera, designándome una colina distante como dos millas. Llegamos allí y vi un pequeño rebaño guardado por algunos salvajes. Me dijo que con el hombre que había enviado la víspera habían venido otros varios.

Al tiempo previsto, el negro mensajero se presentó ante nuestras chozas trayendo el ganado, compuesto de vacas, ternerillas, unas sesenta cabras y cuatro búfalos aptos para llevar la carga.

Esto resolvía de momento el problema. Respecto a pan, hubimos de contentarnos con algunas raíces que ya habíamos probado antes y utilizamos en su lugar. Se nos ocurrió que, para hacer más fácil el transporte de nuestro equipaje por los negros, podríamos fabricar sacos, al estilo de las mochilas de los soldados, y en efecto, una vez muertas las cabras, con su piel, que tendimos a secar al sol, y al cabo de dos días estaba en excelentes condiciones, confeccionamos varios saquitos y repartimos el equipaje entre ellos. Cuando el príncipe negro vio para qué servían y lo cómodo que era llevar un peso de aquel modo, sonrió y envió a buscar más pieles. Las trajeron dos nativos; estaban mucho mejor curadas que las nuestras y eran de otras clases, aunque no sabíamos el nombre de los animales a que pertenecían.

Aquellos dos hombres trajeron asimismo dos lanzas de las que utilizaban para luchar, aunque más lujosas que las corrientes, hechas con madera negra tan fina como el ébano y terminadas en su extremo con el colmillo de no sé qué animal; el colmillo, no mayor que mi pulgar y de gran resistencia, se hallaba fuertemente hincado en la madera y era tan agudo y afilado, que no he visto arma igual en todo el mundo.

El príncipe no quiso tomarlas mientras no le di permiso. Hasta indicó que me las entregaran a mí; pero yo se las hice tomar, pues veía en él una fidelidad a toda prueba.

Estábamos ya preparándonos para emprender la marcha, cuando el príncipe se me acercó, y señalando diversos puntos del horizonte, preguntó en dirección a cuál deseábamos ir. Le señalé el Oeste, y él me anunció que algo más al Norte había un gran río, por el cual y durante muchas millas podríamos navegar con nuestro barco tierra adentro. Indicó que la desembocadura del río estaba a cosa de un día de marcha. Seguimos su indicación y vimos que el río estaba unas siete leguas de donde nos hallábamos. Creo que se trataba del gran río que en los mapas se sitúa a la parte norte de la costa de Mozambique, y que entre ellos recibe el nombre de Quilloa.

Decidimos embarcar con nosotros al príncipe y a tantos prisioneros como cupieran en la chalupa, para dirigirnos al río, mientras ocho de los marineros, bien armados y pertrechados, irían a pie hasta el mismo sitio que habíamos podido contemplar, a sólo seis millas, desde un otero adonde nos condujo el príncipe.

Me tocó ser capitán de la pequeña expedición que iba a hacer el viaje por tierra. Llevé ocho blancos y treinta y siete prisioneros, pero sin equipaje, pues todo lo llevaba el barco. Nos seguirían los búfalos, que eran dóciles, trabajadores y pacientes en extremo. Comían en nuestra propia mano, lamían nuestros pies y eran tan inofensivos como perros. Los negros cabalgarían, cuatro en cada bestia, de muy buena gana.

Llevamos, además, seis o siete vacas. Los negros no sabían curar y salar la carne hasta que se lo enseñamos, y les gustó tanto cuando la probaron así preparada que se prestaron de buena gana a salarla y a llevar a costas la sal pues sabíamos que tierra adentro no nos sería posible hallarla.

El viaje fue agradable, nada cansado y en menos de un día llegamos al río. Debimos esperar cuatro días a que arribara la chalupa, pues en medio de la bahía se habían encontrado sin viento y tuvieron que dar un rodeo de más de cincuenta millas para encontrar una brisa favorable.

Pasamos estos cuatro días haciendo algo que los dos negros que trajeron las lanzas del príncipe enseñaron a hacer a los demás: me refiero a confeccionar botas con las pieles de las cabras para llevar agua en ellas, pues sabían que nos habría de ser muy necesaria para nuestro viaje. Trabajaron tan diestramente, y eran tan buenas las pieles que habían traído aquellos dos salvajes, que cuando llegó el bajel cada hombre tenía preparado un pellejo, el cual colgaba del hombro con una correa, también por ellos preparada, de unos tres dedos de anchura e igual que la charpa de un fusil.

Para asegurarme la fidelidad de los salvajes que iban a acompañarme, el príncipe ordenó que fuesen atados por la muñeca dos a dos, conforme se hace en Inglaterra con los presos, y les demostró tan claramente los motivos de esta medida, que se prestaron a atarse ellos mismos y nombraron a cuatro de los prisioneros para que esposaran a los demás. Les encontré tan fieles y obedientes que, cuando estuvimos algo lejos de su propio país, decidí desatarles; pero, cuando desembarcó el príncipe quiso que siguieran atados una temporada.

TIERRA ADENTRO

Las orillas del río estaban formadas por terreno alto y firme, sin pantanos ni ciénagas. Por todas partes adonde mirábamos o adonde íbamos había abundante verdor y mucho ganado. En cambio, vimos pocos árboles, excepto unos cuantos robles y cedros, y bastantes pinos, algunos de los cuales eran muy grandes, a pesar de encontrarse a bastante distancia.

El río constituía un verdadero canal tan ancho como el Támesis más abajo de Gravesend, con una fuerte marea que nos empujó unas seis millas. Era muy hondo, de modo que durante largo trecho no corrimos peligro de encallar. En resumen, lo remontamos gozosos, con ayuda de la marea y del viento, que soplaba fresco en dirección Oeste y Oestesudoeste, resistimos fácilmente el descenso de la marea, porque el río continuaba siendo ancho y profundo. Pero, cuando sobrepasamos la zona sujeta a marea y tuvimos que ir contra corriente, encontramos ésta demasiado fuerte, y pensamos abandonar la chalupa. El príncipe se opuso mediante una serie de signos, pues, sabiendo que el barco era muy útil y habiendo visto a bordo varias cuerdas resistentes y largas, propuso que los prisioneros bajaran y desde las orillas tirasen de unas jarcias que se dispusieron al efecto, haciendo avanzar la embarcación. Así se hizo y nosotros, para ayudarlos, izamos las velas, de modo que, finalmente, íbamos más de prisa que caminando todos por tierra.

Hicimos de este modo unas doscientas millas, según nuestro cálculo, hasta que el río se fue estrechando y quedó reducido a una anchura parecida a la que tiene el Támesis cerca de Windsor. Al día siguiente llegamos a unas cataratas que casi nos asustaron, pues el brazo del río caía desde una altura de sesenta pies, con un ruido capaz de ensordecer a cualquiera, y lo oímos diez millas antes de llegar a la vista de la causa que lo producía.

Ya no podíamos seguir adelante. A la sazón desembarcamos todos. Los prisioneros habían trabajado duramente y sin perder la alegría, pues cuando uno estaba fatigado, se le relevaba y subía a bordo a descansar. Si hubiéramos tenido canoas o cualquier clase de bote susceptible de llevarse a hombros por varios hombres, habríamos podido seguir navegando doscientas millas más arriba, pues las

embarcaciones pequeñas podían pasar por sitios que no dejaban bastante espacio para nuestra gran chalupa.

Durante todo este recorrido el país era agradable, muy fecundo y lleno de ganado. Vimos algunos poblados, aunque no muchos. Observamos que aquellos negros y los nuestros no se entendían más de lo que nosotros podíamos comprenderles, pues con seguridad pertenecían a pueblos diferentes y usaban lenguas distintas.

No habíamos visto fiera alguna todavía, o al menos, ninguna se nos acercó hasta dos días antes de llegar a las cascadas. Entonces divisamos tres hermosos leopardos, los más espléndidos ejemplares que jamás vieron ojos de hombres blancos. Los leopardos estaban quietos, mirándonos desde la orilla norte del río y nuestros hombres permanecían en la opuesta. El artillero fue quien primero los vio, y corrió para buscar su fusil y cargarlo con una bala especial.

—Capitán Bob —me dijo—, ¿dónde está tu príncipe?

Le llamé y le pedí que advirtiera a sus hombres que no se asustaran, explicándoles cómo aquello que tenía en las manos el artillero iba a hablar con su lenguaje de fuego a una de aquellas bestias para darle muerte.

Los pobres negros, a pesar de lo que les dijo el príncipe, parecían temer que se los matara a ellos, y esperaban inmóviles el resultado de la cosa. De pronto disparó el artillero. Era muy buen tirador y mató al leopardo, pues la bala le entró en la cabeza. Cuando el animal se sintió herido, se irguió sobre las patas traseras, se encogió, dio un gran salto, como si quisiera clavar las garras en el aire, y cayó al suelo, bramando y revolcándose hasta que murió. Los otros dos, espantados por el fogonazo y el estampido, escaparon, y al cabo de un instante estaban fuera del alcance de nuestra vista.

Aquellos dos leopardos asustados no lo estaban tanto como nuestros prisioneros. Cuatro o cinco cayeron sin sentido, como si la bala los hubiese alcanzado; otros varios se arrodillaron y nos prodigaban reverencias, con las manos en alto, no sé si adorándonos o rogándonos que no los matáramos. Hicimos señas al príncipe de que les hablara y le costó mucho trabajo serenarlos un poco. El mismo príncipe, a pesar de todo lo que le habíamos dicho, al oír la detonación dio un salto como para tirarse de cabeza al río.

Cuando vimos muerto al leopardo, pensamos que nos agradecería guardar su piel, e indicamos al príncipe que enviara algunos de sus hombres para quitársela. Apenas abrió la boca a tal fin, se ofrecieron cuatro de ellos; fueron desatados, se echaron al agua, atravesaron el río a nado y desollaron a la fiera. Con uno de nuestros cuchillos que

le dimos, el príncipe había hecho cuatro de madera tan afilados como nunca he visto otros. En menos de una hora con ayuda de estos cuchillos, los negros me trajeron la piel del leopardo que era muy recia y grande, pues medía desde las orejas a la cola, siete pies y casi cinco de anchura. Muchos años después, llevé esta piel a Londres.

Ahora teníamos que viajar a pie, porque nuestra chalupa era demasiado grande para ser transportada y hasta para navegar por aquel río. Como nos participaran los negros que el río seguía muchas millas más tierra adentro, consultamos con los carpinteros si no sería posible desmontar la chalupa y con sus piezas hacer tres o cuatro piraguas pequeñas. Respondieron que se podía hacer, aunque el trabajo nos llevaría mucho tiempo, y una vez hecho, no tendríamos brea para calafatear las barcas ni clavos para asegurar las tablas. Uno de ellos, empero, aseguró que tan pronto como encontrara un árbol de grandes dimensiones, nos haría una piragua con su tronco, en la cuarta parte de tiempo, y que nos serviría para cuanto pudiera servirnos un bote. Cuando llegáramos a una cascada, podríamos llevarla a hombros durante una milla o dos hasta que fuese posible volver a botarla.

Resolvimos, pues, abandonar nuestra fragata, y la dejamos en una caleta formada por un pequeño arroyo al desembocar en el río. Allí la encontraría uno u otro.

Pasamos dos días repartiéndonos el equipaje y cargando a los búfalos y a los negros. Respecto a la pólvora y a las balas, que era lo que más importaba cuidar, ordenamos lo siguiente:

Primero: repartirnos la pólvora entre varios sacos de piel, con la parte peluda en el interior, para que no corriera riesgo de humedecerse. Esto dio tan buen resultado, que después, a pesar de que tuvimos que sufrir grandes lluvias, la pólvora siempre se mantuvo seca.

Segundo: dimos un cuarto de libra de pólvora y media libra de balas a cada uno de los blancos, con lo cual les bastaría para su defensa y para los usos más inmediatos. Porque lo que sobre todo deseábamos era ir sin carga, a causa de los tremendos calores de la zona tórrida.

Seguimos avanzado por la orilla del río y de este modo tuvimos poco contacto con los pueblos del interior. Así, yendo nuestro barco abarrotado de provisiones, no necesitamos bajar a tierra para buscarlas, y cuando debíamos proveernos, no dependíamos de los salvajes del país.

Al cabo de mucho andar llegamos a una aldea de negros,

emplazada a orilla del río y compuesta de unas cincuenta chozas, con unos cuatrocientos habitantes, que salieron todos a vernos y a maravillarse de nuestra presencia.

Cuando aparecieron los prisioneros, los de la aldea corrieron a buscar las armas, pensando que se trataba de un ataque de enemigos. Pero nuestros negros, aunque no hablaban el mismo lenguaje, les hicieron gestos para demostrarles que no llevaban armas y estaban atados dos a dos, como cautivos. Nosotros éramos enviados del sol y podíamos matarlos y luego resucitarlos, si queríamos, aunque no deseábamos hacerles daño alguno y veníamos en son de paz.

Al saber esto, depusieron sus lanzas, arcos y flechas, y plantaron doce grandes estacas en el suelo en señal de paz, saludándonos con grandes muestras de sumisión. No obstante, al llegar la mayoría de los marineros, que siempre iban algo retrasados, apenas vieron hombres blancos con barbas y mostachos, escaparon entre gran gritería, demostrando profundo pánico.

Nos quedamos a cierta distancia para evitar familiaridades, y cuando aparecíamos por el poblado, siempre íbamos en grupos de dos o tres. Nuestros prisioneros les indicaron que requeríamos provisiones y nos trajeron ganado, pues tenían abundancia de vacas y búfalos y muchísimos ciervos. Nuestro platero, que poseía ahora gran repuesto de sus pequeñas bagatelas, les dio algunas, como platillos de plata y hierro, pedazos de hierro bruñido y tallado a la manera de los diamantes, sortijas y corazones de metal y otras cosas por el estilo, que les agradaron mucho. Nos trajeron también frutas y raíces que nos eran desconocidas; pero al ver que nuestros negros las comían con deleite, también las probamos, y las encontramos buenas y sabrosas.

Después de abastecernos de toda la carne y raíces que podíamos llevar, repartimos la carga entre nuestros prisioneros, dando a cada hombre un peso de treinta a cuarenta libras, que en un país caluroso como aquél era ya bastante. Sin embargo, los negros no se quejaron por exceso de peso, sino que, al contrario, cuando un compañero desfallecía de fatiga, le ayudaban alegremente. Sin embargo, esto sólo sucedía raramente y se reponían con rapidez. Como la mayor parte de nuestro bagaje se componía de provisiones, cada día se aligeraba algo, al igual que la cesta de pan de Esopo, hasta que pudiéramos reponer suministros. Cuando cargábamos a los negros, dejábamos sus manos libres; mas los atábamos dos a dos, por un pie.

Al tercer día de marcha, el carpintero nos pidió que nos instaláramos allí; construyendo cabañas y empalizadas porque había

encontrado unos árboles a propósito para hacer piraguas. Dijo que pensaba que ya nos quedaría bastante camino por andar a pie cuando dejáramos el río y opinaba que no debíamos ir por tierra sino cuando fuese indispensable.

Apenas habíamos dado a los negros orden de descarga, y ya los vimos construyendo las chozas con gran diligencia, a pesar de que seguían atados como durante la marcha. Me sorprendió esto, alegrándome su fidelidad y su deseo de servirnos. Decidí dejar a algunos de ellos en entera libertad, o sea sin atarlos, pues el príncipe me dio su palabra de que no se escaparían. Algunos fueron destinados a ayudar a los carpinteros, a quienes resultaron de gran utilidad. Envié otros a ver si encontraban provisiones. Regresaron dos de ellos trayendo en lugar de comida dos arcos con flechas y cinco lanzas. No lograron hacernos comprender cómo habían obtenido estas armas; sólo saqué en claro que sorprendieron a unas mujeres solas en sus chozas, mientras los hombres estaban fuera y como las mujeres al verlos huyeron, se apoderaron de las lanzas y los arcos.

Me enfadé mucho al oírlo y pregunté al príncipe si no habrían matado a alguna de las mujeres o niños, mientras advertía que, si habían matado a alguien, los mataríamos a su vez. Juraron que no habían hecho tal cosa, y me di por satisfecho.

Me entregaron las armas; pero, a instancias del príncipe, les dejé las flechas y arcos, y les ordené que fuesen a cazar algo para comer. A la par les dicté lo que podríamos llamar ley marcial, a saber: si alguien intentaba asaltarlos, matarlos o ejercer alguna violencia sobre ellos, podían matarle, pero no debían matar ni herir a nadie que les ofreciera paz o depusiera las armas, así como a las mujeres o niños, bajo ninguna excusa. Tales eran nuestros códigos de guerra.

No hacía cuatro horas que habían partido los dos negros, cuando se presentó uno de ellos a todo correr, sin sus armas y gritando con toda la fuerza de sus pulmones una extraña palabra:

—¡Okoamo, okoamo!

Me dio a entender el príncipe que pedía ayuda. El resto de los prisioneros se levantó inmediatamente, y como pudieron, por parejas, acudieron en socorro de sus compañeros. Yo no supe qué sucedía, y tampoco ninguno de los otros blancos. El príncipe parecía muy preocupado y nosotros tomamos las armas como medida de precaución. Pronto descubrieron los negros la causa de la alarma. Cuatro de ellos regresaron trayendo en hombros gran cantidad de caza.

El caso fue que los dos que habían salido en busca de comida se encontraron en la llanura con un gran rebaño de ciervos, y tuvieron la habilidad de matar a tres. Uno de los negros vino corriendo a pedir ayuda para traer las tres piezas cobradas. Aquéllos fueron los primeros venados que probamos en nuestra marcha, y los encontramos muy sabrosos. También por vez primera conseguimos que el príncipe probara la carne preparada a nuestro modo, y tanto le agradó, que se la hizo comer igual a sus hombres, los cuales antes la devoraban casi cruda.

Nos disgustó entonces no haber llevado algunos arcos y flechas, porque empezábamos a adquirir tal confianza con los negros y a familiarizarnos tanto con ellos, que les dejábamos ir sin atar la mayor parte del tiempo. Estábamos seguros, además, de que no sabrían regresar a su país sin nuestra ayuda, y por tanto, no nos abandonarían. Con todo, no les confiamos jamás una cosa, y era el transporte de nuestras armas. Ellos, por su parte, creían que en los fusiles habitaba algún poderoso ser invisible que hablaba con palabras de trueno y rayo, y miraban las armas con terror.

En ocho días estuvieron terminadas tres canoas, donde embarcamos los blancos, el príncipe y varios prisioneros. Siempre había algunos de nosotros en tierra, de todos modos, no sólo para vigilar a los negros, sino para defenderlos de otros salvajes y de las fieras.

Durante esta etapa nos sucedieron diversos incidentes de escasa importancia, y no vale la pena reseñarlos. Encontramos muchas más fieras que al principio: algunos elefantes y dos o tres leones, de los cuales hasta entonces no habíamos visto ningún ejemplar. Los negros los temían mucho más que nosotros, principalmente a causa de no tener arcos ni flechas con que defenderse, estando acostumbrados a manejar tal arma desde la infancia.

No obstante, les quitamos su temor, demostrándoles que permaneceríamos alerta con nuestros fusiles. Pero como nos convenía ahorrar municiones, y matar fieras no nos reportaba ventaja, pues su carne no era buena para comer, decidimos llevar algunos de los fusiles cargados tan sólo con salvas de pólvora que nos suponíamos asustarían a las fieras con sus fognazos y su estrépito, haciéndolas huir.

ENFRENTAMIENTO CON LOS SALVAJES

Atravesamos muchos poblados, encontrando numerosos salvajes en aquella parte superior del río, y observamos cómo, casi a cada diez millas, cambiaban las tribus, cada una de las cuales tenía lenguaje distinto, o al menos un dialecto diferente, de modo que no se entendían unos salvajes con otros.

Había abundante ganado, sobre todo en las orillas. Uno de los ocho días de esta segunda navegación fluvial, hallamos un importante poblado, donde vimos cultivar una especie de grano, parecido al arroz, muy sabroso. Obtuvimos cierta cantidad de este grano, lo molimos, lo amasamos en forma de pan y lo cocimos en la tierra, previamente calentada por una hoguera. Desde entonces, nos sentimos seguros de tener provisiones, pues guardamos de reserva aquellos panes.

Los prisioneros remolcaban las canoas a bastante velocidad, y según nuestros cálculos, avanzábamos a razón de unas veinte o veinticinco millas diarias. El río seguía siendo profundo y ancho. Al décimo día llegamos a una nueva catarata. El río cruzaba en aquel lugar una serie de colina, de suerte que tenía una espectacular y singular caída, formando una cadena de saltos a guisa de cascada y produciendo un ruido infernal.

Creímos que nuestra navegación había llegado a su fin; pero tres de los nuestros, acompañados de un par de negros, subieron a un altozano para dominar el curso del río, al otro lado de las colinas, y descubrieron que volvía a ser navegable largo trecho, a cosa de media milla más allá de donde comenzaba la catarata. Descargamos, pues, las piraguas y las subimos a la orilla, para ver si podríamos llevarlas a hombros.

Resultaban muy pesadas, pero los carpinteros, después de una jornada de trabajo, rebajaron tanto las cuadernas, sin perjudicar su aptitud para navegar, que los prisioneros pudieron cargarlas. Las llevaban entre diez hombres con ayuda de pértigas, y parecía que no pesaban nada. Dedicamos veinte hombres a cada piragua para que fueran relevándose. Así pudimos volver a botarlas y luego regresamos a buscar el equipaje, cargando de nuevo las canoas.

Remolcados como antes, navegamos durante otros cuatro días,

hasta que el artillero, que era nuestro piloto, notó que no manteníamos la ruta en dirección Oeste, pues el río se inclinaba ligeramente hacia el Norte, y nos comunicó su observación. Como no deseábamos perder la ventaja de aquel transporte por agua, al menos mientras pudiéramos aprovecharlo, seguimos sesenta millas más, al cabo de las cuales el río se estrechaba tanto, que se convertía en un simple arroyo.

Seguimos remolcando las canoas mientras se sostuvieron en el agua, que fue durante otros dos días, después de haber navegado en total doce por esta parte superior del río, durante los cuales los negros tuvieron que llevar a costas la mayor parte de los bultos para aligerar las canoas. Sin embargo, no había en el arroyo agua bastante para sostener ni una chalana londinense.

Seguimos avanzando por tierra y sin esperanzas de encontrar otro río navegable. Lo que más nos preocupaba era el problema del agua potable. Cada vez que encontrábamos una colina, unos cuantos de nosotros subían hasta su cima a inspeccionar el terreno y ver el camino que debíamos seguir para no apartarnos de las zonas más bajas y descubrir, si era posible, alguna fuente o riachuelo.

La comarca tenía una espléndida vegetación, con muchos árboles, y la recorrían arroyos en todas direcciones. Los indígenas no nos molestaron en absoluto durante los treinta primeros días de nuestra marcha, después de dejar las piraguas, y las cosas iban bien y sin tropiezo. Nada nos obligaba a marchar ni a detenernos más que nuestro propio interés, con el de la salud nuestra y de los prisioneros.

Hacia la mitad de esta etapa, llegamos a una gran llanura muy baja y lisa, la cual resultó más poblada que cualquiera de las otras comarcas silvestres que habíamos visitado hasta entonces. Por desgracia aquellos indígenas eran bárbaros, fieros y traidores, y nos recibieron preparados para combatirnos como si fuéramos ladrones.

Al verlos nuestros negros, se sintieron aterrorizados por lo pronto, mostrando un miedo poco habitual en ellos, que compartía incluso el príncipe, sumido en gran confusión, según noté en seguida.

Le sonreí para animarle, le enseñé uno de nuestros fusiles, y le pregunté si recordaba cómo habíamos matado al gato manchado — pues así llamaban al leopardo, en su lenguaje—. ¿Acaso el ser que había matado a la fiera no podría también, si se presentaba la ocasión, matar de un solo soplo a un millar de aquellas desnudas criaturas? Rió, y dijo que sí, que creía que sí, que podría hacerlo.

—Entonces —repuse—, diles a tus hombres que no teman a esos

negros, porque pronto les hablaremos con palabras de fuego, si pretenden molestarnos.

Consideramos, sin embargo, que nos encontrábamos en medio de un vasto país, que ignorábamos cuántos nativos y cuántas tribus lo habitaban, y que, sobre todo, no sabíamos cuán necesaria podía sernos la amistad de los que nos rodeaban ahora. Por eso ordenamos a los prisioneros que hicieran todo lo posible para lograr su confianza.

Los dos negros que tenían arcos y flechas, y dos más a quienes entregamos las hermosas lanzas del príncipe, se adelantaron, seguidos de otros cinco que llevaban largas varas, en signo de paz. Detrás avanzaron diez de nuestros hombres, con sus armas, en dirección a la aldea más cercana, mientras los otros permanecemos preparados para acudir en su ayuda si la necesitaban.

Cuando estuvieron cerca de las chozas, nuestros negros gritaron a su manera, dando alaridos, y los llamaron vociferando cuanto pudieron. Aparecieron algunos individuos, y poco después, estaba a la vista todo el pueblo, hombres, mujeres y niños. Nuestros negros avanzaron algo más, se detuvieron y clavaron en el suelo las varas, lo cual en su tierra era signo de paz. Pero los de allí no parecieron comprender. En vista de ello, los dos que llevaban arco dejaron las armas en tierra y se adelantaron desarmados, haciéndoles señas pacíficas, que los otros comenzaron ya a entender. Dos de los de la aldea dejaron sus arcos en el suelo y se adelantaron al encuentro de los prisioneros. Nuestros hombres les hicieron todos los gestos de amistad que se les ocurrieron, y luego les explicaron, por mímica, que deseaban provisiones. Los dos indígenas retrocedieron, hablaron con los demás del poblado y volvieron, indicándonos que a la puesta del sol nos entregarían comida. Nuestros negros regresaron muy satisfechos del resultado de su comisión.

Una hora antes de la puesta de sol, partieron de nuevo hacia la aldea, de acuerdo con lo fijado y en el mismo orden que antes. Trajeron carne de venado, raíces y aquella especie de grano parecido al arroz, que ya he mencionado. A cambio, dieron a los indígenas algunos de los objetos fabricados por el platero, los cuales les agradaron tanto, que prometieron traer más provisiones al otro día.

En efecto, a la mañana siguiente vinieron a visitarnos, pero en número mucho mayor que el día antes. Distribuimos diez hombres armados con fusiles para estar alerta, y los demás permanecemos dispuestos a la lucha. Así, pues, no nos sorprendió la traición del enemigo, quien, por cierto, fue muy poco hábil, porque habrían

podido cercar, con ademanes de paz, a los nueve negros que se adelantaron, y no lo hicieron. Cuando vieron que nuestros hombres estaban en el mismo sitio que la víspera, prepararon sus arcos y se lanzaron sobre ellos aullando como furias. Los marineros mandaron a nuestros nueve negros que se retiraran, cosa que hicieron éstos a toda velocidad, situándose detrás de los fusileros.

Mientras nuestros negros retrocedían, los otros avanzaban y arrojaban sus flechas, algunas de las cuales hirieron a dos de los prisioneros y dejaron a uno tan mal parado, que le creímos muerto. Cuando los enemigos llegaron a los cinco palos que los nuestros habían clavado en el suelo se detuvieron, contemplando, extrañados, las pértigas, que acabaron por coger.

Quienes permanecíamos a la expectativa enviamos un mensajero a los nueve fusileros, para ordenarles que dispararan en seguida, mientras el enemigo estaba aún lejos, y que lo hicieran con perdigones. Nosotros nos reuniríamos con ellos desde el otro flanco.

Se apresuraron a preparar sus armas; pero el ejército de negros había dejado ya el sitio donde estuvieron clavadas las varas, y seguían avanzando como si quisieran lanzarse sobre los diez blancos, aunque creo que la vista de los hombres que los enfrentaban les hizo titubear. Si antes no nos entendieron, menos iban a entendernos entonces; de modo que, cuando estuvieron a distancia conveniente, los fusileros dispararon a los primeros de la tropa adversaria, que se encontraban a unas ciento veinte yardas.

Es imposible describir el terror, los chillidos de pánico y dolor que provocó esta primera descarga. Matamos a seis y creo que herimos a once o doce. Algunos dispararon perdigones, de manera que, como los negros estaban muy juntos, debió de haber más bajas, aunque no de importancia. Los perdigones estaban hechos con pedacitos de hierro y plomo, con clavos, agujas y toda clase de objetos de metal que pudo encontrar el diligente platero.

Quienes no cayeron muertos o heridos, permanecían presa del mayor espanto, preguntándose, de seguro, qué había pasado, pues en los cuerpos de las víctimas no podían ver más que agujeros no producidos por ninguna arma visible. Los fogonazos y el ruido asustaron atrozmente a las mujeres, y ni que decir tiene que a los niños, los cuales escaparon chillando como locos.

Aun así, no hizo esto huir al enemigo, conforme deseábamos, ni ninguno de los negros murió de miedo, según ocurrió con los compañeros de los que ahora eran nuestros prisioneros. Decidimos seguir disparando, por equipos de tres, como una compañía que hace

descargas por pelotones. Nos alineamos y disparamos a tres de la derecha, luego tres de la izquierda y así sucesivamente. Matamos y herimos a otros muchos; pero los negros seguían sin huir, aunque estaban tan aterrorizados, que no hacían uso de sus arcos ni de sus lanzas. Hasta creo que con el ruido aumentaba el número de enemigos. Mandé a mis hombres que dispararan todos a la vez y luego procedieran a cargar, atacando a los negros con las culatas, si éstos se acercaban.

Con todo, no fue menester, porque después de la descarga, emprendieron la huida tan de prisa, que al cabo de pocos momentos no se veía alma viviente, excepto los heridos, quienes yacían gimiendo en el mismo sitio donde habían caído con alaridos de dolor y pánico.

Llegamos al campo de batalla y contamos treinta y siete muertos, entre ellos tres mujeres, y sesenta y cuatro heridos, dos de éstos mujeres también. Consideramos heridos también a quienes estaban tan aterrorizados, que no podían dar ni un paso, y a los cuales nuestros negros mataron luego a sangre fría, con una cobardía que nos enojó mucho y nos hizo amenazarlos con someterlos al mismo suplicio si volvían a repetir su triste hazaña.

No había gran botín, porque los negros iban todos desnudos, según vinieron al mundo, hombres y mujeres por igual; algunos llevaban plumas en la cabeza, y otros una argolla colgando de la nariz, pero nada más. Nuestros prisioneros, en cambio, se armaron con los arcos y flechas que abandonó el enemigo y encontramos en mayor cantidad de la que nos hacía falta. Ordenamos que fueran recogidos los heridos, para curarlos, y que luego nos resultaron de gran utilidad.

Después de la lucha, armados ya nuestros negros con los arcos, los enviamos por grupos, para ver si podían traer provisiones. Regresaron con bastante comida, y lo que era aún mejor, con cuatro búfalos jóvenes que servían para transportar la carga. Los negros sabían distinguir los búfalos de carga de los destinados a proporcionar carne, porque como no se conocen allí la silla de montar ni las alabardas, en el lomo de los animales de carga se descubren asperezas que no tienen los de pasto.

Aquellos búfalos no sólo aliviaron el trabajo de nuestros negros, sino que nos dieron oportunidad de aumentar nuestras reservas de comida al tener ya con qué trasladarlas. Los cargamos con gran cantidad de fardos de carne y raíces, que luego habrían de hacernos falta.

En la aldea hallamos un pequeño leopardo de unos dos palmos de

altura, muy domesticado, que ronroneaba como un gato cuando se le hacía cosquillas en el lomo. Supongo que los negros le criaban como en Inglaterra se crían los perros, para guardar las casas.

Parece que fue el príncipe quien, rondando entre las chozas abandonadas, encontró el animalito, le dio un poco de carne y le acarició. El pequeño leopardo le siguió de buena gana igual que un perrillo.

Entre los negros muertos en la batalla, había uno con una especie de placa de oro colgada de una cuerda de tripa que le rodeaba la cabeza, de modo que la insignia de oro caía en el centro de su frente. Supusimos que aquello era signo de preeminencia y que quien llevaba esa medalla sería algún jefe. Pero no era esto lo esencial, pues la presencia de aquel pedacito de oro nos hizo sospechar si habría más en el poblado o en los alrededores, y nos preguntamos de dónde lo sacarían los indígenas. Sin embargo, por más que buscamos por todas partes y lo revolvimos todo, no pudimos descubrir ninguna otra pieza, ni indicio alguno de dónde provenía.

EN EL DESIERTO

Continuamos andando por aquella región unos quince días, después de los cuales nos vimos obligados a atravesar con gran esfuerzo una cordillera. La primera que encontrábamos en nuestra marcha. No teníamos otra guía que la pequeña brújula, de bolsillo; de modo que nunca sabíamos si tomábamos el camino mejor o el peor, hallándonos en la necesidad de señalar nuestra ruta por lo que veíamos de los alrededores y a modificarla durante la expedición.

Antes de llegar a la montaña, nos cruzamos con varias tribus de individuos salvajes y desnudos, aunque mucho más tratables que aquellos diablos con quienes hubimos de luchar. Poco pudimos sacarles respecto a orientación, como no fuese que detrás de los montes se extendía un vasto desierto, con muchos leones y «gatos manchados». Nos hicieron reiterados signos aconsejándonos llevar cuanta agua pudiéramos.

En la última tribu que visitamos nos aprovisionamos todo lo posible, pues no sabíamos lo que habríamos de andar sin ver alma viviente, ni los sufrimientos que nos esperaban. Con objeto de facilitarnos el camino, propuse que hiciéramos algunos prisioneros, los cuales nos servirían de guías en el desierto y nos ayudarían a aumentar nuestras reservas de provisiones con las que pudieran cargar. El consejo era demasiado razonable para ser discutido; de modo que nos enteramos por los nativos de cómo al pie de las montañas habitaba otro pueblo de salvajes, en la vertiente opuesta, en el confín mismo del desierto. Decidimos, pues, que estos últimos negros fuesen quienes, de grado o por fuerza, debiesen proporcionarnos guías.

Al llegar a la cordillera calculamos que llevábamos recorridas unas setecientas millas desde la costa donde empezó nuestra empresa. Aquel mismo día el príncipe vio libre su brazo, por fin, del cabestrillo que le impuso su herida, pues el cirujano logró curarle por completo, lo cual produjo gran alegría y asombro a los negros. Los dos prisioneros heridos en la batalla con los salvajes del poblado empezaban a restablecerse de sus lesiones, porque nuestro cirujano resultaba hábil y eficaz.

Escalamos las montañas con gran esfuerzo y fatiga, y desde la

cima pudimos contemplar toda una región capaz de turbar el corazón más firme que haya latido en pecho humano. Era una escena de desolación, de abandono absoluto. No se veía un árbol ni un río ni una mata verde en todo el paisaje. En cuanto abarcaba la vista no había sino ardiente arena; se levantaba en nubes cuando soplabla el viento, y amenazaba con cubrir hombres y bestias.

Ni frente a nosotros, en la dirección que teníamos que seguir, ni a los lados, por la derecha o por la izquierda, se vislumbraba el final del desierto. Nuestros hombres empezaron a sentir la mordedura del desaliento y a hablar de retroceder. No nos atrevimos a aventurarnos en un paisaje como el que veíamos a nuestros pies, donde no se nos ofrecía otra cosa que la muerte.

El panorama del desierto me afectó tanto o más que a los otros marineros. De todos modos, no podía soportar la idea de volver atrás. Les dije que habíamos avanzado setecientas millas y que retroceder sería peor que morir; si creían que el desierto era infranqueable, podíamos viajar hacia el Sur hasta alcanzar el cabo de Buena Esperanza, o hacia el Norte, en dirección al Nilo, donde quizás encontraríamos algún camino más favorable para llegar a la costa oeste del continente, porque con seguridad no toda África era un desierto.

El artillero, que como ya dije era piloto de la expedición, no sabía qué opinar sobre mi propuesta de encaminarnos al cabo de Buena Esperanza, porque nos separaba de él una distancia monstruosa de más de mil quinientas millas; en cambio, según sus cálculos, nos hallábamos como a una tercera parte de nuestra ruta hacia Angola, donde desde la costa del Atlántico, no cabía duda de que encontraríamos medios de regresar a nuestros países. Además, y nos enseñó el camino en el mapa, si nos dirigíamos hacia el Norte, comprobaríamos que la costa del océano distaba unas mil millas al Oeste; por ende, tampoco ganaríamos nada, además de que aquella tierra, según lo que sabíamos, era tan salvaje, árida y desierta como la que teníamos enfrente.

En vista de todo esto, él proponía aventurarnos en el desierto, que quizá no encontraríamos tan extenso como creíamos. Por lo pronto, debíamos calcular para cuánto tiempo nos quedaban provisiones y agua, a fin de no arriesgarnos más allá de la mitad de la extensión que el agua nos permitiera recorrer. Si al llegar a este límite no veíamos el fin del desierto, podríamos regresar y adoptar cualquiera de las proposiciones mías.

El consejo era tan razonable, que todos lo aprobamos. De acuerdo

con él, calculamos que tendríamos provisiones para cuarenta y dos días, pero agua sólo para veinte, aunque era de suponer que antes de este tiempo ya se habría descompuesto. Decidimos, pues, que si a los diez días de marcha no llegábamos a algún sitio donde hubiese agua, regresaríamos; pero si hallábamos alguna fuente o algún arroyo, podríamos seguir adelante hasta los veintiún días, al cabo de los cuales, si no columbrábamos el fin de aquella desolada tierra, haríamos marcha atrás.

Una vez tomado este acuerdo, descendimos de las cimas; pero pasaron dos días antes de que llegásemos a la llanura, donde, como recompensa, encontramos un riachuelo de agua muy fresca, abundantes ciervos y una especie de liebres menos ligeras que las de Europa, con carne muy sabrosa. Sin embargo, quedamos decepcionados, porque no descubrimos a nadie: ninguna tribu de la cual poder conseguir algunos negros más para ayudarnos a llevar el pesado equipaje.

La presencia de los innumerables venados y animales de otras clases que vimos nos hizo deducir que se debía a la proximidad del desierto. Acopiamos carne y raíces de varias especies, las cuales conocían nuestros negros mejor que nosotros y nos servían de pan. Acarreamos también el agua necesaria para veinte días, a razón de un cuarto diario para los negros y de tres pintas diarias para nosotros y de tres cuartos para los búfalos. Así cargados, emprendimos aquella caminata larga y abrumadora, todos sanos de cuerpo y fuertes de espíritu, pero sin grandes fuerzas para soportar tanta fatiga como nos esperaba, y sin ningún guía.

Desde los primeros pasos que dimos en el desierto, ya nos desalentamos, pues la arena era muy movediza y achicharraba nuestros pies con su calor de tal modo, que después de vadear —pues este nombre corresponde mejor a nuestra manera de andar que el de marcha— siete u ocho millas, nos sentimos agotados y desfallecientes. Hasta los negros se dejaron caer sobre el suelo, jadeando como seres impelidos más allá de sus fuerzas.

Hasta entonces, para dormir, habíamos levantado siempre chozas de troncos que nos protegían del relente de la noche, harto peligroso en aquellos países cálidos. Pero ahora no teníamos ningún alojamiento ni refugio donde descansar después de una etapa tan dura. No había árboles ni arbustos. Hacia el anochecer empezamos a oír los aullidos de los lobos, los bramidos de los leones e igualmente vimos gran número de asnos salvajes que rebuznaban no lejos de donde nos encontrábamos.

Lamentamos no haber acertado a traernos estacas con las cuales construirnos cada noche una empalizada donde dormir seguros, a menos como única compensación a las fatigas de la jornada. Dimos, en fin, con una manera de protegernos: pusimos las lanzas en grupos de tres, con las puntas juntas y encima de ellas extendimos nuestra ropa, de suerte que formaban una especie de tienda. Nos cubrimos con la piel de leopardo y algunas otras que habíamos hecho secar. Así logramos dormir, y por cierto que lo hicimos con toda la postración de nuestro cansancio. Acordamos que dos de nuestros hombres, con sus fusiles, hicieran guardias y que fueran relevados cada hora: más tarde determinamos que el relevo fuese cada dos horas. Tuvimos una buena idea, porque las fieras se acercaron varias veces hasta las tiendas. No obstante, indicamos a los centinelas que no alarmasen al campamento con sus disparos, sino que se limitaran a quemar pólvora en la cazoleta de los fusiles, lo cual bastó para asustar a las bestias, que se retiraban gruñendo en busca de otra presa más fácil.

Si andar de día nos había cansado, dormir de noche en aquellas condiciones nos fatigó más aún. Por la mañana, el príncipe negro nos dijo que iba a darnos un consejo, y realmente su consejo resultó inmejorable. Afirmó que acabaríamos por morir si seguíamos avanzando en el desierto sin llevar algo con que cubrirnos de noche, y que así lo más prudente era retroceder hasta el río, a cuya orilla dormimos la noche pasada, y permaneciendo allí hasta que hubiéramos construido las casas, como las llamaba él, donde alojarnos todos por las noches.

El príncipe comenzaba a comprender nuestra manera de hablar y nosotros ya entendíamos sus signos; de manera que interpretamos claramente lo que quería decir, pues habíamos visto gran cantidad de esparto con el cual los negros sabían hacer esteras, a las cuales se refería el príncipe al hablar de casas.

Aprobamos el consejo del príncipe y retrocedimos durante un día, decididos a que la próxima salida fuese con esteras para protegernos de noche, aun a cambio de llevar menos provisiones. Los mejores andarines marchamos por la arena, más rápidamente de regreso que al penetrar la víspera, en el desierto. Pero como no teníamos prisa, la mayoría descansó en el camino por la noche y nos alcanzó al día siguiente.

Los que invirtieron dos días en hacer esta etapa se encontraron con algo muy sorprendente que les sirvió de aviso para que otra vez reflexionaran antes de acceder a dividir la caravana. El caso fue éste: Al segundo día por la mañana, sin haber andado más de media milla,

mirando hacia atrás, notaron que se levantaba una vasta nube de arena, como ocurre algunas veces en verano por las carreteras muy polvorientas los días de viento, aunque de proporciones mucho mayores. Podía verse fácilmente que aquella nube se dirigía a ellos y que avanzaba más de prisa a medida que se acercaba. La nube de arena era tan densa que no podían discernir lo que la ocasionaba, y supusieron que un ejército enemigo los perseguía. No obstante, como el país estaba deshabitado en absoluto, dedujeron que era imposible que nadie sospechara siquiera su existencia, por lo cual, si se trataba de un ejército, debía de estar, lo mismo que el nuestro, errando en el desierto. Por otra parte, como no existían caballos en aquel país, y la nube se acercaba rápidamente, coligieron que debía tratarse en realidad de un vasto ejército de fieras dirigiéndose acaso hacia la falda de las montañas, en busca de comida y agua, y que si se cruzaban con aquellas bestias, se verían devorados o aplastados por ellas.

Observaron atentamente la dirección que parecía llevar la nube, y se desviaron hacia el Norte para evitarla. Cuando hubieron avanzado a toda prisa cosa de un cuarto de milla, se detuvieron y miraron atrás. Uno de los negros, andarín muy rápido, retrocedió, y regresó luego, a toda la velocidad que le permitía la arena, anunciando por señas que había visto un gran rebaño o manada, o lo que fuere, de enormes elefantes.

Como nuestros hombres nunca habían visto aquellos animales de cerca, y aunque les daba bastante miedo, quisieron aproximarse. Pero los elefantes son bestias muy poderosas, para quienes la arena no significa ningún lastre, y seguirlos hubiera acarreado el agotamiento de los hombres, máxime si se hubieran visto acosados por los monstruosos animales.

El artillero, que formaba parte de este grupo, tenía grandes deseos de acercarse a uno de los elefantes y dispararle el fusil a bocajarro en un oído, porque le habían asegurado que no existía bala capaz de atravesar su piel. Le disuadieron, por miedo a que el estampido del tiro alarmase a todo el rebaño y éste se lanzara contra la expedición. Dejaron, pues, que las bestias pasaran, sin molestarlas, lo cual, en aquellas circunstancias, resultaba lo más razonable.

Eran unos veinte o treinta de un tamaño considerable. Dieron muestras de haber visto a nuestros hombres; pero no les hicieron caso ni se desviaron de su camino.

Los que nos habíamos adelantado también vimos levantarse la nube de arena; mas pensamos que la producía el resto de nuestra

caravana. Los elefantes iban en dirección Sudeste, y nosotros en dirección Este. Así, pues, aunque pasaron a poca distancia de nuestro grupo, no los vimos ni supimos nada de ello hasta que por la tarde, al llegar los rezagados, nos contaron lo que habían visto por la mañana. Ésta fue una experiencia muy útil para nuestro futuro intento de atravesar el desierto, como luego se verá.

Nos pusimos al trabajo en seguida. El príncipe vigilaba el trabajo de sus hombres pues era un buen esterero. Al poco, los negros habían fabricado ya un centenar de ligerísimas esteras. Cada uno de los hombres, quiero decir de los negros, cargó con una; de suerte que no se requirió disminuir ni una onza su fardo de provisiones. Lo que más molestaba era tener que transportar seis largos postes además de algunas estaquillas; pero los negros supieron sacarle ventaja a esta necesidad, pues se ponían el palo en los hombros, entre dos, y de él colgaban sus fardos de víveres, de modo que iban más ligeros y llevaban más. Cuando vimos el buen resultado de esta iniciativa, la aprovechamos por nuestra parte; teníamos tres o cuatro odres para transportar agua, más de los que nos era posible llevar; y los llenamos para cargarlos de esta guisa, sin aumentar su fatiga. Esto significaba agua para más de un día.

Terminado el trabajo, acabadas las esteras y preparados los fardos con herramientas, instrumentos, provisiones y pellejos de agua, tras haber hecho acopio de varias cuerdas de esparto para mil usos distintos, emprendimos de nuevo la marcha, que se había demorado, a causa de la cuestión del alojamiento, ocho días justos.

La noche antes, afortunadamente para nosotros, llovió a cántaros, y la arena se hallaba más dura, con lo cual se aligeró mucho nuestra marcha. Durante aquella jornada, debido a esto, anduvimos catorce millas, en vez de las siete que habíamos hecho en nuestro primer intento.

Cuando llegó la hora de acampar, todo estuvo desde luego dispuesto, pues antes de partir habíamos probado las tiendas y nos habíamos acostumbrado a montarlas y desmontarlas pronto. En menos de una hora levantamos una gran tienda, con dos departamentos y dos puertas. En uno se alojaron los negros y en el otro los blancos. Una tienda más pequeña servía para albergar a los búfalos, que merecían este cuidado, pues nos eran muy útiles para el transporte, además de llevarse su propia agua y su forraje. Éste se componía de unas raíces que seleccionó el príncipe, no muy distinta de la chirivía, y tan jugosas y nutritivas como ella, muy abundante en todo el país, excepto en aquel horrible desierto.

A la mañana siguiente, la tienda estuvo desmontada y los postes encima de los hombros de sus portadores, todo tan de prisa como si se hubiera ensayado cien veces.

Anduvimos así ocho días, sin ver ninguna variación en el horizonte, sin que el paisaje cambiara ni dejara de mostrarse mezquino, lúgubre y desolado. La única modificación consistió en que la arena no era tan honda y profunda como al principio. Lo atribuimos al hecho de que, como durante seis meses al año soplaban los vientos del Oeste y los otros seis del Este, cuando soplaban, no tenía bastante fuerza para hacer retroceder la arena. Esta hipótesis se vio confirmada después, al advertir que el arenal volvía a ser más hondo en el lindero oeste del desierto.

EL LAGO, LAS FIERAS Y EL ORO

Hacia nueve días que avanzábamos en medio de la mayor desolación, cuando llegamos a divisar un gran lago. Podéis estar seguros de que fue esto un verdadero alivio para nosotros, pues no nos quedaba agua para más que dos o tres días, aparte de la que guardábamos para nuestro regreso, si nos veíamos en el caso de tener que emprenderlo.

El agua nos había durado dos días más de los previstos, porque los búfalos encontraron una especie de hierba parecida a un gran abrojo, pero sin púas, y devoraron golosamente esta hierba del desierto, que resultó servirles de bebida a la par que de forraje.

Al día siguiente, décimo de nuestra partida, llegamos a la orilla del lago, y tuvimos la suerte de que fuese precisamente al extremo sur, pues del lado norte no se le veía fin. Caminamos durante tres días por su orilla meridional, sin necesidad de llevar agua auestas, pues la teníamos a la vista. Este breve descanso en la carga repuso en gran manera las fuerzas de los negros. A pesar de la abundancia de agua, el desierto no cambió en modo alguno: ni árboles, ni hierbas, a excepción de aquellos abrojos que comían los búfalos y dos o tres clases de plantas desconocidas, que cubrían casi por completo la arena.

Así como nos refrescaba y nos daba aliento, el agua nos proporcionó la presencia de un prodigioso número de habitantes de aquel país, los más feroces, de seguro, que el hombre pueda llegar a ver jamás. Creo firmemente que antes nadie los había visto nunca, pues aquel desierto no fue cruzado por nadie desde el diluvio. Tengo la certeza de que no hay en todo el mundo seres más fieros y voraces que aquéllos. Quiero decir que no existen otros semejantes en ningún otro sitio conocido.

El día antes de llegar al lago, los tres que lo bordeamos y los seis o siete siguientes, vimos esparcidos por el suelo un número increíble de colmillos de elefantes. Algunos parecían llevar allí centenares de años, y como su sustancia seguía sin descomponerse, es de suponer que durarán hasta el fin de los tiempos. Su tamaño, en algunos casos, resultaba tan increíble como su número, y puedo asegurar que más de uno era tan pesado, que no hubo hombre capaz de levantarlo. En

cuanto a su cantidad, sólo diré que habría que cargar un millar de los veleros más grandes del mundo, con lo cual quiero dar a entender que no puede calcularse. Anduvimos ocho millas entre ellos, sin que a uno ni otro lado pudiésemos ver su fin. Parece que la cantidad de elefantes que habitaban aquella comarca es incontable.

Una vez vimos la cabeza de un elefante, provista de unos colmillos enormes. Su carne y la mayoría de sus huesos fueron consumidos por el tiempo; pero tres de nosotros no pudimos levantar el cráneo y los colmillos. Cada uno de éstos creo que pesaría lo menos tres quintales. Lo que más me llamó la atención es que todo el cráneo era de marfil igual al de los colmillos, y sospecho que pesaría por lo menos seis quintales. Según parece, todos los huesos de los elefantes deben de ser de marfil, aunque esto pueda asombrarnos.

Propuso al artillero que, como habíamos andado catorce días seguidos y teníamos agua y provisiones en abundancia, nos concediéramos un poco de descanso e intentáramos cazar algo. El artillero, que era más previsor que yo, estuvo de acuerdo, y añadió que podíamos, además, pescar en el lago. Para ello necesitábamos hacer varios anzuelos. El platero se puso al trabajo, y no sin algunas dificultades, los acabó. Con ellos pudimos pescar peces de varias clases. Cómo pudieron llegar hasta aquí, no lo sabe sino quien hizo el lago y el mundo entero. Lo seguro es que, con anterioridad, ninguna mano de hombre había puesto ningún pez en aquellas aguas ni sacado de ellas ninguno.

No sólo pescamos para nuestra comida cotidiana, pues extrajimos muchos pescados de especies que no puedo describir, aumentando de manera considerable nuestras reservas de provisiones. El sol era tan fuerte, que los secó, sin sal, en un solo día, y los dejó tan duros y curados como antes quedara la carne.

Descansamos cinco días, durante los cuales asistimos a varias escenas curiosas entre las fieras que poblaban aquellos parajes. Fueron demasiado numerosas para que las relate. Nos divirtió especialmente una de ellas: la persecución de un ciervo por una leona. El ciervo, muy rápido y ligero, pasó como el viento a más de trescientas yardas de la leona; pero ésta, con sus resistentes pulmones y su fuerza, seguía persiguiéndole, infatigable. Los vimos correr a cosa de un cuarto de milla de nosotros, y desaparecer luego. Al cabo de una hora volvieron a pasar, con gran sorpresa nuestra. Ya estaba la fiera a treinta o a cuarenta yardas del ciervo. Ambos corrían cuanto podían. El venado, entonces, se dirigió hacia el lago y se metió en sus aguas, nadando para salvarse, conforme antes había corrido.

La leona se metió en el lago y nadó un rato; mas pronto retrocedió. Cuando volvió a pisar la tierra, dejó escapar el más horrible bramido que he escuchado en mi vida, lleno de rabia por la pérdida de su presa.

Salíamos de excursión mañana y tarde. A medio día descansábamos en la tienda. Una mañana temprano, pudimos contemplar otra cosa que esta vez nos concernía más directamente. Mientras el príncipe paseaba a la orilla del lago, se vio sorprendido por un gran cocodrilo que salió del agua al lado mismo de sus pies. Por fortuna el príncipe anduvo ligero y pudo escapar corriendo. Estábamos preocupados por aquella aparición y por el hecho de que nos habían asegurado que su piel no podía ser atravesada por las balas. En efecto, tres de nuestros fusileros dispararon contra él, y como si nada. El artillero, valiente y sereno, con mucha audacia, se le acercó tanto, que pudo apuntarle directamente a la boca, y disparó. Al disparar, soltó el fusil y corrió lejos del animal. La bestia se revolcó con grandes chillidos y descargó su rabia sobre el arma, dejando marcados los dientes en el cañón de hierro, hasta que, por fin, se extenuó y murió.

Los negros recorrían, cazando, las orillas del lago. Trajeron tres ciervos, uno de ellos muy grande, y los dos restantes, más pequeños. Había también aves acuáticas; pero jamás logramos acercarnos lo bastante para dispararles. Durante nuestro viaje por el desierto, los únicos pájaros que vimos fueron los de este lago.

Matamos dos o tres gatos de algalia, pero su carne es peor que la carroña. Vimos a lo lejos varios rebaños de elefantes, y observamos que siempre van en manada, y que al andar no abandonan nunca el orden de batalla, con lo cual consiguen defenderse de sus enemigos. Si los leones o los tigres o cualquier otra fiera los ataca, se forman en línea, que a veces alcanza cinco o seis millas y todo el que se acerca puede tener la seguridad de ser aplastado implacablemente bajo sus patas o ensartado por sus colmillos. Si un grupo de tigres se cruza con un grupo de elefantes, siempre retroceden aquéllos hasta que encuentran paso por alguno de los lados. De no hacerlo así, no escaparía ninguno, porque el elefante, aunque sea muy pesado, es tan hábil y rápido con su trompa, que puede coger con ella a un león o a cualquier otro animal y arrojarlo por encima de su lomo, aplastándolo luego con las patas, hasta que queda completamente destrozado.

Vimos varias de estas líneas de batalla, una de ellas tan larga, que no se alcanzaba a distinguir su fin; creo que estaría compuesta lo

menos de dos mil elefantes. No son animales de presa, pues viven de los pastos, igual que los bueyes. Y se dice que a pesar de su enorme cuerpo, les basta muy escaso forraje, algo así como el que necesita un caballo.

La abundancia de éstos en aquella parte del continente africano es inconcebible, si tenemos en cuenta el número de colmillos que vimos en el desierto.

Cierto anochecer nos llevamos una gran sorpresa. Estábamos ya tendidos, bajos las esteras, durmiendo, cuando un centinela se acercó, muy asustado, a despertarnos para decirnos que gran cantidad de leones rondaban el campamento. Como estaba muy oscuro, no los había visto hasta tenerlos casi a nuestro lado. Resultó ser un viejo león y su familia, es decir, una leona y tres cachorros. Uno de éstos —ya viejo, y con malas intenciones— atacó a uno de los negros, que no le había visto. El negro dio un salto, se salvó corriendo y vino a avisar. El otro centinela, un marinero armado de fusil, sin bastante serenidad para disparar, se limitó a darle algunos golpes con el cañón del arma. El león se detuvo un momento, pero luego comenzó a bramar enfurecido. En esto, nuestros hombres salieron ya armados de la tienda. Vieron al león viejo, que era enorme, y le descubrieron sobre todo por el brillo de sus ojos. Dispararon; mas debieron de errar el tiro, o en todo caso no le mataron. La familia de leones se marchó, lanzando horribles rugidos en demanda de auxilio, que nos asustaron. Les respondieron otros muchos rugidos desde todos los rincones del desierto. Y pronto se presentaron ante la tienda innumerables fieras, no sabíamos cuáles ni cuántas, pues no podíamos verlas y teníamos que contentarnos con oírlas. Por todo nuestro derredor se alzaban rugidos, bramidos y gruñidos; estábamos como si todas las bestias del desierto se hubieran reunido para devorarnos.

Preguntamos al príncipe qué podíamos hacer para librarnos de ellas.

—Yo iré a asustarlas —nos dijo.

Arrancó las dos o tres esteras más estropeadas de la tienda, y mientras hacía esto, ordenó a uno de sus negros que encendiera un poco de fuego. Puso las esteras al extremo de un palo y las acercó a la llama, blandiéndolas luego durante un rato. Todos los animales se fueron, al ver las llamaradas, rugiendo cada vez más lejos.

—Bien —comentó el artillero—, otra vez no necesitaremos quemar esteras, que son nuestros colchones y nuestras mantas. Dejadme hacer...

Penetró en la tienda y se puso al trabajo, fabricando algunos fuegos de artificio, que entregó a los centinelas para que los tuvieran dispuestos en cualquier otra ocasión como aquélla; fijó una gran rueda a lo alto del palo que había servido para sostener las esteras en llamas, prendió fuego, y así acabaron de irse las pocas fieras que todavía remoloneaban a nuestro alrededor.

Nos cansó, sin embargo, tanta compañía, y para librarnos de ella, partimos dos días antes de lo que habíamos fijado. Ahora descubrimos que aunque el desierto parecía no tener fin, la tierra estaba cubierta de matorrales, con los cuales los búfalos de nuestra expedición pudieron darse verdaderos banquetes. Encontramos también varios arroyos y riachuelos que se dirigían hacia el lago; de modo que el resto del camino no nos faltó agua, aliviándonos así el peso de nuestro considerable equipaje. Anduvimos así dieciséis días, sin que la tierra mejorara. Después comenzó el terreno a subir, y previmos que volvería a escasear el agua.

Durante tres días siguió la tierra elevándose hasta que, finalmente, cuando llegamos a lo más alto, nos dimos cuenta de que caminábamos por la cima de una cadena de montañas, distinta, empero, de las del comienzo de nuestro viaje.

Cuando miramos al otro lado, vimos, con gran gozo, que el desierto había terminado. La tierra que se extendía a nuestros pies estaba tapizada de césped y bosques, deslizándose por ella un ancho río. No dudamos de que encontraríamos salvajes y ganado.

Según los cálculos del artillero, habíamos andado unas cuatrocientas millas por aquel desierto horrible, empleando en recorrer esta distancia treinta y cuatro días. Nos hallábamos, pues, a unas mil cien millas de nuestro punto de partida en la costa de Mozambique.

Hubiéramos descendido la falda de aquella montaña en seguida; pero era demasiado tarde para hacerlo aquel mismo día. A la mañana siguiente vimos las cosas más claras. Descansamos bajo unos árboles, lo que supuso una delicia para nosotros, que habíamos pasado más de un mes expuestos al sol, sin una sombra donde refugiarnos.

Aquella comarca, sobre todo comparándola con la que acabábamos de dejar atrás, era muy agradable. Los ciervos abundaban en el bosque y matamos a varios. Matamos también una especie de cabra de carne sabrosa, pero distinta de la de cabra. Vimos gran número de pájaros, parecidos a las perdices, algo más pequeños y muy sociables. Viajábamos cómodamente sin que nos faltara nada. Durante algunos días, no descubrimos salvajes ni aldeas. Pero como freno de nuestra

alegría, cada noche nos visitaban los leones y los tigres, aunque no vimos elefantes.

A los tres días llegamos a orillas del río que vimos desde lo alto de la montaña, y lo bautizamos con el nombre de río Dorado. Se dirigía hacia el Norte, y esto nos sorprendió, pues fue el primero que vimos en aquella dirección. Su corriente era muy rápida. El artillero sacó el mapa, y después de consultarlo, atentamente nos aseguró que se trataba del Nilo o de algún otro que iba al lago donde nacía aquél. Me mostró el mapa, que ya comenzaba yo a saber interpretar, gracias a sus enseñanzas, y me dio tales explicaciones, que me convenció de que su opinión era la justa.

Pero no llegué a comprender, al principio, los motivos que tenía para interesarse tanto por ella, hasta que nos dijo:

—Si éste es el Nilo, ¿por qué no hemos de construir algunas canoas y dejarnos llevar por la corriente? Esto es mejor que exponernos a encontrar más desiertos y ardientes arenas, en nuestro camino hacia el océano, el cual, cuando lo alcancemos, no sabemos si nos reserva la misma suerte que tuvimos en Madagascar.

Aceptamos el argumento, porque era imposible objetar nada, ya que carecíamos de los conocimientos necesarios. Pero, en conjunto, todos opinamos que la empresa ofrecía demasiados inconvenientes para intentarla, y de hecho, resultaba impracticable por diversas razones. El cirujano, un tipo estudioso y muy leído, aunque no entendía nada del arte de navegar, se opuso con algunos razonamientos, que, si no recuerdo mal, eran los siguientes, poco más o menos:

Primero, la enorme longitud del viaje, que, según calculaban él y el artillero, contando las vueltas y revueltas del río, pasaría de las cuatro mil millas; segundo, la existencia en el río de innumerables cocodrilos, a los cuales no lograríamos escapar; tercero, los terribles desiertos que tendríamos que cruzar, y por último, la proximidad de la estación de las lluvias, durante la cual el Nilo es tan impetuoso y se eleva tanto de nivel, inundando por completo la llanura, que nunca podríamos saber cuándo nos hallaríamos en el propio cauce del río y cuándo no, con gran peligro de ser arrastrados o volcados, o de embarrancar con tanta frecuencia, que sería prácticamente imposible llegar al término de nuestro viaje.

Se nos hizo evidente y tan clara esta última razón, que nos adherimos a ella y decidimos dar de lado aquel proyecto, y seguir primero, continuando hacia el Oeste, a través del continente. Nos quedamos unos días más a la orilla del río, descansando y holgando.

El príncipe, a quien agradaba mucho vagabundear por el paraje, vino una mañana trayendo algunos trozos muy pesados de algo que desconocía pero que le agradaba por su aspecto. Me lo enseñó, pensando que sería cosa extraña. No pudo decirme más. Llamé al artillero y se los mostré, exponiéndole lo que opinaba, o sea que era oro. Estuvo de acuerdo conmigo. Decidimos llamar al príncipe y hacer que al día siguiente nos condujera al sitio donde lo había hallado. Si había cantidad abundante, revelaríamos el secreto a los demás y lo repartiríamos; pero, si había poco, lo reservaríamos para nosotros.

Nos olvidamos de indicar al príncipe que guardara el secreto; de modo que habló ingenuamente a todos de su descubrimiento. Los marineros adivinaron de qué se trataba y se nos acercaron. Cuando vimos que el secreto ya no era tal, lo que más nos interesó fue evitar toda sospecha de que quisiéramos reservarnos el hallazgo. Expusimos abiertamente nuestro proyecto, llamamos al platero, y éste aseguró que, en efecto, se trataba de oro. Propuse que nos encamináramos todos al sitio donde lo había encontrado el príncipe, y que si había posibilidades nos quedaríamos unos días en aquellos parajes para extraer toda la cantidad que nos fuera posible.

Salimos todos, pues, porque nadie quería dejar de asistir al descubrimiento. El lugar estaba situado al lado oeste del río, no del principal, sino de un afluente, casi un arroyo, que venía de Poniente. Sacamos arena del fondo del río y dejamos que se escapara entre nuestros dedos, reteniendo brillantes pepitas de oro, pequeñas como cabezas de alfiler a veces, y otras grandes como un grano de uva. A las dos o tres horas, todos teníamos un pequeño montón de pepitas; así es que decidimos irnos a comer.

Comiendo, pensé que, mientras trabajábamos en cosa tan importante y de tan trascendentales consecuencias, había nueve probabilidades sobre diez de que el oro, señuelo de todas las disputas y peleas del mundo, nos llevaría, al cabo, a discutir, a quebrantar los artículos de nuestro grupo y hasta a dividirnos o algo peor. Por eso me decidí a decir a todos que, a pesar de ser el más joven de la expedición, como siempre se me había permitido emitir mi parecer, y algunas veces lo habían seguido, quería proponerles ahora algo que redundaría en beneficio de todos, esperando que lo consideraran aceptable.

Les dije que nos encontrábamos en un país que, como era sabido, estaba lleno de oro por doquier, y que de todos los puertos del mundo venían barcos a buscarlo; pero no sabíamos dónde estaban los yacimientos de aquel oro, por lo cual podíamos conseguir mucho o

poco, y por eso los invitaba a pensar si no sería mejor, con el fin de conservar la buena amistad y armonía que hasta entonces habían reinado entre nosotros, y que tan indispensables eran para nuestra salvación, que todo el oro que extrajáramos fuese a parar a una caja común, para dividirlo entre todos por igual, antes de aventurarnos a las consecuencias de las disputas que se podrían ocasionar por el hecho de que unos fueran más afortunados que otros. Añadí que, si nos topáramos con un buen yacimiento, nos pondríamos todos al trabajo, y además, podríamos hacernos ayudar por los negros, recibiendo así a la vez el fruto de su trabajo y del nuestro. Si todos participáramos lo mismo de la riqueza conseguida por todos, no habría motivos de peleas o disensiones.

Todos estuvieron de acuerdo con mi propuesta y juramos, dándonos las manos unos a otros, que no negaríamos la menor pepita a los demás, y que, si se descubría que alguno ocultaba oro, le sería quitado y repartido entre los restantes. El artillero agregó algo no menos sensato, y fue que, si alguno de nosotros obtenía alguna ganancia u oro por medio del juego, debíamos devolvérselo a quien se lo ganáramos, so pena de ser desarmado y excluido del grupo, sin que nunca más pudiera recibir ningún auxilio de los otros. Así evitaríamos juegos y apuestas a los que los marinos somos tan aficionados y que constituyen la rutina de nuestras largas jornadas, aunque carezcamos de naipes o dados, ya que siempre hay algún modo de jugarse el dinero.

Tras esta decisión, nos entregamos al trabajo, con alegría y esperanza. Los negros trabajaron también, después de enseñarles lo que tenían que hacer. Pasamos removiendo y examinando la arena unas tres semanas; durante ese tiempo avanzamos río arriba como seis millas. Cuanto más adelantábamos, más oro hallábamos. Hasta que al final, cuando el río hacía una curva detrás de una colina, vimos que ya no había más oro y no valía la pena continuar buscándolo. Se me ocurrió que debía de ser del lado de aquella colina de donde venía el oro.

En vista de ello, nos dedicamos a trabajar en la colina. La tierra era agrietada y gredosa, de color amarillento, y en algunos sitios encontramos una especie de piedras blancas y pesadas que, según dijo el platero, eran el espato que suele rodear a los filones de oro en la mina. Sin embargo, como aunque hubieran estado llenas de oro no teníamos con qué sacarlo, las dejamos. Escarbando en la tierra con los dedos llegamos a una capa donde se hundía a la simple presión de las manos, y sospeché que contenía oro. Sacamos aquella tierra con

mucho cuidado, la lavamos con agua, que se llevó la arcilla y dejó en la palma de nuestras manos las pepitas. Lo más notable fue que, cuando hubimos lavado toda aquella capa de tierra, y llegamos a tocar la piedra, no encontramos ni un grano más de oro.

Por la noche nos reunimos para calcular lo que habíamos amontonado durante aquel día de escarbar y lavar la greda, y resultó que sumaba unas cincuenta libras de polvo de oro. Las pepitas encontradas en el río alcanzaban a treinta y cuatro libras de peso.

Fue una feliz decepción la nuestra al ver que ya no había más oro, porque a pesar de la poca cantidad conseguida, si hubiera seguido habiendo, no sé cuándo habríamos decidido abandonar e irnos. Después de explorar todas las tierras de los alrededores con resultados negativos, regresamos río abajo, sin dejar de remover la arena una y otra vez, por si quedaba algo de oro entre sus granos. En este segundo intento encontramos unas seis o siete libras más.

Luego removimos la arena del primer río, arriba y abajo. Por la parte superior, no hallamos nada, y por la inferior, en dos millas, no llegó a media onza lo que encontramos. Volvimos al que llamábamos río Dorado y volvimos a buscar por dos veces, encontrando poca cantidad, tan pequeña, que nos desilusionamos, pues el trabajo era muy arduo. Creo que, si hubiéramos tenido más éxito, aún estaríamos buscando oro. Decidimos, al fin, abandonar la busca, no fuese que por ella nos fatigáramos tanto, nosotros y nuestros negros, que luego no estuviéramos en condiciones de viajar.

Juntado todo el oro y calculado su peso, resultó que le correspondían tres libras y media a cada hombre, de acuerdo con unas ingeniosas medidas que el platero construyó para medir el polvillo. Estas medidas las hizo a ojo, diciendo que en todo caso cabría más bien más que menos de una libra en cada una, lo cual resultó cierto, pues posteriormente pudimos comprobar que sobraban dos onzas. Quedaron seis o siete libras que acordamos dejar en manos del platero, para que hiciera con ellas chucherías que pudiéramos cambiar con los salvajes, si se presentaba la ocasión, para comprar provisiones, o incluso nuestra libertad si se daba el caso. Dimos una libra al príncipe negro, quien la batió con su infatigable paciencia y la cortó, por medio de herramientas que le prestara el platero, en pequeños redondeles que agujereó, ensartándolos después y formando con todos ellos un collar. Os aseguro que ofrecían, sobre su negra piel, un hermoso contraste. Invirtió varios meses en rematar aquella alhaja.

Así terminó nuestra primera aventura relativa al oro.

LAS LLUVIAS

Nos dimos cuenta de algo que antes no nos había inquietado apenas, y era que, fuese buena o mala la región donde nos hallábamos, no podríamos viajar durante un considerable lapso de tiempo. Hacía unos cinco meses y medio que habíamos partido y la estación iba a cambiar. La naturaleza nos advertía que, como vivíamos en un país con invierno y verano —aunque distintos de los que acaecen en nuestras latitudes— debíamos prever la llegada de una estación húmeda, durante la cual la lluvia y las inundaciones que ocasionaría nos impedirían viajar.

Habíamos pasado ya épocas de grandes lluvias en Madagascar; pero desde que emprendimos la ruta tierra adentro no pensamos en su proximidad. Habíamos viajado con el sol lejos de nosotros, en dirección Norte, cerca del solsticio, en la más favorable posición que se puede dar en África. Pero ahora se iba acercando y con él la lluvia. Celebramos una asamblea para discutir nuestra situación y en particular si convenía proseguir el camino o si era mejor buscar un sitio a propósito, en la orilla del río Dorado, para fijar allí nuestro campamento de invierno.

En resumidas cuentas, decidimos permanecer donde estábamos. Como se verá ahora, esta decisión supuso un gran acierto.

Lo primero que hicimos fue poner a trabajar a los negros para que construyeran chozas donde vivir. Las levantaron muy diestramente, en un terreno alto, pues opinamos a la postre que, si el río se desbordaba podría inundarnos el campamento.

Éste era como una aldea. En el centro se alzaba una choza mayor, alrededor de la cual construyeron las nuestras, de modo que para ir de una a otra teníamos que pasar por la central, donde comíamos y bebíamos, reuniéndonos para charlar. Los carpinteros construyeron mesas, bancos y taburetes en abundancia, de suerte que todos podíamos sentarnos y comer cómodamente.

No necesitábamos chimenea, pues teníamos bastante calor con el del sol, y no se requería ningún fuego. Pero después nos vimos obligados a encender hogueras todas las noches, porque, aunque nuestra situación era inmejorable, nos veíamos visitados a menudo por las fieras. Los ciervos y otros pacíficos animales venían al río a

abrevarse y a pacer en su orilla; leones, tigres y leopardos rondaban de continuo aquellos lugares al acecho de alguna presa.

Cuando nos dimos cuenta de aquello nos sentimos tan intranquilos, que pensamos mudar nuestro emplazamiento; pero, tras de muchos debates, acabamos viendo que lo mejor era fortificarlo de modo que no corriéramos ningún peligro. Rodeamos el campamento de estacas, todas de distinta altura, dispuestas de manera irregular, muy afiladas en la punta y separadas entre sí sólo por un pie de distancia, para que, si algún animal pretendiese pasarlas tuviera que saltar y cayera en medio de ellas.

La entrada estaba formada por estacas mayores, clavadas en el suelo de modo que formaban un pasillo con varias revueltas; era imposible que ninguna bestia mayor que un perro pudiese pasar por él. Y a fin de que no pudiésemos vernos atacados por alguna manada y no hubiéramos de perder sueño ni municiones, pues queríamos aprovechar ambas cosas, encendimos cada noche una gran fogata delante de la entrada y construimos una choza frente a ella, con ánimo de que los centinelas se resguardaran de la lluvia.

Para mantener aquel fuego cortamos una enorme cantidad de leña, y la amontonamos a fin de que se secara. Con las ramas verdes hicimos un segundo techo a nuestras cabañas, tan espeso y resistente, que evitó que la lluvia llegara al primer techo y nos mojáramos.

Apenas hubimos acabado todos aquellos preparativos, cuando la lluvia comenzó a caer, tan fuerte y continua, que no nos daba ocasión de salir a buscar comida. Los negros, que no llevaban ropa y parecían no sentir molestia alguna con el agua, eran quienes nos abastecían. Para los europeos, en cambio, nada hay más peligroso, en climas cálidos, que estar bajo el aguacero.

Hicimos aquella vida durante cuatro meses, o sea desde mediados de junio hasta mediados de octubre. Al llegar el equinoccio, decreció la lluvia; pero entonces el sol estaba tan encima de nosotros, que decidimos seguir allí hasta que estuviera algo más al Sur.

Tuvimos algunas aventuras con las fieras. Muchas veces me pregunto si nuestra valla, que luego aumentamos con doce o catorce filas de estacas, de no existir la hoguera, habría bastado para guarecernos de los animales. Siempre se presentaban de noche, y en ocasiones en tan gran número, que sospechábamos que todos los leones, tigres y leopardos de África se congregaban frente a nuestro campamento.

Cierta noche de luna llena, uno de los centinelas nos dijo que creía

que, por lo menos, habían desfilado ante la hoguera diez mil fieras de todas las clases, que retrocedían a la vista de las llamas, con rugidos de despecho y gruñendo amenazadoramente.

La música de sus gruñidos estaba muy lejos de resultarnos agradable y hasta nos quitaba el sueño. Con frecuencia los centinelas nos llamaban para que viéramos el espectáculo de las fieras acechándonos en balde. Una noche tempestuosa, nos llamó uno de los que estaban de guardia, porque era tan grande la multitud de bestias, que pensó que nos asaltarían a pesar de la hoguera. No venían por el lado del fuego, y no obstante la protección de las estacas, pasamos toda la noche en vela, junto a las armas. La luna estaba en cuarto creciente, el cielo lleno de nubes, y un fuerte huracán aumentaba el horror de las tinieblas. Miré a un lado del campamento, y vi dentro a una de las fieras. En efecto, había saltado y estaba colgada de la última hilera de estacas, más alta que las demás. Rugía de dolor y mordía rabiosamente la madera. Cogí la lanza de uno de los negros y me arrojé corriendo contra la bestia, a la cual di tres o cuatro lanzazos, hasta que la rematé. No disparé, porque me proponía hacer una descarga sobre las fieras, tan pronto hubiera un claro en las nubes. Los animales estaban al otro lado de las estacas, apretados como una manada. Llamé a los demás marineros, les enseñé la fiera muerta y todos, espontáneamente, disparamos contra las de fuera. Muchos de los fusiles estaban cargados con dos o tres balas. La descarga hizo una horrible matanza; las bestias huyeron, aunque vi algunas que se iban con paso majestuoso y solemne, menos asustadas que el resto de sus compañeras por el fuego y el ruido. Muchas quedaron en el suelo, debatiéndose en la agonía; pero no nos atrevimos a salir para ver a qué especie pertenecían.

Era de esperar que hubiese muchas víctimas, pues estaban tan apretadas y tan cerca, que no dudamos que debieron de percibir el olor de hombre y el de carne muerta. El día antes, habíamos matado un ciervo y tres o cuatro cabras. Tiramos los despojos fuera del campamento y aquella carroña debió de atraer a tantas fieras como acudieron. En lo sucesivo evitamos ofrecerles aquel cebo gratuito y peligroso.

Aunque las alimañas huyeron, toda la noche escuchamos rugidos, procedentes, según suponíamos, de las heridas. Cuando despuntó el día, salimos a ver el resultado de nuestra descarga. Era un horrible espectáculo: había tres tigres y dos lobos agonizantes, además de la fiera que maté a lanzazos, un animal que yo jamás había visto, entre

tigre y leopardo. Hallamos también un noble león, muy viejo, con las dos patas delanteras rotas; de modo que, aunque estaba vivo, no podía moverse, agotado por sus esfuerzos. Él fue el soldado herido que durante toda la noche nos mantuvo despiertos con sus quejas. El cirujano le miró largamente:

—Si estuviera seguro —dijo— de que este león había de mostrarse tan agradecido conmigo como lo fue su antepasado con Androcles, el esclavo romano, le curaría.

Yo no sabía quién había sido Androcles, de modo que le pedí que me contara su historia. Lo hizo de buena gana. Después de escucharle, opiné que, como no era posible saber si aquel león imitaría al de Roma, lo mejor sería curarle y confiar en su honor. No estaba muy seguro de él mi interlocutor, y para aliviarle de sus penas, disparó un tiro matándole. En adelante, al cirujano le llamamos «el regicida».

Los negros encontraron cinco fieras muertas, a alguna distancia del campamento: un lobo, un leopardo de hermosa piel, y tres más, que pertenecían a especies desconocidas.

Desde entonces tuvimos frecuentes visitas de aquellos caballeros de la selva; pero jamás volvieron a presentarse formando ejército. Aun así, la descarga tuvo consecuencias lamentables para nosotros, pues alejó a los ciervos y otros rumiantes, cuya presencia nos era muy necesaria para abastecernos. Sin embargo, los negros salían a diario de caza con sus arcos y flechas, y nunca regresaban sin traernos algo. Cuando las aguas se retiraron y cesó de llover, encontramos abundantes aves, iguales que las que hay en Inglaterra: pavos, gansos, cercetas, trullos... Cazamos muchas. Pescamos también gran cantidad de peces en el río. No escasearon las provisiones. Lo que echábamos de menos era la sal para sazonar la carne fresca. Nos quedaba muy poca y la ahorrábamos. Los negros, en cambio, no la probaban ni querían comer carne preparada o sazonada con sal.

Comenzó a aclararse el tiempo, cesaron las lluvias y se secó la tierra. El sol, que ya había pasado nuestro cenit, se dirigía al Sur. Había llegado el momento de reanudar la marcha.

Nos pusimos en camino el 12 de octubre. Como el país era agradable, lleno de caza y sin habitantes, avanzamos de prisa, haciendo algunos días hasta veinte o veinticinco millas. No nos detuvimos en ninguna parte, durante los primeros once días, excepto una vez, para construir una balsa con la que atravesar un riachuelo que había sido ensanchado a causa de las lluvias.

Pasado el río, cuya corriente se dirigía al Norte, encontramos una larga cadena de colinas. Por la derecha, a gran distancia se abría el horizonte. Pero, como nos dirigíamos al Oeste, no quisimos desviarnos sólo por evitar escalarlas. Seguimos avanzando, pues se había adelantado uno de los marineros, con dos negros. Al llegar a una cima, nos gritó, dando brincos de gozo y con gran sorpresa por nuestra parte:

—¡El mar, el mar...!

El artillero y yo quedamos todavía más sorprendidos, porque aquella misma mañana habíamos calculado que nos hallábamos aún a unas mil millas de distancia del mar, y que no podíamos esperar alcanzarlo antes de transcurrida otra estación de lluvias. Cuando oyó aquel grito de «¡el mar!», dijo el artillero que el hombre estaba loco...

Con todo, la verdad es que, al llegar a la cima, tan sólo divisamos frente a nosotros más que agua, agua y agua, sin otros límites que los del horizonte. Descendimos la colina muy aturcidos, incapaces de adivinar dónde nos encontrábamos, pues los mapas nos afirmaban que el mar quedaba aún más lejos.

Al cabo de tres millas de camino llegamos a la orilla. Con mayor sorpresa aún, comprobamos que la tal agua era dulce, potable y muy fresca. En resumen, no sabíamos qué pensar ni qué hacer. Aquel mar, por supuesto, nos detenía en nuestra marcha hacia el Oeste. Nos preguntamos por dónde debíamos ir, si por la izquierda o por la derecha. Nos decidimos pronto. De ser aquello el mar, lo mejor sería dirigirnos al Norte, pues el camino del Sur no haría sino alejarnos de nuestro objetivo.

Tras de pasar la mayor parte del día entre la sorpresa y la duda, seguimos andando hacia el Norte. Caminamos veintitrés días por la orilla, sin saber realmente qué nos convenía hacer. La mañana del vigésimocuarto, un hombre gritó:

—¡Tierra, tierra...!

No era una falsa alarma, pues pudimos ver, a gran distancia, al otro lado del agua, las cimas de unas lejanas montañas, al Oeste. Esto nos convenció de que no estábamos frente a un océano, sino frente a un mar interior o un gran lago. Pero no veíamos el fin de la parte Norte; de modo que tuvimos que seguir adelante por la orilla otros ocho días, más de cien millas, hasta llegar al extremo del lago, del cual arrancaba un ancho río que corría en dirección Nortenordeste, igual que el anterior, ya citado.

Mi amigo el artillero, después de examinar sus mapas, dijo que antes se había equivocado y que aquel río era realmente el Nilo.

Seguíamos opinando que no estábamos en situación de emprender un viaje a Egipto. Decidimos surcar el río, lo cual no resultó precisamente cosa fácil, pues era muy ancho y de corriente muy rápida.

Nos costó una semana el trabajo de reunir madera y hacer una balsa con que atravesarlo en compañía de nuestros búfalos y negros. Había muchos árboles por allí, aunque ninguno lo bastante grande como para construir una canoa.

Durante nuestra marcha por la otra orilla de lago, nos sentimos muy cansados y avanzábamos menos trecho a diario que antes. La causa de ello era el gran número de arroyos y riachuelos que debíamos cruzar. Todos venían de las colinas del Este y con un caudal demasiado impetuoso.

Importa señalar los tres últimos días de esta etapa por el hecho de que nos tropezamos con algunos salvajes que vivían en las laderas y no en la orilla. No teníamos mucha comida, pues durante cuatro o cinco días no pudimos matar ni una pieza y hubimos de contentarnos con lo que pescábamos en el lago, que no era suficiente.

En cambio, no nos vimos molestados ni una vez por las fieras. Únicamente en una ocasión hallamos en la tierra blanda de la orilla una fea, venenosa y deforme clase de serpiente que nos persiguió como si quisiera atacarnos. Si le tirábamos algo, se enderezaba y silbaba con tanta fuerza, que se la oía desde lejos. Tenía un aspecto y un silbido diabólicos, y no conseguimos convencer a los marineros de que no era el propio demonio, aunque tan sólo fuera por adivinar qué motivo iba a traer a Satán por aquellos despoblados eriales.

Resultaba curioso que hubiéramos podido viajar mil millas sin encontrarnos con nadie, atravesando el propio corazón del continente africano por sitios donde, con seguridad, ningún hombre había puesto la planta desde que los hijos de Noé se esparcieron por la faz de la tierra. El artillero hizo algunas observaciones con ballestilla para determinar la posición en que nos hallábamos, y llegó a la conclusión de que, habiendo andado durante veintitrés días en dirección Norte, nos hallábamos, pues, a 6° y 22' de latitud Sur.

Después de atravesar el gran río, nos enfrentamos con un país extraño, que al principio nos asustó, porque, aunque no era un desierto de ardiente arena como el que habíamos cruzado, era montañoso, estéril y estaba lleno de fieras, que aparecían en mayor número que en cualquiera de los sitios por donde habíamos pasado. En aquella ocasión sólo vimos una especie de áspera hierba y de vez en cuando algunos árboles, casi arbustos y ni un salvaje. Ya

empezábamos a preocuparnos por las provisiones, pues hacía mucho que no matábamos ciervos ni caza alguna, viviendo tan sólo de aves y peces. Ahora ya no teníamos el río donde pescar, y esto nos consternaba, pues el país era tan estéril, que ni cabía el recurso de instalarnos allí para hacer acopio de provisiones, sino que habíamos de seguir al azar.

No nos quedaba más remedio que la paciencia. Matamos algunas aves y pescamos los últimos peces, con lo cual tendríamos comida para cinco días. Y con esto nos lanzamos a la aventura. Anduvimos los cinco días sin ver peces, aves ni bestias comestibles, dado lo cual estábamos seguros de morir de hambre. El sexto día casi ayunamos, es decir, comimos los restos de la víspera, y nos acostamos con el corazón y el estómago oprimidos. Al octavo día, necesitamos matar uno de nuestros fieles servidores los búfalos que nos habían llevado la comida y los fardos durante el largo viaje. Su carne era muy buena; pero lo comimos con tanta parsimonia, que nos duró tres días. Y ya estábamos a punto de matar otro, cuando vimos, a lo lejos, una comarca que parecía más fértil, con altos árboles y un río.

Esto nos animó y apresuró nuestro paso, a despecho de tener los estómagos vacíos y de desfallecer de hambre y debilidad. Antes de llegar, tuvimos la suerte de encontrar un ciervo joven, tanto tiempo deseado... Después vimos más y matamos tres de ellos. Nos dimos un banquete, sin dejar que la carne se enfriara. En realidad, me asombró que pudiéramos esperar a matarlos y no nos los comiéramos vivos, de tanta como era el hambre que nos acuciaba.

Aunque a lo largo de nuestro paso por aquella inhospitalaria comarca vimos muchas fieras, tigres, gatos de algalia, leopardos, leones y otras alimañas desconocidas para nosotros, no encontramos ni un elefante, a pesar de descubrir más de un colmillo medio enterrado en el suelo por el tiempo y las tormentas.

Al llegar a orillas del río, observamos que se dirigía hacia el Norte, como los demás, aunque con la diferencia de que, conforme los restantes corrían al Norte o Nordeste, aquél iba en dirección Noroestenorte.

LAS FUENTES DE AGUA SALADA

En la otra orilla del río percibimos rastros de habitantes; pero no encontramos ningún salvaje el primer día. Al siguiente penetramos en una región poblada de negros, que iban desnudos, hombres y mujeres, sin dar muestras de ningún pudor.

Les hicimos signos de amistad, y parecían muy francos, amables y cordiales. Se acercaron a nuestros negros sin la menor suspicacia y no nos indujeron a sospechar de ellos. Les dimos a entender que teníamos hambre, y las mujeres desnudas nos sirvieron en seguida raíces y una especie de calabazas que comimos vorazmente. El platero les enseñó sus chucherías de hierro y de plata, aunque no las de oro. Tuvieron bastante gusto para elegir las de plata; pero, en cambio, al aparecer las de oro, nos sorprendió ver que no les daban ningún valor.

Nos trajeron más provisiones y tres animales grandes como carneros, por completo desconocidos para nosotros, cuya carne era muy sabrosa. Luego nos dieron doce más de aquellos animales y una especie de liebre, todo lo cual fue muy bien recibido, pues necesitábamos reponer nuestras reservas de provisiones.

Nos hicimos muy amigos de aquellos nativos, que fueron los más amables y tratables de cuantos hallamos en el curso de nuestro viaje, y con quienes podíamos entendernos más fácilmente que con cualquier otra tribu.

Les preguntamos por nuestro camino, señalando al Oeste; mas nos hicieron señas de que por allí no se podía pasar, y nos señalaban a la vez el Noroeste. Comprendimos que por el Oeste había otro gran lago, lo cual resultó ser cierto. A los dos días pudimos verlo, y proseguimos, dejándolo a nuestra izquierda, hasta que pasamos la línea de los equinoccios.

En ruta al Norte, el artillero me hizo partícipe de sus preocupaciones, enseñándome el mapa y advirtiéndome que, cuando llegáramos al sexto grado de latitud Sur, la tierra, al Oeste, hacía un gran recodo mar adentro y nos alejaríamos de la costa más de mil quinientas millas. Le pregunté si no había ríos navegables que pudieran facilitarnos el camino y nos condujeran al océano, de suerte que, aunque hubiese mil quinientas millas y hasta dos veces mil

quinientas millas, pudiéramos recorrerlas tranquilamente, con tal de encontrar provisiones.

Miramos los mapas y vimos que no había ningún río hasta llegar a unas doscientas o trescientas millas de la costa, excepto el llamado río Grande, que distaba unas setecientas millas al norte de donde nos encontrábamos. No sabíamos a través de qué países podría llevarnos aquel río, sospechando que los calores serían allí muy violentos y el terreno estéril, silvestre y desolado. Además, cuando llegáramos cerca de la costa, entre los negros que habían tenido tratos con blancos — españoles, portugueses, ingleses y holandeses— nos recibirían muy mal y nos atacarían sólo por vengarse de los malos tratos recibidos de los europeos.

En vista de ello, decidimos que, cuando hubiéramos alcanzado el límite de aquel lago, nos dirigiríamos hacia el Oestesudoeste, hasta llegar con el tiempo al río Congo, el cual nos llevaría a la costa de este nombre, un poco al norte de Angola, que era donde al principio nos propusimos arribar.

Me informé de si había estado alguna vez en la costa del Congo. Dijo que sí; pero no había desembarcado en ella. Le pregunté cuánto distaría de allí una costa frecuentada por buques europeos.

Me respondió que había nueve probabilidades sobre diez de que viéramos navíos europeos, porque siempre visitaban las costas del Congo y Angola, para traficar con los negros. Y si no sucediera esto, podríamos seguir por la orilla del mar hasta llegar a Costa de Oro, situada a unas cuatrocientas o quinientas millas al norte del Congo, a una latitud de seis o siete grados, donde ingleses, franceses y holandeses también tenían establecidas factorías.

He de confesar que, a despecho de cuanto me dijo, me seducía más un viaje hacia el Norte y luego por el río Grande, o como le llaman los tratantes, río Níger, porque sabía que nos conduciría a Cabo Verde, donde estábamos seguros de encontrar auxilio. En cambio, siguiendo el proyecto del artillero, nos quedaba un trecho de camino atrozmente largo, por mar o por tierra, sin la certeza de obtener provisiones, a no ser empleando la fuerza. Pero me guardé estas consideraciones, pues que se trataba de la opinión de mi verdadero tutor.

Cuando iniciamos rumbo al Sur, después de dejar atrás el segundo gran lago, los hombres comenzaron a murmurar, diciendo que nos alejábamos de nuestros países como si acaso no estuviéramos bastante lejos de ellos.

No habíamos andado más de doce días, ocho de los cuales los

invertimos en contornear el lago, cuando nos vimos detenidos de nuevo por una comarca tan desolada, espantosa y salvaje, que su vista nos dejó sin saber qué pensar ni qué hacer. Era un desierto infinito, sin árboles, bosques ni ríos, completamente despoblado y sin probabilidades de abastecernos, como habíamos podido hacer antes de lanzarnos a cruzar el primero, a no ser retrocediendo cuatro días hasta la punta norte del lago.

A pesar de todo, nos aventuramos tierra adentro. Para hombres como nosotros, que habíamos pasado por tantas pruebas, nada nos parecía demasiado difícil. Nos arriesgamos, pues, con la esperanza de alcanzar unas altas montañas que se vislumbraban a lo lejos, imaginando que, donde hay montañas tiene que haber ríos, donde hay ríos hay hierba y árboles, donde hay hierba hay ganado, y donde hay ganado hay gente. Confiando en estos razonamientos, penetramos en el vasto desierto, con buenas reservas de raíces, pan, algo de carne y escasa agua.

Viajamos dos días en dirección a aquellos montes, que seguían pareciéndonos tan lejanos como al entrar en aquella desolada región. Hasta el quinto día no llegamos a ellos. En realidad, avanzábamos despacio, porque hacía un calor bochornoso, y estábamos cerca de la línea equinoccial, aunque no sabíamos si al norte o al sur de la misma.

Como habíamos razonado, donde hay montañas hay arroyos. Y así era. Pero nos quedamos muy mohínos al ver que el agua del primer riachuelo era salada como la salmuera. Fue una terrible decepción que nos descorazonó mucho. El artillero, quien siempre se mostraba el más animoso de todos, nos dijo que no debíamos desesperar, que la sal era una de las cosas que más falta nos hacía, y que ahora ya no nos restaba sino encontrar agua fresca. El cirujano afirmó que sabía una manera de hacer potable el agua salada, lo cual nos alegró de veras y despertó nuestra curiosidad.

Entretanto, los negros se habían esparcido en busca de otros arroyos y encontraron varios, todos ellos de agua salada. Supusimos que había sal de roca o piedras saladas en aquellas montañas, y que quizá las aguas fueran hasta medicinales. Yo seguía preguntándome por qué arte de brujería el cirujano podía hacer potable el agua salada, y me impacientaba para ver el experimento, que resultó ser muy extraño. Se puso al trabajo con gran aplomo, como si estuviera acostumbrado a hacerlo infinidad de veces.

Tomó dos de las tres esteras y las cosió, haciendo con ellas una especie de saco de cuatro pies de anchura, tres pies y medio de

profundidad y pie y medio de circunferencia cuando estaba lleno.

Nos dijo que llenáramos el saco con arena bien seca y que la apretáramos todo lo posible sin romper las esteras. Cuando hubo una capa de arena de un pie, puso encima otras tierras para acabar de llenarlo, y siguió apretándolo cuanto pudo. Cuando estuvo hecho abrió en el centro un agujero ancho como la copa de un sombrero, aunque no tan hondo, y ordenó a un negro que lo llenara de agua, y que, cuando el agua se hubiera filtrado, volviera a llenarlo, manteniéndolo siempre lleno. Antes había puesto el saco sobre dos troncos, a cosa de un pie del suelo, debajo dispuso algunos de nuestros bocoyes para recoger el agua. Al cabo de unas horas, el agua comenzó a gotear por el fondo del saco, y con gran sorpresa nuestra, era perfectamente dulce y potable. Así seguimos purificándola durante varias horas. Al final, el agua comenzó a ser nauseabunda. Se lo dijimos y nos indicó:

—Pues vaciad la arena del saco y volved a llenarlo.

No sé si el cirujano hizo aquello como un experimento de algo que inventó para la ocasión, o si ya lo había visto hacer anteriormente.

Al otro día, subiendo a la cima de una colina, contemplamos un panorama sorprendente, pues en todo cuanto abarcaba la vista no había ríos, ni árboles, ni ganado, ni hombres, sino sólo un desierto salvaje y amenazador. El desierto que quedaba atrás ostentaba de vez en vez unas matas de musgo blanquecino y triste; pero en el de enfrente, ni eso siquiera.

Si hubiéramos dispuesto de provisiones y agua para diez o veinte días, nos habríamos decidido, pues teníamos valor para ello y para más, aunque debiéramos regresar luego. Si fuésemos hacia el Norte, en suma, tampoco sabíamos lo que nos esperaba... No teníamos provisiones e ignorábamos adónde ir a buscarlas. Matamos algunas bestias salvajes, al pie de los montes. Eran semejantes a nuestros búfalos, pero sin cuernos y con patas parecidas a las de las vacas, con una cabeza muy fina y el cuello como un ciervo. Matamos también un tigre, dos cachorros de león y un lobo. Gracias a Dios, no nos vimos reducidos a comer carne cruda.

Ante tal estado de cosas, insistí en mi proyecto de dirigirnos hacia el río Grande o Níger, para llegar por él a Costa de Oro, donde había establecimientos ingleses. Todos se mostraron de acuerdo, incluso el artillero, que era nuestro mejor guía, aun cuando esta vez se hubiera equivocado.

Como nuestro objetivo era ahora el Norte, podíamos emprender la ruta Noroeste, y quizás encontráramos algún río que nos llevara al

Níger, o por el Sur, o Costa de Oro, con lo cual se acortaría el camino y nuestras fatigas. Además, únicamente a orillas de ríos había poblado y ganado; de modo que sólo allí podríamos abastecernos.

Era éste un buen consejo, demasiado sensato para no seguirlo. Pero antes se imponía acordar la manera de salir de aquel terrible desierto. Detrás de nosotros estaba el que habíamos tardado cinco días en atravesar. No nos quedaban provisiones para otros cinco días. Delante no teníamos más que el horror de la soledad y la desolación más absolutas. Los montes, que, por muy estériles que fuesen, lo eran menos que la arena, parecían dirigirse hacia el Norte; de suerte que resolvimos seguirlos por la ladera este hasta donde pudiéramos, y mientras, tratar por todos los medios de hacernos con comida abundante.

A la mañana siguiente emprendimos la marcha, porque no teníamos tiempo que perder. Aquella misma mañana llegamos, con gran alegría nuestra, a varios riachuelos de agua dulce y fresca, con la cual llenamos nuestros bocoyes, para prevenir cualquier futura escasez. El cirujano aprovechó la oportunidad de los arroyos de agua salada para extraer alguna sal, que nos sería muy útil para salar carne o pescado y sazonar la comida.

El tercer día de marcha nos vimos con un suplemento de abastos, pues las colinas estaban llenas de liebres, más grandes y menos ligeras que las inglesas, pero tan sabrosas como ellas. Matamos varias, y el pequeño leopardo domesticado que, según conté nos llevamos de la aldea negra, las perseguía como un can y cada día nos traía unas cuantas. Se abstenía de comer de su carne si no se la dábamos, lo cual apreciábamos como una muestra de verdadera delicadeza por su parte.

Adobamos y curamos al sol muchas de las liebres, en cantidad de unas trescientas, pues no sabíamos cuándo volveríamos a hallar otras. Durante ocho o nueve días seguimos tranquilamente bordeando aquellos montes, y a medida que avanzábamos mejoraba el aspecto del paraje. Nunca se nos ocurrió hasta entonces echar una ojeada a la ladera oeste de la cadena de montañas. Mientras hacíamos un alto para comer, tres de los nuestros subieron a una cima y vieron que continuaba el desierto, sin que se oteara el final. Al décimo día la sierra se adentraba de súbito en el desierto. Así, pues, la dejamos de lado, y seguimos hacia el Norte por un terreno bastante poblado de bosquecillos, algunos de ellos vastos, hasta que llegamos, según la observación del artillero, a los 8° y 5' de latitud, en lo cual empleamos otros diecinueve días.

Durante esta etapa tampoco encontramos salvajes, aunque sí abundantes fieras, a las cuales ya comenzábamos a estar tan acostumbrados que no les hacíamos caso apenas. Todas las noches veíamos tigres, leones y leopardos; pero, como rara vez se nos acercaban, los dejábamos tranquilos. Si se volvían amenazadores encendíamos un poco de pólvora, en la cazoleta de cualquier fusil descargado, y a la vista de la llamarada escapaban.

No escaseó la comida, pues cazamos liebres y aves que no puedo nombrar por sus nombres, porque jamás las había visto. Lo único que cabe decir es que unas se parecían bastante a la perdiz y otras a la tortola. También volvimos a encontrar elefantes, cada vez en mayor número, sobre todo en las inmediaciones de los bosques.

Esta marcha continua nos cansó a todos, y dos de nuestros hombres cayeron enfermos, tan enfermos, que creímos que llegarían a fallecer. Además, uno de los negros murió de repente. El cirujano dijo que era de apoplejía; mas no se lo explicaba, pues no podía achacarse su enfermedad a un exceso de comida. Otro de los negros estaba también grave, pero el cirujano consiguió persuadirle de que se dejara sacar sangre, y con ello mejoró y sanó.

A causa de los dos enfermos tuvimos que hacer un alto de doce días. El cirujano nos convenció a mí y a tres o cuatro más para que nos dejáramos sangrar, a lo cual hay que atribuir, según él, que resistiéramos tantas fatigas sanos y firmes.

Seguíamos instalando la tienda por las noches, no obstante la proximidad de árboles y bosques donde resguardarnos, porque resultaba muy cómoda. Encontrábamos muy extraño el que no nos salieran al paso salvajes ni viéramos aldeas. Luego comprendimos que era porque los ríos principales caían lejos de la comarca que estábamos atravesando, y los salvajes siempre se establecen cerca de las grandes corrientes de agua, de los lagos o de las tierras bajas.

Los riachuelos que hallábamos llevaban tan poca agua, que, fuera de algunas rebalsas y pozos, apenas se veía. Esto no nos desalentaba, pues teníamos provisiones y buenos refugios contra el calor que cada vez era más intolerable, mayor quizás ahora que cuando el sol estaba justamente encima de nuestras cabezas.

Repuestos los dos enfermos, seguimos adelante, bien abastecidos de comida y agua. Nos dirigimos hacia el Norte, pero desviándonos hacia Poniente, con la esperanza de descubrir algún río navegable que facilitara nuestra marcha. Al cabo de veinte días de viaje — incluyendo ocho de descanso — no habíamos encontrado ninguno. Los hombres comenzaban a fatigarse pronto, a causa de las pasadas

hambres. Por tanto, descansábamos con cierta frecuencia, especialmente cuando se nos presentaba oportunidad de cazar o renovar nuestras reservas de agua. Durante aquellos veinte días de marcha, adelantamos cuatro grados hacia el Norte, además de algo hacia el Oeste. Vimos muchos elefantes e infinidad de colmillos esparcidos por el suelo, algunos enormes, sobre todo cerca de los grupos de árboles. Los colmillos, a pesar de su valor, no nos eran de ninguna utilidad. Lo que nos interesaba era encontrar provisiones, de continuo renovadas, y un buen paso hacia nuestro punto de destino. Preferíamos matar un ciervo a disponer de cien toneladas de colmillos de elefante. Sin embargo, nos proponíamos, cuando pudiéramos navegar por un río, construir una gran canoa para transportar marfil; pero esto era porque aún no sabíamos por experiencia lo que implica un río africano y los infinitos peligros que supone navegar por él.

Al anochecer del vigésimo día de viaje, a nivel del tercer grado y a dieciséis minutos de latitud, descubrimos en un valle, a alguna distancia de nosotros, un arroyo que casi merecía el nombre de río y se dirigía hacia el Noroeste, lo cual era precisamente lo que nos hacía falta. Como estábamos decididos a continuar por agua tan pronto se nos presentara ocasión, entendimos que había llegado ésta, y nos encaminamos derechos al río.

De paso tuvimos que cruzar una pequeña arboleda, suponiéndola inofensiva. Estábamos en medio de ella, cuando una flecha hirió a uno de los negros, clavándosele oblicuamente en la espalda. Nos detuvimos en seguida, y tres marineros con dos negros trataron de dar una batida para descubrir el peligro que nos acechaba. Encontraron a un negro con arco y sin flecha. Intentó huir; pero le dispararon para vengar su mala acción, perdiendo así un prisionero que habríamos podido aprovechar para captarnos la amistad de su tribu.

A poco llegamos a un grupo de cinco chozas, construidas de distinto modo que las que conocíamos, ante una de las cuales se veían siete colmillos de elefante dispuestos como para un mercado. No vimos ningún hombre, aunque sí siete u ocho mujeres con unos veinte niños. No les molestamos para nada, y al contrario, les dimos varias bagatelas de las que hacía el platero, que les agradaron mucho. Por su parte, a cambio, nos dieron una especie de tortas hechas con raíces trituradas, amasadas y cocidas al sol, que resultaron bastante sabrosas.

Nos alejamos algo de la aldea y plantamos nuestra tienda para

pasar la noche, sin dudar de que nuestra amabilidad con las mujeres nos atraería la amistad de los hombres, cuando regresaran al poblado.

A la mañana siguiente, las mujeres, acompañadas de once hombres, cinco muchachos y dos hermosas jóvenes, vinieron hasta nuestro campamento. Antes de acercarse, las mujeres nos llamaron, chillando con fuerza. Salimos, y empezaron a hacernos señas, señalando las cosas que les habíamos dado y los negros que las acompañaban. Interpretamos esto como deseos de buena amistad. Los hombres se adelantaron, dejaron en el suelo las armas, se echaron arena en la cabeza, y dieron tres vueltas alrededor de los arcos y flechas, poniéndose las manos en la frente. Parece que aquella ceremonia era una solemne promesa de fidelidad.

Les indicamos, con ademanes, que se acercaran. Primero vinieron las mujeres y las chicas, trayendo más tortas de raíces y hierbas comestibles. En agradecimiento, besamos a los niños y hasta a las jóvenes. Los hombres, entonces, se acercaron y se sentaron, pidiéndonos que hiciéramos lo mismo. No hubo manera de darles a entender nada, y nada pudimos saber del camino que nos esperaba. Sólo comprendieron que necesitábamos alimentos. De repente, uno de los hombres miró hacia un talud que se alzaba a cosa de media milla y pareció muy alegre. Se levantó, corrió a buscar su arco y sus flechas, y marchó a toda prisa hacia el talud. Al llegar allí, disparó sus flechas y retornó sólo con el arco. Como no sabíamos a qué obedecían todos aquellos manejos, enviamos unos negros a observar lo que sucedía. Regresaron con un gran ciervo que tenía clavadas las dos flechas, pero que aún conservaba la vida. Fue un inesperado obsequio, muy bien recibido, pues nuestras reservas estaban bastante mermadas.

Aquellos salvajes iban desnudos por completo. Al siguiente día vinieron un centenar de hombres y muchas mujeres, que hicieron los mismos signos de amistad y demostraron su alegría por lo que les habíamos dado con extraños bailes. No podíamos imaginar cómo uno de aquellos negros, el del bosque, se había portado de modo tan inconveniente atacando a nuestra caravana sin avisar ni tratar de saber quiénes éramos, máxime teniendo en cuenta que aquellos salvajes parecían llanos, inofensivos y sinceros.

Nos acercamos a las orillas del río que he mencionado, y vimos congregados allí a toda la tribu, no sabíamos si con propósitos bélicos o pacíficos. El río no servía para nuestro propósito. Seguimos por su orilla cinco días, al cabo de los cuales, viendo que aumentaba la

anchura y profundidad de la corriente, los carpinteros propusieron que plantáramos las tiendas y comenzáramos a construir canoas. Llevábamos ya otros cinco días trabajando, después de cortar tres grandes árboles, cuando un grupo de marineros que había salido de caza regresó asegurándonos que el río, en vez de aumentar, disminuía, ya fuese por efecto de filtraciones en la arena, o por el gran calor del sol.

Nos vimos, pues, obligados a abandonar la empresa y a continuar andando. Como el horizonte por la parte Norte no ofrecía sino tierras calcinadas y reseca, y era muy montañoso, nos dirigimos al Oeste, durante tres días, hasta que llegamos a un pintoresco valle, hundido entre dos grandes cordilleras. Los montes ofrecían un aspecto desolador, pues no había en ellos vegetación alguna. Estaban blancos de tanta arena como se acumulaba sobre las laderas. En el valle, por el contrario, había árboles, hierba, caza y algunos negros.

Al aproximarnos a sus aldeas, los indígenas huían a la montaña. En los confines del valle encontramos una comarca fértil y muy poblada, hasta el punto de que vacilamos entre aventurarnos por los poblados a seguir por las colinas del norte. Como lo que nos proponíamos era llegar al río Níger, nos decidimos por lo último, y seguimos hacia el Noroeste. Anduvimos siete días más, sin interrupción. Al octavo, nos encontramos frente a una situación más terrible y desoladora aún que la nuestra y que el lector tendrá dificultad en creer.

No nos interesaba entrar en relaciones con los nativos de aquella comarca, excepto cuando los necesitábamos para que nos facilitasen comida o para que nos indicasen los mejores caminos. El país estaba cada vez más poblado, en particular a nuestra izquierda, o sea por la parte Sur; de modo que hicimos ruta por el Norte, aunque con una ligera desviación hacia el Oeste.

Siempre teníamos caza para alimentarnos, si bien no era ésta tan abundante como al principio de esta etapa. Llegamos a un agradable río, que apenas merecía ese nombre, y corría en la misma dirección que nosotros. Allende el agua percibimos algunas chozas de negros, no muchas, y en un campo cercano vimos maíz o trigo indio, lo cual nos dio a entender que allí había habitantes menos salvajes que aquellos a quienes hasta entonces habíamos encontrado.

Proseguimos el camino, formados en caravana, con los negros abriendo la marcha. De repente, los que iban delante comenzaron a lanzar grandes gritos de sorpresa:

—¡Un hombre blanco, un hombre blanco...!

UN BLANCO ENTRE NEGROS

De primera intención no nos sorprendimos mucho, pues creíamos que habría sido un error de los negros, y les preguntamos qué querían decir. Se me acercó uno de ellos y me señaló la más próxima de las chozas al otro lado del río. Con asombro vi a la puerta de la cabaña, y entregado a algún trabajo, dándonos la espalda, a un hombre blanco, desnudo por completo.

Indiqué a los negros que no hiciesen ruido y esperé la llegada de algún otro marinero, para ver si en realidad no me había equivocado. Sin embargo, al cabo de poco el blanco se apercibió de nuestra presencia y se volvió, descubriéndonos con no menos sorpresa que la que nosotros mostrábamos, aun cuando no sabíamos si era temor o esperanza lo que se reflejaba en su rostro.

Los demás habitantes de la aldea se le unieron y formaron grupos, contemplándonos a través del río. Según nos contaron luego, no sabían si quedarse o huir. Se me ocurrió que, si había hombres blancos entre aquellos negros, nos sería mucho más fácil entendernos con ellos y hacerles comprender que veníamos en son de paz. Até un trozo de tela blanca al extremo de un palo; y envié a dos negros a la orilla del río, llevando aquella bandera desplegada al viento. En seguida comprendieron la significación y se adelantaron hasta la otra orilla el hombre de nuestra propia raza y dos negros.

Como el blanco no hablaba portugués, no había forma de que se entendieran con nuestros negros, que ya comenzaban a chapurrar el idioma de los marineros. Aun así, por señas, le explicaron que con ellos iban también hombres blancos, tras lo cual se echaron a reír. Los negros regresaron diciendo que se habían hecho amigos, y al cabo de una hora cuatro marineros, dos negros y el príncipe bajaron a la orilla, donde los esperaba el blanco de la aldea.

No habrían pasado quince minutos, cuando vino corriendo uno de los negros y me dijo que el blanco era inglés, «inglese», como le llamaban los portugueses. Corrí a su encuentro, y en efecto, resultó ser inglés. Nos abrazamos con fuerza y vi cómo por sus mejillas resbalaban gruesas lágrimas.

No cabe imaginar la sorpresa que tuvo el pobre hombre al vernos, ni aun después de conocer el breve relato que nos hizo de las tristes

aventuras que le habían llevado a la atribulada situación en que se hallaba. Su historia es tal, que probablemente no ha ocurrido nada análogo a nadie en el mundo, y la verdad es que entre un millón de probabilidades, sólo una le era favorable para salir de su angustiada situación. Esta probabilidad la representamos nosotros, por fortuna.

Parecía un caballero, y no un tipo vulgar, marinero o labriego. Esto se advertía en cuanto se le trataba, a pesar de su miserable estado.

Era hombre de mediana edad, unos treinta y siete a treinta y ocho años, con la barba muy larga y el cabello hasta media espalda. De hecho, barba y pelo constituían su único vestido. Era muy blanco y fino de piel, la cual aparecía irritada en muchos sitios, y en otros cubierta por una capa de costras negruzcas, a consecuencia de las llagas producidas por el sol. Iba completamente desnudo, como ya he dicho, y nos contó que no llevaba ninguna clase de ropa desde hacía un par de años.

Se sintió tan emocionado con nuestro insólito encuentro, que al principio fue incapaz de hablar coherentemente con nadie. Esta excitación le duró todo el día. Cuando se separó de nosotros, le vimos andar solo, dando extravagantes muestras de la más extraordinaria alegría. Durante varios días siguió conmovido, y acudían con facilidad las lágrimas a sus ojos a la menor palabra que le recordaba su historia y a la esperanza, ahora realidad, de regresar a la civilización.

Se comportó con mucha gentileza, mayor que la vista por mí hasta entonces en cualquier otro hombre, y su buena educación se traslucía en todas las cosas que decía o hacía, así como la posición social que, sin duda, había ocupado en Europa. Nuestros hombres le cobraron en seguida mucho afecto. Era un verdadero sabio y conocía a fondo las matemáticas. No hablaba portugués, es cierto; pero, en cambio, conversaba en latín con el cirujano, en francés con un marinero y en italiano con otro.

Por lo pronto, sus pensamientos y su emoción no le dieron lugar a preguntarnos quiénes éramos, de dónde veníamos ni adónde íbamos. Pero se afirmaba a sí mismo, regocijado, que fuéramos quienes fuéramos, nos enviaba el cielo para salvarle de la más mísera condición en que jamás se viera persona humana.

Armamos la tienda y organizamos el campamento en la orilla opuesta a la aldea. Entonces nos preguntó qué provisiones teníamos y cómo nos proponíamos abastecernos. Al ver que nuestras reservas eran escasas, dijo que hablaría con los nativos y nos procuraría comida abundante. Nos dijo, además, que aquellos salvajes eran los

más tratables y agradables de todo el país, cosa que ya suponíamos dada su convivencia con ellos.

Lo que aquel caballero hizo por nosotros tuvo trascendentales consecuencias. Ante todo, nos informó de dónde nos hallábamos y de cuál era el mejor camino para conseguir nuestro propósito; luego nos indicó la manera de abastecernos, y en tercer lugar se convirtió en nuestro intérprete y negociador de paz con los nativos. Éstos, a medida que fuimos avanzando, resultaron ser más fuertes de aspecto y correctos de modales que los que hasta entonces habíamos tratado. No se mostraban tan miedosos de nuestras armas, ni eran tan infantiles que nos dieran sus granos y su carne a cambio de las bagatelas del platero; habían tratado y comerciado con los europeos de la costa, o con otras tribus negras que conocían a los hombres blancos, por lo cual eran menos ignorantes y menos asustadizos. No se podía obtener nada de ellos como no fuese a cambio de algo que les conviniera.

Esto por lo que atañe a los que venían a visitarnos, y en cuanto al pueblo de negros donde vivíamos, no sabía gran cosa de nada, pues se hallaba a trescientas millas de la costa. Su único comercio era llevar los colmillos de elefante, que cogían en las montañas del norte, a unas sesenta o setenta millas hacia el sur, donde otros comerciantes negros se los compraban a cambio de espejos, balas y demás chucherías que obtenían a su vez de ingleses y holandeses.

Empezamos a familiarizarnos con nuestro nuevo amigo. Aunque todos íbamos muy mal vestidos, sin zapatos, sombreros, ni guantes, con camisas rotas y pantalones destrozados, encontramos la manera de equiparle. El cirujano le afeitó y cortó el pelo. Ya he dicho que en todo nuestro equipaje no había un sombrero; pero le hicimos uno con un pedazo de piel de leopardo. Respecto a zapatos, había andado tanto tiempo descalzo, que ni necesitaba aquella especie de abarcas hechas con piel que he descrito al comienzo de nuestra expedición, y que todos usábamos.

Lo mismo que él se había interesado mucho por el relato de nuestra extraña aventura y había seguido muy atento nuestra narración, nosotros sentíamos gran curiosidad por conocer las circunstancias que le habían llevado a vivir entre salvajes.

Su relato podría ser tema de una larga historia, tan entretenida e interesante como la de nuestra expedición e insospechados acontecimientos. Mas no podemos distraernos reproduciéndolo al detalle, conforme hizo él durante los días que permanecimos en la aldea donde había hallado refugio. Nos explicó, poco más o menos y

en resumen, lo siguiente:

Había sido jefe de una de las factorías de la Compañía Inglesa de Guinea, en Sierra Leona. Tomado el establecimiento por los franceses, entonces en guerra contra Inglaterra, saquearon el poblado, y le dejaron desprovisto de todos sus efectos personales. Por lo que fuese, la Compañía no le repuso en su cargo ni le dio otro. Se empleó con comerciantes particulares, y luego se dedicó al comercio por su cuenta. Un día, pasando por uno de los establecimientos de la Compañía, fue asaltado por los nativos, pero, como no le mataron, logró escapar de sus manos, dirigiéndose a una tribu de negros enemiga de la que le había hecho prisionero, y que por esta circunstancia le recibió bien. Vivió allí cierto tiempo; mas, cansado de su inactividad, se encaminó a nuevas tierras, cayendo en manos de otras tribus, que unas veces le llevaban a la fuerza como prisionero y otras le hacían huir con amenazas, hasta que, al cabo, perdida toda esperanza de regresar a la costa, se instaló donde le hallamos nosotros, gracias a la buena acogida que le dispensó el rey de la tribu que ocupaba aquellos parajes. Él, en pago de su hospitalidad, le enseñó a valorar los productos de su trabajo y a tratar con los negros que buscaban colmillos de elefante.

Iba desnudo de traje y armas, pues no poseía fusil, espada, machete ni nada con qué defenderse de las fieras o de los salvajes. Le preguntamos cómo pudo descuidar tanto lo que se refería a su seguridad. Nos contestó que para él, que tanto había deseado la muerte, la vida no tenía ningún valor, y no valía la pena defenderla; además, como estaba a merced de los negros, éstos tenían mucha más confianza en él si veían que no poseía armas con que pudiera agredirlos. En cuanto a las fieras, le preocupaban poco, pues apenas salía de su choza y de la aldea; pero, si salía, le acompañaban el rey de la tribu y una escolta de negros, armados de arcos y lanzas, con lo cual estaba en situación de que le defendieran de los leones y otras bestias peligrosas. Por otra parte, las fieras no suelen mostrarse de día, y los negros, cuando viajan de noche, no dejan jamás de construirse una choza y de encender una hoguera a su puerta, encontrándose así suficientemente protegidos.

Le consultamos acerca de lo que nos era más conveniente para llegar hasta el mar. Nos hizo saber que estábamos a unas ciento veinte leguas del lugar llamado Costa de Oro, donde radican la mayoría de los establecimientos europeos. En el camino hallaríamos tantas tribus de negros, que, de seguro, tendríamos que luchar continuamente o morir de hambre. Había otras dos rutas, por las

cuales hubiera ya escapado, de no verse solo. Una conducía directa hacia el Oeste, donde había menos tribus, más tratables, y en todo caso, menos combativas y más fáciles de derrotar. Otra era la del río Grande, si se podía alcanzar, para descender por él utilizando canoas.

Le dijimos que habíamos adoptado esto último antes de encontrarle. Nos informó que nos separaban del río un inacabable desierto y una espesa selva. Deberíamos marchar lo menos veinte días por un terreno penoso.

Le preguntamos si no había caballos, asnos o cualquier otro animal que pudiera ayudarnos a hacer el viaje, y le enseñamos nuestros búfalos de los que sólo nos quedaban tres. Nos contestó que no, que en todo el país no había ninguna bestia parecida.

Según nos informó, en la selva pululaban infinidad de elefantes, y en el desierto, leones, tigres, leopardos y otras mil clases de fieras. A aquella selva y a aquel desierto se dirigían los negros en busca de colmillos, que abundaban mucho en aquella parte.

Insistimos en saber si en nuestra ruta hacia la Costa de Oro no habría río que la facilitara. Respecto a los negros, no nos preocupaban, pues íbamos bien armados; de modo que, si ellos tenían provisiones, también las tendríamos nosotros, de grado o por fuerza. Si quería enseñarnos el camino, nos arriesgaríamos a probar fortuna. Le prometimos que moriríamos o triunfaríamos con él, y que ni uno de nuestros hombres le abandonaría.

Nos confesó de todo corazón que, si tomábamos aquel camino, uniría a su suerte la nuestra y nos guiaría por rutas donde quizá halláramos negros menos fieros y que nos recibiesen bien, y hasta puede que se pusieran a nuestro lado para luchar con los menos tratables. Así, pues, en suma, decidimos ir directamente al Sur, en busca de la Costa de Oro.

Por la mañana vino a vernos de nuevo; convocamos otra asamblea y nos habló muy en serio. Nos dijo que, puesto que estábamos a punto de terminar triunfalmente nuestro largo y arriesgado viaje, había estado pensando toda la noche en recompensar nuestros esfuerzos y penalidades.

—Nos hallamos en uno de los países más ricos del mundo —añadió—, aunque en realidad sea desolado, tétrico y mísero. Pero no hay un río que no arrastre oro, ni un desierto que no ofrezca verdaderos tesoros de marfil. No conocemos los inmensos depósitos de oro que deben de contener las montañas de donde salen esos ríos, o las costas donde desembocan; pero podemos imaginar que todo reunido sería suficiente para saciar la voracidad de cuantos

comerciantes envía Europa a África.

Inquirimos a qué distancia de las costas se encontraban los yacimientos. Nos dijo que los negros salían en busca de oro cada año, remontaban los ríos doscientas o trescientas millas y permanecían fuera de sus aldeas dos o tres meses. Al regresar traían un espléndido botín.

—Sin embargo —repuso—, nunca llegan hasta aquí. Y aquí hay mucho más oro que en la costa. Si desde que vine me hubiera dedicado a buscarlo, habría podido reunir un centenar de libras. Pero como no sabía qué hacer con él, y como ya desesperaba de salir de mi situación, no me ocupé de ello. ¿De qué me habría servido el oro, aunque hubiera podido yacer y revolcarme en su polvo? No me habría dado ni un momento de felicidad, ni me habría acercado a la costa. No hubiera podido comprar con él ropa con que vestirme ni nada que me fuera útil. Los negros de este país no le conceden ningún valor, y nos darían un puñado de polvo a cambio de un puñado de cobre o de una caracola marina.

En esto, nos enseñó una especie de puchero de tierra cocida al sol, y explicó:

—Aquí hay un poco de polvo de oro del que se encuentra en este país. Si hubiera querido, podría tener mucho más.

Nos lo mostró. Creo que había dos o tres libras del mismo color que el que habíamos sacado antes del río. Afirmó que nosotros éramos sus salvadores, y que nos pertenecía cuanto poseía, su vida y sus bienes. Aquel oro podría sernos útil al regresar a nuestros países, y por ello nos rogaba que lo aceptáramos. Dijo todo esto sonriente, contento y feliz. Ahora, concluyó, es cuando se arrepentía, por primera vez, de no haberse dedicado a buscar más oro.

Yo hice de intérprete y traduje a mis camaradas todo lo que había dicho, a la vez que le daba las gracias en su nombre. Hablándoles en portugués, les dije que creía preferible diferir la aceptación de aquel obsequio hasta la mañana siguiente, y así se lo comuniqué a nuestro hombre.

Cuando se fue, me di cuenta de cómo todos se mostraban muy emocionados por sus palabras y su generosidad, que en otro sitio donde no hubiera oro habría sido extraordinaria. Por último, después de debatirlo mucho, decidimos que, como él sería uno más de los nuestros, ya que si bien le ayudábamos a salir de su situación, él también nos proporcionaba ayuda actuando de intérprete con los nativos y de consejero sobre la manera de conseguir riquezas. Así que decidimos poner aquel oro en el fondo común y darle la parte de ese

fondo que le correspondiese, igual que a cualquier otro de la expedición. Le haríamos jurar que se sometía a nuestras normas, que no ocultaría ninguna riqueza que obtuviera y que al llegar a la costa perdonaría todas las deudas de juego con él contraídas durante el viaje.

Al otro día le expliqué todo esto. Se alegró mucho de ello; pero se negó a aceptar ni un gramo de nuestro oro, hasta que, por fin, ante mi insistencia, accedió a repartir lo que sacáramos en lo sucesivo, pero no lo que ya teníamos de antes.

Nos manifestó que opinaba que nuestra aventura no sería del todo ruinoso si antes de partir, mientras aumentábamos las reservas de provisiones, íbamos al desierto y cargábamos cada uno de nuestros negros con un colmillo de elefante. A mitad de camino podríamos ya transportarlos en canoas, y en la costa obtendríamos buenas monedas, contantes y sonantes, a cambio del marfil. Contesté que creía preferible dedicarnos a buscar oro, y que nuestros negros, de cuya fidelidad estábamos seguros, nos serían mucho más útiles buscando oro en la arena que no cargando durante más de cien millas un colmillo que debía pesar lo menos ciento cincuenta libras, lo cual supondría un esfuerzo superior a sus agotadas fuerzas y los inutilizaría para siempre.

Comprendió la justeza de esta observación, aunque le habría agradado que fuésemos hasta los confines del desierto, para que viéramos la innumerable cantidad de colmillos que había esparcidos por la arena. Le contamos que ya habíamos visto otras veces el mismo espectáculo, y ya no insistió.

Permanecimos en aquella aldea doce días, durante los cuales, los indígenas se portaron muy bien con nosotros, trayéndonos frutos, raíces, tortas y algunas aves de Guinea, de nombre para nosotros desconocido.

En fin, nos trajeron cuanto tenían, y vivimos muy bien aquella corta temporada. A cambio, les dimos infinidad de chucherías, de las cuales tenía ahora el platero un saco lleno.

ORO Y MARFIL

El decimotercer día reanudamos el camino, llevando a nuestro nuevo compañero con nosotros. Antes de partir, el rey de la tribu hizo traer un gran fardo de carne seca. A cambio, el inglés entregó unos pájaros recortados en plata, que puedo asegurar constituían un obsequio verdaderamente regio.

Anduvimos en dirección Sudoeste y después de dos mil millas de viaje, encontramos el primer río, hacia el Sur en vez de hacia el Norte. Al principio este río no era más que un arroyo; pero pronto empezó a crecer. De cuando en cuando, el inglés se acercaba a la orilla para examinar la arena del fondo. Al cabo de un día de marcha vino corriendo con las manos llenas de arena, y diciéndonos:

—¡Mirad, mirad...!

Miramos y vimos que entre la arena había desparramada gran cantidad de oro.

—Ahora —aconsejó— creo que hemos de ponernos al trabajo.

Dividió los negros por parejas, y les indicó que removieran la arena y la lavaran.

Durante el primer día de búsqueda recogimos una libra y dos onzas de oro, y a medida que avanzábamos aumentaba la cantidad. Al tercer día llegamos a otro arroyo más pequeño, que desembocaba en el que estábamos removiendo, y donde también encontramos mucho oro. Plantamos la tienda en la confluencia de ambos ríos, y nos dividimos en dos equipos, uno encargado de buscar oro y otro de conseguir provisiones.

Estuvimos así trece días, durante los cuales nos ocurrieron agradables y divertidas aventuras con los salvajes, demasiado triviales para ser contadas, y algunas incluso demasiado picantes, pues nuestros hombres se mostraron algo atrevidos con las negras jóvenes, hasta el punto de que, si no llega a intervenir el inglés y da al marido de una de las mujeres un buen montón de chucherías ensartadas en forma de collar —tesoro inestimable para ellos—, habríamos llegado a la guerra con aquella tribu.

Mientras nosotros y nuestros negros buscábamos provisiones y oro, el platero cortaba más y más figuras en sus placas de plata y hierro. Era ya muy hábil y hacía verdaderas obras de arte, que

representaban elefantes, tigres, gatos de algalia, avestruces, águilas, aves, cráneos, peces, y todo lo que le pasaba por la imaginación. La plata y el hierro ya casi se habían agotado, por lo cual comenzó a trabajar en oro muy batido.

El rey de uno de los poblados cercanos a nuestro campamento vino a saludarnos y el platero, al verle muy encaprichado con sus figuras, le vendió un elefante recortado en una finísima lámina de oro, a un precio absurdo. Le agradó tanto, que no paró hasta que le obligó a aceptar un puñado de polvo de oro —como lo llamaban ellos— que lo menos pesaba nueve onzas. El oro del elefante no pesaría más de una pistola. El platero era tan honrado, que puso el oro en nuestro fondo común, a pesar de que el trabajo y la habilidad eran suyos. No había motivo para tener envidia a nadie, pues, según nos dijo el inglés, en vista de que teníamos provisiones, armas con que defendernos y nada que nos apresurara, estaba seguro de que acumularíamos tanto oro, que llegaríamos ricos a la costa. Si lo deseábamos, en poco tiempo podíamos llegar a recoger hasta un centenar de libras por barba. Añadió que aunque tenía motivos para estar harto de aquel país, nos indicaría un sitio, algo más al Sudoeste, donde podríamos instalar nuestro campamento en medio de una comarca fértil que nos facilitaría el abastecimiento. Desde allí podríamos seguir todos los arroyos, durante dos o tres años, seguros de que no nos había de pesar el tiempo transcurrido en aquel trabajo.

Sin embargo, no convenció a nadie la proposición, pues sentíamos más deseos de regresar a casa que de ser ricos, cansados como estábamos de un año de vagabundear por montes y desiertos, entre fieras y salvajes.

Con todo, nuestro camarada tenía tal habilidad para hablar, sabía persuadir tan fácilmente, que no podíamos resistir sus sugerencias. Nos dijo que era inconcebible no recoger los frutos de nuestras penalidades, ahora que estábamos llegando al cabo de ellas. Los europeos se enfrentaban con toda clase de peligros, fletaban barcos y armaban verdaderos ejércitos para conseguir un poco del precioso metal, y nosotros que estábamos en el centro del país donde se escondía el tesoro, queríamos irnos con las manos vacías. Podríamos abrirnos paso a través de las más fieras tribus y llegar a la costa cuando quisiéramos; pero, una vez en casa, al contemplar los quinientos doblones de oro que sacaríamos, no dejaríamos de pensar que de haberlo querido, sumarían cinco o diez mil... Él no era más ambicioso que nosotros; pero veía que estaba al alcance de la mano la posibilidad de borrar para siempre las desgracias de nuestras vidas y

resarcirnos de las pasadas, y le dolía desaprovechar tontamente aquella oportunidad única. Nos aseguró que, en dos años, con ayuda de los negros, cada uno de nosotros podría reunir un centenar de libras de oro, y llevarnos en total acaso doscientas toneladas de colmillos. En cambio, si íbamos a la costa y allí nos separábamos, jamás volveríamos a aquel país, igual que les ocurre a los pecadores con el cielo, que desean estar allí, pero saben que nunca podrán llegar a alcanzarlo.

El cirujano y el artillero fueron los primeros que cedieron a tales razonamientos. Pero a pesar de la gran influencia que ambos ejercían sobre los demás marineros, ninguno sentía ganas de demorar dos años su regreso a Europa. He de confesar, que yo tampoco, pues opinaba que ya tenía bastante oro con el que hasta aquel momento me correspondía. Y todo lo que pensaba hacer con él, al llegar a Inglaterra, era gastarlo lo más rápido posible, comprándome ropa y haciéndome de nuevo a la mar, para volver a ser un marmitón de navío.

Con sus buenas palabras consiguió convencernos al cabo, de que permaneciéramos seis meses más, prometiendo que si, expirado este plazo, seguíamos decididos a partir hacia la costa, se sometería al criterio de la mayoría.

Al fin nos pusimos de acuerdo y decidimos marchar unas cincuenta millas al Sudeste, donde encontramos varios arroyos; venían todos de una cadena montañosa que cubría el horizonte por el Nordeste, y que debía de limitar por el Oeste el gran desierto que nos había obligado a seguir hacia el Norte para evitarlo.

El país nos pareció bastante estéril; pero, gracias a las indicaciones del inglés, siempre estuvimos bien provistos, pues los salvajes de la zona, a cambio de nuestros regalos, nos traían todo lo que necesitábamos. Al ver trigo indio, o sea maíz; conseguimos semillas e hizo que los negros lo plantaran, por nuestra cuenta, y en menos de tres meses, bien cuidado y regado, nos dio la primera cosecha.

Apenas instalado el campamento, nos dedicamos a la busca de oro en los arroyos, tan bien dirigidos por el inglés, que rara vez trabajábamos en balde.

Una vez, mientras la mayoría estaba lavando arena, nos pidió permiso para salir con cuatro o cinco negros, por una semana, a buscar fortuna en la comarca, asegurándonos que cuanto encontrara lo entregaría al depósito común. Dimos nuestro consentimiento y le dejamos un fusil. Dos de los marineros quisieron acompañarle, y se

llevaron seis negros y dos búfalos de carga. Tomaron pan para ocho días, aunque nada de carne, con algunos peces secos, que les durarían a lo sumo un par de días.

Se dirigieron a la cima de las montañas que he citado, desde donde vieron —según nos contaron después— el desierto que habíamos bordeado, y que tanto nos aterrorizó cuando lo contemplamos desde el otro lado. De acuerdo con nuestros cálculos, debía de tener nada menos que trescientas millas de ancho y seiscientas de largo.

No voy a explicar aquí los interminables detalles de aquella expedición de exploración que duró cincuenta y dos días, al cabo de los cuales regresaron trayendo diecisiete libras de oro, en pepitas mucho mayores que las que hasta entonces habíamos hallado, y quince toneladas de colmillos de elefante que habían obligado a los salvajes a ir a buscar, en parte por las buenas y en parte por la fuerza, y a traerlo hasta el campamento. Cuando los vimos llegar rodeados de más de doscientos negros, nos alarmamos y preguntamos qué ocurriría. Pronto salimos de dudas, al ver cómo los salvajes depositaban su carga a la entrada del campamento.

Trajeron, además, dos pieles de león y cinco de leopardo, grandes y magníficas. Nos pidieron perdón por su larga ausencia y por la escasez del botín; pero dijeron que todavía harían otra salida, pues estaban seguros de que sería más fructífera.

Tras unos días de descanso y gratificar a los cargadores negros por su ayuda con algunos pájaros de plata, los despidieron. En la segunda expedición participaron diez blancos y diez negros, con dos búfalos para acarrear municiones y comida. Siguieron el mismo camino, aunque esta vez sólo estuvieron fuera treinta y dos días, matando nada menos que quince leopardos, tres leones y otras varias fieras; trajeron veinticuatro libras de polvo de oro, y sólo seis colmillos, pero muy grandes.

Nuestro amigo inglés nos hizo ver que habíamos aprovechado bien el tiempo, pues en cinco meses habíamos reunido tanto oro, que, al calcular lo que tocaría a cada uno, resultó que serían cinco libras por barba, además de las que ya teníamos de antes, y de las seis o siete que dimos al platero para hacer sus cachivaches.

Debíamos dirigirnos a la costa para poner remate a nuestro viaje. Pero el inglés se echó a reír.

—Ahora no podemos salir —nos dijo—, porque el mes que viene comienza la estación de las lluvias y entonces no habrá manera de moverse.

Vimos que tenía razón y decidimos abastecernos con gran acopio

de provisiones, a fin de no vernos obligados a salir bajo los aguaceros, para lo cual nos dispersamos por la zona en busca de caza. Los negros trajeron varios ciervos, que curamos al sol como pudimos, pues carecíamos de sal.

Empezaron las lluvias, y durante dos meses, apenas pudimos asomar la nariz fuera de las chozas. Las aguas habían crecido tanto, que nos costaba trabajo identificar aquellos anchos ríos de ahora con los arroyos de antes. Habría sido una buena ocasión para trasladar por agua los colmillos, de los cuales teníamos una gran cantidad, pues gratificábamos a los salvajes que nos los traían hasta el extremo de que las mismas mujeres nos aportaban marfil, a veces en tan grandes proporciones que habían de juntarse dos para llevar un solo colmillo. Y había, aproximadamente, unas veintidós toneladas de marfil en el campamento.

Tan pronto como cesaron las lluvias nos dijimos que no consentiríamos nada que demorara nuestro regreso, ni siquiera ante la promesa de más oro. En realidad éramos los primeros hombres, según nos dijo el inglés, que le declaraban tener ya bastante oro; realmente quedó convencido de que ni siquiera nos detendríamos a recogerlo si lo pisáramos al andar. Como nos había prometido someterse al criterio de la mayoría, cumpliría su promesa. No nos pediría que siguiéramos allí acumulando más riquezas, aunque opinaba que tenía el deber de enterarnos de que después de la retirada de las aguas era la época del año en que el oro estaba más a la vista y en mayor cantidad, y de que, si permaneciésemos otro mes, veríamos centenares de negros esparcidos por todo el país buscando oro por cuenta de los mercaderes europeos de la costa. La avenida de las aguas siempre arrastraba mucho oro fuera de sus filones en las colinas donde tenían sus fuentes los ríos, y si nosotros procurábamos recogerlo antes de la llegada de los negros de la costa, acabaríamos siendo riquísimos, aunque hubiéramos de quedarnos otro año.

Ante tal argumentación accedimos, desde luego, deslumbrados por sus promesas y con gran alegría suya. En cuanto apareció el buen tiempo, nos pusimos a la obra, hábilmente dirigidos por él, buscando oro por todos los arroyos. Al principio tuvimos poco éxito y dudamos de los cálculos del inglés; pero comprendíamos que era a causa de que las aguas aun no habían bajado a su nivel normal y los ríos seguían fuera de su cauce habitual. A los pocos días, nos vimos recompensados con creces, y encontramos más oro que antes, mucho más, y en pepitas bastante mayores. Uno de los marineros sacó de la arena una pepita casi como una avellana, que pesaría poco más o

menos —pues no teníamos pesas pequeñas— como onza y media.

Este éxito aumentó nuestro afán y diligencia en el trabajo. Al cabo de un mes teníamos otras sesenta libras de oro en polvo. Entonces hicieron su aparición los salvajes, hombres, mujeres y hasta chicos, que se dedicaban a lo mismo que nosotros, buscando por ríos, arroyos y fuentes, y escarbando hasta la tierra de las laderas. Ya no nos quedaba, pues, nada que hacer.

Sin embargo, el platero encontró manera de interesar a los salvajes en buscarnos oro sin que nosotros tuviéramos que trabajar. Cuando comenzaron a dejarse ver aquellos negros buscadores, tenía él un saco lleno de bagatelas como las que ya he descrito muchas veces. El inglés, haciendo de intérprete, acrecentó aún la admiración que por ellas sentían los negros; de modo que el platero tuvo mucha demanda, a pesar de que vendía sus piezas a un precio por completo exorbitado. Pedía una onza, a veces dos, de polvo de oro por una figurita que pesaría a lo sumo dos o tres gramos, y que muchas veces era de hierro o cuando más de plata. Bien es verdad que, si era oro, no le daban más valor ni pagaban mejor. Nuestro caudal aumentó de esta manera con una rapidez sorprendente.

En resumen y para terminar con el relato de este viaje, diremos que durante otros tres meses de estancia en aquellos parajes, aumentamos el tesoro común hasta tal punto que, al repartirlo, dimos cuatro libras más a cada uno. A raíz de esto, salimos definitivamente en dirección a Costa de Oro, con la esperanza de encontrar allí el medio de llegar a Europa.

En esta última etapa de nuestro viaje nos sucedieron algunos incidentes relativos al recibimiento que nos dispensaban los salvajes, el cual unas veces era amable y provechoso para nuestra despensa, y otras hostil y frío. Encontramos muchas tribus. Encontramos un rey negro que había sido muy bondadoso con el inglés, y le vimos en cautiverio. Huelga añadir que nos apresuramos a ponerle en libertad, con ayuda de nuestros fusiles; le restablecimos en su reino, que tendría unos trescientos súbditos, y nos agasajó y obsequió con cosas de valor y utilidad, además de poner sus hombres a disposición del inglés, para acarrear los colmillos de elefante, que nos habíamos visto obligados a abandonar en el campamento de invierno de nuestra pequeña tropa. Llevaron estos colmillos a orillas de un río cuyo nombre no recuerdo, pero que recorrimos en unas balsas rápidamente construidas. A los once días llegamos a un establecimiento holandés, en la Costa de Oro, con perfecta salud y una alegría inmensa.

Vendimos nuestro cargamento de marfil a la factoría holandesa y pudimos así comprar trajes y otros enseres que nos eran necesarios, equipándonos, en fin, como personas civilizadas. Compramos también cosas para los negros que decidimos llevarnos con nosotros. Al rendir viaje, nos restaban todavía cuatro libras de pólvora. Pusimos en entera libertad al príncipe negro, le regalamos telas y le dimos libra y media de polvo de oro, que ya le habíamos enseñado a saber valorar para sacarle provecho. Nos separamos de él y de los prisioneros amistosamente, y hasta creo que se entristeció al vernos partir.

Nuestros ingleses se quedaron durante algún tiempo en la factoría holandesa, donde murieron de pena, pues enviaron a Inglaterra un millar de libras esterlinas —que a tanto ascendía el valor del oro recogido por ellos— en un navío holandés que fue atacado y apresado por un bajel francés, perdiendo así el producto de todos sus esfuerzos y penalidades. De esto me enteré con posterioridad.

El resto de mis camaradas se dirigieron en una lancha hacia las dos factorías portuguesas enclavadas en Gambia, a 14° de latitud Norte. Y yo, con dos negros que conservé para mi servicio, me dirigí a Cape Coast Castle, donde en septiembre tomé pasaje para Inglaterra.

Así terminó mi primera serie de excesos de juventud. El resto no puede explicarse con tanta tranquilidad, sin que yo salga algo peor parado.

SEGUNDA PARTE

PIRATERÍAS DEL CAPITÁN SINGLETON

PRIMERAS PIRATERÍAS

Yo no tenía familiares, amigos ni conocidos en Inglaterra, a pesar de ser mi patria, mi país natal. No disponía, pues, de nadie en quien confiar, a quien pedir consejo, para asegurar o aumentar mi pequeña fortuna.

Hallé malas compañías. Puse mi confianza en el posadero de una hostería de Rotherhithe y le entregué la mayor parte de mi dinero, para que hiciera con él negocios en mi nombre. Gasté pronto lo que me quedaba de aquella gran suma que consiguiera con tantos esfuerzos y penalidades. El producto del azar y del sufrimiento se me escapó de las manos en menos de dos años, entre unas cosas y otras.

Aún ahora, al pensar cuánto malgasté durante aquellos veinticuatro meses, me siento presa de la rabia, y así prefiero no recordarlo. Es mejor ocultarlo con sonrojo y humildad, pues empleé en locuras y caprichos lo que debería haberme servido para ser un hombre de bien.

En verdad podría decirse que aquel período de mi vida lo inicié como ladrón y lo terminé como vicioso. Un mal comienzo y un peor regreso a la patria...

Por el año 17... empecé a verle el fondo a mi bolsa, y estimé que había llegado el momento de planear nuevas aventuras y decidir qué camino había de tomar mi vida. Porque mis estafadores —como he de llamarlos, puesto que se lo merecen— me dieron a entender que, conforme disminuía mi dinero, menguaba su respeto, y que no debía esperar nada de ellos cuando ya no pudiera exigirles con la fuerza de las monedas.

Esto me dolió mucho, y concebí un gran odio por su ingratitud. Deseché, empero, los pensamientos tristes, y puedo decir que no me arrepentí de haber gastado en Inglaterra el dinero que traje de África. En mala hora me embarqué en un navío que hacía rumbo a Cádiz. Durante este viaje, hallándonos ante las costas de España, nos vimos obligados por viento adverso del Sudoeste a poner proa a Groyn.

En ese puerto trabé amistad con algunos maestros de la mala vida. El más famoso de ellos fue aquel con quien más intimé, hasta el punto de llamarnos mutuamente hermanos y de contarnos nuestros hechos y milagros. Se llamaba Harris.

Este tipo se presentó una mañana en el barco y me pidió que fuese con él a tierra. Pedí permiso al capitán, me lo concedió y desembarqué. Una vez en tierra me preguntó si tenía arrestos para emprender una aventura que podía reparar todos mis anteriores despilfarros. Le respondí que sí de todo corazón, pues nada me importaba, ya que nada tenía que perder ni dejaba a nadie en pos de mí.

Me pidió luego que le jurase guardar el secreto y que, si no me convenía lo que iba a proponerme, jurara callar y no traicionarle nunca. Me sometí, desde luego, a aquel compromiso con los más solemnes juramentos y maldiciones que el diablo y nosotros dos pudimos inventar.

Me explicó, entonces —señalándome otro barco inglés que estaba en el puerto—, cómo allí iba un amigo suyo, el cual, de acuerdo con otros miembros de la tripulación, había decidido amotinarse a la mañana siguiente, y largarse con el navío. Sugirió que en mi buque podríamos hacer lo mismo y formar con los dos una especie de flotilla.

Me agradó la propuesta. Añadió que ya había logrado conjurar con idéntico fin a ocho de los marineros de mi barco. El plan de Harris era el siguiente: cuando el otro navío se sublevara, nuestra tripulación tenía que seguir su ejemplo. Yo, sin pararme a considerar la villanía del hecho ni la dificultad de llevarlo a cabo, me adherí de buen grado a la conspiración, esperando el momento de llevarla a la práctica. Pero nuestro papel no pudo ser representado hasta el final.

Con arreglo al plan, el día señalado, Wilmot, que era el jefe de la conjura en el otro navío, puso manos a la obra. Detuvo al capitán, luego a los oficiales y por último, al contramaestre, asegurándose el dominio del barco y dándonos la señal a quienes estábamos comprometidos en el otro buque.

Éramos once en total, y no quedaba en toda la tripulación ni uno más en quien poder confiar. Vimos que no había nada que hacer. Cogimos una lancha y nos dirigimos al barco sublevado, para reunimos con los amotinados.

El capitán Wilmot —pues ya se daba este título— nos recibió con alegría, a la cual se sumó la cuadrilla de sus secuaces. Dispuesto a toda clase de fechorías, audaz, desesperado, sin cargos de conciencia por lo que estaba haciendo o por lo que hiciere en el porvenir, y mucho menos por las consecuencias que ello pudiera acarrear, embarqué alegremente y entré a formar parte de aquella tripulación fuera de la ley, que, con el tiempo, debía conducirme a asociarme con

los piratas más famosos de la época, algunos de los cuales acabaron en la horca.

Creo que puede resultar interesante y entretenido un relato de las principales aventuras que forman esta segunda parte de mi vida. He de advertir, bajo palabra de pirata, que no podré recordar las cosas con todo detalle y precisión, no tanto por el tiempo de que datan como por los numerosos sucesos en que me vi envuelto o en que me envolví voluntariamente, y que constituyen, en conjunto, una de las historias más reprobables de que pueda ser protagonista un hombre de nuestros días.

Como yo era, según dije, un ladronzuelo con espíritu de pirata y hasta con inclinación a este oficio, me encontré enseguida en mi elemento, sin que recuerde que en toda mi vida haya emprendido una aventura con más satisfacción que inicié aquélla.

El capitán Wilmot, en posesión ya del navío, no deseaba de ninguna manera quedarse en el puerto, donde no tenía nada que hacer y corría peligro inminente de sufrir ataques de tierra, para recuperar el barco, y de despertar disensiones y vacilaciones entre sus hombres.

Cuando subió la marea, levamos ancla y pusimos proa a Canarias. El navío tenía veintidós cañones; pero podía soportar treinta. Además, como se trataba de un barco mercante, apenas llevaba municiones ni armas de mano, con lo cual, en caso de lucha, muchos hombres se hallarían desarmados. Entramos en Cádiz, quiero decir que anclamos en su bahía, y el capitán y su segundo, a quien llamábamos «el joven capitán Kidd», desembarcaron, dejando el barco al cuidado de los hombres de más confianza, entre quienes estábamos Harris, que era primer oficial, y yo, que fui nombrado teniente. Propusimos llevar a tierra algunos fardos de mercancía inglesa, para ponerla a la venta: pero Harris, que sabía todos los trucos del oficio, encontró un procedimiento mejor: bajó a tierra y compró todas las armas cortas y largas y todas las municiones que pudo, diciendo que pagaría con mercancías inglesas, cuando se lo llevaron a bordo. Al cabo de dos horas regresó, junto con Kidd y el capitán, que se habían adherido a su proyecto. Trajeron sólo una bota de aguardiente y algunas botellas de vino.

A la mañana siguiente se aproximaron dos barcas cargadas hasta la línea de flotación, y dirigidas por cinco españoles. Nos traían las mercancías compradas la víspera y esperaban llevarse las que estaban a bordo de nuestro buque.

El capitán les dio cosas de escaso valor, y ellos nos entregaron, a

cambio, dieciséis barriles de pólvora, doce bolsas de pólvora fina para las armas cortas, sesenta mosquetones, doce fusiles para los oficiales, diecisiete toneladas de balas de cañón, veinte pares de pistolas y algunas espadas. Cargamos, además, tres barriles de vino —porque ahora, como todos éramos caballeros, hacíamos ascos a la cerveza de a bordo—, dieciséis pipas de aguardiente, veinte cajas de pasas y veinte cestos de limones. Todo lo pagamos con mercancías inglesas. El capitán, como sobreprecio, recibió seiscientas monedas de a ocho. Hubieran vuelto a hacer otros negocios —según ellos creían—; pero no quisimos permanecer más tiempo en la bahía.

Pusimos rumbo a Canarias, y desde Canarias, a las Indias Occidentales, donde atacamos varias colonias españolas, con el fin de abastecernos, e hicimos, además, algunas presas de escasa importancia.

Frente a Cartagena de Indias tomamos una chalupa española, y entonces Harris y yo le pedimos al capitán Wilmot que nos la cediera, dándonos armas, municiones, algunos hombres, y permiso para lanzarnos a la aventura por nuestra cuenta. La chalupa era más a propósito para realizar nuestros planes que un barco de gran calado, y por añadidura, era más marinera que la mayoría de los navíos de alto bordo.

Accedió Wilmot, y quedamos de acuerdo en que todo lo que tomara cualquiera de los dos buques iría a un fondo común. Nos citamos en Tobago, adonde llegamos quince meses más tarde, repartiéndonos equitativamente el producto de nuestras presas.

Navegamos cerca de dos años por aquellos mares, luchando principalmente contra los españoles, aunque sin ningún reparo en asaltar buques ingleses, franceses u holandeses si se ponían a nuestro alcance. El capitán Wilmot, por ejemplo, asaltó un barco de Nueva Inglaterra, que se dirigía desde Madera a Jamaica, y otro que iba desde Nueva York a Barbados. Este último cargaba provisiones y fue muy bien recibido. Sin embargo, los navíos ingleses, por poco armados que fuesen, oponían mucha resistencia, y por otra parte, ofrecían menos botín que los españoles. Éstos llevaban siempre dinero y barras de metales preciosos, cuyo botín era precisamente el que más nos convenía.

El capitán Wilmot se mostraba mucho más cruel cuando tomaba un barco inglés, para evitar que en Inglaterra tuvieran conocimiento de sus hazañas, y para que no diesen a los buques de guerra órdenes de buscarle. Prefiero, por ahora, guardar silencio sobre este aspecto tan sanguinario de nuestra actividad.

Aumentamos considerablemente el tesoro de a bordo. En un barco encontramos sesenta mil piezas de a ocho y cien mil en otro. A medida que nos hacíamos ricos queríamos ser también fuertes. Apresamos un bergantín construido en Virginia, excelente marinero y capaz para doce cañones. Otra vez tomamos una fragata española, muy grande y muy marinera, que con ayuda de los carpinteros acondicionamos para llevar veintiocho cañones. Deseábamos tener aún más tentáculos; así es que pusimos proa a la bahía de Campeche, convencidos de que allí podríamos enrolar tantos hombres como nos convinieran. Y en efecto, tripulamos fácilmente toda la flotilla.

Vendimos la chalupa que yo ocupaba y Wilmot me dio el mando de la fragata española, como capitán, y nombró segundo a Harris. Este amigo mío era muy audaz y atrevido, según reconocía todo el mundo. En el bergantín montaron una culebrina. Poseíamos ahora tres grandes navíos, bien tripulados y aprovisionados para doce meses, puesto que habíamos apresado dos o tres chalupas de Nueva York y Nueva Inglaterra, cargadas de harina y carne en barriles, que se dirigían a Jamaica y Barbados. Desembarcamos en la isla de Cuba, en busca de bueyes, y matamos tanto ganado como quisimos, a pesar de que teníamos muy poca sal para adobar su carne.

Además de este botín, nos quedamos con las armas, municiones y pólvora que formaban la dotación de aquellos buques. En cuanto a los tripulantes, nunca dejábamos partir a los cirujanos y a los carpinteros, pues estábamos seguros de que siempre nos serían útiles. Más de uno vino de buena voluntad, aunque hacían algunos remilgos delante de su buque para, en caso de percance, poder defenderse diciendo que habían sido obligados.

Uno de estos cirujanos era un tipo muy alegre, un cuáquero de nombre William Walter, que iba en una chalupa de Pensilvania. Lo llamaban doctor y no lo era del barco, sino que se dirigía a Barbados para desempeñar un cargo, o como decían los marineros, para echar anclas. Tenía todo su instrumental a bordo y por eso los tomamos, a él y sus cachivaches, en nuestra fragata. Era un tipo gracioso, de firme sentido común y manos muy hábiles. Mejor aún: estaba constantemente de buen humor, y su charla siempre resultaba interesante, sin que esto le quitara nada de su empuje y de su valor.

Encontré a William bien dispuesto hacia nosotros y nada remiso al pedirle que se uniera a nuestra tripulación. Se mostró propicio a ello, si hacíamos como que le obligábamos, para guardar las apariencias.

—Amigo mío —expuso—, me dices que tengo que ir contigo, y no está en mi poder resistir, si quisiera hacerlo. Pero te ruego que

obligues al capitán de la chalupa a que certifique que me lleváis contra mi voluntad y a viva fuerza.

Esto lo dijo con cara tan satisfecha, que no pude menos de entenderle.

—Sea o no contra vuestra voluntad —le contesté— haré que el capitán, y si queréis hasta los marineros de la chalupa, os den el certificado, pues de lo contrario, los llevaré a todos a mi barco y allí se quedarán hasta que lo hagan.

Yo mismo escribí el certificado, donde afirmaba que nos lo llevábamos a la fuerza, como prisionero, atándole las manos y obligándole a cambiar de domicilio. El capitán y algunos marineros firmaron este documento sin oponer resistencia.

Para evitarles firmar en falso, llamé a dos de mis hombres, ordené que ataran al doctor y que le llevaran a mi fragata. Ya en ella, le hice venir a mi presencia, y le dije:

—Ahora, amigo mío, que os he traído a bordo a la fuerza, he de significaros que no creo que haya sido muy en contra de vuestra voluntad. Nos seréis muy útil y os trataremos bien.

Le desaté, ordené que le devolvieran cuanto le pertenecía, y nuestro capitán le invitó a un vaso de aguardiente.

—Te has portado bien conmigo —me respondió, tuteándome, pues los cuáqueros hablan de tú a todo el mundo, aunque sea un rey—, y yo te pagaré con la misma moneda, esté o no a gusto con vosotros. Haré todo lo posible para seros útil; pero ten en cuenta que nunca intervendré en la lucha.

—No, claro que no —confirmó el capitán—; pero podrás intervenir cuando repartamos el botín.

—Bueno, eso servirá para abastecer mi botiquín —repuso él, sonriendo—. Seré moderado...

En resumen, William resultó un excelente compañero, con una ventaja sobre todos nosotros: que si nos capturaban, podíamos estar convencidos de que nos colgarían, y él, en cambio, podía estar seguro de salvarse. Sabía esto y se esforzaba por hacérselo olvidar, con su charla, su risa y sus agudezas. En el resto de esta historia tendré más de una oportunidad para hablar de él.

Nuestro crucero por aquellas aguas comenzaba a ser bien conocido, no sólo en Inglaterra, sino en España y Francia, hasta el extremo de que en aquellos países se escribieron varios informes sobre nosotros, explicando cómo matábamos a los prisioneros a sangre fría, atándolos espalda contra espalda y arrojándolos al mar. La mitad de ello no era cierto, si bien es verdad que hicimos más de lo

que sería prudente escribir.

Como consecuencia de tal propaganda acerca de nuestra empresa, varios navíos de guerra salieron hacia las Indias Occidentales. Eran ingleses y llevaban instrucciones de patrullar especialmente por el golfo de Méjico, el de Florida y entre las islas Bahamas, para ver si podían descubrirnos y atacarnos. Después de una estancia tan larga por aquellos parajes, no ignorábamos nada respecto a los procedimientos de lucha de los Estados contra los piratas; pero la primera noticia cierta que tuvimos de aquellas medidas fue en Honduras, cuando dos buques que capturamos nos afirmaron que dos navíos de guerra venían directamente de Jamaica empeñados en nuestra busca y captura.

En aquel momento nos hallábamos en un callejón sin salida, si hubieran venido en derechura hacia nosotros; pero sucedió que alguien les informó erróneamente que estábamos en la bahía de Campeche, e hicieron rumbo hacia allí, con lo cual no sólo nos vimos libres de su amenaza, sino que quedamos tan lejos de ellos, que todo intento de captura resultaba irrealizable a causa de la distancia.

Aprovechamos esta ventaja y nos dirigimos a Cartagena de Indias, y desde allí, por la costa de Santa Marta, hasta la isla holandesa de Curaçao. Luego fuimos a la isla de Tobago, que seguía siendo nuestro punto de reunión. Era un islote desierto y deshabitado, y resultaba un sitio magnífico para retirarse a descansar y oculto ante el enemigo. En esto, murió el capitán del bergantín, y Harris, mi segundo hasta entonces, ocupó el puesto del difunto.

Examinamos nuestra situación y tomamos la resolución de dirigirnos hacia la costa del Brasil, y desde allí, al cabo de Buena Esperanza y a las Indias Orientales. Harris alegó que su bergantín era demasiado ligero para un viaje tan largo, y propuso que, si Wilmot consentía, intentaría otro crucero y nos seguiría en el primer bajel de alto bordo que pudiera apresar. Por insinuación mía, fijamos como sitio de cita Madagascar, teniendo en cuenta la abundancia de provisiones y el buen carácter de los nativos.

De acuerdo con esta decisión, se hizo a la mar en mala hora, por cierto, pues en vez de apresar un barco, se vio atacado y preso por un navío de guerra inglés, según me enteré más tarde. Harris fue encadenado y, antes de llegar a Inglaterra, murió de rabia y pena. A su segundo lo ejecutaron por piratería. Tal fue el fin del hombre que me inició en aquel oficio tan desgraciado.

Partimos de Tobago tres días después, dirigiéndonos a las costas del Brasil. No haría veinticuatro horas que estábamos en el mar,

cuando nos separó una terrible tempestad que duró sin intermitencia tres días enteros. Quiso la casualidad que el capitán Wilmot se hallara a bordo de mi barco, con gran mortificación suya, pues no sólo perdió de vista su buque, sino que no volvió a encontrarlo hasta nuestra llegada a Madagascar, adonde fue arrojado el navío por causa de la tormenta.

Tras perder el palo trinquete, nos vimos obligados a regresar a Tobago en busca de refugio donde reparar los daños producidos por el mar, que estuvo a punto de aniquilarnos.

Apenas habíamos desembarcado, con objeto de cortar un árbol a propósito para construir un nuevo mástil, vimos en otro punto de la costa un buque de guerra de treinta y seis cañones. Fue una desagradable sorpresa pues nos hallábamos en situación en que la defensa resultaba casi imposible; pero, por fortuna, no nos vieron, y poco después, se hicieron a la mar.

Observamos la dirección que tomaba, y por la noche, abandonando el trabajo de reparación, salimos al mar en dirección opuesta a la del navío enemigo. Esta artimaña nos dio buen resultado, pues no le vimos más. Habíamos embarcado un viejo palo de mesana que, por el momento, nos sirvió para sustituir al perdido.

Arribamos a la isla de la Trinidad, y a pesar de la presencia de varios españoles en la orilla, desembarcamos unos cuantos hombres que cortaron un tronco a propósito para el mástil y trajeron, además, algún ganado.

Celebramos consejo de guerra por la noche, y resolvimos abandonar definitivamente aquellas aguas, prefiriendo por el momento las de la costa del Brasil.

A la vista de ella, nos acercamos a tierra para hacer aguada; pero nos enteramos de que la armada portuguesa estaba anclada en la bahía de Todos los Santos, dispuesta a hacerse a la mar, con rumbo a Lisboa, en cuanto soplara un viento favorable.

Pronto se levantó una fresca brisa del Sudeste, que era la que esperaba el almirante portugués. Oímos los cañonazos dando orden de levar anclas, y por nuestra parte, arriamos las velas, para intentar pasar inadvertidos en lo posible. Así preparados, esperamos el paso de la escuadra y, a la mañana siguiente, vimos toda la armada salir de la bahía. Se componía de treinta y seis navíos, muchos de ellos mercantes, pero pertrechados para defenderse como un buque de guerra. Comprendiendo que no podríamos hacer presa alguna, permanecemos donde estamos, hasta que perdimos de vista el buque zaguero.

Luego izamos las velas y emprendimos ruta, en espera de alguna caza mejor.

WILLIAM NOS ACONSEJA

No pasó mucho tiempo hasta que vimos de nuevo el velamen de un navío. Le dimos caza inmediatamente; pero resultó un buque muy rápido, que confiaba en sus pies, o sea en sus velas, para escapar a nuestra persecución. No obstante, la fragata era también muy marinera y poco a poco, fuimos ganándole terreno, es decir, mar. Si hubiéramos tenido todo el día por delante la habríamos alcanzado; pero pronto se hizo de noche y entonces la perdimos de vista.

Nuestro alegre cuáquero, viendo que nos obstinábamos en perseguir el barco, aunque no lo veíamos, se acercó fríamente y me dijo:

—Amigo Singleton, ¿sabes lo que estamos haciendo?

—Sí —le respondí—. Estamos dando caza a un buque.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó muy gravemente.

—Lo cierto es que no podemos estar seguros de ello, —hube de reconocer.

—Sí, amigo —añadió él—. Creo que, en vez de perseguirlo, nos alejamos de él. Me temo que te hayas vuelto cuáquero y que estés decidido a no usar de la fuerza, o bien que sea un cobarde y huyas de tu enemigo.

—¿Qué queréis decir? —le grité, y hasta creo que dejé escapar unas cuantas maldiciones—. ¿Qué burla es ésa? Siempre tenéis alguna preparada...

—Escucha. Todos vimos que el buque se dirigía hacia el Este, con el propósito de desorientarnos. En esa dirección no tiene nada que hacer, pues, por aquel lado y en esta latitud lo primero que encontrará serán las costas del Congo o de Angola... Puedes estar seguro de que en cuanto haya oscurecido habrá virado y se habrá dirigido a las costas del Brasil, que es adonde iba antes de encontrarnos. ¿Nos alejamos o no del buque? Tengo grandes esperanzas —repuso aquel tipo cenceño y burlón— de que acabarás en cuáquero, porque no pareces muy dispuesto a luchar.

—Acaso —repliqué—. Si fuera así, me convertiría en un pirata de primera fuerza...

William tenía razón, y en seguida me di cuenta. Wilmot, que yacía en su camarote, muy enfermo, se la dio también, cuando escuchó lo

que yo le expliqué de nuestra conversación. Cambiamos de ruta y nos encaminamos a la bahía, donde tratábamos con nueve probabilidades sobre diez de poder asaltar el buque a la mañana siguiente.

De madrugada, anclamos en la bahía de Todos los Santos, a un tiro de cañón de distancia de los fuertes. Arriamos velas y dispusimos las cosas sobre cubierta de manera que pareciese que estábamos allí desde hacía rato.

Dos horas después, entró en la bahía nuestra presa, con todas las velas desplegadas y vino a situarse inocentemente a nuestro alcance. En un instante largamos las velas al viento, pues teníamos el cordaje preparado de modo que nos permitiera maniobrar a toda velocidad. Nos acercamos al buque tan deprisa, que le cogimos por sorpresa, y apenas opuso resistencia.

Estábamos discutiendo acerca de qué podríamos hacer con aquel navío, cuando se nos acercó William:

—¡Salud, amigo! —me dijo—. ¿Has hecho una buena presa, eh? Debes estar satisfecho, ¿no? Has cogido el barco aquí, a las puertas de su propia casa, y no te preocupas de alejarte en seguida, sin pensar que en la bahía hay varios buques de guerra... Los has alarmado, y antes de la noche puedes estar seguro de que habrán salido en tu busca...

—Tienes razón, William —apoyé, porque, en verdad, la tenía—. Pero ¿qué crees que debemos hacer?

—No puedes hacer más que dos cosas: o ir a atacarlos o huir antes de que te ataquen. Desde aquí puedes ver cómo comienzan a desplegar velas y no tardarán mucho en entrar en conversación contigo. ¿Qué les contestarás cuando te pregunten por qué les has hurtado el barco?

En efecto, podíamos ver, a través de los cristales de los anteojos, que se apresuraban a enviar un gran navío de guerra y varias chalupas armadas. Antes de poco estarían cerca de nosotros. No vacilamos mucho: el buque que habíamos capturado no llevaba ningún cargamento de valor excepto algo de cacao, azúcar y veinte sacos de harina. Lo demás era cuero. Tomamos todo lo que podía sernos útil, provisiones, armas, municiones, un cable, dos anclas y varias velas. Luego dejamos libre el buque, al cual apenas le quedaban medios para llegar a puerto.

Hecho esto, nos lanzamos a alta mar, y por la noche, nos acercamos a la costa, que fuimos siguiendo hasta llegar a Río de Janeiro. Durante dos días sopló viento del Sudeste, lo cual nos obligó a anclar junto a una pequeña isla, en espera de un cambio en la

dirección de la brisa. Parece que entre tanto los portugueses avisaron, por tierra, al gobernador de aquella provincia de que un bajel pirata rondaba las costas de la colonia. Cuando llegamos a la vista del puerto, pudimos divisar dos navíos de guerra que precisamente estaban saliendo de la escollera. Uno de ellos se encaminó hacia nosotros a toda velocidad. El otro seguía más despacio, haciendo maniobra. Al cabo de una hora, venían los dos pisándonos los talones, con todas las velas desplegadas.

No había llegado aún la noche y estaban confirmadas las palabras de William. Sin duda, nos preguntarían quiénes éramos y a dónde íbamos, pues estaban cerca de nosotros. Al llegar la oscuridad, decidimos aprovecharla y adentrarnos por el mar, intentando perderlos de vista a todo trance.

No sé si el capitán portugués adivinó nuestras intenciones, o si se debió a la casualidad; pero lo cierto es que, cuando despuntó el día, en vez de haber perdido de vista al enemigo, le hallamos más cerca que nunca de nosotros, aunque ahora era un sólo buque, en vez de dos como antes. Estaría a cosa de una legua detrás de nosotros. Era un gran navío, con cuarenta y seis cañones, y muy marinero, como pudimos comprobar, bien a pesar nuestro, al ver con cuánta velocidad nos iba ganando terreno al perseguirnos, a despecho de las magníficas condiciones de nuestro buque.

Entonces comprendí que no nos quedaría más remedio que librar combate. Y como sabía que aquellos bribones de portugueses —gente a la cual siempre he tenido aversión— no nos darían cuartel, expuse claramente al capitán Wilmot la situación que se nos ofrecía. El capitán, aun cuando estaba enfermo, se levantó y pidió que le lleváramos a cubierta. Se sentía muy débil; pero no quería dejar de ver con sus propios ojos el combate.

—Bien —dijo—, les presentaremos batalla.

Nuestros hombres eran valientes y estaban llenos de coraje; al ver al capitán, que llevaba diez u once días enfermo de calentura, instalarse sobre cubierta, redoblaron su valor y se pusieron animosamente a la obra, preparándolo todo para la lucha.

William el cuáquero, se me acercó con su especie de sonrisa en los labios.

—Amigo —me dijo—. ¿Para qué nos sigue ese barco?

—Para atacarnos; podéis estar seguro de ello...

—Pues se nos acercará, ¿no es cierto?

—Sin duda. Ya lo estáis viendo.

—Amigo —continuó aquel bromista impenitente—, ¿por qué no

permaneces quieto, si sabes que te ha de alcanzar? ¿Es que nos será más favorable otro sitio que éste, para luchar?

—Tanto importa un sitio como otro. Pero ¿qué queréis que hagamos?

—No le causéis tantas molestias al pobre barco ese. Esperémoslo, a ver qué quiere decirnos...

—Nos dirá algo con balas y pólvora...

—Bueno; si es ése su lenguaje, tendremos que hablarle en el mismo. De lo contrario no nos comprenderá... ¿verdad?

El capitán me llamó.

—William tiene razón —afirmó—. Igual da aquí que una legua más lejos.

Así, pues, grité una orden inesperada para los hombres:

—¡Arriad la vela mayor...! Aguardaremos aquí...

Acortamos la marcha y aguardamos a sotavento. Trajimos dieciocho cañones a babor, abrigando la esperanza de recibirle con una andanada que le diera qué sentir. Durante media hora estuvimos orzando, a fin de presentarle siempre el lado de babor, a medida que se iba acercando más. Cuando estuvo a tiro, nos saludó con una salva de cinco o seis de sus cañones. Maniobramos en seguida, pues hasta entonces estábamos segados con respecto a él. Ahora nos pusimos bien de lado, con todos nuestros cañones apuntándole, y nuestra andanada le mató muchos hombres.

Pudimos ver que los portugueses eran presa de la mayor confusión. Como el barco estaba cargado de todas sus velas, no podía maniobrar, de modo que a la vez que recibía de lleno nuestras andanadas, no podía dispararnos más que media docena escasa de sus cañones.

El capitán seguía sin moverse de su sitio. A medio combate, me hizo llamar y me preguntó:

—¿Qué hace William sobre cubierta? Ése no es su sitio y aquí no tiene nada que hacer...

Fui a ver. Le encontré amarrando, con un par de marineros, el bauprés al trinquete, para evitar que se lo llevasen los cañonazos. De cuando en cuando sacaba una botella y daba de beber a los hombres, animándolos. Los portugueses se portaron muy bien, primero creyendo que tenían el combate ganado de antemano y luego luchando por ganarlo. La refriega era terrible, y las balas de cañón y mosquete silbaban por doquier. Sin embargo, William permanecía inalterable, bien dispuesto y muy tranquilo, igual que estaría delante de una ponchera con ponche, asegurando con grave firmeza que un

barco de cuarenta y seis cañones no podía escapar a uno de veintiocho.

Un combate llevado a aquella marcha tan endiablada no podía durar mucho. Los hombres se portaban con bravura y nuestro artillero apuntaba con tanta precisión, que pronto el fuego del navío portugués comenzó a menguar. Logramos desmontar varias de sus piezas, disparando contra su castillo de proa, y además, no dejando ningún punto del barco sin un impacto, pues íbamos rodeándole aunque siempre presentándole nuestro lado de babor.

William se me acercó con gran calma.

—Amigo —me indicó—, ¿a qué esperas? ¿Por qué no visitas la casa del vecino, puesto que está abierta la puerta?

Le entendí inmediatamente. En realidad, nuestros cañones habían abierto algunos boquetes en el casco del navío enemigo, destrozando de tal manera su puente de popa, que los hombres que lo defendían no podrían retirarse al centro de la nave.

Di en seguida la orden de lanzarnos al abordaje. Mi segundo, con treinta hombres, saltó con agilidad al castillo de proa enemigo y aniquiló completamente a quienes lo defendían, que serían en número de veinticinco. Avanzaron por la cubierta y arrojaron varias granadas contra el puente principal, donde entraron a continuación. Los portugueses estaban vencidos y nos hallamos dueños del buque contra toda esperanza y toda previsión. Si hubieran querido, habríamos llegado a un acuerdo con ellos.

Nuestra fragata con sus veintiocho cañones derrotó en toda línea un gran navío de cuarenta y seis, a fuerza de machacarlo con nuestras balas, sin darle tiempo de reaccionar ni de disponer más que unas pocas piezas. Les matamos tantos hombres, que al abordarlos, apenas si había bastantes para ofrecer débil resistencia en su cubierta.

La alegría de ver a los portugueses pedir cuartel fue para nuestro capitán como un calmante, pues aquella misma noche le descendió la fiebre que durante tantos días le debilitara, y se sintió mucho mejor, ganaba fuerzas a ojos vistas, y pronto pudo dar sus órdenes personalmente. Al cabo de diez días estaba restablecido en absoluto y volvía a ser el capitán de siempre.

Entre tanto, tomé posesión del navío de guerra portugués. Y William me nombró, o mejor dicho, me nombré yo mismo, capitán suyo, por el momento. Unos treinta de sus marineros se alistaron con nosotros; unos eran franceses y genoveses otros. Al día siguiente, desembarcamos a los demás en una pequeña isla de la costa del

Brasil, excepto los heridos que no podían moverse y que conservamos a bordo. Algo después, tuvimos una oportunidad de desembarcarlos en El Cabo, donde, a petición suya, los enviamos a tierra.

Cuando nos hubimos librado de los prisioneros, Wilmot era partidario de dirigirnos a Río de Janeiro en busca del otro navío de guerra, que, sin duda, al no encontrarnos ni hallar a su compañero, debía de haber regresado y podría ser sorprendido fácilmente por nuestro barco cautivo, si le dejábamos los colores portugueses en el mástil. Toda la tripulación aprobaba este plan.

Pero William nos dio un consejo mejor.

—Amigo —me dijo—. Tengo entendido que el capitán se propone regresar a Río de Janeiro para sorprender al otro barco que ayer nos daba caza. ¿Es verdad esto?

—Sí. ¿No os parece bien?

—Puedes hacer lo que te dé la gana.

—Ya lo sé. Pero el capitán es hombre que atiende a razones. ¿Qué tenéis que objetar a su plan?

—Sólo te haré una pregunta: ¿qué os proponéis tú y los hombres que te acompañan? ¿No queréis ganar dinero y nada más?

—Sí, William, siempre que sea honradamente.

—¿Qué prefieres? ¿Ganar dinero sin luchar o luchar sin ganar dinero? Quiero decir, qué escogerías, suponiendo que te dieran a elegir...

—Lo primero, William, sin ninguna vacilación.

—Bien. Entonces, dime: ¿qué provecho has sacado con la presa de ayer, que te costó la vida de trece de tus hombres, además de los heridos? Claro que tienes un barco y algunos prisioneros. Pero si se hubiera tratado de un mercante, habrías obtenido cuatro veces más botín y luchando cuatro veces menos... ¿Cómo sabes cuántos hombres y cañones hay en otro navío, y cuántas bajas puedes sufrir, y qué ganarías con apresarlos, suponiendo que lo consiguieras? Creo que harías mucho mejor dejándolo tranquilo...

—Pues es verdad, William —convine—. Reconozco que tenéis razón y voy en seguida a comunicar vuestra opinión al capitán, a ver qué dice.

El capitán reconoció también que nuestro negocio era hacer dinero con cuantos menos cañonazos mejor, y que sólo debíamos luchar cuando no pudiéramos evitarlo. Dimos de lado aquella aventura, pues, y nos dirigimos hacia el Río de la Plata, esperando encontrar buenas presas, ya que sabíamos que los barcos que vienen de Buenos Aires van siempre cargados de plata. Apresar uno de ellos

sería un magnífico negocio.

Rondamos como cosa de un mes por aquellas aguas, sin que nada se nos ofreciera. Empezamos a pensar en qué tendríamos que hacer, para ocuparnos. Mi proyecto era ir a El Cabo, y de allí, a las Indias Orientales. Había oído contar flamantes historias de un tal capitán Avery, con las grandes hazañas y ganancias que había llevado a cabo en las Indias. Según decían, en la bahía de Bengala apresó a una dama, hija del Gran Mogol, que llevaba una gran cantidad de joyas. Y hasta se afirmaba que otra vez capturó un barco del mismo Gran Mogol... cargado de diamantes.

Me hubiera agradado conocer el dictamen de William; pero éste siempre escurría el bulto, cuando llevaba la conversación a tal tema, iniciando una broma o una historia. En resumen, no quiso aconsejarnos más, no sé si por motivos de conciencia o por no aventurarse a que le consideráramos demasiado adicto a nuestra empresa. Tuvimos, pues, que decidir sin su ayuda.

Dejamos transcurrir mucho tiempo antes de adoptar una decisión. De improviso descubrimos una vela a barlovento. Pertenece a un buque como jamás he visto otro. No teníamos que darle caza, pues por azar del viento se nos venía encima directamente. No llevaba bandera y ofrecía un aspecto desconcertante por la disposición de sus velas y de su cubierta. Es inútil que lo describa, porque nadie sabía qué nombre darle a aquel bajel.

Cuando estuvo cerca, disparamos un cañonazo para avisar que se detuviera. Siguió adelante, como si no lo hubiera oído ni visto. Disparamos de nuevo, mas con el mismo resultado. Llegó a pasar a un tiro de pistola de nuestro barco. No había nadie sobre cubierta ni nadie apareció para responder a nuestras llamadas. Pensamos que era un barco abandonado por su tripulación, quién sabe por qué motivos, quizás arrastrado por la marea mientras los marineros se hallaban en tierra, o por otra causa... Cuando estuvo aún más cerca, pudimos oír ruido en su interior, y algo parecido a gritos humanos...

Botamos al agua dos lanchas, llenas de hombres bien armados, con orden de asaltar el barco simultáneamente una por cada costado. Al ir ya a ejecutarlo, aparecieron sobre cubierta gran número de negros, ante lo cual mis hombres fueron presa del terror y no supieron qué hacer. La lancha que debía abordar por estribor no lo efectuó dado el susto de sus tripulantes. Los de la otra, viendo que no asomaban sus compañeros, creyeron que los habrían vencido, y al ver que había en el buque tan extraños tripulantes, retrocedieron y reembarcaron.

Al comprobar esto, decidimos disparar una andanada; pero William intervino, como de costumbre, en el momento oportuno.

Se me acercó, pues vivía en mi barco, y me previno:

—Amigo, entiendo que estás equivocado y que tus hombres han procedido erróneamente. Te diré cómo puedes tomar este barco sin utilizar esas cosas llamadas cañones.

—¿Cómo puedo hacerlo, William?

—Puedes tomarlo por medio de tu timón. Arrímate al barco y deja que los hombres salten a su cubierta. Estoy convencido de que habrá lucha, porque tiene todo el aire de sufrir alguna desgracia que ignoramos.

El mar estaba muy en calma y el viento era flojo, por lo cual pude seguir muy bien su consejo. Nuestros hombres abordaron sin dificultad el extraño buque, que era grande y poderoso, y lo encontraron lleno de negros, en número de unos seiscientos, de todas edades, hombres, mujeres y niños. No vieron ni un blanco en todo el navío.

La vista de aquel espectáculo me heló la sangre, pues adiviné que aquellos diablos negros se habían rebelado, matando a los marineros y tirándolos al agua. Cuando expuse mi suposición a los hombres, se enfurecieron tanto, que me costó gran trabajo evitar que pasaran a los negros a cuchillo.

William me ayudó a apaciguarlos, diciéndoles que, si ellos se hubieran hallado en la situación de los negros, habrían hecho lo mismo, puesto que la primera injusticia, de la cual arrancaban las demás, era la de vender como esclavos a criaturas de Dios, aunque fueran negros de piel. La ley de la naturaleza les ordenaba rebelarse, y si ahora los mataran, sería un crimen imperdonable.

Esto pareció sosegarlos. Se contentaron con hacer desaparecer a veinte o treinta, y a los demás los encerraron en las bodegas. Los negros, sin duda, creyeron que nosotros éramos sus anteriores dueños, milagrosamente resucitados.

Con esta extraña captura se nos presentó una gran dificultad. No podíamos hacernos comprender de ellos, ni ellos nos comprendían. Intentamos preguntarles, por medio de señas, de dónde venían; pero no nos entendían, o no entendíamos nosotros su respuesta, o no sabían, realmente, de dónde los habían traído.

Señalamos hacia la cámara, hacia el castillo de proa, hacia la cocina, hacia las bodegas, queriendo explicarles que deseábamos saber si quedaba algún blanco a bordo, pues simultáneamente nos señalábamos a nosotros mismos. Pero tampoco supieron

respondernos. Quizá no quisieran, pues esta pregunta era más capciosa.

Ellos, por su parte, señalaban nuestro barco y el suyo, haciendo mil preguntas con gran impaciencia y avidez, sin que nosotros lográramos sacar nada en claro de lo que querían saber ellos ni de lo que queríamos saber nosotros.

Sabíamos, por supuesto, que estaban a bordo en calidad de esclavos, para ser transportados a las Indias Occidentales, y que debían de venir, con toda seguridad de África, quizá de la misma costa de Angola o del Congo, donde yo había ido a parar en mi primer viaje a través del continente; pero no sabíamos concretamente de dónde venían ni a dónde iban. Además, casi podíamos dar por seguro que quienes los capturaron en su país y los embarcaron por la fuerza o por medio de engaños, eran europeos.

El barco ofrecía todas las características de ser holandés; pero, después de construido, debieron de alterar la disposición de sus departamentos, como ocurre con muchos de los que se dedican al transporte de negros, para dar mayor capacidad a las bodegas, que es donde los esclavos van amontonados como un rebaño.

Encontramos algunos libros franceses, ropa, lino, unos zapatos viejos y otras cosas que parecían ser de origen francés. Entre las provisiones había unos barriles de cerveza irlandesa, pescado de Terranova, y otras muchas pruebas de la existencia de blancos a bordo, aunque ninguna señal de que todavía hubiera alguno.

No hallamos espadas, fusiles, pistolas ni arma alguna, excepto unos cuantos chafarotes, que los negros habían escondido en sus bodegas. Les preguntamos qué había sido de las armas cortas, señalando las nuestras y el sitio donde debieron colgar las que eran del barco. Uno de los negros me entendió, esta vez, y me indicó que le siguiera a cubierta. Allí tomó mi fusil, que yo no había soltado desde que nos apoderamos del buque, e hizo como que lo arrojaba al mar, dando a entender que habían lanzado al agua toda clase de armas y municiones, en la creencia, según presumo, de que aquellos artefactos podrían matarlos, aunque hubieran desaparecido los hombres que los manejaban.

Luego de ver esto, no dudamos ni un momento de que la tripulación del buque, sorprendida por aquellos diablos esclavizados, debió de seguir el mismo camino que las armas, y probablemente antes que ellas.

Buscamos huellas de sangre sobre cubierta. En algunos sitios descubrimos vagas señales de lucha; pero el calor del sol, mezclando

la brea con la madera, hacía imposible discernir a las claras el origen de las manchas que descubrimos, excepto las que aparecían en el puente de mando, donde quedaban señales evidentes de haber sido derramada abundante sangre. Encontramos abierta la escotilla, por lo cual supusimos que el capitán y los que estaban con él se habrían retirado a la cámara central, o que los de la cámara habían escapado por aquella puerta hasta el puente de mando.

EL BARCO DE ESCLAVOS

Acabamos por averiguar que había siete u ocho negros heridos, dos o tres de bala, y otro con una pierna rota y en estado grave, pues la carne estaba muy castigada; según dijo William, si no llegamos a encontrar el buque, habrían muerto al cabo de un par de días.

William era un cirujano muy hábil, y en aquella ocasión pudo demostrarlo con exceso. Entre los dos buques había cinco cirujanos titulares y dos ayudantes. Todos ellos coincidieron en que debía cortarse la pierna, si se quería evitar que la gangrena se propagara a todo el cuerpo. De lo contrario, no podría evitarse la muerte: la gangrena había llegado a los huesos y los tendones, de modo que no había curación. William no dio su parecer, sino que sugirió como lo más apropiado examinar la herida para ver hasta dónde alcanzaba la erosión de la carne, y luego, en presencia de estos datos, podría decidirse si se necesitaba cortar o no.

Puso, pues, manos a la obra, ayudado por dos de los más hábiles cirujanos de nuestro equipo. Trabajó a su manera, en contra del parecer de los ayudantes. Sin hacerles caso, siguió desbridando el estado de la herida, buscando rastros de la infección por toda la pierna. Cortó gran cantidad de carne muerta, sin que el pobre negro experimentara por ello ningún dolor. William siguió cortando hasta que vio que las venas y arterias comenzaban a sangrar y el herido a gritar. Redujo entonces la fractura del hueso, y con la ayuda de los cirujanos, vendó la pierna, dejando que el negro descansara, cosa que pudo hacer gracias al gran alivio que aquella operación le produjo.

Cuando se hizo la primera cura, los cirujanos sonrieron satisfechos, pues el estado de la herida les daba la razón. La gangrena parecía haberse extendido, y una gran mancha de sangre cubría la mitad del muslo del pobre negro.

Aseguraron que moriría antes de pocas horas. Me acerqué al herido y vi que el propio William parecía algo sorprendido. Le pregunté cuánto tiempo creía que duraría aún el negro, y me contestó gravemente:

—Tanto como tú. No me preocupa su vida. No corre ningún peligro; pero quisiera curarle, si puedo, sin dejarle cojo.

Creo que recetó algo para combatir la posibilidad de que se

extendiera la infección y para mejorar el ánimo del paciente, sin preocuparse mucho de la herida. Luego abrió de nuevo la pierna, por dos sitios cercanos a la llaga, cortando gran cantidad de carne invadida. Dijo que el vendaje estaba demasiado apretado y que ello había sido causa de que no mejorara el aspecto de la lesión; la sangre que no puede salir, explicó, aumenta la gangrena y perjudica el estado del herido.

William consiguió que saliera la sangre bien roja, que la carne fuese también enrojeciendo y el herido mejorando. Al cabo de unos días, el paciente recobró ánimos, su pulso se hizo más regular, le bajó la fiebre, y aumentó cada día su fuerza. A las diez semanas estaba perfectamente bien, sano y salvo, tanto, que pudimos alistarlo en nuestra tripulación y hacer de él un excelente marinero.

Pero volvamos al barco. No pudimos aclarar lo que había ocurrido allí hasta que enseñamos a hablar inglés a unos cuantos negros, especialmente al herido, que nos contaron con bastante detalle el hecho.

Mientras, y recurriendo a la mímica, procuramos sacarles el destino que habían dado a los blancos del navío, sin que lográramos obtener ninguna aclaración. Mi segundo era partidario de torturar a los negros, para hacerles confesar; pero William se opuso resueltamente. Cuando se enteró de este propósito, vino a verme.

—Amigo —me dijo—. Te ruego que no sometas a tormento a ninguno de esos desgraciados.

—¿Por qué no, William? —le pregunté—. Si no es así, no conseguiremos que nos digan qué ha sido de los blancos.

—¿Por qué no? Creo que te han hecho un relato muy detallado de lo acontecido.

—¿Sí? Pues no me he dado cuenta. ¿Quién es el que puede sacar algo en limpio de su jerga?

—En todo caso, la culpa es tuya. Supongo que no te propones torturar a los pobres negros por no saber hablar inglés. Quizá no hayan oído una palabra de inglés en su vida. Sin embargo, supongo que te han dicho todo lo que ha pasado, conforme han sabido. Has podido ver con cuánta avidez y cuán largamente te han hablado algunos de ellos. Si tú no puedes entenderlos, y si ellos tampoco pueden entenderte, ¿qué culpa tienen? A lo sumo, puedes presumir que no te han contado toda la verdad, aunque yo, por el contrario, presumo que han dicho todo lo que podían decirnos. ¿Cómo vas a decidir el problema de quién tiene razón, si tú o yo? Además, ¿cómo podrán responderte cuando los sometas a tortura y les preguntes

algo, si no entienden lo que les preguntas, y si tú, por otra parte, tampoco sabes si te responden o qué te responden?

No será precisamente un cumplido a mi templanza, decir que me sometí a semejantes razonamientos, pues me convencieron. De todos modos, nos costó mucho trabajo evitar que mi segundo matara a algunos negros, en su afán de hacerlos confesar. ¿Qué habría ganado con ello? No comprenderían ni palabra de su respuesta. Lo que más esfuerzos nos costó fue convencerle de que no le entendían, cuando les hablaba.

No nos quedaba más remedio que aguardar a que los negros, al menos los más inteligentes de ellos, supieran hablar o chapurrear inglés. Hasta entonces, teníamos que refrenar nuestra curiosidad por saber exactamente la historia trágica de aquel navío, y contentarnos con lo que podíamos adivinar.

Más adelante nos lo contaron al detalle y yo lo resumiré ahora. El caso fue el siguiente: No pudimos saber dónde embarcaron, pues no conocían los nombres ingleses de las costas africanas, y tampoco pudieron decirnos a qué nación pertenecía el barco, pues no sabían distinguir las lenguas europeas una de otra. El negro que William curó afirmó que no hablaban el mismo idioma que nosotros ni el de algunos marineros portugueses de mi tripulación. Así, pues, con toda probabilidad, debían de ser franceses u holandeses.

Nos explicó que los blancos los trataban con brutalidad, que les pegaban a menudo por cualquier motivo y sin compasión. Uno de los negros tenía su mujer, un hijo y una hija de unos dieciséis años de edad, los tres a bordo. Un marinero abusó de la mujer del negro y luego de la hija. Esto enloqueció de rabia al esclavo. El marinero, al verlo, le amenazó con matarle. Por la noche, el negro ofendido consiguió librarse de sus ligaduras y coger un garrote, que creo sería una pica de mano. Cuando el marinero entró a hacer la ronda entre los esclavos, e intentó prodigar algunas «caricias» a la mujer del salvaje, éste le saltó encima y le dio tal golpe en la cabeza, que se le saltaron los sesos. Luego le quitó la llave con la cual cerraba los candados de las cadenas que sujetaban a los negros. Puestos ya en libertad un centenar de ellos, salieron a cubierta por la misma escotilla por donde había entrado el marinero que yacía muerto. Sobre cubierta mataron a los que estaban de guardia, y después se diseminaron por el buque, asesinando a todos los blancos que encontraban. El capitán y los hombres que estaban en el alcázar se defendieron con gran valor en el castillo de popa y en el puente de mando, disparándoles por las troneras y haciéndoles muchos

muertos y heridos. Entonces precisamente cayó herido el negro. Tras prolongada lucha, consiguieron entrar en la cámara de mando y matar a dos blancos, aunque los blancos les hicieron once muertos. El resto de los marineros se refugiaron en la cámara central y mataron tres negros más.

Por su parte, el artillero del barco se encerró en la santabárbara e hizo que sus hombres botaran al agua la lancha de salvamento. Depositaron en ella todas las armas y municiones que hallaron a mano y se hicieron a la mar, no sin haber recogido por una escotilla al capitán y a quienes quedaban en la cámara central. Ya a salvo, decidieron asaltar el barco y recuperarlo. Abordaron el navío, empujados por la desesperación, matando a cuantos podían disparar. Los negros habían encontrado armas, y dejando aparte las que no sabían manejar, o sea las de fuego, se valieron de los machetes y chafarotes para defenderse. Lo hicieron tan bien, que los blancos no pudieron dominarlos. Aun así, consiguieron libertar a los hombres que se habían hecho fuertes en la cocina. En resumen, este asalto costó la vida a treinta o cuarenta esclavos; pero ni aun así lograron los blancos apoderarse del buque, y no tuvieron más solución que escapar con la lancha.

No pude poner en claro si esto había sucedido cerca de las costas de África o de América, sino sólo que hacía mucho tiempo, como decían ellos. Según dedujimos de sus explicaciones, los hechos acontecieron dos o tres días después de haber abandonado la costa africana.

Nos dijeron que habían matado a unos treinta blancos, a machetazos, a mazazos y por otros procedimientos semejantes. Un negro gigantesco mató a tres de ellos a golpes, con una barra de hierro, después de haber recibido dos heridas. Este mismo negro, cuando intentó entrar en la cámara de mando, recibió un tiro en la cabeza, dejando en la puerta y el suelo una gran mancha de sangre.

El negro siguió contándonos cómo arrojaron al mar todas las armas y municiones que hallaron, y cómo habrían hecho lo mismo con los cañones, si hubieran sabido desmontarlos de sus afustes de madera. Las velas, como no sabían manejarlas, las dejaron colgar de cualquier modo, y a esto se debía, en parte, el extraño aspecto que ofrecía el barco.

Inquirimos adónde se dirigían, y nos contestó que no lo sabían, aunque esperaban que el barco los llevaría de nuevo a su casa, a su país. Luego le pregunté quiénes habían pensado que éramos, cuando nos vieron por primera vez. Explicó que se asustaron mucho,

creyendo que éramos los blancos escapados, que regresaban para esclavizarlos de nuevo. Suponían que los mataríamos a todos.

Tal fue, en resumen, la narración que nos hicieron, cuando les hubimos enseñado a hablar inglés, es decir, a nombrar las cosas y los actos más comunes a bordo. Observamos que todos coincidían en su relato, hasta en los detalles, exagerando unos más que otros, pero de tal manera, que se advertía que el negro había dicho la verdad.

Después de apoderarnos del barco, se nos planteó esta cuestión: ¿Qué hacer con los negros? Los portugueses del Brasil los hubieran comprado y hasta nos habrían agradecido aún que se los vendiéramos, si allí no fuésemos conocidos como piratas y no nos tuvieran por enemigos. Pero tal como estaban las cosas, no nos atrevíamos a acercarnos a aquella costa ni a tratar con ningún plantador, pues nos arriesgábamos a levantar todo el país en contra nuestra. Si en cualquier puerto había navíos de guerra, con seguridad nos atacarían. Y si desembarcábamos, lanzarían contra nosotros todas sus fuerzas de tierra.

Tampoco podíamos esperar más éxito si nos dirigíamos hacia el Norte, hacia las plantaciones de los ingleses. Decidimos llevar los negros a Buenos Aires y vendérselos a los españoles. No obstante, pensamos que serían demasiados negros para que nos los pagaran bien. Llevarlos con nosotros a través del mar del Sur era peligroso, pues acortarían nuestras provisiones de manera alarmante.

Cuando ya no sabíamos qué hacer, intervino William, quien dio como siempre, la solución acertada. Propuso pasar él como capitán, acompañado de veinte de nuestros hombres, al barco de los negros, en dirección al Brasil, y allí intentaría vender la carga humana, en secreto, directamente con los plantadores, sin entrar en ningún puerto.

Aceptamos y decidimos ir a esperarle al puerto de San Pedro, que está situado en la desembocadura del río que los españoles llaman río Grande. Allí hay un pequeño fuerte y poca guarnición. Pero nosotros no sabíamos esto, y creíamos que el lugar estaba desierto.

Emprendimos el camino despacio, esperando encontrar algún barco que fuese o viniese de Buenos Aires; pero no nos acompañó la suerte y no avistamos ningún buque en aquella ruta. Nos instalamos en Puerto San Pedro, haciendo algunas salidas en busca de presa, que no hallamos, y de pesca, que sí encontramos, y sirvió para aumentar nuestro avituallamiento. Almacenamos asimismo mucha agua.

William, entre tanto, se dirigió al Norte y desembarcó a la altura del cabo Santo Tomás. Se puso al habla con los plantadores de aquella

comarca y consiguió que se quedaran con todos los negros, mujeres y niños incluidos, y que se los pagaran a buen precio. Les contó una divertida historia que los colonos se creyeron enteramente, diciéndoles que habían perdido la ruta, que iban escasos de provisiones y que su punto de destino era Jamaica. La historia resultaba muy verosímil.

De esta guisa, diciendo toda la verdad posible, William pasó por lo que era: un tipo honrado y sincero. Interesó en el asunto a uno de los plantadores, éste a otros colonos, y pronto estuvo hecha la transacción. Al cabo de cinco semanas, había vendido todo su cargamento de negros, y hasta el mismo navío, embarcándose él, los veinte marineros y dos esclavos que se reservó para su uso, en una chalupa de las que enviaban los plantadores al barco para recoger los negros.

RUMBO A MADAGASCAR

William se presentó en esta chalupa ante Puerto de San Pedro, a 32° 30' de latitud Sur. Nos sorprendió mucho ver una chalupa con bandera portuguesa y acercándose directamente. Disparamos un cañonazo, para avisar que echara el ancla; pero nos contestó, a modo de saludo, con cinco disparos y luego izó la bandera inglesa. Adivinamos que se trataba del capitán William, según comenzábamos a llamarle, si bien nos preguntamos con cierta ansiedad cómo regresaba en una chalupa, siendo así que había partido en un navío de trescientas toneladas.

Llegó a nuestro lado, subió a bordo y nos contó la historia de su trato, del cual teníamos motivos fundados para estar muy satisfechos. Nos explicó cómo entró en relaciones con un portugués que vivía cerca de la costa, y a quien pidió que le vendiera cierta cantidad de cerdos, pretendiendo que se había acercado únicamente en busca de provisiones y agua fresca. El plantador no sólo le vendió los cerdos, sino que les invitó, a él y a sus acompañantes, a comer en su casa. William llevó al plantador a bordo, y por corresponder a su hospitalidad, le regaló una muchacha negra, para que la tomase como mujer.

Ello obligó tanto al plantador, que a la mañana siguiente envió al buque una barcaza cargada con dos vacas, varias ovejas, azúcar y otras cosas de comer, así como un gran saco lleno de tabaco, a la vez que una invitación dirigida al capitán William. De fineza en fineza, se hicieron amigos y empezaron a hablar de negocios. William, fingiendo que accedía por hacerle un favor, le vendió treinta salvajes para sus plantaciones, que el portugués pagó en buena moneda de oro, a la tasa de treinta y cinco moidoras por cabeza. Para llevarlos a tierra tuvieron que usar de la máxima discreción. William se hizo de nuevo a la mar, anclando cincuenta millas más al Norte, en una ensenada, y desembarcó los negros en la plantación de un amigo del colono, en quien aseguró éste que se podía confiar.

Esto dio motivo a que William conociera a otros plantadores, que también deseaban comprarle negros. De uno en otro, fueron dejándole sin mercancía, hasta que un colono más rico le compró los últimos cien negros. Otro plantador se quedó con el barco, dándole a

cambio una chalupa muy ligera de andar, de unas sesenta toneladas de porte y con seis cañones, además de trescientas moidoras de oro.

Con este dinero compró todas las provisiones que pudo y cargó con ellas la chalupa, especialmente de galleta, carne y sesenta cerdos vivos. Obtuvo también treinta barriles de buena pólvora, que nos iba a ser muy útil. También se trajo las provisiones que había en el barco de los negros.

Todo ello nos complació mucho, especialmente cuando nos entregó, en oro acuñado o en barras, y también en plata española, sesenta mil piezas de a ocho, además de la chalupa y gran cantidad de víveres.

Sobre todo, nos agradó mucho la chalupa, y comenzamos a pensar si, en vista de la escasez de hombres que teníamos, no sería mejor deshacernos del navío portugués y quedarnos sólo con ella y mi fragata. El barco portugués, por lo demás, era hartamente grande para nuestro negocio.

Otra cuestión que teníamos que decidir cuanto antes, solucionó este último problema. Se trataba de fijar nuestra derrota. ¿A dónde iríamos? Mi camarada, como llamaba ahora a quien hasta que tomamos el navío de guerra portugués fue mi capitán, era partidario de ir a los mares del Sur, costeadando la parte occidental de América, donde, a no dudar, haríamos buenas presas en buques españoles y de allí, si lo creíamos conveniente, ir hacia las Indias Orientales, dando así la vuelta al mundo, como habían hecho otros antes.

Mi idea era distinta. Yo había visitado las Indias en mi juventud, y desde entonces estaba convencido de que allí se podían hacer magníficos negocios, con la ventaja de tener la retirada segura y el camino de regreso con buenos puntos de abastecimiento entre los nativos de África, mis amigos salvajes de las costas de Zanzíbar, isla de San Lorenzo y Madagascar.

Les leí varios capítulos de libros que hablaban de aquellas costas y les hice comprender las grandes presas que podríamos hacer en el Mar Rojo, en el golfo de Moka, en la costa de Malabar y en la bahía de Bengala. Con tales argumentos logré que se decidieran por mi propuesta. Resolvimos poner proa al cabo de Buena Esperanza. Para este viaje nunca nos sobrarían barcos, como almacén; así es que decidimos conservar la chalupa y el navío portugués, además de la fragata. Les aseguré que encontraríamos hombres suficientes para tripularlos bien, y si no los halláramos por las buenas los tomaríamos por las malas.

Como es de suponer, nombramos al amigo William capitán de la

chalupa que con tanto acierto había comprado. Nos dijo con muy buenos modales que no la mandaría como una fragata; pero si queríamos darle la parte que le correspondía en el negocio de los negros, nos acompañaría como abastecedor, si se lo mandábamos, mientras estuviera sujeto a la misma coacción que le hizo abandonar su vida pasada.

Lo comprendimos en seguida, por lo cual le entregamos la chalupa, bajo palabra de que no se apartaría de nosotros y obedecería siempre nuestras órdenes. Con todo, William no era ahora tan complaciente como antes, y cuando una vez quisimos que nos diera la chalupa para hacer una presa con su ayuda, al ver cuánto le apenaba, no supe qué hacer, pues era mi consejero privado y un verdadero compañero en todas las ocasiones. Puse en su lugar a un escocés muy audaz llamado Gordon, cargué veinte cañones en la chalupa y dejé a William libre del mando, a pesar de que nos faltaban hombres, pues nuestras tripulaciones no estaban en proporción con nuestros navíos.

Retrocedamos ahora. A primeros de octubre de 1706, nos dirigimos al cabo de Buena Esperanza, y llegamos a la vista de tal, que pronto dejamos atrás, el 12 de noviembre, después de cruzar zonas de muy mal tiempo. Nos cruzamos con varios buques mercantes, ingleses y holandeses, de ida o vuelta de Europa. No quisimos ponernos al habla con ellos, pues no conocíamos su armamento ni sus intenciones cuando se enteraran de nuestra verdadera personalidad. Necesitábamos agua, sin embargo, así es que enviamos una de las lanchas, con bandera, soldados y negros portugueses, al depósito de tierra. Mientras, arbolamos bandera portuguesa y permanecemos al paio ante la costa. Ignoraban nuestra verdadera condición; pero pasamos por cualquier cosa menos por lo que realmente éramos.

A las cinco de la mañana, regresó la lancha por tercera vez con toda la carga de agua. Creímos que teníamos suficiente, y nos hicimos de nuevo a la mar, hacia el Este. En esto cambió el viento, y vimos que se nos venía encima, como si tuviera miedo a no alcanzarnos, un paquebote inglés, lleno de hombres. No imaginábamos quiénes podrían ser; pero, como no era más que uno, no juzgamos peligroso dejarlo acercarse. Si se proponían saber quiénes éramos, les daríamos buena cuenta de ello, llevándonoslos, pues lo que más falta nos hacía eran buenos marineros. Y lo que sucedió es que nos ahorraron el trabajo de apoderarnos de ellos.

El caso fue el siguiente; Parece que nuestros marineros

portugueses, al desembarcar en busca de agua, habían sido menos silenciosos de lo que la prudencia aconsejaba. El capitán de uno de los barcos ingleses —no recuerdo su nombre— que estaban en la costa se mostró muy severo con sus hombres durante el viaje. Se dirigía a China; pero, antes de llegar a Santa Elena, ya había encadenado a varios marineros. Ante tamaña conducta, la tripulación le amenazó con abandonarle a la primera oportunidad. Nosotros fuimos esa oportunidad. Algunos de los hombres del severo capitán preguntaron a nuestros portugueses qué barco era el suyo, y como la respuesta que recibieron resultaba algo embrollada y nada discreta, adivinaron que éramos piratas e «íbamos de comisión», como dicen los marineros ingleses, al referirse a la piratería. Todos hablaban bien o mal el inglés, y una vez reunidos en su barco, decidieron presentarse a ver si los queríamos llevar. Cogieron un bote y se acercaron de aquella inesperada guisa a eso de las siete de la mañana.

Al arribar al costado de mi buque, les gritamos, según costumbre, para saber quiénes eran y adónde iban. Explicaron que eran ingleses y deseaban subir a bordo. Les dijimos que podía subir uno de los hombres, hasta que el capitán hablara con él, y entre tanto permanecer los demás en la lancha. Les avisamos que dejaran las armas en el bote. Desde arriba creo que percibí el «¡ah!» de satisfacción que lanzaron al recibir nuestra respuesta.

Subió un hombre a bordo y concretó lo que deseaban, que era unirse a nosotros. En cuanto a sus armas, propusieron que enviáramos un marinero al bote para recogerlas. Lo hicimos así. El que habló en nombre de todos me contó los malos tratos del capitán, el hambre que les hacía pasar, el odio que le tenían y la seguridad de que, si los admitíamos, vendrían hasta los dos tercios de los tripulantes del barco, que iba a China. Me parecieron hombres fuertes y audaces; pero contesté que no podía decidir nada sin consultar con el almirante, que estaba en el otro navío. Envié a buscarle en una pinaza. Se encontraba enfermo y me encargó que decidiera a mi buen criterio. Antes de que la pinaza estuviese de vuelta, el capitán Wilmot se asomó a la popa de su barco y me habló por la bocina, de modo que todos pudieran oírle:

—Me han dicho que son buenos muchachos. Dales la bienvenida, capitán Bob, e invítalos a tomar un ponche.

Los hombres replicaron con un «¡hurra!» y se precipitaron alegremente a bordo. Más adelante, para ganarnos su afecto, Wilmot ordenó que les pagara todo lo que el capitán del otro buque les debía y les dieran, además, veinte piezas de a ocho, empezando, desde

entonces, a participar en los repartos, como todos nosotros. Eran buenos marineros, en número de dieciocho, entre los cuales había dos contramaestres y un carpintero.

El 28 de noviembre, tras varios días de temporal, llegamos ante mi vieja amiga la isla de Madagascar y anclamos en la bahía de San Agustín, situada a su extremo sudoeste. Desembarcamos y entramos en tratos con los nativos, para obtener provisiones, especialmente bueyes. Los queríamos vivos, pues hacía un calor terrible; pero nos pareció mejor adobarlos, para ahorrar espacio, y lo hicimos según el sistema que había utilizado yo en aquel primer viaje mío a lo largo de la isla, o sea salando la carne con salitre, curándola al sol y comiéndola hervida. A nuestros hombres no les entusiasmó el sabor de aquella carne, que a mí, en otros tiempos, me había parecido deliciosa.

Nos desquitamos de ello comiendo buey fresco a todas horas, mientras estuvimos allí. Pronto notamos que aquel lugar no era nada a propósito para nuestro negocio, y yo, que conocía la isla, les dije que la época tampoco era la más favorable para hacer presas; pero, en cambio, había dos lugares particularmente apropiados para nuestros proyectos. Uno, en la parte Este, era la bahía, frente a la cual estaba la isla Mauricio, por donde pasaban todos los buques que hacían la ruta de las Indias, a su regreso a Europa, es decir, cuando iban cargados con materiales más preciosos, viniendo de la costa Malabar, Coromandel, Fuerte San Jorge u otros sitios no menos ricos. Si queríamos dar caza a aquellos navíos, el lugar más apropiado era el que yo proponía.

Pero sin embargo estos buques solían llevar fuerte escolta, muy bien armada y tripulada. Quedaba otro recurso, más fácil y tan provechoso como el anterior, sin sus riesgos y peligros, y este recurso lo constituían el golfo de Moka y el Mar Rojo.

Les dije que el comercio por aquellas aguas era numeroso, los cargamentos muy ricos y el estrecho de Bab-el-Mandeb muy buen sitio para apostarse; de modo que podríamos hacer que no se nos escapara ningún barco, ya viniera del Mar Rojo, del Índico, del golfo Pérsico o de la costa Malabar.

Les expliqué mis observaciones durante el viaje en que costeamos la isla, y les describí los magníficos puertos naturales que se hallaban en la parte norte. Los salvajes eran hospitalarios, más que los que ahora veíamos en la costa, pues no han sido tan mal tratados y viciados por los europeos como los del Este y del Sur de la isla. Además, siempre tendríamos un refugio seguro, si llegaba el caso,

ante los enemigos o el tiempo.

Estas razones les convencieron fácilmente, y el capitán Wilmot, a quien ahora llamábamos almirante, a pesar de haber sido el que propuso la isla Mauricio, fue partidario de mi punto de vista.

Claro que éramos lo bastante fuertes para atacar uno de los barcos ingleses de las Indias Orientales, a pesar de que los había con más de cincuenta cañones; podíamos tomarlos, sí, pero con mucha sangre, y luego nos encontraríamos con que su cargamento no valía lo que el de uno de los indefensos barcos árabes que se dirigían al Mar Rojo, por ejemplo. Nos faltaría sitio para almacenar las mercancías de que nos apoderáramos, y de las cuales no sabríamos qué hacer, a pesar de que en Londres tuvieran gran valor. En todo caso, mejor sería apresar uno de los que iban a la India, cuya carga, al menos, nos sería útil, aparte del dinero que solían llevar para el pago de los empleados de la Compañía de Indias. Hallaríamos licores, telas, comida. Así, pues, de querer enfrentarnos con algún barco de nuestros compatriotas, debía de ser de los que venían de Inglaterra, y no de los que iban allá.

Considerando todo esto, el almirante se unió a mi propuesta. Tras hacer aguada y provisiones, salimos hacia el Sur, y luego en dirección Sursudeste, hasta llegar al extremo de la isla y doblar la punta, al cabo de seis días de navegación. Enfilamos al Norte, hasta la latitud de 13° 40', que era la que marcaba en el mapa la punta superior de la isla. Con el almirante a la cabeza, nos adentramos un poco por el mar del oeste para explorar la costa. La chalupa, mientras, recorrió el lado del Este, hasta que encontró un buen puerto natural. Vino William y nos describió una bahía muy honda, con muy buena rada y algunas islitas a la entrada, con canales de diez a diecisiete brazas de profundidad. Nos pareció bien y nos dirigimos a ella.

Desembarcamos y entablamos relaciones con los naturales, que eran muy amables; pero tenían poco ganado. No obstante, decidimos que aquel fuese nuestro punto de cita en lo sucesivo. Tomamos agua y provisiones y nos hicimos a la mar en busca de presas.

Estábamos a fines de abril.

EN LAS COSTAS DE ARABIA. EL CAPITÁN AVERY

Nos encaminamos al Norte, por la costa de Arabia. Como desde mayo a septiembre los vientos soplan del Sur y Sudeste, seguimos rápidamente el largo camino que debíamos hacer. A los veinte días, llegamos a la isla de Socotora, al Sur de la costa árabe y del estrecho de Bab-el-Mandeb.

Desembarcamos para hacer aguada y después hubimos de surcar aquellos mares en espera de presa. Transcurridos unos tres días, vimos una vela y le dimos caza. Cuando la alcanzamos, resultó que era un pobre navío cargado de miserables turcos medio desnudos, que iban en peregrinación a la Meca, a la tumba de su profeta Mahoma. El junco que los llevaba no contenía nada de valor, excepto algo de arroz y café, con el cual se alimentaban los infelices viajeros. Les dejamos seguir su ruta, pues no habríamos sabido qué hacer con ellos.

Aquella misma tarde dimos caza a otro junco, de aspecto más rico. Cuando subimos a bordo, vimos que también iba cargado de peregrinos; pero éstos iban lujosamente vestidos y llevaban ricos equipajes. Obtuvimos buenas mercancías turcas, unos cuantos diamantes, las joyas de cinco o seis personas, tapices persas y algo de dinero. Les dejamos seguir, una vez aligerados de todas aquellas cosas.

Durante los once días siguientes no vimos sino barcas de pesca; pero al duodécimo descubrimos una vela. En el primer momento creímos que sería inglesa; pero luego comprobamos que era un navío europeo que iba de la costa Malabar al Mar Rojo. Tenía aspecto de rico. Le dimos caza y lo apresamos sin lucha, a pesar de que llevaba algunos cañones, aunque no muchos. Lo tripulaban portugueses, al mando de cinco mercaderes turcos, que habían alquilado el barco a los portugueses de Goa y lo habían cargado de salitre, especias, algodones y muy ricas sedas.

Lo llevamos a Socotora. En realidad, no sabíamos qué hacer con la nave ni con las mercancías, que eran de muy poca utilidad para nosotros. Pasados unos días dimos a entender a uno de los mercaderes turcos que, si pagaban rescate por el barco y su cargamento, se lo devolveríamos. Respondió que, si dejábamos que

uno de ellos fuese a tierra para buscar el dinero, podríamos tratar de la cantidad. Decidimos que fueran 30 000 ducados. La chalupa le llevó a Dofar, en la costa de Arabia, donde un acaudalado comerciante amigo suyo le prestó el dinero. Regresaron pronto, y cuando nos pagaron el rescate estipulado, los dejamos marchar tranquilamente.

Pocos días después, tomamos un junco árabe que iba desde el golfo Pérsico al golfo de Moka, llevando gran cantidad de perlas, entre otras cosas. Nos quedamos con las perlas, que pertenecían a varios comerciantes de Moka, y les dejamos continuar su camino, pues no descubrimos a bordo nada más de valor.

Seguimos recorriendo aquellas aguas hasta que empezaron a escasear nuestras provisiones. Entonces, el almirante Wilmot nos advirtió que ya era hora de regresar a la ensenada del norte de Madagascar. Los demás coincidieron con él, pues estaban cansados de navegar durante más de tres meses sin encontrar apenas nada en comparación con lo que esperaban. Yo, empero, me mostraba poco dispuesto a abandonar el Mar Rojo sin hacer alguna buena presa que nos compensara de tanto tiempo perdido; insistí para que continuáramos algunas semanas más, y por fin, accedieron. Tres días después, para desgracia nuestra, nos enteramos de que, al desembarcar a los comerciantes turcos en Dofar, habíamos alarmado toda la costa, hasta el golfo Pérsico, de suerte que no se hacía a la mar ni un barco. No nos quedaba, pues, nada que esperar por aquel lado.

Estas noticias me mortificaron en extremo, pues ya no sabía qué oponer a las peticiones de los hombres para volver a Madagascar. Pero como los vientos seguían siendo de Sur y Sudeste, tuvimos que continuar por aquellos parajes, entre la costa de África y el cabo Guardafui, pues las brisas eran más variables cerca de tierra que en alta mar.

Entonces, sin proponérselo, topamos con un botín que nos compensó de todas nuestras decepciones. Poco antes habíamos desembarcado para hacer aguada, y he aquí que vimos navegando cerca de la costa un gran navío. El buque era de Bengala, país del Gran Mogol, e iba pilotado por un holandés que, si no recuerdo mal, se llamaba Van der Gest. Iban, además, varios marineros europeos, tres de ellos ingleses. Los demás tripulantes eran de Malabar y súbditos del Mogol. El barco no estaba en condiciones de resistir nuestro ataque.

A bordo encontramos cinco mercaderes indios y varios otros armenios, quienes parece que venían de Moba, adonde habían llevado

sedas, algodones, especias, perlas, diamantes y otros productos de su país, y no traían ahora sino dinero, lo que más deseábamos, por supuesto. Los tres marineros ingleses se nos unieron, y el piloto holandés quería seguir su ejemplo; pero los mercaderes armenios nos rogaron que les dejáramos, pues era el único que entendía de navegación; indicamos al holandés que se quedara con ellos, después de hacerles prometer y jurar que no le causarían ningún perjuicio por haber querido venir con nosotros.

Obtuvimos cerca de doscientas mil piezas de a ocho en este botín; si nos dijeron la verdad, había un judío de Goa que quería embarcar con ellos, llevando otras doscientas mil piezas; pero su mala fortuna le favoreció, pues cayó enfermo en Moka, donde aún estaba. Así consiguió salvar su dinero.

En esta presa sólo me acompañó la chalupa, pues el barco del capitán Wilmot hacía agua y se había dirigido antes que nosotros a la ensenada. Llegó allí a mediados de diciembre. Pero aquel puerto natural no le agradó y fue en busca de otro. Dejó una gran cruz de madera clavada en el suelo, con una plancha de plomo en la que había grabado la situación del puerto que le acogía. Era éste la bahía de Mangahelly y resultó excelente. Sin embargo, sucedieron cosas que nos impidieron reunimos con él en seguida.

Lo que causó nuestro retraso fue lo siguiente: estábamos nosotros en el primer puerto de cita y aún no habíamos desembarcado.

Nuestro amigo William, de quien hace ya mucho no he hablado, tenía gran interés por ir a tierra, e insistió para que le dejase unos cuantos hombres que le acompañaran a explorar los alrededores. Yo me opuse por varias razones, y ante todo porque los nativos eran muy salvajes y traidores. Creo que si se hubiera mostrado terco le habría prohibido terminantemente desembarcar.

No obstante, para convencerme, dijo que me explicaría los motivos que le inducían a importunarme de nuevo con su petición. La noche anterior había tenido un sueño que le impresionó tanto, que no se sentiría tranquilo mientras no consiguiera permiso para bajar a tierra. Si me negaba, creería su sueño de una significación clara; si le autorizaba, en cambio, daría por ilusión lo que viera durmiendo.

Había soñado que desembarcaba en compañía de treinta hombres, entre ellos el contramaestre, y que en tierra encontraban una mina de oro y se hacían ricos en poco tiempo. No era eso todo, pues la mañana que siguió a su sueño el contramaestre se le acercó y le dijo que había soñado que bajaba a tierra, en la isla de Madagascar, y que algunos de los salvajes le dijeron que le enseñarían un sitio donde

guardaban su tesoro.

Estos dos hechos me hicieron vacilar, aunque jamás me sentí inclinado a atribuir importancia a los sueños. Sin embargo, puesto que William hacía tanto caso de ellos, y como yo me atenía siempre al buen juicio del cirujano, acabé dándole permiso para desembarcar, aunque recomendándole no alejarse de la costa, a fin de que, si se veían obligados a regresar antes de lo que se proponían, pudiéramos verlos e ir a buscarlos con nuestros botes.

Desembarcaron por la mañana temprano. Iban treinta y un hombres de los más resueltos y muy bien armados. Anduvieron durante toda la jornada, y de noche nos hicieron una señal, previamente convenida, encendiendo una hoguera en la cima de una colina, para que supiéramos que todo iba bien.

Al otro día descendieron de la colina, por la ladera opuesta, aun cuando siempre teniendo la costa a la vista, como habían prometido. Se encontraron ante un fértil valle, por el centro del cual corría un río que parecía bastante ancho y profundo para pequeñas embarcaciones. Se dirigieron al río, y cuando ya estaban cerca, oyeron un ruido muy cercano. Prestaron atención pero no se repitió. Siguieron por la orilla. El cauce del río se estrechaba, a poca distancia; mas luego se fue ensanchando hasta formar una gran ensenada a unas cinco millas del mar. Cuando se acercaron más, pudieron ver con gran sorpresa y estupefacción, en la boca de la ensenada, los restos de un barco encallado.

La marea estaba alta; de modo que apenas se veía nada del buque. Cuanto más se acercaban, mayor les parecía. Al bajar la marea, dejó al descubierto toda la embarcación, mucho mayor de lo que podía esperarse en aquellos parajes.

William, que observaba la escena por medio de su catalejo, se quedó en extremo asombrado al oír la detonación de un arma de fuego, y el silbido de una bala que pasó junto a él. Inmediatamente vio el humo, al otro lado de la ensenada. Nuestros hombres hicieron tres salvas, por si descubrían al autor del disparo. En respuesta, aparecieron gran número de hombres, que se aproximaron corriendo, con muestras de sorpresa y alegría. Salían de entre los árboles y se notaba en seguida que eran europeos, aunque fuese imposible adivinar a qué país pertenecían.

Nuestros hombres gritaron para que les localizasen, y levantaron un palo con un trapo blanco atado a la punta. Los otros lo vieron, con ayuda de sus catalejos, y poco después, un bote con una bandera blanca a popa despegó de la orilla y cruzó la ensenada.

Huelga describir la sorpresa de unos y otros al comprobar que no sólo eran blancos, sino, además, ingleses, y al hecho de encontrarse en tan remoto e insospechado lugar. Tal sorpresa y alegría aumentaron al ver que sobre tratarse de compatriotas eran compañeros de fechorías, pues resultó que el barco encallado era el perteneciente a Wilmot, que se había perdido después de la tempestad en Tobago, tras haber fijado Madagascar como punto de cita.

Parece que por los indígenas de la parte meridional de la isla lograron recoger algunas noticias respecto a nosotros. Entonces se dirigieron a buscarnos por el golfo de Bengala, donde se cruzaron con los barcos del capitán Avery, a quien se unieron. Participaron en algunas presas, entre ellas la de un barco donde viajaba la hija del Gran Mogol, con sus joyas. Desde allí fueron a la costa de Coromandel y a la de Malabar, llegando hasta el golfo Pérsico, siempre haciendo presas. Luego se encaminaron al sur de Madagascar, a nuestro punto de cita. Los vientos del Sudeste les arrastraron hacia la parte septentrional de la isla, y una tempestad les arrojó contra la boca de aquella ensenada, en la cual encalló el barco. Afirmaron, además, que se habían enterado de que el propio capitán Avery perdió su navío no lejos de aquellos parajes.

Cuando contaron sus aventuras, los náufragos quisieron regresar en seguida a participar la buena noticia a sus camaradas. Dejaron algunos de sus hombres, y los demás embarcaron para volver a atravesar la ensenada. El cirujano tenía tantas ganas de verles, que fue con ellos en dirección al pequeño campamento que instalaron al lado del buque encallado.

Entre todos serían unos ciento sesenta hombres. Lograron bajar los cañones a tierra, y todas las armas y municiones; pero una parte de la pólvora se les mojó. Habían levantado una plataforma y montado en ella doce cañones, que constituían defensa suficiente por el lado de la costa. Construyeron una lancha, y estaban trabajando en una segunda embarcación, con propósito de hacerse a la mar en busca de barcos europeos. Ahora, ante nuestra presencia, decidieron abandonar este proyecto.

Cuando William entró en sus chozas, se quedó asombrado al ver la gran cantidad de joyas, piedras preciosas y otras riquezas que habían acumulado, y le dijeron que era muy poca cosa en comparación con el tesoro que el capitán Avery poseía.

Transcurrieron cinco días sin que ambos buques supieran nada de la expedición que había desembarcado. Yo los daba por perdidos. Así, pues, fue mayor mi sorpresa al verlos regresar el quinto día en una

lancha, gritándonos y saludándonos con sus sombreros.

Llegaron a nuestro lado, y entonces pude ver a William, de pie en la proa, haciéndonos signos de gran júbilo. Subieron a bordo. Conté sólo quince hombres, y pregunté por los dieciséis que faltaban.

—¡Oh! —me contestó William—. Están muy bien. Mi sueño y el del contramaestre han resultado verdad...

Me devoraba la impaciencia por saber qué aventuras les habían sucedido durante la expedición. A la postre, después de impacientarnos largo rato, contó William toda la historia. Al día siguiente levamos anclas y nos fuimos a buscar al capitán Wilmot, a quien hallamos enfadado por nuestra tardanza. Se le pasó el enfado en seguida cuando le pusimos al corriente del sueño de William y de sus inesperadas consecuencias.

El campamento de nuestros camaradas se encontraba tan cerca de Mangahelly —donde ya he dicho que había fondeado el barco del almirante— que Wilmot, William, varios marineros y yo decidimos tomar la chalupa e ir a visitarlos para traerlos a bordo y transportar también sus riquezas. Lo hicimos así y lo encontramos todo, campamento, fortificaciones, tesoro y náufragos, conforme nos lo describió William. Tras de unos días de estancia en aquella ensenada, tomamos los hombres y bagajes a bordo de la chalupa y los llevamos al barco.

Pasó algún tiempo sin que pudiéramos enterarnos al detalle de lo que sucedió al capitán Avery; pero al cabo de un mes, guiados por algunos de los náufragos, enviamos la chalupa a costear aquella parte de la isla, para descubrirle. Al cabo de una semana los encontraron. Había perdido el barco y se veía en situación tan apurada como la de nuestros camaradas cuando los halló William.

Antes de diez días, estaba de regreso la chalupa, trayendo a bordo al capitán Avery. No sin largas discusiones con él, decidimos unir nuestras fuerzas.

Teníamos una chalupa y dos barcos, tripulados por trescientos veinte hombres. Éstos eran insuficientes, pues sólo el navío portugués necesitaba cuatrocientos. Avery tenía trescientos hombres, y los camaradas recobrados sumaban ciento ochenta. Entre ellos había diez carpinteros, que habían sido capturados de los barcos apresados.

En resumen, las fuerzas de que disponía Avery se componían de nuestros tres barcos, pues el famoso pirata había perdido el suyo, y de unos mil doscientos hombres.

POR LA RUTA DE ORIENTE

Pasado un mes, estaban todos los hombres juntos en nuestra armada. Como Avery no tenía barco, llevamos los tripulantes de Wilmot al buque portugués y a la chalupa, dejando la fragata con sus pertrechos y provisiones, sus armas y municiones, para que la tripulasen Avery y sus compañeros. A cambio de ello recibimos cuarenta mil piezas de a ocho.

Discutimos mucho la ruta que debíamos seguir. Avery propuso que construyéramos una pequeña ciudad en aquel paraje de la isla, instalándonos en la costa, con buenas fortificaciones, tras las cuales pudiésemos retirarnos, cuando nos conviniera y desafiar a todo el mundo. Le demostré cómo aquel lugar no ofrecía seguridades para oponerse a una expedición de castigo, que muy pronto sería, sin duda, enviada contra nosotros y en la cual participarían todos los países de Europa, hasta del mundo entero. Si lo que proponía era retirarnos de la piratería y establecernos en aquel país como particulares, para descansar y disfrutar nuestras riquezas, el sitio era a propósito, y podíamos instalarnos allí o donde quisiéramos. En tal caso, lo más aconsejable sería entrar en tratos con los nativos y comprarles tierras a la orilla de algún río, en el interior, de modo que se pudiera llegar a nuestra ciudad navegando en lanchas, sin que los buques encontrasen bastante agua para poder molestarnos. Roturando unos campos, que haríamos cultivar por los negros, y criando ganado, bien abundante allí, estaríamos seguros de no carecer jamás de provisiones, y viviríamos mejor que cualquier otro grupo de hombres de los que fundan ciudades en el mundo. Reconocí que era un buen retiro para los que quisieran abandonar el oficio de pirata y dedicarse a disfrutar las riquezas acumuladas en anteriores expediciones, puesto que consideraban aventurado regresar a su país, por miedo a que los colgaran.

Aunque no expuso a las claras sus intenciones, me pareció que el capitán Avery no hacía mucho caso de mi proposición. Por el contrario, coincidía con la opinión de Wilmot, consistente en establecerse en la costa y dedicarse a emprender cruceros de presa por todos los mares de Oriente. Sin embargo, cincuenta de sus hombres abandonaron el buque con su consentimiento, se

adentraron por la orilla de un río y establecieron una colonia en el interior. No puedo decir ahora si siguen allí o no, ni cuántos de ellos viven aún; pero sospecho que la colonia debe de continuar existiendo, y hasta puede que haya aumentado considerablemente, pues me he enterado de que consiguieron hacerse con algunas mujeres. Cinco de ellas holandesas, y fueron capturadas algunas muchachitas en un buque que apresaron en la ruta de Moka. De todo esto hablo sólo por referencias que me han sido contadas.

Nuestros hombres estaban muy divididos entre los dos pareceres: unos querían establecerse y otros seguir pirateando; por tanto, era fácil prever que pronto nos hallaríamos ante desertiones inevitables, las cuales debilitarían nuestras tripulaciones hasta el punto de que no nos quedarían bastantes marineros para maniobrar la fragata. Tomé aparte a Wilmot y le hablé de esto; pero en seguida comprendí que se sentía íntimamente inclinado a instalarse en Madagascar en espera de alguna oportunidad para regresar a Europa a disfrutar las muchas riquezas que había ganado.

Le hice presente los riesgos que esto comportaba, ya por el peligro de caer en manos de algún pirata árabe en el Mar Rojo, que de seguro no desaprovecharía la ocasión de capturar una fortuna como la suya, ya por el riesgo de que le apresaran los holandeses, los franceses o los ingleses, de quienes sólo podía esperar la horca. Le conté detalladamente todas las peripecias de mi viaje a África, partiendo desde aquellos mismos lugares donde nos hallábamos, y de las dificultades que hacían casi imposible que la suerte pudiera repetirse.

No pude convencerle. Su propósito consistía en dirigirse con la chalupa hacia el Mar Rojo, al sitio que los hijos de Israel pasaron a pie enjuto, y desembarcando en el Sinaí, encaminarse por tierra, a través del desierto, al Gran Cairo, que no se halla a más de ochenta millas de la costa, desde donde podría dirigirse hacia Alejandría. Ir de esta ciudad a cualquier puerto era fácil.

Quise hacerle reflexionar sobre la imposibilidad de pasar por delante de Moka y Jidah sin que le atacaran, si oponía resistencia, o sin que le saquearan, si se entregaba. Tanto insistí, que acabó comprendiendo que ninguno de sus hombres querría arriesgarse a acompañarle en un viaje como aquél. Intentó sondear su opinión y le contestaron que irían con él a cualquier parte, pero que aquel viaje era correr hacia una destrucción segura, o en todo caso, a una aventura cuyo final no se podía prever. Wilmot se enfadó mucho, quedó muy resentido y pretendió hacerme responsable de la defección de sus hombres. Sólo le respondí que le prevenía para bien suyo, y

que, si no lo entendía así, era culpa suya, no mía, además de que no le prohibía irse, ni intentaba persuadir a ninguno de los marineros a que no le acompañaran, aunque a todas luces aquel viaje constituía una locura.

No obstante, es imposible enfriar enseguida las cabezas calenturientas. Estaba tan deseoso de partir, que se fue al barco de Avery, con parte de la tripulación de la chalupa, llevándose todo el tesoro, lo cual, por supuesto, no era muy correcto, pues habíamos decidido, al principio de nuestra alianza, que todas las riquezas conseguidas serían repartidas entre todos, fuesen muchas o pocas y estuviéramos ausentes o presentes.

Mis hombres se amotinaron, al enterarse de ello; pero los apacigué en lo posible, asegurándoles que sería fácil conseguir otro tanto con algunos golpes afortunados. Wilmot nos había dado un buen ejemplo, pues en lo futuro no se respetaría ya, por nuestra parte, la costumbre de repartir las presas. Aproveché esta ocasión para descubrirles mis proyectos, que consistían en lanzarnos a piratear por los mares del Este y ver si podíamos hacernos tan ricos como Avery, quien poseía una prodigiosa fortuna, la mitad de la cual se decía que estaba en Europa desde años atrás.

Se sintieron mis hombres tan satisfechos de mi temperamento emprendedor y audaz, que me aseguraron que irían conmigo hasta el fin del mundo, por todo el globo, fuese adonde fuere; en cuanto a Wilmot, no quisieron saber nada más de él. Esto llegó a sus oídos y le encolerizó tanto, que amenazó con cortarme la cabeza si desembarcaba.

Me enteré en secreto; pero no hice caso. Tomé la precaución de ir siempre prevenido, y aunque bajé a tierra con frecuencia, lo hacía con una buena escolta. Por fin, Wilmot y yo nos encontramos y hablamos seriamente del asunto. Le ofrecí la chalupa para ir adonde quisiera, o si lo prefería, el navío grande, quedándome yo con el pequeño. Declinó ambos ofrecimientos y me pidió, en cambio, que le pasara seis de los siete carpinteros que formaban parte de mi tripulación y a mí no me eran indispensables. Esos carpinteros los necesitaba para dirigir a sus hombres en la construcción de una chalupa que ya habían comenzado. Consentí en seguida y le ofrecí los brazos que necesitara. En poco tiempo construyeron un fino bergantín capaz de llevar catorce cañones y doscientos hombres.

Lo que hizo Wilmot y lo que hizo el capitán Avery es una historia demasiado larga para ser contada ahora, pues tengo que relatar la mía, que es la que importa en este caso.

Pasamos en estas disputas cerca de cinco meses, hasta que, a fines de marzo, me hice a la mar con el barco grande, llevando cuarenta y cuatro cañones y cuatrocientos hombres. Me seguía la chalupa, con ochenta tripulantes. Pretendíamos dirigirnos al golfo Pérsico y a la costa Malabar; pero los monzones del Este soplaban aún con demasiada fuerza, por lo cual nos acercamos a la costa africana, donde los vientos son variables, y pasamos la línea, en ruta al cabo Bassa, a 4° 10' de latitud Norte. Allí cambiaron los monzones, que venían ya del Sur y Sudoeste. Pusimos proa, con todas las velas al viento, a las Maldivas, las famosas islas tan conocidas por los navegantes de aquellos mares. Dejándolas algo al Sur, nos dirigimos al cabo Comorín al extremo meridional de Malabar, y rodeamos la isla de Ceilán. Aguardamos allí cierto tiempo a que apareciera alguna presa, y vimos tres grandes barcos de la Compañía de Indias, en ruta para Inglaterra o quizá para Bombay. Venían, sin duda, de Bengala o de Fuerte San Jorge.

Enarbolamos bandera inglesa y nos lanzamos contra ellos, como si quisiéramos atacarlos. No sabían qué hacer al ver nuestro pabellón. Creo que primero nos tomaron por franceses disfrazados, hasta que al acercarnos nos quitamos la careta e izamos la bandera negra con los dos puñales en cruz, que era nuestra enseña. Así podían adivinar qué suerte les esperaba.

Pronto vimos los efectos de nuestra audacia. Izaron a su vez la bandera inglesa, y se pusieron en línea de combate, mientras el viento los empujaba contra nosotros; pero al ver que no retrocedíamos e íbamos bien artillados, emprendieron la huida con todas las velas desplegadas. Si nos hubieran atacado, les habríamos dado una bienvenida inesperada; mas entonces no creímos oportuno seguirlos. Les dejamos escapar, en espera de mejor ocasión.

No nos proponíamos dejar huir a todos de manera tan fácil. A la mañana siguiente vimos una vela que doblaba el cabo Comorín y se dirigía al paraje que nosotros ocupábamos. Al principio no sabíamos qué hacer, pues tenía el viento hacia tierra y si pretendíamos darle caza, podría refugiarse en algún puerto y escapar con bien de nuestra persecución. Por evitarlo envié a la chalupa para que se pusiera entre aquel navío y la costa. Al ver esta maniobra, el buque fue en busca de tierra, con toda la tela que pudo desplegar. Para cerrarle el paso, la chalupa abrió fuego y lo capturó.

El navío era de diez cañones, construido en Portugal, pero fletado y tripulado por holandeses, y hacía la ruta del golfo Pérsico a Batavia, adonde iba a buscar especias. Llevaba a bordo varias mercancías

européas, perlas y mucho dinero. Así, pues, aunque no fuimos al golfo a buscar perlas, las perlas vinieron del golfo a buscarnos a nosotros. El buque era rico, y el botín, magnífico.

No podíamos dejar que los holandeses siguieran su camino después de despojarlos, porque alarmarían a los colonos de Java, que eran quienes poseían las factorías más poderosas de todas las Indias, y entonces nos cerrarían para siempre el camino por aquellos mares que nos proponíamos visitar, tras haber rondado por la bahía de Bengala, donde se ofrecían presas innumerables. Si dejábamos que se alarmaran los colonos holandeses, se nos harían infranqueables los estrechos de Malaca y de la Sonda por donde forzosamente teníamos que pasar.

Mientras discutíamos esto en la cámara de mando, los marineros discutían acerca de lo mismo al pie del mástil y se mostraban partidarios de enviar a los pobres holandeses a hacer compañía a los arenques, manera de expresar que querían echarlos al agua. William el cuáquero se alarmó mucho al oír esto y fue a verme.

—¿Qué vas a hacer —me dijo— con esos holandeses capturados? Supongo que no querrás dejarles marchar tranquilamente, ¿verdad?

—¿Me aconsejáis que lo haga?

—No; no creo que te convenga dejarles ir, por lo menos hacia Batavia, pues no debe saberse allí que estás en estos mares.

—Bueno. Entonces, ¿qué solución hay, si no es echarlos por la borda? Ya sabéis que los holandeses nadan como peces... Todos mis hombres son de esa opinión...

Yo estaba decidido a respetar a los prisioneros; pero quería saber cuál era la idea de William.

—Aunque todos los hombres del barco —replicó gravemente— fuesen de tal parecer, no creería jamás que tú lo compartieras, puesto que te he oído protestar otras veces contra las crueldades innecesarias.

—Es cierto; pero... ¿qué podemos hacer con ellos?

—¿No hay otra solución que asesinarlos? Estoy convencido de que no hablas en serio.

—No; pero no quiero que vayan a Ceilán ni a Java.

—Esos hombres no te han hecho ningún daño, les has quitado cuanto tenían, y no hay derecho a que, encima de eso, los mates.

—Lo que yo quiero es evitar que me perjudiquen. Es un caso de defensa propia o como queráis llamarlo. La verdad es que no sé qué hacer con ellos.

Mientras William y yo hablábamos de esta guisa, los pobres

holandeses se vieron condenados a muerte, digámoslo así, por toda la tripulación. Tan exaltados estaban mis hombres, que armaron gran batahola. Al ver que William se oponía a su decisión, juzgaron que los prisioneros debían morir, y que, si el cirujano lo deseaba, podía seguirlos al fondo del océano.

Como yo estaba resuelto a evitar aquella matanza, comprendí que había de intervenir, si no quería que los instintos sanguinarios acabaran dominando a mis marineros.

Llamé a los holandeses y departí un rato con ellos. Les pregunté, ante todo, si deseaban unirse a nuestra expedición. Dos respondieron que sí; pero catorce de ellos se negaron.

—Bueno —les dije—. ¿Adónde queréis ir?

—A Ceilán —manifestó uno de ellos, en nombre de todos.

Les demostré que no podía dejarles ir a ninguna factoría holandesa, y les expliqué los motivos con toda sinceridad. No pudieron por menos que reconocer que me asistía la razón. Aludí luego a los crueles y sangrientos propósitos de mis hombres; pero les aseguré que estaba decidido a protegerlos dentro de lo posible.

Finalmente, les comuniqué mi decisión: los desembarcaría en alguna de las factorías inglesas de la costa de Bengala, o los dejaría a bordo de algún buque inglés, después de cruzar el estrecho de la Sonda, pero no antes. Al regreso estaba dispuesto a enfrentarme con los buques de guerra holandeses; pero no a la ida, porque con la alarma de mi paso se retirarían todos los mercantes y no encontraría presas, por todo lo cual mi viaje sería en vano.

Nos quedaba todavía una cuestión por resolver: ¿qué haríamos con el barco? No perdimos mucho tiempo pensando, pues no había más que dos salidas: incendiarlo o encallar. Escogimos la última. Pusimos las velas a favor del viento, atamos el timón, y tras retirar todo lo de provecho; lo dejamos partir. Al cabo de dos horas, lo vimos encallar algo más allá del cabo Comorín. Nosotros seguimos costeando Ceilán en busca de la costa de Coromandel.

Navegábamos tan cerca de tierra, que no sólo alcanzábamos a distinguir los montes y los árboles, sino que pudimos contemplar los buques que había en los muelles de Fuerte David, Fuerte San Jorge y otros establecimientos costeros, a lo largo de las playas de Golconda. Cuando nos acercábamos a una factoría inglesa, enarbolábamos pabellón holandés, y cuando estábamos a la vista de un establecimiento holandés, izábamos bandera inglesa.

Encontramos pocas presas, en este viaje, excepto dos pequeños navíos de Golconda, cargados de muselinas, algodón y seda. Se

dirigían a algún puerto de la costa de Malaca, no sabíamos a cuál. No llevaban más que indios a bordo, y por eso les dejamos partir sin molestarlos. Con tanta tela no habríamos hecho nada de provecho.

Al extremo septentrional de la bahía nos encontramos con un junco perteneciente a la corte del Gran Mogol, que transportaba gran cantidad de pasajeros. Por lo visto, venía de Sumatra y se encaminaba al Ganges, el río sagrado de la India. Fue una presa cuantiosa, que valía la pena tomar, pues nos proporcionó oro, muchas y preciosas mercancías, joyas y equipajes suntuosos. Tanto nos enriquecimos con aquella sola presa, que mis hombres comenzaron a murmurar que ya tenían bastante dinero y no querían arriesgarse más. Deseaban volver inmediatamente a Madagascar.

Sin embargo, mis proyectos eran otros, a pesar de nuestra reciente fortuna. Hablé con William, y él y yo nos mezclamos con los grupos de marineros y empezamos a hablarles de las perspectivas fabulosas que nos ofrecían aquellos mares, de la seguridad de hacer otras presas tan ricas como lo que acabábamos de tomar, y les inculcamos tan hondo el deseo de más riquezas, que al cabo accedieron, muy contentos, a proseguir nuestra ruta.

Por lo pronto, tenía que ver la manera de salvar los peligrosos estrechos de Malaca, Singapur y la Sonda, donde de fijo no hallaríamos ninguna presa, pues quedaríamos demasiado cerca de la costa y de factorías con puertos de guerra. En cambio, podríamos dar por seguro que en aquellos estrechos encontraríamos buques de combate y mercantes bien armados, con los cuales habríamos de librar encarnizadas batallas, cuyo resultado nadie podía prever.

No nos faltaban a bordo buena artillería, buenas armas cortas y municiones. Tampoco carecíamos de valor, puesto a prueba y demostrado en ocasiones anteriores, ni siquiera de la temeridad necesaria para lanzarse a una lucha desigual. Pero éramos ricos, deseábamos ser más ricos todavía, sabíamos que podíamos lograrlo sin lucha y sin riesgos inútiles, y no queríamos ponernos nosotros mismos en el trance de tener que combatir innecesariamente.

Abandonamos seguidamente la bahía de Bengala y nos dirigimos, por tanto, a la isla de Sumatra, en una de cuyas pequeñas ensenadas echamos anclas. Al fondo de la rada había una aldea, habitada únicamente por malayos.

Nos aprovisionamos de agua fresca y de gran cantidad de cerdo, que era de excelente calidad, muy bien salado y curado, a pesar de lo caluroso del clima de aquella tierra, que se hallaba en plena zona tórrida, situada a los 3° 15' de latitud Norte.

Asimismo embarcamos cuarenta puercos vivos, con muchas provisiones de las que estos animales comen, y que producía aquella comarca en abundancia. Así tendríamos comida fresca durante la etapa más calurosa. Conseguimos igualmente gran cantidad de patatas, arroz y frutas secas.

Cada día matábamos uno de aquellos cerdos, que resultaron muy sabrosos. En la bodega del barco amontonamos una monstruosa cantidad de patos, gallos, gallinas, algunas de ellas de las mismas razas que yo había visto en Inglaterra. No sólo las llevábamos para comer, sino para cambiar por otras provisiones en tierras donde eran desconocidas aquellas aves de corral, que sumaban en conjunto más de dos mil. Al principio, apestaron todo el barco y armaron un gran alboroto con sus cacareos y graznidos; pero pronto dimos cuenta de ellos, cociéndolos, asándolos o comiéndolos en estofado.

LAS ISLAS DE LAS ESPECIAS

Ya podía llevar a cabo mi proyecto, tan largo tiempo meditado y ansiado. Ante mí estaban las Islas de las Especias, y yo deseaba rondar cerca de ellas para ver qué fechorías podría realizar en sus mares.

El 12 de agosto nos hicimos a la mar, y el 17 pasamos la línea hacia el Sur, dejando el estrecho de la Sonda y la isla de Java al Este, hasta llegar a la latitud 11° 20' Sur, donde viramos hacia el Nordeste, aprovechando las brisas del Sudoeste. Pronto llegamos a las Molucas o Islas de las Especias.

Surcamos aquellas aguas más fácilmente que otras, pues los vientos del sur de Java son más variables y el tiempo bueno, aunque con cortas tempestades intermitentes. Al llegar a las Molucas, nos encontramos con los monzones, y tuvimos que acordar nuestra ruta en función de ellos.

Esos mares están poblados de infinidad de islas de diversos tamaños, lo cual dificultó mucho nuestra navegación, pues siempre estábamos expuestos a encallar o a dar con alguna ciudad escondida en el fondo de una rada insospechada. Fuimos hacia el Norte, hacia Filipinas, donde era probable encontrar buenas presas, ya barcos españoles que venían de Acapulco en Nueva España, ya juncos que llegaban de China transportando, sin duda, riquísimas mercancías y cantidades importantes de dinero.

Si los apresábamos de regreso, los hallaríamos cargados de especias, clavo, canela y otras mil clases de productos de aquellas latitudes, todos muy estimados y de muy alto precio.

Acertamos al patrullar por allí. Pasamos un estrecho de más de quince millas de anchura que separa la isla de Dammer de la de Banda. Allí encontramos un junco holandés, en ruta a Amboyna, el cual apresamos sin grandes esfuerzos, aunque me costó mucho conseguir que mis hombres no asesinaran a todos sus tripulantes.

Les ocupamos unas dieciséis toneladas de nuez moscada, algunas provisiones y armas de fuego, pues no llevaban cañones, y dejamos que continuaran su camino. Luego nos dirigimos a la isla de Banda, en busca de más nuez. Por mi parte hubiera comprado la que hubiesen querido venderme; pero mis hombres detestaban la

costumbre de comprar cosas que se podían obtener sin pagarlas. Nos proporcionamos unas doce toneladas aún, a fuerza de amenazas y pequeñas presas de buques indígenas.

Habríamos entrado en tratos con los nativos; mas los holandeses, que se habían apoderado por completo de aquellas islas, prohibían a los indígenas entrar en comercio con cualquier extranjero y les imponían tanto respeto y miedo, que obedecían esta prohibición al pie de la letra. En vista de que ya habíamos sacado todo lo posible, nos encaminamos a Ternate para hacer acopio de clavo.

Nos internamos en una serie de islas e isletas muy intrincadas, con canales de poco fondo y arrecifes en todas partes. Como no llevábamos piloto que conociera aquellos parajes decidimos no arriesgarnos a encallar, y volvimos a Banda, con el propósito de dirigirnos desde allí a otras islas más al Sur.

En esta etapa corrimos una aventura que pudo sernos fatal. La chalupa, que navegaba a la descubierta, nos hizo señal de que veía una vela. Repitió la señal dos veces más, por lo cual pensamos que veía tres buques. Nos acercamos a la chalupa; pero antes de alcanzarla dimos de proa contra unos arrecifes invisibles, y con tal fuerza, que nos creímos perdidos. Había poca agua y el timón se nos rajó de modo que quedó muy deteriorado, hasta el extremo de no saber si nos sería posible seguir navegando, al menos en seguridad. Amainamos velas y nos dirigimos al Este, en busca de alguna ensenada donde anclar y reparar el timón y la proa de nuestro navío. La quilla, además, también había sufrido algunos desperfectos.

A causa de este percance perdimos aquella hermosa presa, compuesta de tres buques, que luego nos enteramos eran holandeses de poco tonelaje, aunque con gran cantidad de dinero a bordo.

Cabe suponer que, después de las averías que he explicado, echáramos el ancla en el primer sitio a propósito que encontráramos y fue en una pequeña isla cercana a la de Banda. Los holandeses no tenían ninguna factoría establecida allí, si bien acudían durante la temporada a recoger nuez moscada y macis.

Permanecimos durante trece días en aquella isla. No había manera de varar el buque y ponerlo en seco; de suerte que envié la chalupa a que inspeccionara las islas de los alrededores, en pos de un lugar adecuado para nuestra reparación. Encontramos buena agua, provisiones, raíces, frutas y gran cantidad de nuez moscada y macis, que pudimos comprar a los nativos sin que se enteraran sus amos los holandeses, porque entonces no era la época en que venían a la isleta.

Regresó la chalupa y nos guió a otra isla que poseía un puerto

natural donde podríamos reparar nuestro buque. Al punto desmontamos la arboladura. Con las velas levantamos ocho o diez grandes tiendas. Luego cortamos los mástiles, desmontamos los cañones, descargamos bagaje y provisiones, y lo depositamos en las tiendas todo.

Con los cañones organizamos dos baterías, para preveniros contra cualquier sorpresa, y montamos servicio de centinela permanente en lo alto de una colina.

Hecho todo esto, arrastramos el buque hasta la playa, con tan poca agua, que prácticamente estaba en seco. Reparamos la quilla, que aparecía poco deteriorada, pero bastante para impedirnos navegar con garantías, a causa, sobre todo, del roce de las rocas, y aprovechamos la ocasión para limpiar fondos, pues hacía tanto tiempo que navegábamos, que estaban muy sucios.

Limpiamos y reforzamos la chalupa, la cual estuvo lista antes que el buque grande y la destinamos a patrullar en espera de que estuviera concluida la limpieza del buque, aunque sin ningún resultado. Empezamos a cansarnos de permanecer en aquel aburrido rincón del mundo, donde no había nada que pudiera divertirnos, excepto las más estruendosas andanadas de truenos que se hayan oído en cualquier otro lugar de la tierra.

Esperábamos encontrar alguno de los juncos chinos que, según nos dijeron, iban a Ternate para negociar en clavo, y a Bada para traficar con nuez moscada. Nos habría alegrado mucho cargar nuestros buques con esas dos clases de especias, que harían en extremo fructífero el viaje. Pero no encontramos a nadie, ni siquiera holandeses, los cuales, por lo que fuere, no salían del puerto.

Yo estaba resuelto a desembarcar en la isla de Dumas, la más famosa por la excelencia de su nuez; pero el amigo William, quien siempre se oponía a que combatiéramos, me dio tales razones, que no tuve más remedio que dejarme disuadir, especialmente ante la guarnición que había en la isla y los grandes calores que nos amenazaban si continuábamos por aquellos sitios, pues nos hallábamos a medio grado de latitud Sur, al lado mismo del ecuador.

Mientras discutíamos este asunto, ocurrió un incidente que decidió por sí solo nuestra actitud. Y fue el siguiente: cambió el viento y sopló del Sudoeste, a la vez que el mar se encrespaba por el Este. Después supimos que esto era a consecuencia de la proximidad de la gran isla de Nueva Guinea. De una nube que estaba casi sobre nuestras cabezas se desprendió de repente una centella con un relámpago, el cual duró tanto y fue tan fuerte, que creímos con gran

terror que se había incendiado nuestro buque. Pasó tan cerca de nosotros y desprendiendo tanto calor, que algunos de mis hombres sufrieron ampollas en la piel, no precisamente por el calor, sino por partículas incandescentes que dejaba detrás de sí el terrible rayo. El estampido y la percusión del aire que siguieron a este fenómeno fueron tales, que las velas se desgarraron y quedamos inmóviles en el mar, pero sacudidos con fuerza por las olas que levantó el súbito remolino de viento. Creo de veras que la explosión de cien mil barriles de pólvora no causaría tanto ruido y tanto resplandor como aquel único relámpago seguido de su correspondiente trueno. Uno de los marineros quedó sordo a consecuencia del último, tal era su fuerza.

No me es posible describir, y ningún lector podrá imaginarlo, el terror de aquel instante. Nadie a bordo conservó la serenidad suficiente para pensar como marinero y hacer lo que era oportuno. Nadie, excepto el amigo William. Si él no hubiera corrido con gran empuje y audacia a arriar las velas altas, de seguro se nos habrían roto los mástiles, y quizás hubiéramos llegado incluso a naufragar.

En cuanto a mí, he de confesar que vi claramente el peligro que corríamos; pero no atiné con los remedios, y si hubiera atinado no habría tenido serenidad suficiente para aplicarlos. Me quedé atónito, estupefacto y presa por primera vez en mi vida de un pánico que jamás antes experimentara. Me creí condenado por el cielo a hundirme para siempre en el océano en cuya superficie causaba tantas desgracias. La venganza del Señor, pensé en un instante, no se ejercía por los medios normales, sino que Dios se tomaba directamente la justicia por su mano, enviándome aquellos fenómenos aterradores para castigo mío y aviso de otros piratas.

Mi alma permaneció llena de asombro y espanto. Me vi sumido en el castigo eterno, sujeto a la venganza implacable del Supremo Hacedor, que castigaba mis fechorías: pero no experimenté, ésta es la verdad escueta, ninguno de los signos de un arrepentimiento sincero aunque tardío; y aterrorizado por la venganza, mas no por la culpa, conservando mi primitiva afición al delito, no obstante lo pavoroso de la represalia a que me creía condenado.

Quizá muchos de los lectores se interesarán por el rayo y el trueno, y no les importarán nada mis pensamientos. Por eso no hablaré más de ellos y seguiré el relato de nuestro viaje.

Cuando fueron desapareciendo la sorpresa y el miedo y los hombres volvieron de su asombro, empezaron a llamarse unos a otros y a reír de gozo, cada uno en compañía de un amigo o del que

más apreciaba a bordo. Fue una satisfacción para todos comprobar que nadie estaba herido. Luego examinamos el buque, para ver si había sufrido algún daño y vimos que no, que sólo parte del bauprés se había desprendido, pero sin que ello afectara a nuestra marcha ni a la seguridad del navío. Izamos de nuevo las velas, después de reparadas, y seguimos la ruta.

Cuando se nos pasó el susto y vimos que el buque navegaba como siempre, volvimos a ser los piratas irreflexivos, irreligiosos y audaces que éramos antes, como los demás.

Nos dirigimos al Nordeste y pasamos por el canal que separa la isla de Gilolo de la de Nueva Guinea, entrando luego en mar abierto, en pleno océano, al sudoeste de las Filipinas, en el punto preciso donde el Pacífico o mar del Sur se une con el Indico.

Cruzamos la línea y continuamos hacia Mindanao, la isla principal de aquel archipiélago, sin que nos tropezáramos con ninguna presa hasta llegar al norte de Manila. Entonces volvimos a encontrar trabajo, y capturamos tres buques japoneses, dos de ellos cargados de especias de todas clases y mercancías europeas, compradas a los galeones españoles que, viniendo de Acapulco, abastecían Filipinas. Entre los dos llevaban treinta y ocho toneladas de clavo, cinco o seis toneladas de nuez moscada y otras tantas de canela. Nos quedamos con las especias; pero les dejamos las mercancías europeas, que a nosotros no nos servían de nada y para ellos tenían mucho valor. Después hubo lugar de arrepentimos de esta generosidad, y en adelante obramos con más circunspección.

El tercero de los buques japoneses resultó ser una buena presa, pues llevaba a bordo gran cantidad de dinero y barras de oro. Iba hacia el Sur a comprar las mismas mercancías y especias que los otros dos ya llevaban a su país. Le aligeramos del oro y las monedas, sin causarle mayor daño. Luego nos encaminamos a China.

Esta etapa duró casi dos meses en pleno océano, sin tocar tierra, navegando siempre contra el viento, que soplaba fuertemente del Nordeste.

Ello no nos perjudicó, sino al contrario, pues por eso encontramos mayor número de presas en aquella parte de nuestra correría.

Nos alejábamos de Filipinas y teníamos el propósito de ir a Formosa, cuando el viento del Nordeste aumentó tanto su fuerza, que nos obligó a permanecer al paio alrededor de la isla de Laconia, la más septentrional de las del archipiélago español. Desembarcamos varias veces, en busca de provisiones, que los indígenas nos dieron de buena gana, y acrecentamos considerablemente las vituallas de

nuestra escuadra.

Mientras estuvimos en aguas de aquella isla vimos tres grandes galeones españoles en la costa, no sabíamos si cargando o descargando, si de arribada o de partida. Luego advertimos que varios juncos chinos se separaban de allí muy cargados, lo cual nos demostró que los españoles vendían la mercancía. Esto nos dio grandes seguridades de encontrar frecuentes presas a lo largo del viaje, que no podíamos desaprovechar de ningún modo.

A principios de mayo supimos que los mercaderes chinos comenzaban a hacerse a la mar, pues los monzones septentrionales terminan a fines de marzo o comienzos de abril, y ahora estaban seguros de encontrar vientos favorables en ruta hacia su país.

Encargamos a algunos de los juncos de la isla, muy ligeros, que fueran a Manila y se enteraran de cómo iban los negocios allí, así como de cuándo salían a la mar los navíos chinos. Una vez informados, organizamos nuestro plan de tal modo, que a los tres días de hacernos a la vela nos encontramos con nada menos que once juncos, de los cuales conseguimos apresar tres.

En estos tres barcos encontramos tan enorme cantidad de especias, además de mucha plata, que mis hombres comenzaron a pensar que ya eran bastante ricos... y yo opiné lo mismo que ellos. No nos restaba sino buscar la manera de asegurarnos el disfrute de aquel inmenso tesoro.

Me alegré en secreto al ver que coincidíamos, porque había decidido intentar convencerles de la conveniencia de regresar, ya realizado mi primer proyecto de piratería por el Mar de las Especias. Las últimas presas, verdaderamente fabulosas, sobrepasaban todos mis sueños.

Dije a William y a mis hombres que a la sazón nos convenía ir a Formosa, para cambiar las especias y las mercancías europeas por oro, tras conseguido lo cual pondríamos proa al Sur, pues por entonces los monzones habrían terminado, y podríamos dirigirnos a nuestro punto de partida. Todos estuvieron de acuerdo, porque, además de los vientos, que no nos permitirían seguir hacia el Sur hasta octubre, íbamos muy cargados y navegábamos con dificultad: llevábamos a bordo cerca de doscientas toneladas de mercancías. La chalupa, por su parte, iba tan abarrotada, que flotaba por verdadero milagro.

Al cabo de doce días de alegre navegación, llegamos a la vista de Formosa, que caía muy lejana: pero los vientos nos arrastraron hacia las costas de China. Esto nos preocupó, pues en aquellos parajes

debía de haber factorías inglesas, y nos exponíamos a tener que luchar contra navíos británicos si los encontrábamos. Podíamos combatir, ya que íbamos bien armados; mas no deseábamos arriesgar nuestras vidas y nuestro precioso cargamento, fruto de tantos esfuerzos y peligros. Por otra parte, no queríamos dar señales de existencia, porque nos interesaba, en lo posible, tener asegurada la ruta de regreso. No obstante, nos vimos obligados, por el viento, a acercarnos a las costas chinas, aunque procurando permanecer lo más posible en alta mar.

Apresamos un junco chino de pocas dimensiones, cargado únicamente de arroz y algo de té, que navegaba en dirección a Formosa. Nos enteraron de cómo iban al encuentro de un gran barco de su país, que venía de Tonquín y estaba anclado en la boca de un río de Formosa. Allí tomarían sedas, algodón, muselinas, té y otros productos chinos, y se dirigirían a Filipinas a venderlos, para comprar luego especias.

Estos propósitos coincidían muy bien con los nuestros. Decidí abandonar la piratería y convertirme en mercader. Les indicamos las mercancías que llevábamos a bordo, y le dijimos que, si sus comerciantes venían a nuestro barco, podríamos entablar negociaciones. Deseaban entrar en tratos con nosotros; pero vi en seguida que no se fiaban nada de nuestra buena fe. Tenían sus motivos, pues ya una vez habíamos saqueado aquel mismo junco.

Por nuestra parte, nosotros tampoco nos fiábamos mucho, y no sabíamos qué hacer. William el cuáquero puntualizó las cosas con su intervención. Vino y me dijo que opinaba que los mercaderes parecían verdaderos hombres de negocios, honrados y solventes.

—Además —repuso—, les interesa ser honrados ahora, pues saben cómo hemos obtenido estas mercancías, y que se las venderemos más baratas que nadie, ahorrándoles, por añadidura, el largo viaje hasta Filipinas. Así les será posible regresar a China en seguida cosa que de otro modo no podrían hacer, pues tendrían que esperar el cambio de los monzones.

Después supimos que querían ir al Japón. De todos modos, merced a haberse encontrado con nosotros, acortaban su viaje por lo menos ocho meses.

Teniendo en cuenta todo esto, William opinaba que podíamos confiar en ellos.

—Porque —decía— prefiero confiar en un hombre cuyo interés le aconseja ser justo conmigo, que no en un hombre que es justo sólo por principios.

En suma, William propuso que dos mercaderes quedaran como rehenes a bordo de nuestro buque. Parte de nuestras mercancías serían depositadas en su barco, y el tercero de los comerciantes iría a la ciudad donde le esperaban a dejar las especias en el buque que estaba en Formosa, trayendo de vuelta, las cosas que a cambio de ellas acordamos nos serían entregadas.

Cuando hubimos llegado a este acuerdo, William el cuáquero se atrevió a acompañar al tercero de los comerciantes, aun cuando en contra de mi parecer, pues traté de disuadirle, muy contento, por su parte, de ver tierras y gentes nuevas y desconocidas. Se limitó, pues, a contestar a todas mis reflexiones que el interés de los comerciantes les aconsejaba tratarle bien y portarse con lealtad.

INGLESES EN EL JAPÓN

Mientras, anclamos frente a una diminuta isla que se encuentra a 23° 28' de latitud Norte, precisamente sobre la línea tropical, a unas veinte leguas de Formosa. Y pasaron tres días sin que regresaran William ni el buque de los mercaderes, tal y como habían prometido.

Por la tarde del día decimotercero avistamos tres velas viniendo en derechura hacia nosotros, lo cual no dejó de intranquilizarnos y sorprendernos. Nos situamos de modo que nos fuese fácil la defensa; pero, cuando se acercaron los tres buques, vimos que no sería necesario, pues reconocimos uno de ellos como el junco de los mercaderes chinos, llevando bandera de paz, y con William a bordo. A las pocas horas echaron el ancla a nuestro lado, y William vino a visitarme en seguida, acompañado del comerciante chino y de dos más, tan parecidos a los otros, que se diría que eran hermanos suyos.

Nos explicó que le habían tratado con mucha cortesía y deferencia, con franqueza y sinceridad, y que no sólo le habían pagado todo el valor de las especias y otras cosas que llevaron a Formosa, en buen oro contante y sonante, sino que habían cargado los barcos con mercancías que estaban seguros de que nos interesaría. William les prometió, en mi nombre, que no emplearíamos la violencia contra ellos y que no retendríamos ninguno de sus barcos cuando hubiéramos ultimado los tratos comerciales.

Le prometí, por mi parte, que cumpliría la palabra empeñada por él, haciéndole quedar bien. En prueba de ello, mandó izar una bandera blanca, igual que la que ondeaba en el mástil del junco chino.

En cuanto al tercer buque, era una embarcación de Formosa cuyo dueño, enterado de que traíamos mercancías a bordo, quería entrar en tratos con nosotros, y venía cargado de oro y provisiones. Éstas fueron muy bien recibidas, pues, como teníamos por delante la perspectiva de un largo viaje de regreso, todo lo que contribuyera a aumentar las reservas de la escuadra era acogido con entusiasmo.

En resumen, hicimos muy buen negocio con aquellos comerciantes allí, en alta mar, y hasta les vendimos baratijas y cosas de escaso valor. Nos desprendimos de unas sesenta toneladas de especias, especialmente clavo y nuez moscada, y de unos doscientos fardos de

mercancías europeas, sobre todo tejidos de hilo y lana. Sin embargo, consideramos que algunas de aquellas mercancías podían sernos útiles y nos reservamos cierta cantidad de tejidos ingleses. No se requiere explicar los detalles del trato. Bastará con decir que, excepto un gran paquete de té y doce balas de seda china bordada, no aceptamos más que oro a cambio de nuestras mercancías, descontando las provisiones del buque de Formosa. Para acabar esta parte de mi narración, diré que el oro que recibimos pesaba unas cincuenta mil onzas.

Ya terminados los tratos, entregamos los rehenes y les hicimos un regalo de telas europeas, como compensación por la incomodidad de nuestra compañía. Se fueron todos muy satisfechos.

William me contó luego que a bordo del buque japonés había hallado una especie de sacerdote de aquel país, que hablaba unas pocas palabras inglesas. Le extrañó, e indagó cómo las había aprendido. Así se enteró de que en el Japón vivían trece ingleses —el sacerdote les daba este mismo nombre, pronunciándolo claramente, pues había hablado infinidad de veces con ellos—. No explicó que aquellos trece eran los que quedaban de treinta y dos que habían desembarcado en una isla del norte del Japón, después de ver estrellarse su buque contra las rocas por la tormenta. El rey del Japón envió un barco para salvar a los náufragos, que habían ido a parar a una roca desierta, y los recibió muy bondadosamente en su corte, entregándoles casas y tierras para cultivarlas.

El sacerdote siguió contando a William que los visitaba con mucha frecuencia, para persuadirles de que rindieran adoración a su dios —supongo que sería un ídolo de su propia invención—, aunque ellos, muy desagradecidos, al decir del sacerdote, se negaban con obstinación. El rey, al enterarse, había ordenado por dos veces que los mataran; pero él lo evitó, pues opinaba que, mientras permaneciesen tranquilos y no causaran daño a nadie, tenían derecho a vivir como quisieran, siempre que no intentasen hacer que los indígenas abandonaran la religión de sus antepasados.

Pregunté a William por qué no se informó de dónde venían.

—Ya lo hice —me respondió—, pues me pareció raro que unos ingleses navegaran por la parte norte del Japón.

—¿Y qué os respondieron?

—Me dieron una respuesta que te sorprenderá y que sorprenderá a cuantos la oigan, hasta el punto de que me hace sentir deseos de ir al Japón para recoger a los trece ingleses.

—¿Qué queréis decir?

—Pues que el sacerdote me enseñó una Biblia inglesa que le habían dado, y en un papel que estaba entre sus páginas pude leer esto: «Venimos de Groenlandia y del Polo Norte».

La respuesta nos asombró a todos, pues todos sabíamos los infinitos esfuerzos que ingleses y holandeses habían hecho en busca de un paso por la parte septentrional de América.

William se aprovechó de ello para convencer a la tripulación y a mí de que nos dirigiéramos al Japón a rescatar a aquellos pobres ingleses. Todos estuvimos de acuerdo. Enviamos la chalupa a Formosa, para que viera el modo de encontrar al sacerdote y obtuviera de él más detalles sobre el estado actual de los trece ingleses y el punto donde se hallaban.

Al llegar a Formosa, los buques se habían hecho a la vela, desgraciadamente, así es que resultó imposible llevar a cabo nuestro proyecto. De esta manera se frustró una buena obra, y la humanidad se ha quedado sin saber el fin de una aventura que quizá fuese uno de los más nobles descubrimientos del mundo, en bien de todos los hombres. Y basta ya de esta historia que acabó en nada.

William deploró tanto perder aquella oportunidad que me rogó que fuéramos al Japón para intentar rescatar a los ingleses. Dijo que, aunque sólo se tratara de evitar que aquellos trece desgraciados quedasen toda la vida en el Japón, expuestos a la barbarie de su rey y sus sacerdotes, valdría la pena de ir, pues con aquella buena acción quizá nos redimiéramos de las muchas malas que habíamos cometido; pero nosotros no teníamos ningún interés en redimirnos de nuestras fechorías, y mucho menos aún de hacer buenas obras, y por eso las reflexiones del cuáquero influyeron muy poco en nuestra decisión. Visto lo cual, me pidió él que le dejara la chalupa para emprender aquella aventura, y no me opuse; pero no hubo ni un marinero que quisiera acompañarle, pues ahora ya habían hecho fortuna y no deseaban arriesgarse a perderla ni separarse del tesoro que el buque grande llevaba a bordo. Tuvo William, pues, que abandonar su proyecto. En cuanto a los trece ingleses del Japón, no sé qué habrá sido de ellos, ni si todavía viven allí, han muerto o fueron rescatados posteriormente por otros europeos.

Nos encontrábamos al final de nuestro crucero. Lo que habíamos aprehendido era tan considerable, que no sólo satisfaría a la persona más codiciosa del mundo, sino que nos satisfizo a nosotros. Mis hombres declaraban que ya no deseaban más y que no se debía pensar en hacer nuevas presas.

No nos quedaba más que decidir nuestra ruta de regreso y la

manera de evitar que los holandeses nos atacaran al pasar por el estrecho de la Sonda.

Durante los últimos meses habíamos hecho gran acopio de provisiones y como ahora los monzones estaban a punto de variar y sernos favorables, emprendimos el camino del Sur, dejando las Filipinas a nuestro Oeste y hasta intentando pasar lejos de Nueva Guinea y Nueva Holanda, a la vez que de las Molucas, con objeto de llegar hasta el trópico de Capricornio y dirigirnos desde allí rectos hacia el Oeste, al Océano Índico.

A primera vista era éste un viaje enorme, y la amenaza de falta de provisiones nos hizo vacilar. William nos advirtió que era imposible llevar bastante comida, y especialmente agua fresca, para una ruta como aquélla. No encontraríamos ninguna tierra donde abastecernos, y por tanto, consideraba una locura arriesgarnos por los mares del Sur.

Objeté que podríamos hacer escala en Mindanao, la isla más meridional de las Filipinas, e intenté convencer a todos de que mi proyecto era realizable. Al cabo, ante mis argumentos, accedieron todos.

El 28 de septiembre nos hicimos a la vela, cargados de comida y oro, con viento del Nordeste. Viajamos durante nueve semanas, interrumpidas a veces por el mal tiempo, que nos forzó, en una ocasión, a refugiarnos al amparo de una isla situada a $16^{\circ} 12'$ de latitud Norte, y que no puedo nombrar, pues no figura en los mapas. Fue un tornado el que nos obligó a detenernos allí, donde permanecemos unos sesenta días, pues los vientos eran muy variables y el tiempo amenazador. En tierra encontramos raíces, algunas plantas y varios cerdos; pero no vimos, en contra de lo que esperábamos, ningún habitante.

Ya restablecido el buen tiempo, nos dirigimos hacia la parte más meridional de Mindanao, donde repusimos agua y provisiones. Nos llevamos varias vacas; pero el clima era tan cálido, que salamos su carne sólo para dos o tres semanas. Cruzamos el ecuador, y dejando a estribor la isla de Gilolo, costeamos la que llaman Nueva Guinea, en la cual nos abastecimos, al llegar a los 8° de latitud Sur, y trabamos conocimiento con sus habitantes. En realidad, este conocimiento fue sólo de vista, pues huyeron de nosotros y no pudimos cruzar con ellos ni una palabra, mejor dicho, ni una señal.

Seguimos hacia el Sur, con viento constante del Este, hasta llegar a los 17° de latitud. Vimos tierra al Oeste y nos dirigimos a ella. Costeamos aquella isla durante tres días, a una distancia de cuatro

leguas mar adentro, esperando encontrar algún paso hacia el Oeste. Pero, al notar que no aparecía, comenzamos a tener miedo de que no existiera y a vernos obligados a regresar a las Molucas. Finalmente, empero, hallamos un estrecho y lo pasamos sin dificultad. Se dirigía al Sudoeste, y al salir de él, nos hallamos ante el océano. No he encontrado tal isla en ningún mapa.

Continuamos hacia el Sur, con ligera inclinación al Oeste, hasta pasar el trópico, siempre con vientos variables. Al llegar al trópico, pusimos proa al Oeste, y durante veinte días mantuvimos esta dirección, hasta que a babor apareció, muy a lo lejos, la línea de tierra.

Desembarcamos en ella, para avituallarnos, pues íbamos a entrar en el Océano Índico, vasto y desconocido, quizás el mayor del mundo y sin apenas islas en toda su extensión.

Encontramos un buen puerto y en la costa mucha gente, la cual, al ver que poníamos pie en tierra, desapareció corriendo, sin querer entrar en relaciones con nosotros; antes al contrario, nos agredieron varias veces con flechas y jabalinas. Enarbolamos bandera de paz; pero los nativos no quisieron o no supieron entender la significación del trapo blanco. Es más, dispararon varias flechas, largas como lanzas, contra la bandera de paz; de modo que nos convencimos de que convenía guardarse de ellos.

Encontramos abundancia de agua, aunque difícil de recoger, y ni una bestia. Los naturales se llevarían sus ganados, según supuse, y sólo se dejaban ver siempre en son de guerra y en tan gran número, que comprendí que la isla era más grande de lo que al principio pensamos. Nunca se acercaron tanto que pudiéramos combatir contra ellos; pudimos verlos con ayuda de los catalejos. Iban armados y vestidos, aunque sólo desde la cintura para abajo. Tenían lanzas, picas, mazas, arcos y flechas. En la cabeza ostentaban plumas de todos los colores, lo cual, desde lejos, les daba cierta semejanza con los granaderos de Inglaterra.

Cuando nos convencimos de que no había manera de entrar en relación con los indígenas, mis hombres empezaron a rondar por la isla en busca de ganado, frutas y plantas. Era tan grande, que no nos entretuvimos contorneándola. Pronto descubrieron, a su costa, que para explorar aquel territorio habían de usar grandes precauciones, y antes de dar un paso, comprobar que detrás de cada matorral no se escondía un enemigo. Catorce de mis hombres se adelantaron a los demás, adentrándose en los bosques, y se vieron súbitamente atacados por una lluvia de flechas procedentes de los árboles que los

rodeaban. Aquellos hombres creyeron que había ciertas partes de la isla plantadas; pero yo pude comprobar que sólo se hallaban cubiertas de cañas y juncos, parecidos a los que en mi país sirven para hacer sillas.

De los catorce marineros quedaron heridos seis. Por fortuna, uno de ellos fue más prudente que los otros y pensó que, a pesar de no verse enemigos, unos disparos al azar podrían aterrorizarlos. Diez de los hombres hicieron una descarga. Los disparos no sólo sembraron el pánico entre los salvajes, sino que, por feliz casualidad, hirieron a algunos de ellos. Los blancos escucharon sus gritos de dolor, más parecidos a aullidos de fieras heridas que a gemidos humanos, según me contaron luego.

Fueron alejándose los gritos excepto por un lado, donde siguió oyéndose durante largo rato un estremecedor lamento, exhalado, probablemente, por un herido que no había podido huir a causa de su gravedad. No les interesó aclararlo, pues les bastaba aquel descubrimiento para que les quedasen ganas de hacer otros, y decidieron regresar. Sin embargo, les restaba todavía lo peor de la aventura.

En su camino de vuelta pasaron al lado de un enorme tronco; no sabían de qué clase de árbol, pero semejante, según me dijeron después, a los que se ven en Inglaterra y sirven para que los cazadores se aposten en espera del ciervo. El tronco estaba al pie de la ladera de una gran roca o colina rocosa, de suerte que no podían ver lo que había al otro lado. Al pasar junto a él se vieron atacados por los salvajes desde lo alto del árbol. Les lanzaron siete flechas y tres lanzas. Mataron a dos de mis hombres e hirieron a tres.

Los marineros permanecieron aterrorizados, pues pensaron que aquella lluvia de flechas seguiría otra. Los salvajes parecían muy buenos tiradores, con gran puntería. Los blancos tuvieron bastante serenidad para correr a refugiarse al pie del mismo árbol, donde creían que estaban los enemigos, de modo que éstos no pudieron verles ni arrojarles sus lanzas. La treta tuvo éxito y les dejó tiempo para considerar su situación y pensar en lo que convenía hacer. Sabían que los enemigos estaban justo encima de sus cabezas, les oían hablar, y los de arriba adivinaban que los otros estaban debajo. Éstos se veían obligados a arrimarse al tronco, para no ofrecer un blanco a las lanzas enemigas. A la postre, uno de mis hombres echó el ojo a un salvaje que estaba sentado en una rama seca de la copa del árbol. Disparó y tuvo la fortuna de alcanzarle en mitad de la frente; el salvaje cayó acto seguido con tanta fuerza, que si la bala no le hubiera

matado habría muerto de resultas del terrible golpe que dio contra el suelo.

Asustó esto mucho a los indígenas del árbol, y los marineros oyeron en la copa un extraño ruido, que les hizo pensar que intentaban escapar escondiéndose en algún hueco del tronco, el cual les resguardaría bastante, pues era imposible verlos, y las balas no atravesaban la madera, que era muy dura. Sin embargo, a costa de aquel refugio momentáneo, se habían metido en una trampa. Después de un corto sitio, saldrían o se verían reducidos a morirse de hambre. Mis hombres decidieron, haciéndose estas reflexiones, permanecer allí, mientras dos de ellos venían a la costa en busca de ayuda.

Me contaron lo sucedido y sugirieron que uno de los carpinteros de a bordo los acompañase con herramientas a propósito para serrar el tronco, o al menos, para hacer leña y prender fuego al árbol que los salvajes habían convertido en castillo.

Como se verá, la rendición de aquella plaza fuerte no fue cosa fácil ni rápida.

EL CERCO DEL ÁRBOL

Partieron mis hombres, formando un pequeño ejército, para realizar una empresa que no tenía igual en la historia: el cerco de un árbol.

Cuando llegaron al sitio, resultó la tarea ardua, pues el árbol era grande, de madera muy dura y por lo menos con veintidós pies de alto. Formaban la copa siete grandes ramas e infinidad de ramificaciones, apenas sin hojas.

William, cuya curiosidad le había hecho acompañar a los expedicionarios, propuso construir una escalera, encaramarse hasta las ramas y lanzar fuego griego en el agujero, hasta obligar a los salvajes a salir. Otros eran partidarios de ir al barco, desmontar uno de los cañones, llevarlo a tierra y destrozarlo con un par de disparos. Por último, la mayoría pretendía construir una pira al pie del árbol, con ramas del bosque inmediato, y prenderle fuego, de modo que se quemara el tronco y los indios que en él se escondían.

En estas dudas pasaron dos o tres días, durante el transcurso de los cuales no se oyó ningún ruido por parte de la guarnición que se suponía dentro del castillo de madera. El proyecto de William fue el primero que se aprobó. Los carpinteros construyeron una gran escala muy fuerte y resistente a fin de trepar a aquella torre natural.

En dos o tres horas estuvo preparada. Iban ya a adosarla contra el tronco, cuando volvieron a oírse ruidos en el interior, y poco después, unos indios aparecieron en la copa del árbol y arrojaron varias lanzas contra los sitiadores. Una de las lanzas tocó en el hombro a un marinero, hiriéndole tan mal, que los cirujanos se vieron en un aprieto para salvarle la vida y hubieron de hacerle sufrir tanto, que todos opinamos habría sido mejor para el pobre hombre que la lanza le matara de una vez.

Después de grandes dolores, acabó curándose; pero jamás recobró el perfecto uso de su brazo, lo cual atribuían los cirujanos a que la lanza había cortado algunos tendones de la parte superior de la extremidad, donde se une con el hombro, que son precisamente los encargados de dar movimiento al miembro. El desgraciado marinero quedó inválido para el resto de su vida.

Pero volvamos a los malditos granujas que defendían el árbol. Les

disparamos con gran furia; pero no alcanzamos a ninguno. Apenas escucharon los disparos, se precipitaron al interior de su refugio, en el tronco, donde estaban seguros y al abrigo de nuestro ataque.

Sin embargo, esta salida de los sitiados hizo que se desechara el proyecto de William. Porque ¿quién iba a aventurarse a subir por la escala con aquellos salvajes en la copa del árbol, desesperados como debían de estar por el hambre y el terror?

No podía subir más que un hombre a la vez y, de seguro, nadie querría ser el primero. Así pues, todos, pensando que la suerte podía designarlos a ellos, decidieron rechazar el procedimiento.

A todo esto, yo me había unido a los sitiadores, para ayudarles y satisfacer mi curiosidad. Opiné que no serviría de nada encaramarse hasta la copa del castillo, a no ser que subiera un sólo hombre y arrojase, con gran riesgo de su vida, fuego griego a la entrada del refugio de los salvajes, para volver a bajar en seguida.

Hicimos esto dos o tres veces, sin ningún resultado. Por cierto que me extrañó mucho que la pez griega, con el humo que desprende, no obligara a salir a los defensores de la plaza. Sin embargo, la verdad es que no salieron y nos forzaron a buscar otro medio para vencerles.

Uno de los artilleros preparó una composición con pólvora y hierbas, que desprendía humo en cantidades enormes, aunque no ardía ni producía llama. El humo era tan espeso y de tan mal olor que resultaba insoportable. El mismo artillero trepó hasta la copa del árbol y lanzó la bola encendida por el agujero de los salvajes, mas también sin efecto, pues en toda aquella noche y el día siguiente los únicos que tosieron, lloraron y se marearon fueron los marineros que se quedaron de guarda cerca del árbol para observar el resultado de aquel ataque.

A fuerza de esperar y no oírlos, supusimos que todos los ocupantes del árbol se habían asfixiado. A la noche siguiente, empero, salieron de improviso a la copa del árbol y empezaron a gritar y aullar, igual que si estuvieran locos de remate.

Pensamos, como hubiera pensado cualquier otra persona, que pedían socorro y decidimos, en vista de ello, continuar el cerco. Estábamos verdaderamente irritados y enfurecidos al ver cómo unos pocos salvajes desvalidos e ignorantes lograban burlarse de nuestras tretas y de nuestra fuerza, precisamente cuando creíamos tenerlos ya en nuestras garras. Nunca nos habíamos encontrado en circunstancias tan engañosas como aquéllas.

Decidimos lanzarles otra bola de humo, la noche siguiente y ya la tenía preparada el artillero, dispuesto a encaramarse al árbol para

arrojarla en la misma boca de su refugio, cuando oímos ruido en la copa y dentro del tronco. En vista de ello no consentí que el artillero subiera, pues estaba seguro de que iría a una muerte cierta. Encontró modo de arrojar la bola de humo por medio de un palo largo, especie de pértiga. Con ello podría llegar hasta la cima del árbol sin necesidad de asomarse. Cuando fue a hacerlo, se encontró con que la escala había desaparecido.

Nos dejó esto confusos, asombrados. Supusimos que los salvajes aprovechando nuestro descuido momentáneo, se habían deslizado por la escala hasta el suelo y habían huido, llevándosela con ellos. De todo corazón me reí de mi amigo William, quien afirmó que llevaba la dirección del sitio y había visto cómo los sitiados se escapaban ante sus barbas, sin que se diera cuenta. Es más, había montado una escala para que la guarnición del fortín pudiera huir cómodamente.

Cuando llegó la mañana, salimos de nuestra sorpresa, pues vimos la escala en la copa del árbol, la mitad metida en el agujero de refugio y la otra mitad colgando en el aire, como una rama más. Entonces nos reímos de la tontería de los indígenas, que desaprovecharon una ocasión estupenda para escapar sin riesgo y con mucho menos esfuerzo que el que necesitaron para subir la escala.

Resolvimos acabar de una vez, por medio del fuego, con aquel enojoso cerco, incendiando el árbol y quemando a sus defensores. En pocas horas cortamos gran cantidad de ramas y troncos, que amontonamos al pie de la fortaleza enemiga. Prendimos fuego a la pira, esperando a distancia el resultado del ardid, pues no queríamos perder el espectáculo de los indios aullando de terror en la copa del árbol, cuando sintieran que su refugio comenzaba a calentarse demasiado y empezaran a tener miedo de ser asados vivos. Pero nos quedamos chasqueados, pues aún no había prendido el fuego completamente, cuando ya estaba apagado, gracias al agua que desde arriba arrojaron los salvajes.

Aquello era cosa del diablo.

—Esa cuadrilla de indios es la más ingeniosa que se ha visto —dijo William—. No hay más que dos explicaciones de este suceso: o trato con el diablo, en el cual no creo, o bien éste es un árbol artificial o artificialmente vaciado hasta el suelo y que comunica con una galería que les permite escapar, a través de la colina, o de otro sitio cualquiera. No sé cuál será el punto de salida de esa galería; pero, como me llamo William, que he de encontrarla antes de dos días y seguirla hasta la copa del árbol.

Llamó a los carpinteros y les preguntó si tenían sierras bastante

largas para serrar el tronco del árbol. Contestaron que las que poseían no resistirían aquel trabajo; pero en cambio, podía cortarse el árbol, con ayuda del hacha, en dos días, y en otros dos, arrancar las raíces.

William optó por otro camino, que con el tiempo, según vimos, resultó mucho mejor. Era partidario de hacer las cosas silenciosamente, en secreto, para que los salvajes no se dieran cuenta y pudiéramos coger a algunos de los sitiados con las manos en la masa, como se dice en Europa.

Envió doce hombres con largas barrenas para que abrieran grandes agujeros en el tronco, hasta casi horadarlo, aunque sin acabar de traspasar por completo la madera. Una vez abiertos los agujeros con todo silencio, los llenó de pólvora, junto con pedazos de metal. Después hizo estallar las cargas, las cuales produjeron tanto ruido y causaron tantos destrozos en el árbol, que supusimos que acabaría con él otra explosión. Y así fue en efecto.

Entonces pudimos comprender el secreto de aquellos salvajes, pues quedó al descubierto el interior del árbol, que comunicaba con una galería subterránea, dirigida hacia el fondo de la colina. En esta galería oímos voces y gritos de salvajes, como llamándose unos a otros.

Ya al descubierto la entrada de la galena, William deseaba saber dónde estaba la salida y penetrar en ella para seguirla toda, a la vez que para atrapar a los salvajes y aniquilarlos, como castigo a las bajas que habían ocasionado a nuestra tripulación. Sugirió que avanzaran tres hombres, armados de granadas de mano. Él se ofreció ser el primero, no obstante el gran riesgo que con ello corría, porque William, cuando se trataba de cumplir con su deber, tenía corazón de león.

Poseía pistolas y sables, pero nada con que protegerse del ataque que súbitamente desencadenaron los indios, y que se basaba en el mismo procedimiento que antes empleamos contra ellos: el humo. Lanzaron desde el interior de la galería, tal cantidad de humo maloliente y denso, que William y sus tres acompañantes tuvieron que retroceder corriendo, para evitar la asfixia. Aparecieron pálidos, sudorosos, medio asfixiados...

Nunca hubo fortaleza tan bien defendida como aquélla, ni sitiadores tantas veces y de tan distintas maneras rechazados. Comencé a impacientarme, cosa que también sucedía a la mayor parte de mis hombres. Llamé a William y le dije que no podíamos seguir perdiendo el tiempo tranquilamente, sin conseguir nada. Los salvajes

eran muy ingeniosos y capaces de humillar a cualquiera que sintiese el escozor de verse constantemente engañado por indígenas tan ignorantes como los de aquella isla. No se me ocurría nada que pudiera abreviar nuestro cerco y llegar en corto tiempo a la conquista de la galería y al castigo de los culpables, así es que indiqué al cuáquero la conveniencia de abandonar el sitio.

El cirujano reconoció que decía verdad y que en aquel intento no se conseguiría nada positivo, en caso de vencer, aparte de satisfacer nuestra curiosidad; y aunque sentía grandes deseos de ver en qué paraba todo, no insistió.

Decidimos abandonar la empresa y la isla. Y así lo hicimos. Antes de partir, William quiso darse un último gusto. Quemó el árbol y cerró la entrada a la galería. Mientras se estaba preparando esta parte del programa, el artillero trajo dos barriles de pólvora, y estallaron éstos a los pocos segundos. Nosotros contemplábamos el espectáculo desde lejos, y vimos cómo por el otro lado de la colina a cuyo pie se levantaba el árbol-fortaleza, saltaba una porción de piedras, cual por la boca de un cañón. Aquélla era la salida de la galería, sin duda.

Corrimos inmediatamente hacia allí para ver de cerca los efectos de la pólvora. La tierra había vuelto casi a tapar la entrada de la galería; pero podía adivinarse el lugar preciso que ocupaba. Entre la tierra y las piedras vimos los restos de la guarnición de indios que tantas molestias nos causaron. Yacían destrozados, con piernas y brazos cortados, y hasta alguna cabeza separada del tronco. Estábamos seguros de que no escapó ninguno de los que se hallaban en el interior; antes al contrario, debieron de verse sorprendidos por la fuerza de la explosión y furiosamente disparados a través de la galería como una bala a lo largo del cañón.

Nos habíamos vengado por completo de los indios; pero, en suma, aquella expedición resultó poco provechosa, pues perdí dos hombres y otro se quedó inválido para toda la vida. Cinco más yacían a bordo, heridos, aunque no de gravedad. Desperdiciamos once días y dos barriles de pólvora, únicamente para averiguar cómo los salvajes abren galerías bajo tierra y vacían los árboles para convertirlos en fortalezas.

Con esta experiencia, comprada a tan alto precio, abandonamos la isla, tras conseguir agua fresca; provisiones sólidas no encontramos en ninguna parte.

Nos proponíamos ir hacia Madagascar y comenzamos a estudiar la ruta que nos convenía seguir, considerando los monzones y su

dirección y las posibilidades de obtener provisiones por el camino. Estaríamos entonces a nivel del cabo de Buena Esperanza, a su misma latitud, aun cuando tan lejos de allí, con tan poca seguridad de encontrar islas por el camino y menos todavía de que los vientos nos fuesen favorables, que no nos atrevíamos a ir a aquella punta meridional de África.

Como de costumbre, fue William nuestro mejor consejero.

—Amigo —me dijo—, ¿qué placer hallas en exponerte al hambre, sólo para poder decir que has estado en un sitio desconocido hasta tu llegada? Hay otros muchos lugares igualmente desconocidos y que se hallan más cerca de nuestra ruta. Como sabes que ya estás lejos al Oeste de Sumatra y Java, y no corremos el peligro de encontrar buques de guerra holandeses ¿qué interés tienes en mantenerte tan al Sur? ¿Por qué no te diriges al Norte, hacia Ceilán y las costas de Coromandel y Madrás, donde encontrarás agua fresca, provisiones abundantes y vientos seguros? Si tienes en cuenta las reservas de comida y agua que nos restan, verás que no podemos demorar mucho esta decisión...

Era un buen consejo que no podía desoírse. Nos dirigimos hacia el Oeste, guardando la latitud 31° a 35° durante diez días en que el tiempo fue bueno y los vientos favorables. Pasados estos diez días, supusimos que nos encontrábamos ya a nivel de las islas, y nos dirigimos rectos hacia el Norte, con la esperanza de que si no íbamos a parar directamente a Ceilán, llegaríamos, cuando menos, al gran golfo de Bengala.

Pero resultaron erróneos nuestros cálculos, porque después de remontarnos quince o dieciséis grados hacia el Norte, vimos tierra a estribor, a una distancia de tres leguas. Anclamos a media de la costa y echamos al agua los botes para que fuese una expedición a ver qué tierra era aquélla. Encontraron mucha agua, aunque nada de ganado ni habitantes. Además, teníamos cierto reparo en buscar con mucho interés a los salvajes, pues recordábamos las tretas que nos habían jugado en la isla anterior y no queríamos repetir la suerte. Nos contentamos con explorar un poco la isla, recoger unas cuantas plantas cuyos nombres ignoro, y unos pocos mangos silvestres.

Sólo nos detuvimos lo indispensable, y nos hicimos nuevamente a la mar, en dirección al Noroeste, con poco viento. Al cabo de dos semanas, volvimos a ver tierra y a desembarcar. Descubrimos, con gran sorpresa, que nos hallábamos en la costa sur de la isla de Java.

Costeamos un rato, y al ir a echar anclas, vimos cómo se nos acercaba, desde la orilla, un bote con bandera holandesa. No

teníamos interés en hablar con sus tripulantes, pero tampoco en rehuirlos. Lo que nos interesaba sobre todo era conseguir provisiones a cualquier costa, puesto que teníamos las reservas agotadas.

Resolvimos desembarcar en el primer puerto conveniente que descubriéramos, dejando a la elección del azar si deberíamos encontrarnos con amigos o con enemigos. Sin embargo, acordamos no demorarnos mucho tiempo, menos del necesario, en todo caso, para que los mensajeros que posiblemente enviarían los colonos a Batavia pudieran llegar a su destino, y menos, claro está, del que tardaría un buque holandés en venir desde cualquier puerto hasta nosotros, para atacarnos o investigar nuestra personalidad.

Descubrimos un buen puerto, con siete brazas de fondo, bien protegido del temporal. En tierra obtuvimos agua fresca, varios cerdos y vacas, además de dieciséis carneros que matamos y salamos lo mejor que se podía hacer en una latitud de ocho grados.

Esto nos invirtió cinco días. El sexto, cuando ya se dirigía hacia nosotros el último bote cargado con frutas y raíces, vimos que se nos acercaba un gran navío por el Norte. Teníamos ya las velas desplegadas, dispuestos a hacernos a la mar. No sabíamos las intenciones que traía el buque que estaba a la vista; pero supusimos que serían malas, y por eso levamos anclas a toda velocidad y acabamos de montar las velas, en posición de adentrarnos en el océano, según fuera la actitud del navío, cada vez más cerca de nosotros. Un buque solo no constituía una gran amenaza; pero el peligro era que detrás de aquél apareciesen dos o tres más.

Cuando estuvo levada el ancla y el bote a nuestro lado, el gran bajel se hallaba a cosa de una milla de distancia, maniobrando a ojos vistas para librar batalla. Enarbolamos a popa la bandera negra, nuestro antiguo estandarte de combate y la bandera encarnada en lo alto del mástil mayor, y nos pusimos a favor del viento, que soplaba del Este.

Por lo visto, tanto ellos como nosotros nos equivocamos: nosotros, al pensar que se disponía a librarnos batalla; ellos, al creer que éramos un navío holandés, o al menos simplemente mercante. Al ver nuestra maniobra, comprendieron su error y se acercaron a la costa. Le acosamos, y a las dos horas, lo teníamos ya a tiro de cañón. Aunque llevaba todas las velas al viento, no tuvieron más remedio que enfrentarse con nosotros, a pesar de la inferioridad de fuerzas por su parte.

Disparamos un cañonazo de aviso. En seguida se detuvieron y arriaron un bote, que se dirigió hacia nosotros, llevando a proa una

bandera blanca. Le enviamos a su buque con el encargo de que se pusiera a nuestra popa y echara anclas; una vez hecho esto, su capitán debía venir a bordo de nuestro navío y enterarse de las condiciones que le fijaríamos para dejarle libre. Como no nos había obligado a usar la fuerza, le aseguramos que el capitán regresaría sano y salvo a bordo, y que, si nos proveía de lo que pidiéramos, no saquearíamos su nave.

Volvieron a ella con este mensaje, y vimos que el buque empezaba a maniobrar. Pensamos que esto era signo de que rehusaba nuestras condiciones, y disparamos otro cañonazo. Al punto fue arriado el bote de nuevo, y luego el buque se nos puso a popa y echó anclas, conforme habíamos indicado.

Cuando subió el capitán a nuestro buque, le pedimos cuenta de su cargamento, que se componía principalmente de mercancías de Batavia dirigidas a Bantam. Le dijimos que lo que requeríamos eran provisiones, de las cuales no tenía necesidad él, pues se hallaba ya al final de su viaje. Si nos acompañaba a tierra y nos procuraba veintiséis cabezas de ganado, sesenta cerdos y cierta cantidad de aguardiente de palma y «brandy», con doscientos sacos de arroz, le dejaríamos marchar sin saquearlo.

Nos dieron tres veces más arroz del que pedíamos, pues lo llevaban a bordo. También nos trajeron treinta grandes garrafas de aguardiente. En cambio, no tenían ganado de ninguna clase, pero fueron a tierra en compañía de nuestros hombres, y compraron once toros y cincuenta cerdos, que nos vinieron muy bien. Una vez obtenidas estas provisiones, les dejamos partir.

Antes de que estuvieran a bordo estas provisiones, pasaron varios días, y algunos de mis hombres sospecharon que los holandeses querían entretenernos para acabar apresándonos. No obstante, era una sospecha infundada, pues se portaron con toda lealtad e hicieron cuanto pudieron por cumplir nuestras condiciones, aunque les resultó imposible encontrar tanto ganado como les habíamos exigido. Vinieron y nos dijeron ingenuamente que, si queríamos más animales, habríamos de aguardar a que los hallaran en la isla, o de lo contrario nos veríamos obligados a aceptar otras mercancías en vez de lo que no podían entregarnos.

Por nuestra parte, cumplimos al pie de la letra las condiciones que nosotros mismos les fijamos, y no permití que mis hombres los visitaran ni que ellos vinieran a nuestro buque. Nadie puede responder de la conducta de sus marineros, a bordo de otro navío.

Ya estábamos abastecidos por completo para el viaje. Como no

queríamos hacer ninguna presa, pusimos alegremente proa a la isla de Ceilán, donde esperábamos desembarcar y proveernos de agua y ganado. La cuestión de comida y bebida era nuestra obsesión constante, según sucede a todos los navegantes que deben hacer largas travesías.

Durante esta parte de nuestro viaje de regreso no nos aconteció nada de particular. Tuvimos siempre vientos contrarios y estuvimos más de un mes seguido sin ver tierra.

EL HOLANDÉS DEL REY DE CEILÁN

Nos encaminamos hacia la costa sur de la isla, deseosos de evitar en lo posible cualquier encuentro con los holandeses. Tenían éstos establecidos varios fuertes en ciertos puntos de la costa para dominar al país y mantener su vigilancia sobre los buques extranjeros, pues querían la exclusiva del comercio con los productos de la isla, sobre todo de la canela, que se cosecha allí en gran cantidad.

Nos abastecimos de agua y frutas; pero no nos preocupamos de recoger ganado, pues todavía nos quedaba gran cantidad del que habíamos embarcado en Java. Mis hombres sostuvieron una escaramuza con los habitantes de la costa, a causa de las familiaridades que se permitieron con algunas de las indígenas. Por cierto que eran muy feas, y para acercarse a ellas se requería estómago como el que poseía la mayoría de los tripulantes de mis dos naves. De lo contrario, no las hubieran tocado.

Jamás pude sacarles la verdad de lo que habían hecho en tierra, pues en su maldad eran muy leales unos con otros. Pero debió de ser alguna barbaridad, porque los nativos se mostraron muy ofendidos, y a despecho de su natural pacífico, adoptaron actitudes amenazadoras. Ante esta contingencia tuve que enviar otro bote con dieciséis marineros de refuerzo para imponerles respeto y rescatar los once primeros, quienes se hallaban prácticamente cercados por los enfurecidos salvajes, que los rodeaban en número de doscientos o trescientos, armados con dardos y lanzas. Estas armas eran habituales en todas aquellas islas, y los naturales las usaban con suma destreza y mucha puntería. Si mis hombres hubieran desafiado a los salvajes y les hubiesen obligado a luchar, como algún loco audaz propuso, habrían llevado la peor parte, y quizá no lo contarán.

Al ver la segunda expedición viniendo en auxilio de los blancos que habían abusado de sus mujeres, los nativos se arrojaron sobre unos y otros con tanta furia, que diecisiete de mis marineros resultaron heridos, algunos de ellos de cuidado. En verdad, más que el dolor de las heridas, sintieron los efectos del pánico, porque, al ver el alud de salvajes que se les echó encima, se dieron ya por muertos, máxime al recibir los lanzazos, pues creyeron que las puntas de éstas estaban envenenadas.

William disipó su alarma: cuando dos de mis cirujanos dijeron a los heridos que morirían, él se enfrentó, resuelto, con sus heridas y logró curarlos a todos, excepto uno. Éste murió de una borrachera de aguardiente de palma, que agravó su estado más bien que de la herida propiamente dicha.

Harto ya de Ceilán, desoí la petición de algunos de los marineros, partidarios de ir a tierra y tomar venganza. William me ayudó a disuadirlos, pues su reputación era tan firme entre mis tripulantes igual que entre quienes mandábamos la expedición, que le hacían más caso que a cualquier otra persona de a bordo.

Estaban entusiasmados con la idea de venganza, tenían la sangre caliente y hablaban de matar quinientos salvajes. William se encaró a un grupo de marineros que trataban de eso, y les dijo:

—Bien: suponed que lo hacéis así... ¿Qué habréis obtenido?

—¡Nos habremos vengado...! ¡Estaremos satisfechos! —contestó uno, hablando en nombre de todos.

—¿Y qué tendréis de más, una vez vengados? —insistió parsimoniosamente el cirujano.

No supieron qué responderle.

—Si no me equivoco —prosiguió—, lo que os interesa es obtener dinero, oro, riquezas... Ahora bien: si matáis a dos o tres mil de esos salvajes, que no poseen dinero ni riqueza alguna, ¿qué sacaréis con ello? Son unos infelices, desnudos y miserables. ¿Qué vamos a ganar, pues, matándolos?

Hubo un largo silencio, que William rompió con estas palabras:

—En cambio, si bajáis a tierra y lucháis contra los salvajes, os exponéis a perder una parte de los hombres que tripulan este barco. De primera intención, acaso podáis matar unos cuantos nativos. Pero luego encontraréis resistencia, tendréis que combatir, y ellos, aunque no posean armas de fuego como vosotros, son muchos y os causarán considerables pérdidas. ¿Qué diréis al capitán cuando debáis participarle esas bajas inútiles?

En resumen, supo William argumentar tan bien, que los convenció de que sería un asesinato matar a los salvajes, y de que los nativos tenían razón para atacarlos y mucha más para defenderse. Por el contrario, ellos, los marineros, estaban en una posición falsa al querer vengarse de una ofensa que no fue sino respuesta a otra ofensa anterior de su parte. No tenían derecho a matar a unos hombres inocentes, por el simple hecho de haberse portado como las leyes de la naturaleza les aconsejaron. Vengarse de aquellos infelices sería cometer un crimen más repugnante que el cometido por un

salteador de caminos que mata a sus víctimas a sangre fría, sin considerar si serían capaces de causarle algún daño.

Por fin, estos razonamientos prevalecieron sobre los instintos de venganza de mis hombres, a pesar de ser tan contrarios a su tendencia natural, y decidieron renunciar a la idea de la expedición de castigo, dejando tranquilos a los salvajes. Además, en la primera escaramuza, al contestar a la agresión de los nativos, mataron unos sesenta de ellos e hirieron muchísimos; de modo que ya podían considerarse vengados. De estas muertes y esos heridos no habían sacado nada, ni siquiera satisfacción, pues ansiaban más sangre. Cuando obtuvieran ésta, les sucedería lo mismo y nunca acabaríamos hasta haber exterminado toda la población de la isla.

Otro incidente posterior nos obligó a tener relación con aquellos salvajes, y por cierto que estuvimos a punto de acabar allí definitivamente con nuestro viaje y nuestras aventuras.

Tres días después de haber abandonado la isla, nos sorprendió una violenta tempestad, con viento del Sur, o mejor dicho, con huracán que venía de todos los puntos del Sur, siempre cambiando de dirección dentro de aquel cuadrante, sin que menguara, sin embargo, la violencia de su empuje. No podíamos gobernar el barco, que perdió la mayoría de las velas delanteras y luego se quedó sin palo mayor. El viento nos empujaba hacia la costa, y más de una vez estuvimos a punto de estrellarnos contra una cadena de arrecifes que la bordeaban a media milla; pero siempre tuvimos la suerte de que las mismas variaciones del viento, que tanto daño nos causaban, en el último instante nos salvaran, alejándonos por un rato del peligro inmediato, hasta que volvían a arrojarnos en él. Una de estas veces descubrimos un ancho paso entre las rocas, e intentamos penetrar en aquel recinto de piedra, con el fin de anclar bajo su protección; pero no pudimos, pues el fondo era también rocoso, y sólo habríamos logrado romper nuestras anclas. Entonces procuramos alejarnos, llegando hasta cuatro millas mar adentro. El viento seguía soplando y nos arrastró de nuevo contra la isla. Teníamos la esperanza suprema de encontrar alguna ensenada o cala protegida de la tempestad. Finalmente, tras de muchos sustos, columbramos una punta que se adentraba en el mar por el lado Sur de la isla. Procuramos acercarnos, y con grandes esfuerzos y riesgos, conseguimos echar el ancla a los pies de aquel promontorio, en un fondo de doce brazas.

Por la noche, el viento arreció tanto, que las anclas se desprendieron y nos vimos precipitados contra la costa. Por suerte el ancla de popa volvió a clavarse y nos detuvo cuando sólo nos

separaba de la tierra un brazo de mar de pocas yardas. Así, por medio del cable de nuestra ancla de popa, conseguimos alejarnos algo y fijarnos a cierta distancia de la peligrosa costa. Gracias a ello, pudimos sortear todos los peligros de aquella noche, y por la mañana el viento amainó algo, muy a punto para nuestra salvación, pues con gran sorpresa y espanto vimos que, a pesar de todos los esfuerzos hechos durante la noche, volvíamos a estar a pocas yardas de tierra firme.

Cuando bajó la marea, quedó el barco casi en seco sobre un banco de arena muy dura que supongo jamás había sostenido a ningún navío. Los habitantes de la isla se nos acercaron en gran número, llenos de curiosidad. Nos miraban como seres maravillosos, y se veía claramente que no sabían qué hacer.

Supongo que enviarían desde luego mensajeros por todo el contorno anunciando la inesperada presencia de un barco y describiendo las condiciones en que nos hallábamos, pues al día siguiente vimos aparecer en la orilla un personaje, al cual rendían acatamiento. No sabíamos si era su rey o qué; pero iba escoltado por numerosos guerreros con jabalinas. Se acercaron al agua y penetraron en ella, sin perder el orden de su formación, justo frente a nosotros, donde permanecieron cosa de una hora en la mayor quietud. Luego avanzaron unos veinte guerreros, llevando una bandera blanca. Penetraron en el agua hasta que les llegó a la cintura, pues adelantaba el flujo a causa de un súbito cambio de viento, que ahora soplaba del lado de tierra.

El personaje nos soltó un discurso, según dedujimos por sus gestos, aunque no entendimos nada de lo que dijo. William, siempre dispuesto a ayudarnos en los momentos de peligro, volvió esta vez a salvarnos la vida. La cosa fue así: aquel indígena, una vez terminado su discurso, dio tres gritos, movió tres veces la bandera blanca y nos hizo señas de que nos acercáramos.

He de reconocer que me proponía tripular un bote y bajar a tierra; pero William se opuso con gran firmeza. Me dijo que no debíamos confiar en nadie: si eran salvajes, de seguro nos matarían a todos, y si eran cristianos, tampoco podríamos fiarnos mucho, pues cuando supieran quiénes éramos, nos detendrían. Los habitantes de Malabar solían denotarse traidores y acatar a cuantos se acercaban allí, mintiéndoles amistad. Y aquellos indígenas parecían, por su aspecto, pertenecientes a la misma raza que los de Malabar. Si tuviéramos interés en seguir nuestra ruta sanos y salvos, no desembarcaríamos de ningún modo.

Le contradije durante mucho rato, afirmando que, aunque casi siempre tenía razón, ahora se equivocaba. No pretendía correr más riesgos que cualquier otro hombre de mi tripulación; pero opinaba que todos los pueblos del mundo, cuando ofrecen la paz con una bandera blanca, mantienen su promesa, hecha de manera tan solemne y sagrada. Le conté varios episodios de mi aventura africana que demostraba la verdad de esta afirmación, y protesté que no podía creer a aquel pueblo peor que los encontrados en mi travesía del continente. Además, estábamos en tal situación, que parecía inevitable caer en manos de alguien, y que mejor sería con gente que nos ofrecía la paz que con otra que nos sometiera a la fuerza. Por eso estaba dispuesto a parlamentar con los indígenas.

—Bien, amigo —dijo William gravemente—. Si te hallas decidido a ir, no puedo evitarlo. Antes de que marches, me despediré de ti por última vez, pues estoy seguro de que no volveremos a vernos. Quienes nos quedemos en el barco tendremos, al menos, el recurso de no entregar nuestras vidas a sangre fría, sino tras una lucha desesperada. Nos defenderemos cuanto podamos y moriremos como hombres, no como míseros prisioneros, torturados por esos bárbaros.

William afirmó esto con tanto calor y con tanta seguridad acerca de nuestro destino, que me hizo reflexionar sobre el riesgo a que nos exponíamos. No tenía ningún deseo de que me asesinaran. Sin embargo, no me sentía tan convencido como él. Le pregunté si sabía dónde estábamos o si había visitado antes aquel país. Me contestó que no. Luego me informé de si había oído contar o leído algo de la manera como aquellos salvajes trataban a los cristianos que caían en sus manos.

—He oído un caso —me respondió—, y quiero relatártelo igual que me lo contaron.

El protagonista de la aventura se llamaba Knox y era capitán de uno de los barcos de la Compañía de Indias Orientales; se vio obligado a anclar, igual que nosotros, en la costa de esta isla de Ceilán, aunque no pudiese decir si en aquel mismo sitio. Los indígenas le saludaron en son de paz y le invitaron a desembarcar. Ya en tierra, le rodearon, le apresaron en compañía de dieciocho o veinte de sus hombres, y no les permitieron regresar al buque, aunque no se sabía si los conservaron prisioneros o si los mataron. Los separaron y se llevaron a cada uno de los prisioneros por distinto lado. Nunca más volvió a saberse de ellos, excepto de uno: el hijo del capitán, que escapó milagrosamente al cabo de veinte años de esclavitud.

Sin escuchar la historia con todos sus detalles, impresionado por

lo que me contaba y por su tono, le interrumpí con esta pregunta:

—¿Cómo obraríais vos en mi caso, William? Ya veis en qué situación nos hallamos. Hemos de hacer algo y hacerlo inmediatamente. ¿Qué?

—Creo —me contestó— que lo que tienes que hacer es esto: primero izar una bandera blanca, igual que han hecho ellos. Luego arriar la pinaza y tripularla con los hombres indispensables para llevarla. Yo iré con ellos. Tú espera aquí a ver qué pasa. Si me pierdo, estaréis a salvo; además, será por mi propia culpa, y tú podrás sacar una experiencia de mi tontería.

Al principio no supe qué contestar; pero al fin le dije:

—Tengo tan pocos deseos de perderos como de perderme, William. Si hay algún peligro en desembarcar, no quiero que lo corráis más que yo. Quedémonos todos en el barco, vaya unida nuestra suerte...

—No, no —replicó el cuáquero—. No hay ningún peligro en lo que propongo. Si quieres, puedes venir conmigo, pero a condición de que ordenes tomar las medidas que yo indique. Aunque abandonemos el buque, no nos acercaremos a los indígenas tanto como para que puedan hacernos daño, y en cambio, les oiremos bien. Ya ves que no tienen botes con que atacarnos. Pero lo mejor es que prepares el buque de acuerdo con el plan que trazaremos.

William tenía pensadas todas las precauciones y no vaciló un instante al exponérmelas. En vista de ello, le dije que durante aquella expedición él sería capitán, y que todos estaríamos bajo sus órdenes, yo el primero.

Ordenó que arriáramos la lancha y la pinaza. A la primera hizo subir veinticuatro hombres, y doce a la segunda. El mar estaba en completa calma por lo cual fue fácil acercarnos a tierra. Indicó asimismo que los cañones que apuntaban a tierra fuesen cargados con balas de fusil, hierros y otros proyectiles improvisados, y que estuvieran dispuestos a disparar tan pronto como vieses arriada la bandera blanca que llevaba la pinaza, e izar la encarnada.

Acordadas estas medidas, ambas barcas con William al frente se dirigieron hacia la orilla. Los tripulantes de la lancha y la pinaza eran hombres audaces, escogidos para las faenas más peligrosas, e iban muy bien armados.

Se acercaron a la costa hasta poder oír a los salvajes. Izaron la bandera blanca e intentaron parlamentar con ellos. Los bárbaros, porque lo eran en realidad, se mostraron muy corteses. Vieron que no nos entendía, y entonces fueron a buscar a un viejo holandés que tenían prisionero desde hacía muchos años y le ordenaron que

tradujera las palabras de William.

En resumen, dijo que el rey del país había enviado a la costa a uno de sus generales para que se enterara de quiénes éramos y qué queríamos. William, de pie en la proa de la pinaza, le respondió que, como él, el intérprete, era europeo, no le costaría adivinar de dónde éramos, y que la vista de la situación en que se hallaba el barco le mostraría de sobra el motivo de nuestra llegada a la costa. Le preguntó luego por qué se había congregado en la playa tal multitud de guerreros, armados hasta los dientes con arcos, flechas, jabalinas y lanzas.

El intérprete explicó que para ello tenían sus motivos, pues cada día eran más frecuentes las visitas de los barcos europeos, que no se caracterizaban precisamente por sus bondadosas intenciones, y que, como aquel buque llevaba cañones e iba bien pertrechado para la guerra, el rey había decidido, en previsión de un desembarco hostil, preparar la defensa.

—Pero —añadió— al saber que habíais encallado y no llevabais malas intenciones, como notamos en seguida, ordenó a su general, aquí presente, que os prestara toda clase de ayuda, os invitara a venir a tierra y os recibiera con toda cortesía.

William le requirió rápidamente:

—Antes de responder a ese mensaje, querría que me dijese quién eres y qué haces aquí, pues por tu manera de hablar deduzco que perteneces a algún país de Europa.

Le declaró que era holandés.

—Eso se ve al punto por tu acento. Pero ¿naciste en Holanda o naciste aquí y hasta aprendido el holandés hablando con los colonos de este país establecidos en esta isla?

—No, nací en Holanda, en Delft.

—Entonces, dinos, ¿eres cristiano, pagano o lo que llamamos un renegado?

—Soy cristiano —repuso.

E inmediatamente se entabló el siguiente diálogo:

William.— Eres holandés y cristiano, según dices; pero ¿eres libre esclavo?

Holandés.— Soy un servidor del rey de este país.

William.— ¿Voluntario o como prisionero?

Holandés.— Al principio fui prisionero; pero después me pusieron en libertad y ahora soy voluntario.

William.— Es decir, que tienes libertad para servirle. Pero ¿tienes

libertad también para abandonarle o irte a tu país, con tus compatriotas?

Holandés.— No, eso no. Mis compatriotas viven muy lejos en la parte Norte y Este de la isla, y no se puede llegar allí sin un permiso del rey.

William.— ¿Y por qué no obtienes ese permiso para marcharte?

Holandés.— Lo cierto es que nunca lo he pedido.

William.— Supongo que no lo habrás pedido porque presumes que no te lo concederían.

Holandés.— No lo sé. Pero ¿por qué me hacéis estas preguntas?

William.— Tengo mis razones y de mucho peso. Si tú eres cristiano y estás prisionero, ¿cómo consientes ser instrumento de las traiciones de esos salvajes, haciendo que nos entreguemos confiados en sus manos, nosotros que somos de tu misma raza y no menos cristianos? ¿No cometes un grave pecado al hacer esto?

Holandés.— ¿Que yo ayudo a traicionaros? ¿No os he dicho cómo ha ordenado el rey que os reciban cortésmente y os ayuden a salir de vuestros apuros?

William.— Si eres un cristiano, de lo cual empiezo ya a dudar, ¿crees que el rey piensa cumplir ni una sola de las promesas que hace?

Holandés.— Os las transmitiré por boca de su general más famoso.

William.— No te pregunto qué o por quién promete, sino si tú puedes afirmar que crees firmemente que se propone cumplir sus promesas...

Holandés.— ¿Cómo puedo responder a eso? ¿Cómo puedo saber lo que se propone hacer el rey?

William.— Pero puedes decirnos lo que opinas.

Holandés.— No puedo decirnos si cumplirá o no sus promesas; pero creo que sí.

William.— Sospecho que no eres cristiano más que de palabra. Voy a hacerte otra pregunta: ¿Quieres afirmar que crees en las promesas del rey, y que nos aconsejas creer en ellas y poner nuestras vidas en sus manos, confiando en su promesa? Contéstame a esto...

Holandés.— Yo no soy vuestro consejero.

William.— Acaso tienes miedo de exponer lo que piensas, porque te hallas en su poder. Oye, ¿puede alguno de los salvajes comprender lo que hablamos? ¿Habla holandés alguno de ellos?

Holandés.— No, ninguno. No tengas cuidado.

William.— Entonces, respóndeme sinceramente si, como afirmas, eres cristiano. ¿Hay peligro para nosotros en confiar en su promesa,

aventurarnos a desembarcar y entrar en relaciones con los salvajes?

Holandés.— Permitidme que antes os haga otra pregunta: ¿Podéis salir de vuestro apuro sin la ayuda de los indígenas?

William.— Sí; ahora la tempestad se ha calmado ya, y no tenemos nada que temer por el lado del mar.

Holandés.— Entonces, no puedo afirmar que sea mejor para vosotros confiar en los salvajes.

William.— Veo que respondes con sinceridad.

Holandés.— ¿Qué otra cosa puedo hacer?

William.— Diles buenas palabras, como las que ellos nos dan.

Holandés.— ¿Qué buenas palabras?

William.— Cuenta al rey que somos extranjeros, arrojados a esta costa por la gran tempestad de estos últimos días, que le agradecemos profundamente sus ofrecimientos de ayuda y hospitalidad, y que, si nos halláramos más apurados, los aceptaríamos inmediatamente, sin vacilar; pero que, por el momento, no podemos abandonar el buque sin riesgo de perderlo. Dile que esperamos que, dentro de una o dos mareas, el buque estará de nuevo en condiciones de hacerse a la mar, y que entonces zarparemos en seguida.

Holandés.— Pero él espera que desembarquéis, que le visitéis y que le llevéis algún obsequio en homenaje.

William.— Cuando nuestro buque esté a salvo y dispuesto a hacerse a la vela, le presentaremos nuestros respetos.

Holandés.— Podéis venir lo mismo ahora que luego.

William.— No, de ningún modo. Yo no he dicho que entonces iremos a visitarle, sino que le presentaremos nuestros respetos, y creo que será por medio de un obsequio adecuado a su categoría.

Holandés.— Bien; pero yo le diré que iréis a visitarle cuando vuestro navío esté fuera de peligro.

William.— No me importa lo que le digas. Dile lo que te parezca mejor.

Holandés.— Sí, porque si no lo hago así, le entrará una furia terrible y nadie podrá reprimir su rabia...

William.— ¿Rabia contra quién?

Holandés.— Contra vosotros.

William.— ¿Y en qué puede perjudicarnos esa rabia?

Holandés.— Puede enviar todo su ejército...

William.— ¿Qué ocurriría si ahora estuviera aquí todo el ejército del rey de este país? ¿Qué supones que podría hacernos? ¿Qué daño nos causaría?

Holandés.— Podría quemar vuestros buques y cogeros prisioneros.

Al menos eso es lo que opinaría el rey.

William.— Dile que, si lo intenta, se acordará toda la vida de nuestra respuesta. Que venga y encontrará aquí la horma de su zapato.

Holandés.— Tiene un verdadero enjambre de guerreros.

William.— ¿Y barcos?

Holandés.— Ni uno.

William.— ¿Y barcas o lanchas?

Holandés.— Tampoco.

William.— ¿Cómo puedes pensar que nos preocupen sus amenazas? ¿Qué podría hacernos, aunque tuviera cien mil guerreros?

Holandés.— Puede incendiaros los buques.

William.— Puede indignarnos, querrás decir. Pero lo que es incendiar nuestros buques, ni lo sueñe siquiera. Que intenten acercarse y verás cómo trabajan nuestros cañones entre sus cien mil hombres... que prueben y sabrán lo que les aguarda...

Holandés.— ¿Y si el rey os diera rehenes que respondiesen de vuestra seguridad?

William.— ¿Quién puede darnos, aparte de esclavos y servidores como tú mismo? Para él, vuestra vida no tiene más valor que para nosotros la de un lebre...

Holandés.— ¿A quiénes aceptaréis como rehenes?

William.— Al propio rey y a ti.

Holandés.— ¿Qué haríais con él?

William.— Lo que nos hicieran... Cortarle la cabeza...

Holandés.— ¿Y conmigo?

William.— ¿Qué haríamos contigo? Te llevaríamos a tu propio país y, aunque en realidad mereces ir a galeras, te convertiríamos en un hombre, cristiano de veras, y no te sucedería con nosotros lo que ha estado a punto de sucedernos contigo: que nos traicionaras entregándonos a un montón de paganos sin piedad, que no saben nada del verdadero Dios ni de cómo hay que tratar a los hombres.

Holandés.— Me habéis dado una idea, de la cual os hablaré mañana.

En esto se separaron. William regresó a bordo y me relató con todo detalle la conversación que había sostenido con el viejo holandés, que es tal como la reproduzco. Para mí, el relato del cuáquero resultó muy divertido, y muy instructivo, además. Reconocí sin hacerme rogar que William había visto mucho más claro que yo. Para suerte nuestra, aquella misma noche pudimos poner a flote el buque, y nos alejamos

una milla y media de la costa, para mayor seguridad. Anclamos en aguas profundas, fuera de todo riesgo. Ya no teníamos nada que temer del rey, del holandés ni de sus cien mil hombres.

A la mañana siguiente, apareció la playa cubierta de una verdadera multitud de guerreros, que en nuestra imaginación alcanzaban de sobra aquella cifra astronómica, aunque en realidad eran muchos menos. Entre ellos vimos algunos elefantes. Con paquidermos o sin ellos, ya no podían causarnos ningún daño, puesto que estábamos fuera de su alcance.

Nos creíamos más fuera de peligro de lo que realmente estábamos, porque el viento comenzó a soplar de nuevo hacia tierra, y aunque nos hallábamos con mar en calma y en sitio seguro, no nos sentíamos muy tranquilos; pero la intensidad del viento aumentaba. Nos situábamos en el centro de la media luna que formaba el banco de arena, con los cuernos a estribor y babor de nuestra flotilla. Es decir que, a pesar de estar a salvo teníamos la muerte a derecha e izquierda; los cuernos de la media luna de arena llegaban dos millas más allá de donde habíamos echado el ancla.

Los guerreros se situaron en el cuerno del Este, con agua hasta las rodillas y a veces sólo hasta los tobillos. Así, pues, nos encontramos rodeados por el Este, por la parte de tierra y algo por el Oeste, porque en este último lado la arena se hundía más aprisa y pronto cubría hasta la cintura y aun hasta el cuello.

El ejército del rey de la isla se extendía alrededor nuestro formando un círculo, o mejor dicho, las tres quintas partes de un círculo, en un espacio de más de seis millas.

No sospecharon ellos el gran servicio que nos prestaban adoptando aquella especie de formación de combate, pues así se convirtieron en nuestros guías para salir de aquel banco de arena, lo cual, de otro modo, habríamos logrado sólo tras de grandes dificultades y riesgos, después de innumerables sondeos.

Claro que estos sondeos podrían guiarnos; pero habríamos perdido mucho tiempo, y quizá ni con su ayuda hubiéramos podido salir del banco sin embarrancar una o más veces. Además de las furias humanas que nos acechaban en la playa, nuestro barco tenía varias vías de agua que debíamos achicar de continuo. Trabajando sin cesar con todas nuestras energías, logramos que el agua no aumentara; mas no conseguimos hacerla disminuir. Los carpinteros estaban buscando impacientemente las vías de agua para taparlas. Primero se sumergieron por un lado del buque, y luego por el otro. Para ello se requería cargar antes de estribor y después a babor, con objeto de

dejar descubierta la mayor parte posible del casco. Y era de ver la sorpresa y el asombro que demostraron los guerreros que formaban en el cuerno de arena del Este al ver cómo el buque escoraba hacia ellos; no sabían si asustarse, y empezaron a chillar, aullar y vociferar como demonios.

Teníamos mucha prisa por acabar de poner el buque en condiciones de navegar. Importaba, además de tapar las vías de agua, que era lo principal y lo más urgente, achicar el agua que había entrado, coser muchas velas desgarradas por la tempestad, trenzar muchas cuerdas que se habían roto por la fuerza del viento, y en fin, poner un nuevo palo mayor, aunque por el momento, si la situación se hacía apurada, nos fuese imposible hacernos a la mar sin él; contábamos con los otros dos palos y las demás velas que nos quedaban.

Mientras todos nos ocupábamos de estas reparaciones, vimos que de la masa de guerreros que estaban en la playa, dentro de la isla, se separaba un cuerpo de un millar de hombres, aproximadamente, y se dirigía por el cuerno de arena del Este hasta llegar frente a nosotros, situándose algo metido en el agua, a cosa de media milla de distancia del barco. De este cuerpo se adelantó el holandés, que se acercó aún más, completamente solo y con una bandera blanca en la mano. Luego, cuando el agua le llegó a la cintura, se detuvo.

Entonces comenzaba el buque a enderezarse después que los carpinteros hubieron descubierto y tapado del todo la mayor y más peligrosa de las vías de agua. Ordené, pues, que se arriaran los dos botes del día anterior, la lancha y la pinaza, tripulándolos como antes y que William los mandase en calidad de plenipotenciario. Habría querido ir yo mismo; pero como no hablaba el holandés, no serviría de nada mi presencia en la pinaza, y en cambio, el barco se habría quedado sin capitán. Para enterarme de lo que dijeran, bien podía esperar a que regresara el cirujano y me lo explicase.

Todas las instrucciones que di a William se reducían a que convenciese al holandés, de ser posible, para que viniera con nosotros.

Cuando la pinaza llegó a unas sesenta o setenta yardas de la orilla, izó la bandera blanca, y virando la barca de guisa que en cualquier momento pudiera regresar al barco, con los hombres dispuestos a lanzarse sobre los remos, pero sin abandonar entre tanto las armas, William entabló una nueva conversación con el holandés.

Dijeron lo siguiente, que reproduzco casi al pie de la letra, gracias a lo que el cuáquero me contó luego:

William.— Bien, amigo, ¿qué tienes que decirnos, ahora?

Holandés.— Vengo con el mismo mensaje que ayer. Y con las mismas promesas de respetaros y ayudaros.

William.— ¿Cómo? ¿Pretendes venir en son de paz, teniendo tantos guerreros a tus espaldas y armados como están? Explícame eso, por favor.

Holandés.— El rey invita al capitán y a todos sus hombres a bajar a tierra, y ordena a sus guerreros que os traten con toda cortesía.

William.— ¿Y para invitarnos a desembarcar se necesita la presencia amenazadora de todos esos guerreros?

Holandés.— No os causarán ningún daño, si venís a tierra en son de paz.

William.— ¿Y qué crees que pueden hacernos, si desembarcamos? ¿Cuáles son las intenciones del rey, en este caso?

Holandés.— No creo que os causen ningún daño, tampoco.

William.— Por favor amigo, no te hagas el tonto ni te conviertas en cómplice de estos salvajes. ¿No comprendes que no tenemos ningún miedo al ejército de tu rey y que estamos fuera de su alcance? ¿Qué te hace obrar con tanta necedad como desvergüenza?

Holandés.— Quizás os consideréis más a salvo de lo que realmente estáis. No sabéis lo que pueden haceros, lo que pueden tramar. Os aseguro que están en situación de causaros muchas molestias y hasta tal vez de incendiaros los buques.

William.— Supongamos que sea verdad eso aunque estoy seguro de que es falso; ya ves que tenemos otros barcos que pueden ayudarnos a partir sin peligro.

Y William señaló a la chalupa. Hacía poco, precisamente, que la habíamos descubierto dos leguas al Este de donde nos hallábamos. Esto nos alegró mucho, pues hacía trece días que la echábamos de menos.

Holandés.— No importa. Aunque tuvierais diez barcos no os atreveríais a desembarcar en son de guerra, pues el rey tiene demasiados guerreros para que podáis enfrentaros a ellos sin correr el riesgo de resultar vencidos en toda línea.

William.— Ni siquiera ahora dices lo que piensas. Cuando nuestros amigos del otro barco se nos unan, podremos demostrarte, en todo caso, que estás equivocado. Ya ves que nos han descubierto.

Lo cierto era que la chalupa disparó cinco cañonazos para ver si

los oíamos, pues aún no nos habían visto.

Holandés.— Sí, oigo sus disparos; mas espero que no se repitan. De lo contrario, el general creerá que rompéis la paz, ordenará que los guerreros disparen sus arcos y sobre vuestras lanchas caerá una verdadera lluvia de flechas.

William.— Puedes estar seguro de que volverán a disparar, para darnos a conocer otra vez su presencia; aunque no con bala. Si tu general no entiende esto puede empezar cuando quiera el ataque. Pero ten la seguridad de que le devolveremos ciento por uno.

Holandés.— ¿Qué debo hacer, entonces?

William.— Puedes ir a explicarle de qué se trata, para que no se asuste, dándole a entender que los cañonazos no van contra él ni contra sus hombres. Luego regresa y dinos qué ha respondido.

Holandés.— No, enviaré a decírselo, pues será lo mismo.

William.— Haz lo que quieras; pero opino que sería mejor que fueses tú personalmente. Si nuestros hombres disparan antes de que se entere, puede encolerizarse y tú serías la primera víctima de su rabia. Porque te echaría en cara que no le hayas comunicado en seguida nuestro aviso.

Holandés.— Dais muy poca importancia al general y a su ejército. Eso puede costaros un disgusto. No sabéis lo que harán...

William.— Hablas como si esos pobres salvajes medio desnudos pudieran realizar maravillas. Te aseguro que, hagan lo que hagan, no le concederemos ninguna importancia. Puedes arriar tu bandera blanca cuando quieras y empezar la función...

Holandés.— Lo mejor es que sigamos en paz y concertemos buena amistad.

William.— Eres un embustero y un traidor, porque sabes muy bien que los salvajes quieren decidirnos a desembarcar únicamente con el fin de hacernos caer en una trampa y apresarnos. ¡Y te atreves a llamarte cristiano! A pesar de este nombre que te das, deseas convencernos de que vayamos a tierra, para que caigamos en manos de esos bárbaros que no conocen compasión, ni buen trato, ni fidelidad. ¿Cómo puedes ser tan malvado?

Holandés.— ¿Cómo podéis decirme eso? ¿Qué os he hecho para que me tratéis así? ¿Qué queréis que haga?

William.— Que te conduzcas como un cristiano y no como un traidor.

Holandés.— Os aseguro que no sé qué hacer. A veces desearía ser como los salvajes, pueblo sanguinario y sin escrúpulos...

William.— Pues no creo que sea muy difícil comprender cómo debes conducirte. ¿Sabes nadar?

Holandés.— Pero si intentara nadar hasta vuestra barca, me vería en seguida atravesado por mil flechas antes de que hubiera podido siquiera daros la mano.

William.— Por si acaso, me acercaré a ti, con la lancha, y podrás subir a ella en un instante. Apuesto cualquier cosa a que, si hacemos una sola descarga, huirán todos, aterrorizados sin preocuparse de ti...

Holandés.— Os aseguro que os equivocáis, que no los conocéis. Si disparaseis, se lanzarían al punto contra vosotros arrojándoos jabalinas y flechas, muchas de ellas con fuego, e incendiarían las lanchas y el barco...

William.— Nos arriesgaremos, si quieres venir con nosotros.

Holandés.— ¿Me trataréis sin rencor cuando esté entre vosotros?

William.— Si te portas bien, te prometo que no te haremos ningún daño.

Holandés.— ¿Me cogeréis prisionero?

William.— Serás un hombre libre y podrás ir adonde quieras, a pesar de que no mereces ese trato...

En aquel mismo instante disparamos desde nuestro barco para responder a los de la chalupa e indicarles que les habíamos visto. La chalupa, al oír nuestros cañonazos, nos descubrió y puso proa directamente hacia donde estábamos.

Imposible descubrir el vocerío que se levantó de la multitud de guerreros al oír nuestros cañonazos, y la confusión y desorden que se apoderaron de aquel ejército de salvajes. A poco se aprestaron a combatir. Al menos, eso pareció, porque sería absurdo decir que se pusieron en orden de combate.

A una orden de su general, como es de suponer, se adelantaron todos a la vez hacia el agua, decididos a dispararnos sus flechas de fuego. Nos saludaron inmediatamente con cien mil flechas cada una de las cuales llevaba, detrás de la punta, un pedazo de algodón mezclado con azufre o algo parecido que, a causa del roce con el aire se incendiaba y prendía fuego donde se clavaba la flecha.

Al principio, este nuevo método de lucha, que jamás habíamos presenciado, nos desconcertó algo y nos hizo temer que llegaran a incendiarnos el barco. William ordenó a sus hombres dirigirse a bordo, con el fin de proponerme que me hiciese a la mar sin tardanza. Pero ya era tarde, pues la lluvia de flechas aumentaba y se

tornaba más nutrida, de modo que podría decirse que el aire estaba en llamas.

No sabría explicar dónde encendían su algodón. Creo que el fuego, como ya he dicho antes, se producía espontáneamente a causa del calor que se desprendía del aire, debido al roce de la flecha; pero no estoy seguro de que ésta fuese la explicación acertada.

Las flechas tenían puntas de hueso muy afiladas, y algunas hasta de piedra. Otras acababan en punta de metal muy blando, aunque bastante resistente para herir o clavarse en una plancha de madera.

William y sus hombres se parapetaron detrás de la borda, que era de propósito muy alta, construida así para que pudiese resguardar a los tripulantes en caso de abordaje o en situaciones como la que entonces atravesábamos. En cuanto a las flechas que cayeran perpendicularmente desde el aire, no les quedaba más remedio que arriesgarse a recibirlas.

Los de la lancha dispararon una primera descarga contra los que acompañaban al holandés; pero procurando no herir a éste, pues William les recomendó mucho que respetaran la vida del blanco. No había manera de ponerse al habla con el intérprete, porque el ruido y el griterío de los salvajes era ensordecedor. Remaron algo para acercarse a la costa a fin de hacer mejor puntería y por si el holandés lograba asirse a la barca. Dispararon una segunda descarga, que sembró la confusión entre los indígenas, matando e hiriendo a muchos, según pudimos ver desde el buque.

Opiné que aquella lucha era muy desigual e hice señas a William de que se acercase al barco, para que yo también pudiera participar en el juego. Pero las flechas les llegaban a bordo en tan gran número que no podían arriesgarse a asomar la cabeza para remar; de modo que se limitaron a izar la vela, para ver si el viento los alejaba algo de la orilla. No hacía seis minutos que la vela estaba desplegada, cuando ya se le clavaron quinientas flechas, que acabaron incendiándola. El peligro de que el fuego se extendiera a los botes hizo que los marineros se arriesgaran a lo que fuese, y se pusieron a remar con todas sus fuerzas, para salir del alcance de las flechas.

Entre tanto, nos habíamos acercado nosotros todo lo posible y al ver que la lancha y la pinaza se alejaban de la orilla y nos dejaban el campo libre, disparamos cinco o seis veces, cada una con cinco cañones cargados de metralla.

Bien pudimos ver que estas descargas despertaron el pánico de los guerreros, y que muchos de ellos cayeron heridos o muertos. Sin embargo, a pesar de la sorpresa, la confusión y el pavor, los soldados

enemigos seguían en su puesto; no emprendían la fuga, como sospechábamos que harían, y continuaban disparándonos flechas de fuego con igual intensidad que antes.

De repente cesaron de disparar y el holandés corrió hacia la orilla, solo en absoluto, llevando en la mano la bandera blanca, moviéndola encima de su cabeza, y haciendo señales a nuestra pinaza para que se acercase de nuevo.

Al principio William no obedeció; pero, al ver la insistencia del otro, que seguía haciéndole señales para que se aproximase, cedió y dirigió la pinaza hacia tierra. Se detuvo a cierta distancia y el holandés le dijo que había estado hablando con el general, quien se sentía muy abatido por las pérdidas que infligiéramos a sus huestes, y que ahora podríamos conseguir de él todo lo que quisiéramos.

—No queremos nada —replicó William—. ¿Qué tenemos que ver con él? Ocúpese de sus hombres, que bien lo necesitan, y llévelos fuera del alcance de nuestros cañones.

—No se atreve a moverse de su sitio, por miedo al furor del rey —explicó el holandés—. De no conseguir que algunos blancos vayan a rendir homenaje al rey da por seguro que mandará degollarle.

—Pues entonces dese por muerto, porque no tendrá jamás en su poder a ninguno de nosotros, así fuera en ello la vida de todos los guerreros que le obedecen. Pero voy a decirle —añadió William— lo que puedes comunicarle para ganar tu propia libertad, si deseas de veras volver a pisar la tierra de tu patria, suponiendo que no te hayas convertido en un salvaje más y desees pasar el resto de tus días en medio de esos bárbaros y paganos.

—Haré de buena gana cuanto me indiquéis —contestó el intérprete—; pero no me pidáis que nade hasta el bote, pues antes de llegar a medio camino me habrían matado a flechazos.

—Voy a explicarte cómo puedes venir con el consentimiento del general. Ve y dile que te he ofrecido llevarte a bordo del buque grande, para ver si puedes convencer al capitán de que desembarque, y que no me opondré si quiere arriesgarse a bajar a tierra.

El holandés pareció entusiasmado al oír esto.

—¡Lo haré! —exclamó—. ¡Lo haré en seguida...! ¡Estoy seguro de que me dará permiso para ir con vosotros!...

Corrió hacia donde estaba su general, como si le llevara un mensaje de buen agüero, y le dijo lo que William le indicó. El general fue bastante ingenuo para ordenarle que viniera a bordo y no regresara si no iba acompañado del capitán. El holandés lo prometió de todo corazón y lo cumplió al pie de la letra, con escrupulosa

honradez.

William le admitió en su pinaza y le llevó a bordo. Le recibimos con agrado y le prometí que, si se portaba bien, le trataríamos no como prisionero, sino como hombre libre y cristiano.

En esto, la chalupa había llegado a la boca de la bahía donde estábamos. Izamos las velas y nos alejamos mar adentro. Cuando pasamos cerca de los salvajes que ocupaban el cuerno de arena del Este, disparamos tres cañonazos, pero sólo con salvas, pues no nos reportaría ninguna utilidad causar más muertos y heridos. Luego proclamamos nuestra burla por habernos escapado de sus manos llevándonos, además, su propio embajador. Creo que no entendieron nuestros gritos, aunque sí nuestros actos.

En cuanto a su general, ignoro qué le sucedió.

LA EXTRAÑA HISTORIA DE ROBERT KNOX

A la vuelta de tantas correrías, conté este episodio de mi vida a un amigo, quien me dijo que concordaba sorprendentemente con lo sucedido a un capitán de la marina inglesa de las Indias Orientales, llamado Robert Knox, que fue invitado a bajar a la costa por los indígenas de Ceilán, apresándole luego. Esto me hizo sentir gran satisfacción al comprender que habíamos escapado de algo análogo. Creo que será provechoso completar mi relato con la narración de la historia del señor Knox, de la cual ya William me había hablado, como se recordará. Así veremos clara la semejanza de su situación con la nuestra en aquellas circunstancias, y el gravísimo peligro que corrimos, mucho más grave acaso de lo que nosotros mismos sospechábamos. Si alguno de mis lectores navega por aquellas aguas, ayúdele el recuerdo de este relato a evitar la traición de los nativos de la isla de Ceilán.

Ceilán está habitada en su mayor parte por salvajes que no quieren tener con los europeos ninguna relación ni siquiera de tipo comercial. Como aquellos salvajes son por completo inaccesibles a los blancos, será conveniente, ante todo, explicar cómo el protagonista de esta pequeña historia fue a parar a la isla de Ceilán y cómo trabó conocimiento con los naturales, llegando a dominar perfectamente su idioma, sus leyes y sus costumbres; de modo que el lector puede prestar toda confianza a lo que le cuente, a pesar de que sea muy extraordinario.

Las palabras de mi amigo fueron las siguientes:

El año 1657, la fragata Ana, de Londres, mandada por el capitán Robert Knox, se hizo a la mar el 21 de enero, al servicio de la Muy Honorable Compañía de Indias Orientales, con cargamento para Fuerte San Jorge, en la costa de Coromandel, y con el compromiso de comerciar durante un año de puerto en puerto por la India.

Una vez realizado su cometido y ya de regreso cargada con diversas mercancías de aquellas latitudes, hallándose en ruta hacia Masulipatán, le sorprendió una fuerte tempestad, para hacer frente a la cual se vio obligado a cortar su palo mayor. Esto le impidió adentrarse con su barco por el océano, y tuvo que buscar refugio en la costa más próxima, que resultó ser la bahía de Cottiar, en la isla de

Ceilán. Sir Thomas Chambers, agente de la Compañía, que viajaba a bordo de la fragata, ordenó aprovechar aquella oportunidad para intentar hacer cambios con los indígenas, a base de los tejidos que llevaba a bordo, mientras los marineros reparaban los destrozos causados en el buque por la tempestad, y los carpinteros buscaban un árbol a propósito para construir un nuevo mástil.

Cuando llegaron a la bahía, decidieron enviar unos cuantos comerciantes a tierra, si bien con mucha desconfianza, pues nunca habían tenido tratos con aquellos salvajes. Al cabo de veinte días de estar anclados allí, sin que los indígenas les molestaran para nada en sus viajes a tierra, abandonaron su actitud de precaución y comenzaron a mostrarse más confiados con los nativos, quienes, a cambio de sus mercancías, les daban cuanto podían desear.

Mientras, el rey de la isla tuvo noticia de la llegada de los blancos; y como desconocía sus intenciones envió un general —un «disauva», según le llaman allí— al frente de un ejército, con un mensaje para el capitán del barco, invitándole a desembarcar y hacer una visita de cortesía al monarca. El capitán recibió el mensaje con una salva de artillería y ordenó a su hijo el señor Robert Knox, y al señor Jean Loveland, mercader del buque, que bajaran a tierra y le esperaran.

Una vez en la costa el general les preguntó quiénes eran y cuánto tiempo pensaban permanecer en la isla. Le explicaron que eran ingleses, que todavía tendrían que quedarse veinte o treinta días, para acabar de reparar los desperfectos causados en su navío por una tormenta, y que deseaban solicitar de Su Majestad el permiso para comerciar con sus súbditos.

El general les respondió que el rey se alegraba mucho de saber que había ingleses en su reino, y que le ordenó le ayudara en cuanto pudieran; además, aseguró que le había entregado una carta con la orden de dársela personalmente al capitán.

El buque estaba a unas veinte millas de donde se sostenía esta conversación, y le replicaron que el capitán no podía abandonar la fragata para trasladarse a un punto tan lejano, aunque, si les hacía el honor de acudir a la costa, el capitán tendría sumo placer en desembarcar para recibir la carta de Su Majestad.

El general accedió; pero les invitó a pasar aquel día con él, prometiéndoles que a la mañana siguiente irían a la costa. Para evitar serles desagradables por tan poca cosa, se conformaron a los deseos del jefe indígena. A la otra mañana, el «disauva» envió al capitán un obsequio de frutas y ganado. Llevaron este obsequio durante la noche los criados del general, que comunicaron al señor Knox cómo su hijo

y los demás blancos estaban con su señor y le esperaban en la costa para entregarle en propia mano una carta del rey de aquel país.

El señor Knox, sin desconfiar de nada fue a la orilla en un bote y esperó a que llegara el general, sentado debajo de un tamarindo. Entre tanto los soldados indígenas los rodearon a él y a los siete hombres que les acompañaban, sin que se dieran cuenta. Los apresaron y los llevaron ante el «disauva», transportando al capitán en una especie de hamaca que sostenían con un palo sujeto a los hombros de los criados.

Al día siguiente, la tripulación del barco, al ver que no regresaba ninguno de los que habían ido a tierra, formó una expedición dispuesta a degollar a los nativos; pero éstos los acecharon y los hicieron prisioneros sin darles tiempo a defenderse. No los llevaron con el capitán, sino que lo trasladaron a otro lugar de la isla.

El general se había apoderado ya de dos botes y de dieciocho hombres. Ahora le interesaba hacerse con el navío. A tal fin, dijo al señor Knox y a sus hombres que los retenía únicamente para satisfacer el deseo de su señor de remitir una carta con varios obsequios al rey de los ingleses; que, por tanto, le pedía enviase algunos hombres a la fragata para ordenar a quienes la tripulaban que esperaran su regreso. Además, como el buque corría el peligro de ser atacado por los holandeses si lo descubrían, le aconsejaba que mandara a sus hombres ocultarlo en la boca de un río que había allí cerca.

El capitán no aceptó este consejo ni aprobó estas sugerencias; pero tampoco se atrevió a incurrir en el enojo del general. Envío a su hijo con la orden que aquél le indicó, mas con instrucciones secretas. El hijo regresó trayendo una carta de la tripulación en la cual decían que se negaban a obedecer las indicaciones del señor Knox y anunciaban que estaban decididos a defenderse de todo ataque. Esta carta pareció satisfacer mucho al general, el cual pidió permiso al capitán para escribir a los del barco pidiéndoles que no le entregaran todos sus efectos, pues le aseguró que no había llegado aún el mandato del rey que le permitiera regresar a bordo.

El capitán, viendo que había caído en una trampa y que la estación favorable para navegar tocaba a su fin, envió orden al señor Jean Burford, contramaestre de la fragata, de que se hiciera a la mar con rumbo a Puerto Nuevo, su última escala, y una vez allí, se pusiera a las órdenes del agente de la compañía, al cual daría cuenta de la situación en que quedaban los que permanecían en tierra.

Y así empezó el largo y terrible cautiverio que todos preveían y en

el cual les habían sumido el espíritu traicionero de los indígenas y su propia confianza.

Cuando el general vio que el buque se iba y perdía aquella presa, se encaminó con todo su ejército a presencia del rey. Éste dispuso que los prisioneros fueran repartidos por toda la isla, uno en cada aldea, a costa de la cual tenían que ser mantenidos. El 16 de septiembre de 1660, el capitán y su hijo fueron entregados a la ciudad de Bonder Coswat, en la comarca de Hotcurly, situada treinta millas al norte de la ciudad de Kandy y a muchos días de viaje de las plazas inglesas más cercanas.

Les daban de balde comida buena y abundante dos veces por día. La situación de la ciudad era agradable y su clima templado; pero medió la casualidad de que aquel año la comarca estaba invadida por las fiebres, que causaban gran mortandad. No escaparon a la epidemia ni el capitán ni su hijo. El señor Knox murió tanto de enfermedad como de pena, después de languidecer durante tres meses, el 9 de febrero de 1661.

Robert Knox, hijo, quedaba en cautividad, enfermo y desolado, sin otro amparo que el de Dios, padre de todos los huérfanos, que siempre escucha las súplicas de quienes gimen en prisión. Robert se hallaba muy débil, lo mismo de cuerpo a causa de su enfermedad, que de espíritu, debido a la pérdida de su padre y a la perspectiva de su inacabable cautiverio. Cuando murió el padre, envió a su criado negro para pedir ayuda a la gente de la ciudad; pero éste regresó sólo con una sogá para arrastrar con ella el cadáver de su padre hasta el bosque y con la advertencia de que, a partir de entonces no le darían nada si no lo pagaba de antemano.

Tan bárbara respuesta aumentó el dolor de Robert. Su padre tendría que yacer en el bosque, insepulto, y sería presa de las fieras. La tierra era muy dura, las fuerzas del joven escasísimas, y no poseía ninguna herramienta que pudiera ayudarle a abrir una sepultura. Conservaba todavía un poco de dinero, algunas de esas monedas llamadas pagoda, y una sortija de oro. Con ello alquiló a un nativo para que abriera una fosa y pudo enterrar decentemente a su padre.

Siguió sometido a las fiebres, que aumentaron su pena y su debilidad. El joven prisionero se vio reducido al hambre y a la más negra miseria. Su único consuelo era adentrarse por el bosque y leer fragmentos de los dos únicos volúmenes que conservaba, que eran de tema piadoso. Y con su pena, muchas veces rogó al Señor que le enviara la muerte, pues su vida era un peso para él. Sin embargo, Dios quiso conservársela y para aliviarle de sus pesares, hizo que

sanara de las fiebres y le envió inesperadamente un obsequio que le consoló mucho. Robert, aun cuando casi se sabía de memoria los dos libros piadosos que constituían todos sus bienes, deseaba con grandes ansias poseer una Biblia, siquiera viese bien claramente que éste era un deseo imposible de satisfacer.

Contra todas sus previsiones, Dios le dio satisfacción, valiéndose para ello de los más inesperados caminos. Un día estaban pescando Robert y su criado negro, para aliviar el hambre con unos peces, cuando pasó un viejo, que vio cómo el blanco leía en un libro. Se acercó y dijo al criado que él tenía otro igual, de una vez que estuvo en Colombo y se lo quitó a un portugués. Ofreció vendérselo al hombre blanco. El criado se lo dijo a su dueño y éste le envió a que viera de qué libro se trataba. El criado, que había servido algún tiempo con otros ingleses, reconoció inmediatamente el libro y regresó junto a Robert diciéndole:

—Es una Biblia...

La sorpresa y la alegría hicieron enmudecer al joven marinero. Mas se levantó en seguida y corrió a ver el libro. En efecto, el criado no le engañó: era una Biblia. Luego se sintió poseído de terror: quizá no tuviera bastante dinero para comprar aquel precioso libro. Estaba dispuesto a desprenderse de la última pagoda que poseía; pero su criado le dijo que dejara el asunto en sus manos, que él lo obtendría a bajo precio. Después de mucho regatear, cambió el libro por un gorro de punto que poseía su dueño. El negro que vendió y el blanco que compró creyeron haber hecho ambos un buen negocio.

Robert consideró un verdadero milagro que hubiera ido a parar aquella Biblia a sus manos, justamente en un país en donde no se conocía al Dios de los cristianos, alejado de toda tierra civilizada y donde nadie hablaba inglés, pues jamás había sido hollado por las plantas de súbdito de Su Graciosa Majestad.

Este solo pensamiento ya era un consuelo y una muestra de que Dios no le abandonaba.

La suerte siguió, en la medida de su desgracia, a este incidente. Al enterarse de la muerte del señor Knox el rey dictó órdenes a los habitantes de aquella ciudad de que trataran con respeto al hijo del capitán y procuraran que nada le faltase. La orden del rey acababa de llegar, y Robert ya no careció de nada.

Poco a poco fue aprendiendo el idioma del país y se entendió con los nativos. Pudo obtener así mejor comida, una casa, un huerto y trajes con que sustituir los suyos ya muy deteriorados. Labró su huerto con tanta suerte que cosechó para su consumo y para vender

a la gente de la ciudad. Compró tierras y las dio en arriendo, según la costumbre del país, a base de cobrarse el cincuenta por ciento de la cosecha. Se enriqueció tanto, que logró comprar ganados y convertirse en un agricultor completo.

Con todo, a pesar de vivir con mayores comodidades que los propios nobles, echaba de menos su patria y sentía verdadera hambre de sacramentos y de escuchar la palabra de Dios, ante cuya falta todos los demás bienes le parecían despreciables. Cada día rezaba para que el señor acudiera en su ayuda. Por fin, un día, en compañía de un tal Rutland que vivía con él hacía dos años, decidió intentar escapar de aquella isla. Planearon la mejor manera de huir y compraron toda clase de cosas que hallaban en comarcas vecinas. Llevaron estas mercancías a las ciudades donde eran necesarias y allí compraron otras que en distintas aldeas próximas echaban de menos. Así, con tal pretexto, fueron recorriendo todo el país. Esto acontecía por el año 1673.

Hablaban con la gente del pueblo, pues dominaban en absoluto su idioma y les hacían explicar, sin que se dieran cuenta, las costumbres de los habitantes de las distintas partes de la isla, los sitios donde estaba menos poblada, el sistema de vigilancia de los guardias del rey y las mercancías de que se carecía en cada sitio. Los indígenas, creyendo que todo ello eran preguntas comerciales, respondían de buena gana, y los dos blancos les daban a entender que se proponían llevar aquellas cosas a los sitios donde hacían falta.

Todos sabían que el señor Knox estaba muy bien instalado en la ciudad, y que no carecía de nada; de modo que nadie supuso que pudiera tener interés en huir. Gracias a esto, se enteró de que la parte norte de la isla estaba casi deshabitada. Cargando las mercancías que allí necesitaban, se dirigieron al Norte. Se extraviaron muchas veces pues no conocían la comarca y no existían carreteras, sino simples senderos, intrincados y zigzagueantes, que se cruzaban en todas direcciones.

Por lo demás, resultaba peligroso para ellos, que eran blancos, preguntar los caminos que les convenían, pues se arriesgaban a despertar las sospechas de los nativos.

El primer día, viajando desde la ciudad de Uda hacia la de Nuwarakalawiya, situada en la parte extrema de los dominios del rey y a tres jornadas de su casa, no se atrevían a seguir adelante, porque no tenían ya mercancías con las cuales comerciar. Había, además, el peligro de que los habitantes de su ciudad, al ver que estaban tantos días fuera, comenzaran a buscarles... Regresaron, y luego fueron

ocho o diez veces a vender por aquella comarca tan apartada; de suerte que sus habitantes acabaron conociéndolos y tratándolos como figuras familiares.

En esto, Robert encontró a su criado, de quien se separara años antes, pues el negro quiso casarse. Tenía mujer e hijos y eran muy pobres. Conocía a la perfección los senderos de esta comarca norteña, por lo cual, a cambio de una buena recompensa, les prometió llevarles hasta una de las factorías establecidas por los holandeses en la costa septentrional. Convinieron encontrarse en determinada fecha; pero cinco días antes Knox experimentó un fuerte dolor en el costado que no le dejó moverse, y no pudo acudir. Cuando fueron allí, su guía se había ido en busca de empleo y no se atrevieron a emprender solos la huida.

Entre una y otra cosa, habían pasado nueve años desde que se propusieron escapar. Las tempestades los detuvieron unas veces y otras fue la sequía la que les impidió salir hacia el Norte. Durante cuatro años apenas llovió y todo el país estaba atenazado por el hambre y la sed.

El 22 de septiembre de 1679, en fin, decidieron arriesgarse. Salieron armados de machetes y hachas, para su defensa. Llevaban estas armas escondidas, y fingían vender toda clase de mercancías, como los años anteriores. La luna estaba en su vigesimoséptimo día; de modo que les iluminaría el camino que emprendían en busca del éxito y de la libertad, con la esperanza de que el altísimo se los deparara.

Hicieron noche en la ciudad de Anuradhapoorá, cerca de la cual hay un gran bosque donde viven elefantes en cantidad innumerable, además de tigres, jabalíes y otras fieras. Como este bosque, que recibe el nombre de Parraoth Mocolane, se halla casi en los confines del reino, por las inmediaciones siempre se encuentra guardia apostada.

De camino supieron que el gobernador de aquella provincia estaba recorriéndola, cobrando impuestos y gabelas. La noticia les alarmó mucho, pues se exponían a cruzarse con el cortejo del gobernador y a que éste los enviara de nuevo a su ciudad. Para evitarlo, se dirigieron hacia el Oeste, por la parte de Ecpoulpot, y aguardaron en un lugar solitario a que hubiera acabado su recorrido. Cuando se enteraron de que estaba de regreso hacia la capital de la provincia, siguieron su camino llevando un gran paquete de telas de algodón que querían cambiar por carne seca... El camino atravesaba, en Kalluvilla, los huertos del gobernador, que los había establecido precisamente allí con el propósito de vigilar a cuantos iban y venían por la comarca.

La perspectiva de tener que pasar por aquel sitio les alarmó mucho, pues era fácil que el gobernador, al verlos blancos de piel sospechara que habían roto las cadenas de su esclavitud y huían. No obstante resolvieron ser audaces y llamaron a casa del gobernador, presentándose ante él con un paquete de tabaco y betel, como obsequio, a la vez que le mostraban sus mercancías y le explicaban su esperanza de cambiarlas por carne salada que era cosa de la cual se carecía en la ciudad donde moraban. El gobernador no sólo no sospechó de ellos, sino que les dijo que lamentaba sinceramente que llegaran en tiempo tan seco, cuando los venados se morían de sed.

Le respondieron que esperarían la lluvia, pero como a los tres o cuatro días el cielo seguía completamente despejado, fueron a despedirse del jefe, llevándole un obsequio de varias onzas de pólvora, mercancía muy rara en aquel país. Le dijeron que de regreso volverían a pasar a ver si habían cazado algo; le comunicaron su decisión de dirigirse a Anuradhapoorá.

En ruta sufrieron otro susto pues se encontraron con un grupo de soldados que el rey enviaba, con órdenes de reforzar la guardia de la frontera, para que no pudiera cruzarla ninguna persona sospechosa o que no llevara permiso de la corte. Esta orden obedecía a una medida de precaución que tomaba el rey a fin de evitar que escaparan ciertos nobles a quienes perseguía; pero Knox y su compañero temieron que, al ver a un par de blancos, los soldados entraran en sospechas y los obligasen a retroceder. Dios dispuso que, contra sus temores, se portaran bien con ellos y les dejasen proseguir tranquilamente su camino hasta Anuradhapoorá.

Como sabían que no era posible cazar nada a causa de la sequía continuaron con su historia de buscar carne salada, aun cuando en realidad buscaban el camino que conducía a las factorías holandesas, cosa que les costó tres días enteros. Por último descubrieron la ruta que llevaba a Jaffanapatam, que es uno de los puertos de la isla en poder de los holandeses; pero a medio camino se encontraron con una fuerte guardia. Decidieron retroceder y seguir el río Malwatta Ova, que sin duda, les conduciría al mar. La gente del país afirmaba que este río corría por comarcas llenas de fieras; pero los dos blancos hicieron caso omiso de tales advertencias. Y el domingo día 12 de octubre, emprendieron la marcha provistos de cuanto podía serles necesario en el trayecto, o sea provisiones para diez días, un recipiente para cocer su comida, dos calabazas vacías para el agua, dos grandes telas para que les sirvieran de tienda, tabaco, yesca y mecha, betel y zapatos de piel de ciervo, que les protegieron de los

arañazos de las plantas.

Cuando llegaron al río, se adentraron algo en el bosque que se extendía a sus orillas, y bordearon el agua al abrigo de cualquier mirada harto curiosa. Tuvieron buen cuidado de no pisar la arena para evitar que quedaran impresas sus huellas, y llevaron buen paso durante las primeras horas.

Luego empezó a llover. En vista de ello, armaron la tienda y encendieron fuego para protegerse del frío producido por la salida de la luna, que estaba en su décimo octavo día. Allí abandonaron las mercancías que llevaban por vía de precaución, y cuando cesó la lluvia, continuaron andando tres o cuatro horas más, con alguna dificultad a causa de la escasa luz de luna que difícilmente lograba traspasar el denso follaje. Encontraron un elefante cruzado en el sendero, y como no lograron asustarle, tuvieron que quedarse a dormir en un escondrijo hasta que la bestia se fue por su propia voluntad.

Cuando llegó la luz del día no vieron señales ni rastro de la presencia de ningún hombre, y por ende, se consideraron fuera de peligro; pero resultó que estaban equivocados, pues el río, poco después, entraba en una llanura donde había una serie de aldeas que recibían el nombre común de Tissea Wava. Huelga describir el miedo que pasaron de ser descubiertos mientras atravesaban aquel llano. Si ello hubiera sucedido les habrían pegado y luego enviado a presencia del rey. Se ocultaron en el húmedo y fangoso hueco de un árbol hasta que oscureció y entonces, confiando su vida a las piernas, anduvieron toda la noche. Oyeron voces detrás de ellos, y pensaron que les perseguían; mas luego se dieron cuenta de que eran sólo los granjeros que rondaban de guardia para mantener alejadas de sus sembrados a las fieras. A media noche, agotados de tanto andar, plantaron la tienda a la orilla del río, hirvieron arroz, asaron carne y cenaron satisfechos del éxito de aquella primera jornada, entregando su suerte a la voluntad de Dios, tras lo cual durmieron de un tirón hasta el amanecer.

Se levantaron de madrugada y siguieron su camino. Estaban en el país de los chiangulais, salvajes muy fieros, algunos de los cuales, medio domesticados por los soldados del rey, vivían en aldeas; pero la mayoría seguían en estado de barbarie absoluta y vagaban por el bosque. Esto constituía un peligro muy serio para nuestros dos intrépidos viajeros; pero, gracias a Dios, las lluvias habían apartado a las tribus salvajes y pudieron caminar la jornada sin incidente

alguno.

Así continuaron viajando varios días, desde la madrugada hasta el anochecer, a través de matorrales y brazos que ensangrentaron sus brazos y espaldas y rasgaron sus ropas. Encontraron con frecuencia jabalíes, ciervos, búfalos; pero todas estas bestias huían ante la simple presencia de ambos hombres. El río estaba infestado de caimanes, que abundaban en sus aguas y por las noches solían acercarse a la tienda; pero, cuando se decidieron a encender hogueras delante y detrás de su pequeño campamento, ni caimanes ni fieras se dejaron ver, contentándose con gruñir y aullar.

El jueves a mediodía, cruzaron el río Coronda, el cual separa el país de Malabar del reino que dominaba el rey de los salvajes. A las nueve de la mañana del viernes, vieron los primeros habitantes de aquella parte de la isla, de quienes se asustaron mucho, al pronto. Porque, aunque el príncipe de aquel territorio pagaba tributo a los holandeses por razones de conveniencia, era muy afecto al rey Kandy, y si los hubiera cogido les habría devuelto a su amigo el soberano.

Como, de todos modos, no había manera de escapar a aquel riesgo, se aventuraron y atravesaron el país de día, pues de noche, no se podía viajar a causa de la gran cantidad de fieras que acudían a abrevarse al río. Encontraron a lo largo del camino, dos brahmanes que les trataron con mucha cortesía, y uno de ellos, por poco dinero, les condujo hasta el territorio holandés más próximo. El brahmán los dejó en los alrededores de la ciudad; pero los dos blancos se extraviaron en el bosque, y de no ser por un malabar que a cambio de un cuchillo les llevó hasta la factoría, no hubieran conseguido salir nunca de aquella intrincada selva.

En el establecimiento holandés les facilitaron guías que los condujeron de aldea en aldea hasta el fuerte de Aripo, adonde llegaron el domingo 18 de octubre de 1679. Lo primero que hicieron fue adorar al Señor y expresarle su infinito agradecimiento por la protección que les dispensó y les permitió liberarse de un cautiverio que había durado diecinueve años y seis meses.

NEGOCIOS DE WILLIAM

Retrocedo ahora a mi propia historia, la cual se acerca ya a su fin, al menos en lo que atañe a mis viajes.

Nos hallábamos en el océano. Pusimos proa al Norte, con intención de buscar un mercado donde vender las especias que nos quedaban a bordo. Poseíamos aún gran cantidad de nuez moscada, sin saber qué hacer de ella. No nos atrevíamos a comerciar en las factorías inglesas. No es que nos dieran miedo sus buques armados, pues, como no tenían de su Gobierno órdenes de perseguirnos, era poco probable que nos atacaran. Por supuesto, si nosotros emprendiéramos la ofensiva, sus fuerzas se reunirían y nos molestarían, aunque no era fácil que osaran asaltar un navío pirata de cincuenta cañones. Por nuestra parte, no teníamos ningún interés en perturbar la navegación de los ingleses: de modo que nos preocupamos muy poco de la cuestión. En cambio, no nos convenía dar muestras de nuestra presencia en aquellas aguas, pues no sabíamos cuáles podrían ser nuestros proyectos futuros y, si en una factoría nos veían, pronto sabrían en los demás establecimientos de la costa que rondábamos por allí.

Mucho menos nos interesaba todavía que nos vieran los habitantes de las factorías holandesas de la costa de Malabar, pues, como ellos querían tener la exclusiva del comercio de las especias, por el mero hecho de ir cargados de nuez moscada, nos considerarían piratas que les habíamos saqueado sus plantaciones de las Molucas, y sin duda no vacilarían en lanzarse contra nosotros.

El único puerto abierto que nos quedaba era el de Goa, donde podríamos negociar con los portugueses establecidos allí. Pusimos proa a aquella ciudad. Cuando yo estaba dando las órdenes necesarias para que se largasen las velas que el viento aconsejaba, se me acercó William y discutimos las posibilidades que había de que nos ocurriese algo desagradable; concluimos que no nos convenía ir a Goa, sino que el cirujano, con unos cuantos marineros de toda confianza, iría a Surat, aún más al Norte, presentándose como mercader, y comerciaría con los tratantes que en la ciudad se encontraran.

Decidimos disimular los cañones de la chalupa, para no inspirar desconfianza, y tripular el pequeño buque con hombres que

prometieran no pedir desembarcar ni hablar con nadie que no fuese de nuestra banda. Para aumentar el disimulo, William disfrazó de cuáqueros a dos de los que le acompañarían, un cirujano y un expiloto de las costas de Nueva Inglaterra. Al piloto le dio documentos de capitán de la chalupa, al otro de cirujano, y él mismo se hizo pasar por sobrecargo. Con estas precauciones, sin cañones a la vista y sólo con el cargamento de especias, se dirigieron a Surat.

Se me olvidó decir que pocos días antes habíamos anclado junto a una pequeña isla arenosa, cercana a la costa, que ofrecía una ensenada con varias brazas de profundidad y una fuente de agua fresca, y que se hallaba fuera del camino habitual de los buques que hacían cabotaje.

De allí partió la chalupa, después de cargada de especias, con William, sus dos falsos cuáqueros y dieciocho hombres de tripulación a bordo.

Llegaron a Surat, según luego me refirió el cirujano, y anclaron en la boca de la bahía, donde está enclavada la ciudad. Por vía de precaución William y el falso doctor fueron a tierra solos en un bote, so pretexto de comprar pescado, tratando únicamente con indios, cuyas embarcaciones alquiló luego para que le trajeran a bordo lo comprado.

Regresaron a tierra al día siguiente, y no tardaron en trabar amistad con algunos ingleses que vivían allí, bajo apariencias de agentes de la Compañía de Indias, aunque comerciando, en realidad por su propia cuenta, en cuantas ocasiones se les presentaban. El doctor fue el primero que entró en relaciones con sus compatriotas, a los cuales luego les presentó el sobrecargo. Hablaron de negocios y William les propuso que le comprasen el cargamento de especias; pero era demasiado valioso para los medios de que disponían aquellos ingleses.

No resultó, empero, una dificultad insuperable, pues al otro día comparecieron acompañados de dos nuevos mercaderes, ingleses también, que se tomaron mucho interés por aquel trato medio apalabrado. William se dio cuenta de que tenían el propósito de llevar las especias al golfo Pérsico. La imprudencia de los comerciantes, que charlaron demasiado delante de mi cirujano, hizo que éste aceptara en secreto la involuntaria insinuación de los ingleses y pensó que, lo mismo que ellos, también el podría llevar su cargamento al golfo Pérsico. Pero, por el instante, decidió, después de madura reflexión, que lo que interesaba era desprenderse de sus treinta y tres toneladas de nuez moscada y de sus dieciocho toneladas de clavo.

En suma, llegaron a ponerse de acuerdo, y los mercaderes, que se habrían quedado gustosos hasta con la chalupa y sus tripulantes, dieron a William orden de dirigirse a una ensenada situada a cosa de seis leguas de la factoría donde descargó sus especias. Los ingleses pagaron puntualmente lo acordado. El cargamento en total nos valió treinta y cinco mil piezas de a ocho, además de algunas mercancías de valor, que el cuáquero aceptó con placer, y dos grandes diamantes, valorados en trescientas libras esterlinas.

Cuando hubieron pagado, William les invitó a bordo, y se divirtieron mucho con la alegre charla del cuáquero; pero, como intentaran ayudarse en el uso del «tú» en vez del «vos» con repetidas libaciones, terminaron la noche tan borrachos que no pudieron volver a tierra.

De saber quiénes eran sus compañeros de a bordo, sin duda, se habrían desmayado de pavor. Pero nadie de la tripulación respondió a sus preguntas, excepto unos cuantos bromistas que les hicieron reír de buena gana. En el curso de la charla, sin embargo, William deslizó la insinuación de que eran hombres capaces de transportar cualquier carga, y de que hubo tiempo en que llevaban en la bodega doble cantidad de especias que las que les habían vendido. Indicó al alegre capitán falsificado que les dijera que tenían otra chalupa anclada en Margaoon, con gran cantidad de especias a bordo, y que, si no las había vendido cuando regresara allí, se las traería de buena gana.

Los comerciantes estaban tan impacientes por obtener aquella mercancía que se mostraron dispuestos a negociar de antemano.

—No, amigos —les contestó el falso cuáquero—, no quiero vender nada sin que el comprador lo vea y lo toque. Además, quién sabe si el otro capitán habrá vendido ya su cargamento en Salsat... Si no lo ha vendido, os prometo que os lo traeré.

Mientras, William y el doctor dirigían la carga de provisiones, de las cuales estábamos siempre necesitados. Compró diecisiete grandes toneles de aguardiente de palma, además de arroz, mangos, frutos, pescado en salazón y aves de corral. Casi cargaron el barco con cerdos y vacas vivos. Terminado el abastecimiento, y como no tenían nada que hacer en Surat, emprendieron el camino de regreso.

William era siempre bien recibido al regreso de sus expediciones, pero nunca tanto como aquella vez, pues por no exponernos a desembarcar, ni siquiera a acercarnos a la costa, el hambre comenzaba a amenazarnos. También la paciencia de mis hombres empezaba a agotarse; hacía diecisiete días que el cuáquero había partido.

A su regreso celebramos otra conferencia para resolver dónde venderíamos las especias que nos quedaban, si en Surat o si iríamos al Golfo Pérsico por nuestra propia cuenta, pues era probable que allí pudiéramos hacer buenas ventas, como esperaban hacerlas los mercaderes ingleses de Surat. William era partidario de ir directamente al golfo, lo cual estaba muy de acuerdo con su pausado temperamento de comerciante. Pero esta vez me impuse a él, cosa que hacía raras veces. Le dije que, teniendo en cuenta nuestras circunstancias, era mucho mejor vender en seguida el cargamento, aunque sacáramos menos por él, que arriesgarnos a ir al Golfo Pérsico, donde la gente sería más curiosa y preguntona que en la costa de la India y donde nos resultaría mucho más difícil pasar inadvertidos, pues los mercaderes negociarían libre y abiertamente, no a hurtadillas como aquellos poco fieles agentes de la Compañía. Además, si llegaba el caso de que despertáramos sospechas, allí no podríamos abrirnos paso más que a la fuerza, y en cambio en Surat teníamos detrás el ancho océano, que nos acogería en seguida, y por el cual podíamos ir a donde quisiéramos sin disfraz alguno y sin riesgo de que nos persiguieran, pues nadie sabría en qué sitio buscarnos.

Mis aprensiones convencieron a William, o cuanto menos se sometió a ellas sin decir más. Decidimos enviar otro cargamento a los ingleses de Surat. Para ello debíamos ver cómo resolveríamos la dificultad que el mismo William se había creado al decir a los comerciantes que tenía otra chalupa. El piloto que se había fingido capitán nos sacó del apuro, pues disfrazó digámoslo así, la chalupa y la convirtió en otra distinta, poniendo en evidencia algunos cañones, cambiando la disposición de las velas, pintado de otro color los costados, haciendo pasar al buque de blanco a azul; por último, los carpinteros instalaron una cámara adicional en el puente. Las velas triangulares desaparecieron, y en su lugar mandó poner velas cuadradas. En resumen, la chalupa quedó por completo desfigurada, y sólo una persona que la conociera muy bien podría identificarla. Los comerciantes ingleses de Surat no estaban en tal caso.

Conferimos a otro piloto de confianza el cargo de capitán y le dimos otra tripulación. William y el doctor tomaron el título de sobrecargos, por poderes especiales de cierto capitán Singleton, y el antiguo falso capitán se quedó de simple pasajero. Todo había cambiado a bordo... y todo era lo mismo.

Cargamos la chalupa hasta más arriba de la línea de flotación. Poseíamos aún canela, clavo, mucha nuez moscada y mercancías de

las que nos quedamos en Filipinas. Ahora se presentaba la ocasión de venderlo todo a buen precio.

Regresó William al cabo de veinte días de marcharse, cargado de toda clase de provisiones, que aumentaron considerablemente las reservas de nuestra despensa, poniéndonos en situación de enfrentarnos con la larga travesía que nos esperaba. Había vendido las especias en treinta y tres mil piezas de a ocho y algunos diamantes. Él no entendía de piedras preciosas; pero como los comerciantes ingleses eran honrados, en lo que cabe, no le engañaron, y los diamantes resultaron buenos y de valor.

Las perspectivas de una fácil ganancia determinaron que los mercaderes no fuesen nada curiosos ni preguntones, y que ni siquiera se fijaran en la chalupa, de suerte que no notaron cómo era la misma que les llevara el primer cargamento. En cuanto a lo de vender especias que provenían de tierras tan lejanas, no parece que fuese una gran novedad en aquellas latitudes, porque los portugueses enviaban con frecuencia sus buques a Macao, en China, y allí compraban clavo, canela, nuez, etcétera, que luego se traían para la parte más occidental de la India, y hasta para Europa. Tales especias llegaban a Macao por mediación de los comerciantes chinos, los cuales, a su vez, las obtenían de los holandeses. Éstos, que querían tener la exclusiva del comercio aquel, se veían burlados por su propio deseo de hacer negocios.

Aquél supuso, en realidad, nuestro primer viaje comercial. Éramos muy ricos, y naturalmente, nos preguntamos adónde deberíamos ir.

Nuestra base de operaciones, como podríamos llamarla, estaba en Madagascar, en la bahía de Mangahelly; pero William me llamó aparte y me propuso que fuera a su camarote a discutir tan delicada cuestión, de la cual dependía todo nuestro porvenir.

Accedí y hablamos despacio del asunto.

UNA CONFERENCIA Y UN PLAN. CAMBIAMOS DE OFICIO

—¿Me das permiso —me preguntó— para que te hable con sinceridad acerca de tu situación actual y de tu porvenir? ¿Me das palabra de que no tomarás a mal nada de lo que te diga?

—De todo corazón —respondí—. Siempre me ha resultado provechoso vuestro consejo, William, y parece como si hasta nos hubierais traído suerte. Nos habéis sacado de muchos apuros, y en más de una ocasión, a no ser por vos, no habríamos sabido qué hacer. Decidme lo que queráis, pues os prometo no tomarme nada a mal. Palabra de honor...

—Eso no es todo —insistió el cuáquero—. Si no te agrada lo que voy a decirte, si no estás de acuerdo con ello, prométeme que no se lo repetirás a tus hombres...

—Palabra de que no se lo repetiré a nadie. Os lo juro con toda el alma.

—Bien —repuso William—. Entonces no me queda más que una cuestión que quiero plantearte, antes de entrar en el fondo de nuestra conferencia. Si lo que voy a proponerte no te conviene, no estás de acuerdo con ello, ¿me prometes permitirnos a mi camarada el doctor y a mí que lo realicemos por nuestra cuenta y riesgo, siempre que no pueda perjudicarte?

—No me opondré a nada —le advertí— más que a una cosa: a que os separéis de nosotros. En cuanto a eso no lo consentiré en ningún caso.

—Bueno, no importa, pues no me propongo separarme de vosotros, a no ser que lo deseéis. Prométeme otra vez que cumplirás esas tres condiciones, y entonces te expondré con franqueza mi proyecto.

Le prometí solemnemente y con sinceridad lo que quiso. Y al cabo, William me abrió por entero su pensamiento.

—En primer lugar —me dijo—, te preguntaré si no has pensado que tú y todos los hombres sois ricos, lo bastante ricos para no desear más riqueza, y que ya no sabéis qué hacer con tanto dinero como poseéis, sean cuales fueren los medios por los cuales lo hayáis obtenido, pues eso ahora no hace al caso.

—Acertáis, William. Casi podría afirmar que me habíais adivinado

el pensamiento. Hemos tenido buena suerte y ahora somos ricos.

—Puesto que ya tienes bastante riquezas, más de las que puedes gastar, ¿acaso no piensas abandonar tu oficio? Mucha gente, la mayoría, cuando han conseguido la riqueza abandonan los negocios. Nadie comercia simplemente por el placer de comerciar. Y mucho menos se roba por el simple placer de robar.

—Ahora veo adónde vais, William. Adivino que estáis deseando regresar a vuestro país.

—Tú lo has dicho. Y espero que también tengas el mismo deseo. Es natural que las personas que durante muchos años no han estado en su país, en su casa, entre los suyos, sientan un fuerte anhelo de volver a él, de ver de nuevo a los seres que quieren, a los viejos amigos... especialmente si han conseguido hacerse ricos, como es tu caso.

—¡Bah!... —le contesté—, vos creéis tener razón al asegurar que, una vez rico, es natural que se sientan deseos de regresar al hogar. Pero no me habéis dicho qué entendéis por hogar, y me temo que en esto no pensemos igual. Yo estoy en mi casa. El buque es mi hogar, mi alojamiento, y en toda mi vida no he tenido otro. Me crié en un hospicio, y así, no siento deseos de ir a ninguna parte, por muy rico que sea ni tengo parte alguna adónde ir.

—¿Cómo? —exclamó William confuso—. ¿No eres inglés?

—Sí; al menos tal creo. Ya veis cómo hablo inglés. Pero salí de Inglaterra niño, y nunca he vuelto allí, desde que soy hombre. Mejor dicho, sí, volví una vez, y me estafaron y me trataron tan mal, que no tengo ninguna gana de regresar.

—¿No tienes amigos o parientes? ¿No conoces a nadie hacia quien sientas afecto, respeto o amistad?

—No, William, a nadie. No tengo más amigos en Inglaterra, mi patria, que en la corte del Gran Mogol.

—¿Y no sientes ningún cariño por el país donde naciste, por la aldea en la cual te criaste?

—No; no siento más cariño por mi patria que por la isla de Madagascar. Menos quizá, pues Madagascar ha sido para mí, en más de una ocasión, un sitio de refugio e Inglaterra no lo ha sido nunca.

William se quedó cortado un instante y permaneció silencioso. Hasta que yo rompí el silencio:

—Seguid, amigo, y contadme vuestro proyecto... Porque dijisteis que teníais un proyecto, ¿verdad?... Explicadme de qué se trata.

—Con tus palabras has echado por tierra mis planes. No vale la pena explicarlos...

—De todos modos, bien puedo conocer de qué se trata, ¿no? El hecho de que no tenga adónde ir, no significa que no quiera ir a alguna parte, y aunque no posea amigos ni parientes en Inglaterra no quiere decir que desee quedarme siempre en este barco, y que me disponga a seguir hasta mi muerte esta vida de vagabundo de los mares. Veamos si me proponéis algo que me convenga más que seguir como estoy.

—Claro, amigo mío, claro que hay algo que te conviene más que esta vida que llevas ahora.

Así habló William con mucha gravedad. Se frotaba las manos, y vi que en sus ojos asomaba una lágrima. Pero yo estaba demasiado acostumbrado a la brutalidad para que estas muestras de afecto me conmovieran; así es que me reí de su enternecimiento.

—¿Qué me conviene más? ¿La muerte, acaso?... Puede que sí... Pero no por ahora, ¿eh? La muerte está fuera del comercio. Cuando llega, ha de aceptarse.

—Es verdad; pero creo que hay cosas que pueden hacerse antes de que llegue la muerte... Importa pensar en la muerte...

—¿Pensar?... ¿Qué significa pensar? Pensar en la muerte es morir durante toda la vida. Ya queda tiempo para pensar en la muerte cuando llega...

Cabe suponer que este modo de hablar era propio de un pirata, y que, precisamente por pensar así me agradaba aquella vida. Sin embargo, dejad que me haga la justicia de confesar algo que me distingue de muchos otros pilotos de mi calaña; y es que cuando pregunté aquello de «¿Qué significa pensar en la muerte?», sentí que algo me sacudía los sentimientos, y me dije a mí mismo que algún día podría verme en el caso de recordar con tristeza aquellas palabras. Pero aún no había llegado el momento de que me entregara a la reflexión.

William opuso con mucha seriedad.

—Me duele oírte hablar de esa guisa, amigo. Los que jamás se acuerdan de la muerte, suelen morir sin pensar en ella.

—¡Por favor, no me habléis de la muerte! ¿Quién sabe cuándo hemos de morir?

Y solté una risotada.

—No necesito contestarte a eso —interrumpió William cortándome la risa—. No es misión mía reprocharte ni reprenderte. Aquí eres tú el que mandas. Pero me agradecería que hablaras de la muerte de otra manera. La muerte es algo muy importante...

—Decidme todo lo que queráis, William, pues todo lo escucharé

con mucho gusto.

La verdad es que sus palabras comenzaban a impresionarme y a hacerme cavilar.

William me replicó, y las lágrimas volvieron a ponerle los ojos brillantes:

—Precisamente porque los hombres viven como si no tuvieran que morir jamás, suelen morir tantos sin haber llegado a saber cómo tenían que vivir. Pero no me refería a la muerte cuando te dije que había algo que te convenía más que tu manera actual de vivir.

—Pues ¿a qué os referíais?

—Me refería al arrepentimiento.

—¿Habéis conocido alguna vez un pirata arrepentido?

Me miró fijamente y prosiguió:

—Una vez vi uno en el patíbulo... y espero que no serás tú el segundo.

Dijo esto en tono muy afectuoso, como si le importara mucho mi porvenir.

—Gracias, William, por vuestro consejo. No creáis que soy tan insensible a esas cosas como me esfuerzo por aparentar... Y ahora explicadme vuestro proyecto.

—Mi proyecto lo forjé tanto para tu bien como para el mío. Podemos poner fin a esta vida que llevamos y arrepentimos. Creo que hoy se nos presenta una ocasión como jamás volverá a presentársenos otra.

—Explicadme, ante todo, vuestro proyecto para poner fin a la vida que hacemos, y luego, si este proyecto nos conviene, ya hablaremos de lo demás. Os repito que no soy tan insensible como podéis suponer. Pero en primer lugar hemos de preocuparnos de salir de esta infernal vida que llevamos.

—Tienes razón esta vez. Sería necio hablar de arrepentimiento mientras sigamos siendo piratas.

—Eso quería deciros puesto que si no hemos de reformarnos y cambiar de vida, no podremos llegar a saber nunca qué es el arrepentimiento. En realidad, apenas sé qué es; pero la naturaleza de las cosas parece indicarme que el primer paso para llegar a él es cambiar nuestra conducta, romper con nuestra vida anterior. Y eso, os lo digo de todo corazón, estoy dispuesto a hacerlo, con vuestra ayuda y vuestro consejo...

Noté que William sentía un intenso gozo al escuchar mis palabras claramente.

—Vamos William, bastante me habéis demostrado que tenéis

buenos sentimientos y mucha agudeza de espíritu. ¿Creéis que sea posible para nosotros abandonar esta vida?

—Sí, creo que para mí es muy posible. Si lo es o no para ti, de ti depende decidirlo.

—Bueno, pues os doy mi palabra de que, lo mismo que he sido yo el comandante, el que mandaba desde que estáis a bordo, a partir de este momento lo seréis vos, y yo obedeceré cualquier orden que queráis darme a fin de conseguir lo que proponéis.

—¿Estáis dispuesto a dejarlo todo en mis manos? ¿Lo dices sinceramente?

—Sí, William, con toda sinceridad. Y lo cumpliré al pie de la letra, fielmente.

—Entonces te explicaré mi plan. Nos hallamos en la entrada del golfo Pérsico. Hemos vendido nuestro cargamento casi íntegro y poseemos dinero en abundancia. Envíame a Basora con la chalupa cargada de las mercancías chinas que aún nos quedan, y te aseguro que encontraré manera de vendérselas a los mercaderes ingleses y holandeses establecidos en esa ciudad, regresando con dinero suficiente para que nunca nos falte. Entre tanto, procura convencer a la tripulación para que vayamos a Madagascar tan pronto como esté yo de vuelta.

Le dije que no necesitaba llegar hasta Basora, pues bastaba con ir a Gombroon o a Ormuz. En cualquiera de esas dos ciudades podríamos vender las mercancías chinas.

—No. En Gombroon hay factorías de la Compañía de Indias, y podrían acusarme de comerciar sin licencia.

—Id a Ormuz, pues. Me desagrada que lleguéis hasta el fondo del golfo Pérsico.

—Déjame obrar, y ya verás cómo saldré con bien de todo.

Accedí, ante semejante confianza en sí mismo y no añadí ni una palabra.

En Surat habíamos hecho tanto dinero que guardábamos a bordo de la chalupa cerca de cien mil libras en moneda, y en el barco grande, otro tanto lo menos.

—Además —agregó William—, en Basora depositaré en casa de los comerciantes ingleses buena parte de nuestro dinero, como si fuese un mercader cualquiera, de modo que podremos recurrir a él cuando nos convenga. Ése es el primer paso para abandonar la piratería...

Vi que tenía razón, y en el fondo, sin confesármelo a mí mismo, me alegré.

Salimos a cubierta, y delante de los hombres, ordené a William que

tomara dinero de a bordo y comprara con él, al llegar a la costa municiones y explosivos. Fui luego a mi camarote y preparé todo el oro y las joyas que poseía en secreto, de forma que se lo pudiera entregar sin llamar la atención. Así fue como, de acuerdo con las indicaciones suyas, le dejé emprender aquel viaje a Basora. Después le vi partir, me fui a bordo de mi gran buque, donde se guardaba un inmenso tesoro.

Estuvimos esperando durante dos meses el regreso de William. Empecé a preocuparme: a veces pensaba si me habría abandonado, induciendo a los tripulantes de la chalupa a seguirle, y estaba a punto de resolver irme a Madagascar y prescindir de él; pero el viejo cirujano que se fingiera cuáquero en Surat, me disuadió. Le vi tan poseído de confianza en William, que le confié parte de nuestros proyectos y los aprobó calurosamente. Con el tiempo pude comprobar que era un hombre honrado a carta cabal.

Por fin, apareció la chalupa en el horizonte, y la recibimos con indescriptible alegría. Trajo infinidad de cosas que nos eran muy necesarias, sobre todo sesenta barriles de pólvora, treinta toneladas de plomo y algunos proyectiles de cañón. Llevaba a bordo además, gran cantidad de provisiones. William me dio cuenta públicamente, en la cámara de mando, de su viaje, con objeto de evitar que se despertaran sospechas de ninguna clase en la tripulación.

Tras relatarnos su viaje, indicó que sería conveniente repetirlo y que yo podría acompañarle esta vez, hablando de varias mercancías que aún teníamos y no habíamos vendido, además de otras cosas que habría podido comprar en tierra, si hubiera esperado hasta la llegada de las caravanas que las traían de Basora. Por tanto, resultaría fructífero un nuevo viaje comercial.

Eso era lo que yo deseaba. Los hombres de la tripulación querían que fuese, máxime porque les dijo que podría regresar con las bodegas llenas de arroz y otras provisiones. Pero yo me mostré remiso hasta que el viejo cirujano habló en favor del proyecto de William. Argumentó con habilidad, diciendo, en particular, que si yo no iba, podrían suscitarse desórdenes, y hasta que algunos de los tripulantes escapara y nos traicionara a todos. Es más, nadie de la chalupa se consideraría seguro si yo no iba, y para hacer mayor presión sobre mi ánimo, se ofreció a acompañarme.

Simulé que estos argumentos me persuadían a medias, y todo el mundo estaba contento y seguro del éxito de la expedición. Llevamos pólvora, plomo y balas al buque grande, y cargamos la chalupa con especias, unas siete toneladas en total, y otras mercancías, como

algodón y telas de China. Trasladé a la chalupa, además, todo mi tesoro privado, que puedo asegurar no era precisamente despreciable.

Antes de partir, llamé en consejo a mis oficiales, para convenir el sitio donde nos encontraríamos a nuestro regreso y hasta qué fecha debían esperarnos. Resolvimos que esperaran veintiocho días en una pequeña isla situada frente a la costa árabe del golfo Pérsico. Si en aquel primer mes no volvía la chalupa, deberían dirigirse a otra isla situada al Oeste, y allí permanecer otros quince días; y si al cabo de ellos seguíamos sin aparecer, debían suponer que nos había ocurrido algo y poner proa a Madagascar, para esperar noticias en la bahía que habíamos hecho base de nuestras correrías.

Decidido todo esto abandonamos aquel buque, el cual ni William ni el viejo cirujano, ni yo esperábamos volver a ver. Nos encaminamos directamente al golfo, y una vez allí, pusimos rumbo a Basora, o Balsara, como la llaman los árabes.

Esta ciudad quedaba a cierta distancia del sitio donde anclamos la chalupa, pues la costa no era muy segura y no teníamos a bordo ningún piloto que conociera bien aquellas aguas.

Desembarcamos en una aldea cercana, donde vivían varios mercaderes, y con numerosa población, pues todos los buques de poco calado fondeaban en la bahía donde está enclavada.

Durante tres o cuatro días permanecimos comerciando e informándonos; bajamos a tierra las balas de mercancías y especias. Preferimos hacerlo allí que en Balsara, al menos mientras no estuviera a punto de realizarse nuestro plan.

Después de comprar varias cosas, y cuando tratábamos la venta de nuestro cargamento, William, el doctor, yo y otro marinero en quien teníamos confianza, nos dirigimos a tierra en una lancha. En el bote iban, además, doce remeros.

Ya en la costa escribimos una carta al contramaestre de la chalupa, al mando de la lancha que nos había traído y encargamos a un turco que la llevara inmediatamente. La carta estaba concebida en estos términos.

Contramaestre Thomas:

Hemos sido traicionados. Por amor de Dios, escapad a toda prisa y refugiaos a bordo, o de lo contrario estáis perdidos. El doctor, William, el cuáquero y George han caído prisioneros. Yo me he escapado y estoy oculto; pero no puedo moverme de mi escondrijo. Si me dejas ver, soy hombre muerto. Tan pronto lleguéis a bordo, izad velas y huid para salvar la vida. Adiós.

Nos escondimos cerca de la costa, en un sitio desde donde pudiéramos contemplar el efecto de nuestra carta. Presenciamos cómo el turco se la entregaba al contramaestre, y no habrían pasado tres minutos cuando vimos a todos los hombres precipitarse a la lancha y alejarse de la orilla. A la mañana siguiente, la chalupa se había perdido de vista. Nunca he vuelto a saber de ella ni de los que la tripulaban.

Nos encontrábamos en buen lugar y en inmejorables circunstancias, puesto que todo el mundo nos tomaba por mercaderes persas.

No es necesario que recuerde cuánta riqueza mal adquirida detentábamos en nuestro poder. Sería más oportuno asegurar cómo por aquel entonces comencé a darme cuenta de que, al adquirirla del modo que lo hice, cometía un crimen imperdonable, y que entonces vi cuán poca satisfacción me producía poseerla. Conforme le dije a William, no tenía grandes esperanzas de conservarla ni de disfrutarla, y un día, paseando por los campos que rodean la ciudad de Basora, le confesé que, aunque me repugnara mucho aquel dinero, me veía en una situación en que lo necesitaba para salvarme.

Lejos ya de nuestros camaradas los piratas, nos hallábamos en perfecta seguridad en Basora, y no nos quedaba otra cosa que hacer sino considerar cómo convertir nuestro tesoro en algo que nos diera apariencia de mercaderes, según queríamos ser, y no de filibusteros, según realmente habíamos sido.

Conocimos con gran oportunidad a un holandés que había viajado de Bengala a Agra, capital del Gran Mogol y que de allí se dirigió por tierra a la costa malabar, con ánimo de saber de algún buque que le llevara a su patria. Nos explicó su plan, que consistía en remontar el gran río hasta Bagdad o Babilonia, y luego dirigirse, por caravana, hacia Alepo.

William hablaba holandés, y ya sabéis que tenía gran simpatía personal. Así, pues, pronto se hizo muy amigo de aquel mercader a quien cada día corría más prisa partir hacia su país. Llevaba dos criados: un armenio al cual había enseñado a hablar el holandés, que poseía algunos bienes y quería viajar por Europa, y un marinero holandés en el cual tenía depositada toda su confianza.

William nos habló del proyecto del comerciante amigo suyo y vimos que concordaba bastante con nuestro propio deseo. El holandés, por su parte, cuando se dio cuenta de que también nos

proponíamos dirigirnos a Europa, se alegró mucho de haber trabado conocimiento con nosotros, y al ver que lo único que nos estorbaba eran nuestras mercancías —pues no dejábamos traslucir nada del dinero que poseíamos— se puso a nuestra disposición para ayudarnos a deshacernos de ellas con un buen beneficio.

Mientras, él se ocupaba de eso, William y yo nos consultamos para saber qué debíamos hacer con lo que guardábamos en secreto. En primer lugar, decidimos no hablar nunca de nuestros proyectos más que en campo abierto donde estaríamos seguros de que nadie podría oírnos. Por eso, cada día, cuando el sol empezaba a declinar los habitantes de la ciudad nos veían salir juntos a dar un paseo por los alrededores. Hablábamos de nuestras esperanzas y nuestros planes, regresando consolados y animosos.

Se me olvidaba decir que vestíamos trajes nuevos, a la manera de los persas, con largas túnicas de seda, un ropón de lana carmesí y babuchas. Nos dejábamos crecer las barbas, que cortamos y peinamos a la moda de Persia; de modo que nos tomaron fácilmente por mercaderes de aquel país aunque no conocíamos el idioma que se hablaba en nuestra fingida patria.

Mientras, el holandés puso remedio a todas las dificultades y se ocupó de nuestros asuntos a fin de que no tuviéramos que aparecer apenas en público, para evitar que se descubriera la superchería de nuestra falsa nacionalidad. En todo el tiempo que estuvimos en Basora no nos vimos en el caso de cambiar ni una sola vez la palabra con nuestros clientes. Por consiguiente nadie nos hizo preguntas de ninguna clase.

También temíamos que algunos de nuestros antiguos camaradas los piratas cayeran en malas manos, es decir, que fuesen apresados y contaran nuestro desembarco y nuestra prisión —o la que ellos creían tal— de suerte que, al saberse en la ciudad, nos viéramos en un aprieto.

Pero, de momento, no ocurrió nada de eso.

CASO DE CONCIENCIA

Continuamos en Basora dos meses largos, y durante ellos comencé a preocuparme de mi porvenir y de mi situación. No me turbaba el hipotético peligro que pudiera amenazarnos, pues en realidad estábamos bien ocultos y no parecía probable que nos sucediese nada malo. No era eso, sino que comencé a opinar de diferente modo acerca del mundo y de mí mismo.

William removi6 en absoluto la parte m6s 6ntima de mi car6cter, poco propenso a la reflexi6n, al decirme que hab6a otras maneras de vivir distintas de la m6a y que m6s all6 de esta vida exist6a otra. Ahora est6bamos en saz6n de disfrutar, pero, de seguro, llegar6a el tiempo de rendir cuentas, seg6n el cu6quero afirmaba. Lo que me restaba por hacer resultaba m6s f6cil y agradable que lo ya hecho: arrepentirme... y ya era hora de que me arrepintiese. 6stos y otros pensamientos parecidos llenaban mis numerosas horas de ocio, y poco a poco fui entristeci6ndome.

En cuanto a la riqueza que pose6a, que, como he dicho, era inmensa, me parec6a esti6rcol por encima del cual andaba sin parar atenci6n. No le conced6a ning6n valor y no la disfrutaba en paz. En verdad, no me daba miedo la idea de perderla.

William se dio cuenta de c6mo perturbaban mi tranquilidad estos pensamientos y una tarde, durante uno de nuestros paseos, hablé de lo que sent6a.

Era 6l un hombre prudente y sagaz, y he de reconocer que, si mi conducta fue mesurada y sensata en muchas ocasiones, a sus consejos se lo debo; por eso me hab6a confiado de lleno a su criterio en la tarea actual de cuidar nuestros bienes y nuestras vidas. Me estuvo hablando de algunas medidas tomadas para regresar a la patria y para asegurarnos la posesi6n de nuestras riquezas. Al o6r esto, le interpele:

—¿Acaso crees que podremos llegar a Europa con todos nuestros tesoros?

—Sin duda. Otros muchos mercaderes han hecho el mismo viaje que nosotros, llevando grandes cargas y nadie nos impide imitarlos, sobre todo si no dejamos traslucir el valor que tiene.

—¿No pens6is, William —le argument6— que, si existe un Dios por

encima de nosotros como me has dicho tantas veces, ante el cual habremos de rendir cuentas y si Él es un juez recto y severo, no nos dejará escapar con el producto de nuestros saqueos, de los robos cometidos contra personas y pueblos inocentes, ni nos dejará llegar a Europa para disfrutar esas riquezas mal adquiridas?

William pareció sorprenderse de mi pregunta, y estuvo mucho rato silencioso, sin contestarla. La repetí y me la contesté yo mismo, afirmando que no era probable que Dios nos dejara gozar aquellos bienes que no nos pertenecían sino por la violencia.

Tras una larga pausa, William adujo:

—Me has planteado un problema muy grave, y no sé cómo resolverlo. Pero creo que hay varios puntos que pueden precisarse: ante todo, es cierto que, si hemos de esperar protección de la justicia de Dios, esperaremos en vano pues no la merecemos; pero, en segundo lugar, como los caminos de la Providencia están fuera del alcance de nuestro conocimiento, podemos esperar merced hasta el día de nuestro arrepentimiento y confiar en la infinita bondad de ese espíritu misericordioso que anima al Señor...

—Pero, William —le interrumpí—, el arrepentimiento implica enmienda y cambio de vida. No podemos enmendarnos, y sin ello, ¿cómo podremos arrepentimos?...

Ya se habrá notado que la influencia moral de William era en aquellos últimos tiempos tan grande que llegó a acostumbrarme a tratarle de tú como él mismo trataba a todo el mundo.

—¿Por qué no podemos enmendarnos?

—Porque no podemos restituir lo que hemos obtenido por medio de la rapiña y la expoliación.

—Es verdad; no podemos hacerlo, pues no lograremos jamás saber quiénes son sus legítimos dueños.

—¿Qué hemos de hacer, entonces, con nuestras riquezas? Si seguimos conservándolas, seguiremos siendo ladrones, piratas con careta. Y si queremos devolverlas, no podremos hacerlo con acierto, ya que no conocemos a sus verdaderos dueños.

—Esto puede contestarse fácilmente —repuso William—. Abandonar lo que poseemos y abandonarlo aquí, es dejarlo a disposición de quienes no tienen ningún derecho a reclamarlo; de modo que no adelantaremos nada. En cambio, si lo conservamos cuidadosamente, pero con el propósito de restituirlo a sus legítimos propietarios (quién sabe si la Providencia nos pondrá algún día en situación de descubrirlos, si no a todos, por lo menos a unos cuantos! Así, pues, lo mejor es confiar en Dios y seguir nuestro plan. Por lo

pronto, nuestro deber es ir a algún sitio donde estemos seguros y podamos esperar su decisión.

Esta respuesta me satisfizo por completo pues, como siempre, cuando hablaba no decía más que cosas acertadas y justas. A no ser por ella, que aquietó mi conciencia, estoy seguro de que habría arrojado lejos de mí todas las riquezas, con tal de verme libre del remordimiento y del temor a que el castigo y la ira del cielo cayeran sobre mí y sobre mis bienes tan lamentablemente conseguidos.

William encauzó mis pensamientos hacia actos más prudentes que éstos, y me convenció de que ante todo debía preocuparme de poner mis riquezas y mi vida a salvo, y luego esperar la misericordia del Señor. Con todo, quiero insistir en el hecho de que hasta aquel momento no disfruté de veras mis riquezas. Las consideraba producto del hurto y del robo, y en realidad, la mayoría lo eran. Las miraba como un tesoro ajeno que yo había sustraído y me llevaría a la horca, en esta vida y a la condenación eterna en la otra. Sinceramente, he de decir que comencé a odiarme a mí mismo y a mirarme como si fuese un perro, como un miserable que no había vacilado ante el latrocinio y el asesinato y ahora se encontraba en una situación anómala, sin precedentes, porque, aunque poseía todas las riquezas robadas, me hallaba imposibilitado de restituir las. En vista de esto temía no poder arrepentirme, pues mi arrepentimiento jamás sería sincero sin restitución y ésta resultaba impracticable. De lo cual deducía que a la fuerza me hallaba condenado por Dios y por los hombres.

No había escapatoria para mí. Y estos pensamientos tan tristes me dominaban todas las horas del día, me distraían de lo que ocurría alrededor mío y me hacían mirar con indiferencia cualquier cosa que pudiera suceder. Había empezado a entregarme a la desesperación y hasta creo que habría llegado al suicidio. El diablo, pues esas cosas son siempre obra del diablo, me seguía muy de cerca, y durante varios días, los que precedieron a mi conversación con William sobre estos temas estuve decidido a dispararme un tiro.

Llevaba una vida de pereza y holganza entre infieles, turcos, paganos y otras gentes por el estilo. No tenía ningún sacerdote, ni siquiera ningún cristiano con el cual conversar, aparte de mi querido William. Poco a poco se convirtió en una especie de confesor, de padre espiritual, y he de decir que me consolaba con todas sus fuerzas.

Los que hayáis conocido mi vida desde el principio, podréis colegir cuál era mi conocimiento, o mejor dicho, mi ignorancia en materia de religión. No recuerdo haber leído ni un capítulo entero de la Biblia a lo largo de toda mi existencia.

Sin embargo, Dios quiso que me encontrara con William y que éste me sacara de mis escrúpulos espirituales. Una tarde que paseábamos por el campo, andando más de prisa que de ordinario, le expliqué las vacilaciones de mi espíritu y las terribles tentaciones del demonio, especialmente la última, la de dispararme un tiro por no poder soportar el peso del terror al castigo eterno.

—¿Dispararte un tiro? ¿Qué sacarías con ello?

—Pues acabar con mi vida miserable.

—¿Estás seguro de que la otra te resultaría mejor, después de una muerte así?

—No, de ningún modo. Por supuesto que sería peor.

—Pues entonces no cabe duda de que esa idea de quitarte la vida fue una idea del diablo. Sólo al demonio se le pasa por la cabeza poner remedio a una situación mala con otra peor.

Este argumento me produjo mucho efecto.

—Pero, al menos, no habría tenido que seguir soportando la miserable condición en que me hallo —insistí.

—Muy bien; supongo que reconocerás fácilmente cómo, para no soportar tu situación actual, ibas a tener que soportar una situación mucho peor. ¿Crees que quitándote la vida pondrías remedio a tu pasado?

—No puedo remediarlo de ningún modo.

—¿Cómo lo sabes?

—Tú mismo lo has reconocido al decirme que no nos queda sino confiar en Dios... Por nuestra parte, ya no podemos hacer nada...

—Bien —arguyó el cuáquero—; pero no estás seguro de que en el porvenir no se te presente una ocasión de remediarlo. Si te das muerte, puedes tener la certeza de condenarte en el mismo momento de apretar el gatillo. Si vives, siempre queda la esperanza de que el tiempo traiga una solución. Una vez muerto por tu propia mano, ya no te condenarías, sino que estás condenado.

Hubo una pausa, y William, luego aludió a una parte anterior a nuestra conversación, en la cual le había dicho yo que la noche pasada soñé algo muy curioso.

—Bueno, veamos, ¿qué soñaste anoche? —me preguntó, medio en serio, medio en broma.

—Tuve un sueño horrible. Soñé que el diablo venía a buscarme y me preguntaba cuál era mi nombre. Yo se lo dije. Luego me preguntó por mi oficio. «¿Oficio? —le contesté—. Soy un ladrón, un bandido, un pirata y un asesino. Por eso debo morir ahorcado...». «Tú eres el hombre que buscaba —me dijo el demonio—. Ven conmigo». Me

asusté tanto, que me puse a gritar, y me despené. Y desde entonces, el recuerdo de ese sueño no se aparta de mi espíritu.

—Muy bien... Ahora dame la pistola de que hablabas...

—¿Qué deseas hacer con ella?

—¿Qué deseo hacer...? No necesitarás matarte. Me veré obligado a hacerlo yo por ti. ¿No comprendes que acabarás causando la perdición de todos nosotros?

—¿Qué quieres decir, William?

—Eso he de preguntarte yo. ¿Qué crees que puede significar, para nosotros, que te pongas a gritar en sueños: «¡Soy un ladrón, soy un pirata, soy un asesino, merezco que me cuelguen!...»? Así lo que conseguirás será que nos cuelguen a todos. Afortunadamente, el holandés no entiende nuestro idioma... En resumen, para salvarnos, hemos de eliminarte... Vamos, dame tu pistola...

Estas palabras me aterrorizaron, y debo confesar que si llega a haber alguien a nuestro lado que hubiese entendido el inglés, me habría perdido. La idea de matarme me abandonó repentinamente, y volviéndome hacia William, le dije:

—Me asustas, porque veo que no estoy a salvo ni siquiera en tu compañía. ¿De veras puedo traicionarnos?

—Vamos, amibo Bob, sigue mi consejo y pon fin a esa situación.

—¿Qué he de hacer?

—Puedes intentar hablar en voz baja cuando te dirijas al diablo; de lo contrario, estamos perdidos. Y tú también.

Esta preocupación de no traicionarnos apartó por completo de mi espíritu las otras dudas de orden moral. William, después de haberse reído un rato, me habló largamente de mi situación y de mi arrepentimiento. Me dijo que mis crímenes eran muchos y terribles; pero desesperar de la misericordia de Dios sería un crimen mayor que me entregaría en manos del diablo. Me aconsejó que confesara a Dios mis culpas y mi arrepentimiento, que le pidiera humildemente perdón, y que me entregase a merced suya, decidido a restituir lo robado, si le placía poner en mi camino a quienes tenían derecho a él y en esto había hallado gran consuelo.

Las palabras de William calmaron mi alma y me consolaron mucho. Pero el cuáquero estaba muy alerta para evitar que hablara en sueños; dormía siempre en mi habitación y cuando se trataba de cambiar de alojamiento, le preocupaba comprobar que nadie de la casa hablara inglés.

No sucedió nada, empero, pues yo tenía ya mucha mayor paz de espíritu y había decidido vivir en el futuro de manera completamente

distinta que hasta entonces. Miré mi riqueza como si no tuviera valor, la dejé aparte, conservándola para restituirla, si se me presentaba la oportunidad. Pensé, además, que si Dios no ponía en mi camino a quienes yo había despojado, no habría de serme difícil encontrar familias arruinadas a quienes ayudar, gente desesperada a quien socorrer. Y así lo hice una vez de regreso a Europa, como podrá leerse en esta narración, si me queda espacio para contarlo.

Tomadas tales decisiones me volvió la tranquilidad, y después de vender parte de nuestras mercancías en Basora al cabo de tres meses de haber desembarcado clandestinamente en este puerto, alquilamos una lancha bajo la dirección del mercader holandés, y remontamos el gran río Tigris hasta Bagdad. Llevábamos aún mercancías, por lo cual en esa ciudad nos recibieron muy bien y pudimos seguir manteniendo la ficción de nuestra personalidad. Llevábamos, en particular, cuarenta y dos balas de telas indias, seda, muselina, y finos chales y zaelos, además de quince balas de sedas chinas muy delicadas y setenta paquetes de especias. Las especias no quisimos venderlas, pues el holandés nos advirtió que en Apelo o en cualquier otro puerto de Levante nos las pagarían mejor.

Disimulábamos en lo posible el poseer joyas, piedras preciosas y oro, y por eso vendimos algunas balas de telas chinas para hacer dinero con que comprar camellos y provisiones, y para pagar los peajes que se cobran en varios sitios del desierto.

Hice el viaje sin ocuparme mucho de mis riquezas, pues estaba convencido de que lo mismo que las había obtenido las perdería, o sea de que me las robarían. Y sinceramente creo que me hubiera agradado mucho que así fuese.

Pero mi protector y amigo se cuidó de todo, de mí y de mi riqueza, y lo hizo con excelente éxito, a pesar de no haber estado jamás en esta parte del mundo.

Después de cincuenta y nueve días de salir de Basora, en la desembocadura del Tigris, llegamos a Alepo, y de allí pasamos a Alejandría, o tal como la llaman en aquella tierra, Iskandariya.

RETORNO A LA PATRIA

En Alejandría ya, nos reunimos William, el doctor Jorge y yo, para discutir qué debíamos hacer. William y yo decidimos separarnos de los otros dos fieles compañeros, quienes quisieron irse a Holanda en compañía del comerciante con el cual habíamos hecho tan larga etapa. Les dijimos que pensábamos establecernos por una temporada en Morea, perteneciente a los venecianos.

Creo que obramos con cordura al no dejarles entrever a qué punto nos encaminábamos. Pero cuidamos mucho de quedarnos con las señas a las cuales pudiéramos dirigirnos en Inglaterra y Holanda, de modo que siempre contáramos con alguien para informarnos de las posibilidades de regreso. Prometimos al viejo doctor escribirle tan pronto como tuviéramos una dirección fija, a fin de mantener correspondencia con él.

No sabíamos adónde ir y vacilábamos respecto a nuestra futura residencia, cuando un buque veneciano fondeó en el puerto de Alejandría, para recoger carga con destino a su patria. Aprovechamos la ocasión, hablamos con el capitán del buque, tomamos pasaje a bordo de aquel navío y nos hicimos a la vela, rumbo a Venecia llegando sanos y salvos al cabo de veintidós días. Desembarcamos con nuestro tesoro, nuestro dinero y nuestros fardos, que formaban en conjunto un cargamento tan valioso como no creo que jamás viera otro igual aquella ciudad, al menos siendo propiedad de sólo dos hombres.

Nos hicimos pasar por mercaderes armenios, igual que habíamos hecho antes. En Basora y Bagdad aprendimos a chapurrear el persa y el armenio, de suerte que podíamos hablarnos uno a otro sin que nadie nos entendiera, y a veces ni nosotros mismos.

Fuimos vendiendo nuestro cargamento, hasta que el tesoro que poseíamos quedó íntegramente reducido a dinero. Nos instalamos en la ciudad como si quisiéramos pasar allí una larga temporada. William y yo vivimos juntos del modo más fraternal y con amistad inquebrantable. No nos separaban intereses ni pasiones. Nunca nos despojamos de nuestros trajes de armenios, y seguíamos firmes en el propósito de restituir lo que robamos. En Venecia nos llamaban «los dos griegos».

Un día me dijo William que empezaba a sospechar que ya no vería jamás Inglaterra y que esto le preocupaba poco; pero, como tenía algunos parientes pobres en el país, deseaba escribir para saber de ellos, si vivían y en qué situación se hallaban, caso de existir aún, les enviaría, con mi consentimiento, algo para ayudarles a salir de apuros.

Acepté de buen grado, y el cuáquero escribió a un tío y a una hermana suyos. Al cabo de cinco semanas, recibió respuesta de ambos, dirigida a él mismo bajo el nombre falso que había adoptado. Signore Constantino Alexión, de Ispahan, en Venecia.

La carta de su hermana era verdaderamente emocionante por el júbilo que demostraba al saberle vivo. Le decía cómo le comunicaron que los piratas le habían asesinado en las Indias Occidentales y preguntaba su posición y si le faltaba algo. Añadía que no estaba en condiciones de poder ayudarle mucho, aunque, si regresaba a la patria, le recibiría de la mejor gana en su casa. Le participaba que estaba viuda, que tenía cuatro hijos pequeños, y que poseía una tienda de poca importancia, con el beneficio de la cual mantenía a su familia. Finalmente avisaba que enviaba cinco libras, pues suponía que, en un país extraño y lejos de casa, debía de faltarle dinero.

Vi cuán a fondo impresionaba la carta a William, y cuando me la dio a leer y me enseñó el pagaré de cinco libras contra un comerciante de Venecia, se me humedecieron los ojos.

El cuáquero me consultó, una vez leídas las líneas de su hermana.

—¿Qué podremos hacer en favor de la pobre mujer?

Reflexioné un instante y le respondí:

—Te diré lo que podemos hacer por ella. Te ha enviado cinco libras. Tiene cuatro niños, y con ella suman cinco personas en la casa. La cantidad de cinco libras para una mujer en su caso, representa más que cinco mil para nosotros. Envíale una letra de cinco mil libras, y escríbele indicando que guarde el secreto hasta que le hayas contado tu historia. Pídele que traspase su tienda, que alquile una casa cerca de Londres en cualquier lugar del campo, que permanezca allí, llevando una vida modesta y ordenada, y que espere noticias tuyas.

—Me parece que tienes deseos de regresar a Inglaterra.

—No, William, te equivocas. No soy yo quien desea ir a Inglaterra, sino tú. Tú no has cometido ningún delito que te impida dirigirte a tu país. ¿Voy a ser tan egoísta que, por no privarme de tu compañía voy a privarte de la de tu familia?

William me contempló con afecto y replicó:

—Hemos viajado durante mucho tiempo juntos, y juntos hemos pasado los momentos más apurados de nuestra vida; no sería justo que llegado el momento de la prosperidad me alejara de tu lado. Iré donde tú vayas, y permaneceré donde permanezcas. En cuanto a mi hermana, no puedo enviarle las cinco mil libras porque no poseo tanto dinero. ¿Acaso la riqueza que tenemos es nuestra? La poca que hay ganada honradamente te pertenece.

—No me pertenece, sino que nos pertenece, William. Si no le envías tú el dinero, se lo enviaré yo.

—¡Pobre hermana! Tendría una sorpresa tan grande que perdería la razón.

—Puedes enviarle el dinero con mesura. Remítele primero un centenar de libras y escríbele que dentro de un correo o dos recibirá una cantidad que le permitirá cumplir tus encargos y vivir sin preocuparse de la tienda.

En consecuencia, le escribió William una carta muy cariñosa y le envió un aviso de letra contra un mercader de Londres por valor de ciento sesenta libras a la vez que le anunciaba otras remesas de dinero para dentro de poco. Diez días después, le remitió quinientas cuarenta libras y luego trescientas; de modo que recibió mil en menos de un mes. Se le dijo que vendiera la tienda, y que tomara una casa en los alrededores de Londres, prometiéndole girarle más dinero todavía.

Aguardamos a que llegara su respuesta, en la cual decía la buena mujer que había recibido el dinero con gran sorpresa, pero que no había enterado de ello a nadie, y estaba buscando la casa que indicaba William.

—Tu hermana merece toda nuestra confianza —afirmé al leer la carta—. Envíale las otras cinco mil libras, y si quieres ir a Inglaterra, a casa de ella, me aventuraré a acompañarte.

Le giramos cinco mil libras. A poco recibimos otra carta de Londres, diciendo que las había cobrado y había manifestado a su tío cómo se sentía enferma y tendría que abandonar la tienda, alquilando una casa en el campo. Lo hizo así, en efecto. La casa era modesta y estaba situada a cuatro millas de Londres. Añadía que, para no despertar sospechas había insinuado a su tío que pensaba tomar huéspedes, pues la casa era muy espaciosa. Daba a entender que adivinaba el deseo de su hermano de regresar de incógnito, y aseguraba que a su lado estaría tranquilo, retirado del mundo y en toda seguridad.

Esto nos abría las puertas de nuestro país. En una palabra,

decidimos arriesgarnos, aunque siempre bajo nuestro atuendo de orientales y con nombre falso. William escribió a su hermana agradeciéndole las pruebas de prudencia y perspicacia que le daba, porque, en efecto, deseaba vivir retirado, y por ello era conveniente que llevara una vida modesta sin ostentación. Finalmente le anunciaba que quizá pronto tuviera la alegría de poder abrazarla.

Iba ya a entregar la carta cuando le dije:

—Oye, William: supongo que no se la expedirás vacía. Dile que contigo irá un amigo y que éste, para los mismos efectos que tú, le envía otras cinco mil libras.

En poco tiempo, aquella modesta familia se vio transportada de la miseria a la opulencia. Cuando llegó el momento de partir, me faltó valor y no me decidí a dar el paso decisivo. William, por su parte, se negó a marcharse dejándome solo en Venecia. Así seguimos durante dos años, dudando y haciendo planes, pero sin aventurarnos a realizarlos.

Quizá entendáis que me mostraba muy pródigo con unas riquezas que habían sido tan mal adquiridas, desde el momento en que se las daba con tanta facilidad a personas que no conocía siquiera y a quien no debía ningún favor. Pero debéis considerar mi situación, pues si bien me sobraba el dinero, no poseía ni un amigo de veras aparte del cuáquero, a quien ayudar, socorrer o nombrar heredero de mi fortuna para cuando muriera.

Tras larga reflexión, decidí entregar todas mis riquezas para actos de caridad, aunque no creía poder comprar así el descanso de mi alma; pero veía que era el único modo de restituir el producto de mis rapiñas, si no a sus verdaderos dueños, cuando menos a las más desvalidas criaturas del Señor.

No sabía dónde hacer aquellas caridades, pues temía que, si regresaba a mi país, algunos de los antiguos camaradas de piratería, repatriados también, pudieran reconocerme y hacerme entregar todos mis bienes bajo amenaza de delatarme, o bien, para conseguir su propio perdón, me denunciaran a las autoridades de marina.

Como no tenía ningún amigo me acogí a la hermana de William. La bondadosa carta que escribió a su hermano y la letra de cinco libras que tanto significaban para ella me demostraron que era un alma generosa y caritativa. Resolví, pues, ejercer a favor suyo mi primera caridad, y a la par establecer con su ayuda un centro desde donde pudiera ir haciendo nuevas obras buenas sin llamar la atención.

Un hombre con fortuna, pero que no se siente atraído por nada ni por nadie, que no experimenta deseos de vivir en un sitio

determinado es un ser extraño, a quien ni aun todo el dinero del mundo podrá compensar de lo que pierde.

Ya he dicho cómo continuamos en Venecia durante dos años, vacilando y sin saber qué hacer. La hermana de William nos escribía a cada correo, insistiendo para que fuésemos a Inglaterra y preguntando si no nos fiábamos de ella, tan obligada a sernos fiel. No dejaba jamás de quejarse de nuestra falta de confianza.

Por fin, ante tal solicitud comencé a sentirme audaz y dije a William:

—¡Ea! Estudiemos nuestro plan y si llegamos a un acuerdo sobre dos o tres puntos, te acompañaré a Inglaterra con toda la alegría de mi corazón.

—Veamos qué puntos son éstos sobre los cuales hemos de estar de acuerdo —propuso mi amigo.

—El primero, que no te sincerarás con ninguno de tus parientes de Inglaterra, excepto con tu hermana... ¿Convenido?

—De acuerdo.

—En segundo lugar, que no nos afeitaremos barba ni bigote —pues llevábamos barbas y bigotes a la moda de Grecia—, ni abandonaremos nuestras hopalandas, para que todo el mundo siga tomándonos por griegos.

—De acuerdo también.

—En tercer lugar, jamás hablaremos inglés ante nadie, excepto tu hermana. Y en fin, nos haremos pasar por hermanos.

William aceptó asimismo estas dos condiciones finales, a pesar de darse cuenta de que sería difícil no hablar inglés en público y aseguró que se esforzaría por lograrlo.

Nos dirigimos a Nápoles, donde compramos un cargamento de seda. Antes habíamos dejado una cuantiosa suma en poder de un comerciante de Venecia, para que nos la pusiera a buen recaudo.

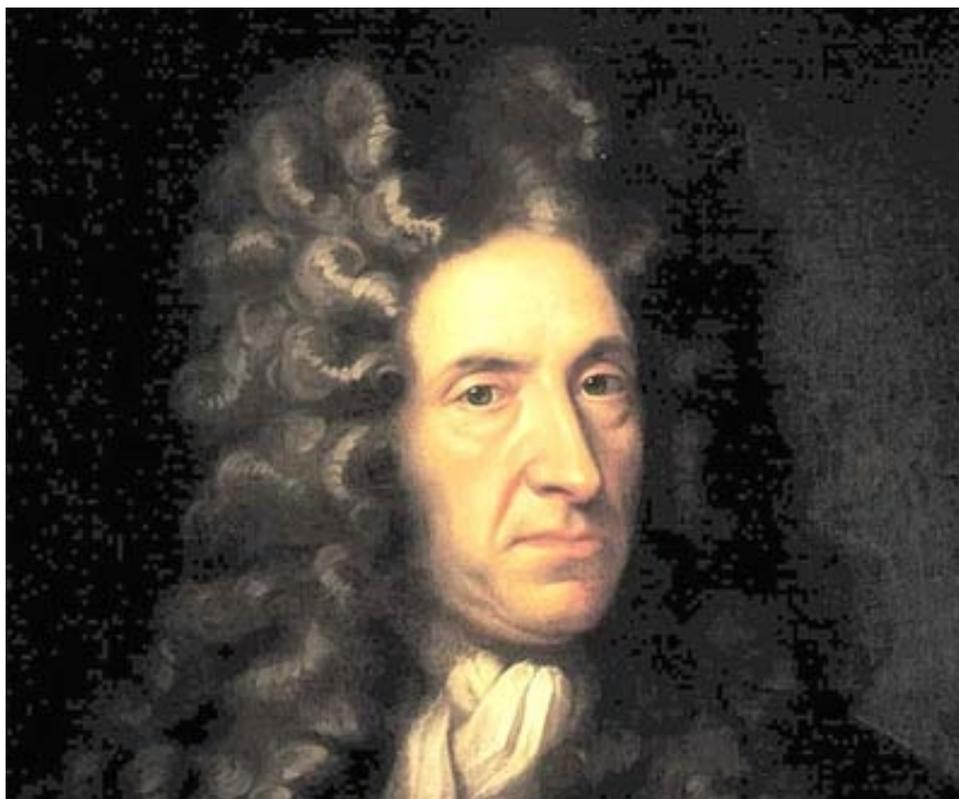
Arribamos a Londres con un cargamento como jamás se había visto antes en poder de mercaderes armenios, pues llevamos en dos buques setenta y tres balas de seda, trece de hilados del ducado de Milán, que cargamos en Génova, y algunas especias que nos quedaban.

Al poco tiempo de vivir en Inglaterra, me casé con la hermana de William, junto a la cual soy mucho más feliz de lo que merezco.

Y ahora, después de explicaros sincera y llanamente cómo he regresado a Inglaterra, y de atreverme a relatar mi vida, llega el momento de terminar este relato, sin decir nada del presente, no sea que alguien quiera descubrir más de lo que conviene a vuestro amigo

el:

CAPITÁN BOB



DANIEL DEFOE, nació alrededor de 1660, en las cercanías de Londres (en St. Giles Cripplegate o en Stoke Newington) y falleció el 24 de abril de 1731. Defoe es importante por ser uno de los primeros cultivadores de la novela, género literario que ayudó a popularizar en Inglaterra y que le valió el título de «Padre» de todos los novelistas ingleses. Escribió más de 500 libros, panfletos y opúsculos.

La primera y más famosa novela de Defoe, *Vida y extraordinarias y portentosas aventuras de Robinson Crusoe de York, navegante*, se publicó en 1719, cuando su autor contaba ya casi 60 años. Este relato ficticio sobre un naufragio se basaba en las aventuras de un marino, Alexander Selkirk, que había sido abandonado en una isla del archipiélago Juan Fernández, frente a las costas de Chile. Esta novela, llena de detalles sobre las ingeniosas ideas de Robinson para sobrellevar los rigores de la isla, se ha convertido en un clásico de la literatura infantil. Defoe siguió escribiendo novelas: *Memorias de un caballero* (1720), *Vida, aventuras y peripecias del famoso capitán Singleton* (1720) y *Fortunas y adversidades de la famosa Moll Flanders* (1722), las aventuras de una prostituta londinense que está considerada como una de las grandes novelas inglesas. En esta última obra Defoe mostró su conocimiento de la

naturaleza humana y su interés por los motivos que conducen a determinados comportamientos. También reflejó su preocupación por los pobres. Entre sus otros escritos de importancia cabe destacar *Diario del año de la peste* (1722), *El Coronel Jack* (1722), *Lady Roxana o La cortesana afortunada* (1724), *Un viaje por toda la isla de Gran Bretaña* (1724-1727), *Historias de piratas* (1724-1728) y *El perfecto comerciante inglés* (1725-1727).